

Dulce RENUNCIA

El amor requiere a veces
de dolorosos sacrificios...
pero siempre son bien recompensados.

Virginia Camacho

DULCE RENUNCIA

Virginia Camacho

Contenido

[Sinopsis](#)

[.:Introducción.:](#)

[:1:](#)

[2:](#)

[:3:](#)

[:4:](#)

[5:](#)

[:6:](#)

[:7:](#)

[:8:](#)

[9:](#)

[:10:](#)

[:11:](#)

[:12:](#)

[:13:](#)

[:14:](#)

[:15:](#)

[:16:](#)

[:17:](#)

[:18:](#)

[:19:](#)

[:20:](#)

[:21:](#)

[:22:](#)

[:23:](#)

[:24:](#)

[:25:](#)

[:26:](#)

[:27:](#)

[:28:](#)

[:29:](#)

[:30:](#)

[:31:](#)

[:32:](#)

[:33:](#)

[:34:](#)

[:35:](#)

[:36:](#)

[:37:](#)

Sinopsis

Marissa Hamilton tuvo que renunciar a su novio para que éste fuera feliz con la mujer de la que se enamoró estando ella ausente, pero eso ha dejado un gran vacío y un gran dolor en su corazón; toda su seguridad y confianza en sí misma ha sido mellada. Con el corazón herido, una mujer podría cometer cualquier locura... como desnudarse delante de un desconocido...

David Brandon no es más que un trabajador más, pero lleno de sueños y aspiraciones. Cuando una hermosa mujer se descubre ante él, ocurre una gran batalla entre su deseo y su caballerosidad. Podría él aprovecharse de una mujer que tiene el corazón roto y busca a gritos reafirmar su feminidad?

Cualquier cosa que haga, decidirá y sellará el destino de los dos.

.:Introducción:.

A veces el dinero no te da lo que más quieres.

Esa frase bailó en la mente de Marissa con demasiada claridad, contoneándose como si se regocijara de ser cierta.

Observaba a Simon, su prometido, a través de la amplia sala. Él contemplaba la vista de Jersey City, que desde los ventanales de cristal de su apartamento se podía apreciar con toda claridad. Gracias a que era verano, el paisaje era claro y llamativo. Simon, sin embargo, no se veía como siempre: erguido, poderoso y orgulloso de ese poder.

No, Simon parecía más bien derrotado, y ella odiaba eso.

Hacía pocas semanas había descubierto que su prometido se había enamorado de otra mujer, una que no era ni medianamente hermosa, ni rica, ni sofisticada, como lo era ella tal vez, pero había logrado atrapar el amor de un hombre como él.

Ella y Simon estaban prometidos casi desde que ambos eran adolescentes gracias a que sus padres se conocían también desde hacía mucho tiempo, y habían planeado desde siempre unir sus empresas con el matrimonio de sus hijos. Habían sido felices todo ese tiempo, pues a Marissa siempre le había gustado el guapo y atlético Simon, y a él siempre le había gustado su dulzura y tenacidad. Pero al llegar a la edad adulta, y luego de graduarse en la universidad, ella se había ido a Boston para hacer su especialización en finanzas, y aunque se veían constantemente, y ambos viajaban todo lo que sus trabajos y estudios les permitían, a su vuelta se había encontrado con que su novio le había sido infiel con su secretaria.

Podía decir que ya era capaz de recordar el momento sin rencor; ella había llegado directamente del aeropuerto sin avisarle a nadie, para darle la sorpresa. Entró al edificio donde la empresa de la familia de Simon tenía sus oficinas, y al no ver la secretaria afuera, entró, y oh, sorpresa, él la estaba besando.

La escena se había desarrollado, a su juicio, como esas películas románticas donde la heroína está destinada a ser engañada; ella se había quedado allí, de pie y observando cómo él la besaba con sus ojos cerrados y la rodeaba con sus brazos mientras ella tenía los suyos en medio de los dos, como disponiéndose a alejarlo, pero nunca lo alejó.

Debió hacer algún ruido, porque entonces ambos notaron su presencia, y como saliendo de un trance, Simon se llevó ambas manos a la cabeza cerrando sus ojos. La joven al principio se quedó muda, mirando a Marissa con terror, y luego, como recuperando el habla, se disculpó mil y mil veces. Sí,

claro, disculparla por haber besado a su novio, a su prometido.

—Lárgate de aquí —le dijo ella con voz ominosa.

—Señorita Hamilton...

—Quieres un escándalo? Te estoy diciendo que te vayas, ahora! —No recordaba su nombre, pero su cara nunca la olvidaría, y menos la expresión que hizo, como si estuviese a punto de morir y toda su vida estuviese pasando delante de sus ojos. Tenía los ojos marrones y el cabello negro, una tez muy blanca y pecas sobre la nariz. Era bonita.

Marissa la vio salir del despacho de Simon y entonces se concentró en él. Había estado observando la escena como si quisiera decir o hacer algo, pero sabiendo que eso sólo empeoraría las cosas.

—Quieres explicarte? —reclamó ella, y Simon sólo movió sus ojos, centrando su atención en ella.

—Yo... no te esperaba hoy —susurró.

—Eso es más que evidente —escupió ella con sarcasmo—. Vas a explicarme por qué llego a la oficina de mi prometido y lo encuentro besándose con su secretaria? O tendré que hacer las suposiciones yo sola?

—No tengo explicación, Marissa —dijo—. Lo único que podría decirte, te disgustará.

—Oigámoslo, de todos modos —contestó ella permaneciendo de pie y cruzándose de brazos. Él la miró a los ojos.

Esa mirada nunca la olvidaría. Dios, él simplemente parecía desolado.

—Me enamoré de ella —dijo, y Marissa sintió que todo su cuerpo se enfriaba de repente.

—Qué? —preguntó en un susurro. Él sólo cerró sus ojos.

—Yo... lo siento —Marissa dio unos pasos alejándose, y le dio la espalda.

—Te... te enamoraste? Así, simplemente? —lo vio apoyar su cadera en su escritorio. No dijo nada, y su silencio fue una respuesta en sí—. Y yo qué, Simon? Qué hay de mí? No estabas enamorado de mí? —lo miró a los ojos, con los suyos desnudos. Había esperado, casi deseado, que él dijera que aquello era sólo una aventura, algo pasajero y sin importancia. No estaba segura de aceptar algo así, pero eso habría dolido menos que esto—. Y cuándo... cuándo planeabas decírmelo? O

pensabas casarte conmigo y tenerme engañada hasta siempre?

—No. La verdad... Marissa...

—Ah, ibas a terminarme, pero llegué sin avisar y no te di tiempo para explicarte? Es eso? —la mirada de él le dio la respuesta otra vez. Así que él planeaba terminar la relación cuando ella regresara, o la próxima vez que se vieran. Marissa se echó a reír, pero fue una risa sin humor—. Cuánto tiempo llevas siéndome infiel?

—No, Marissa. Eso no fue así. Te juro que es la primera vez que esto sucede.

—Ah, de veras? Eso debe hacer que me sienta mejor, supongo.

—No... Lo sé... Yo...

—No tienes una excusa, verdad? Cuándo fue la última vez que nos vimos, hace un mes? Estuviste en Boston e hicimos el amor y reafirmamos nuestra propuesta de matrimonio. Ya estabas enamorado de ella o te enamoraste entre que me dejaste y hoy?

—Estás torciéndolo todo!

—Tuviste la oportunidad de ahorrarme esta escenita diciéndomelo todo allá, pero decidiste que no! Y ahora yo tengo que... tengo que aguantarme esto! No es justo, Simon!

—Marissa, lo siento tanto...

—Ah, cállate! —exclamó ella, con sus pálidos ojos azules encendidos de ira—. Yo... no quiero verte!

Cuando salió de la oficina, él había ido detrás, pero no logró alcanzarla. Casi tropezó de nuevo con la chica que había besado a su novio minutos antes, pero esta vez ni la determinó.

Luego de eso habían sucedido varias cosas: Johanna, que era el nombre de la secretaria, había renunciado a su trabajo. Él había dejado de verla entonces, y luego de semanas disgustados, sin recibir sus llamadas ni responder a sus mensajes, Simon se apareció en su apartamento para pedirle que volvieran. Johanna ya no sería una amenaza para su relación.

Ella lo había perdonado; habían reanudado su compromiso. Nadie se había enterado, Marissa no le había contado sino a Diana, su mejor amiga, y ésta era tan discreta que era capaz de verlo sin lanzarle ningún comentario sarcástico acerca del tema, y afortunadamente, ahora mismo ella estaba viviendo en el extranjero, así que todavía podían volver y como si nada... De cara a sus padres y a sus amigos, eran la pareja perfecta, y siguieron sus planes de casarse... Sin embargo, Simon parecía un alma en pena.

Por Dios, qué tenía esa mujer que lo ponía así? Ella no era orgullosa, ni se creía más que nadie, a pesar de saber que era hermosa, y además, heredera de una gran fortuna... Pero una simple secretaria le había arrebatado a su novio.

Sin embargo, un compromiso matrimonial era algo demasiado fuerte.

Simon había dado su palabra de casarse con ella y aquí estaba ahora, visitándola en su apartamento. Si hubiesen sido otras las circunstancias, en este momento ambos estarían desnudos en su cama y hablando acerca de lo que habían estado haciendo en el último año, o planeando la fiesta de bodas; pero se temía que algo así nunca ocurriría de nuevo. Él estaba aquí, sí, pero su corazón estaba en otro lado, al igual que su mente; de lejos se notaba que su cuerpo vibraba por querer estar en cualquier otro lugar.

Dio unos pasos hacia él, silenciosa, y siguió observándolo sintiendo cómo su corazón también dolía. Estaba acostumbrada a verlo sonriente, siempre de buen humor. Su cabello rojizo alborotado por las

actividades deportivas que le encantaba realizar, o con su traje prolijo y sentado tras un escritorio en la empresa de su padre. En su rostro la sonrisa siempre había sido fácil, contagiaba a todos energía y vivacidad. Pero ahora no era así; ya no había luz alrededor de él, ya no era el mismo Simon, el Simon del que había estado enamorada toda su vida. Ese Simon se había ido, y temía que tal vez para siempre.

Lo había perdonado por su infidelidad porque le creía cuando él decía que esa había sido la primera vez que se besaran; le creía cuando le juraba que había luchado contra ese sentimiento hasta el final, pero que fue vencido. Le creía, pero eso era peor para ella, porque entonces la hacía parte de un triángulo en el que ella salía sobrando.

Pero, qué podía hacer ella? Contra sentimientos tan puros como esos nadie debería luchar. Por qué no se había enamorado de esa manera de ella? Conseguiría algún día que la amara así?

—No eres feliz—. Aquello fue, más que una observación, una queja, y Marissa odió que sonara así. Carraspeó. Simon se giró y la miró como si hubiese olvidado dónde estaba y con quién. Le sonrió, pero su sonrisa no tocó sus ojos.

—Marissa... estás hermosa.

—Sabes? No vale la pena seguir fingiendo. Tienes la expresión de alguien que es supremamente infeliz —insistió ella, y él volvió a sonreír.

—Ah, tú siempre tan bromista. Eso no es cierto.

—Simon —dijo ella en un tono de voz que él no podía confundir con una broma—. No me mientas. No a mí —ella se fue acercando poco a poco, hasta que pudo tomar las manos masculinas entre las suyas.

Inevitablemente, sus ojos se humedecieron—. Te conozco desde que éramos niños, recuerdas? —él la miró y se mordió los labios, seguramente recordando el pacto de no ocultarse nada que habían hecho muchos años atrás.

—Marissa...

—No soporto verte así. Cada día que pasa te siento más lejano. Qué puedo hacer, Simon?

—Estoy aquí. Estoy aquí para ti. Siempre estaré.

—No, no serás capaz de cumplir esa promesa. Y si nos casamos y a la vuelta de un año tú sigues enamorado de ella? Tendré que vivir con el miedo de que vuelva a aparecer?

—Eso no sucederá, y si sucede...

—Y si sucede —lo interrumpió ella—, tu corazón volverá a la vida, y yo tendré que aceptar que esto fue un error y desde un principio debí dejarte ir.

—Me estás terminando?

—Acaso vale la pena seguir? —él la abrazó quizá un poco rudamente.

Metió sus manos entre sus rubios cabellos y la besó.

—No digas tonterías. Mi mujer eres tú. Mi esposa serás tú. Nos casaremos y tendremos hijos guapos... Todavía somos buenos amigos, tú y yo.

—La amistad no es suficiente para un matrimonio...

—Somos compatibles en la cama...

—Ni siquiera el buen sexo puede salvar un matrimonio sin amor...

—Estás determinada a llevar nuestra relación al fracaso? —exclamó él casi molesto. Marissa sonrió, aunque fue una sonrisa sin humor.

—Nuestra relación fracasó desde el mismo momento en que tu corazón se inclinó por otra mujer que no era yo—. Simon cerró sus ojos y se alejó de ella. Marissa siguió—: Crees que puedo vivir con la zozobra de saber que aunque un papel dice que eres mío, en el fondo sé que tu corazón es de otra? Y si por casualidad te la encuentras en una calle, en un avión, o en un supermercado? —Simon estaba recostado a la repisa de la chimenea, mirando las fotografías y adornos sobre ella.

—Eso no sucederá...

—Qué me lo garantiza?

—Ella y yo... No es posible, Marissa. Así me la encuentre, así nos quedemos solos sobre el planeta... No hay posibilidad.

—Por qué? —él rió.

—En realidad quieres saber?

—Crees que mi pregunta es retórica? —él hizo una mueca, y suspiró.

—Porque no me perdona lo que te hice —contestó—. Cree que soy un hombre infiel, capaz de llevar una vida doble. Tiene el peor concepto de mí.

—La buscaste y hablaste con ella? —susurró Marissa.

—Sí, sí... La busqué en su casa... Yo... necesitaba una pista para saber qué hacer y la busqué. Trataba de poner lo que siento por ti y por ella en una balanza y ella me ayudó a decidir. Johanna me odia—.

Antes que persuadirla para que desistiera de terminar la relación, aquello sólo logró convencerla aún más.

Así que él la había ido a buscar, y como ella no le había dado esperanza, había vuelto con ella. Marissa había sido su segunda opción.

Vaya, eso dolía de verdad.

Todo eso sólo indicaba que si Johanna hubiese querido, lo tendría a su lado ahora, él habría roto el compromiso y todo habría acabado entre los dos. Pero la chica era orgullosa, estaba herida, y eso significaba que tal vez ella también estaba enamorada de verdad.

Lo dicho, esto era un triángulo donde la que sobraba era ella. Toda su vida creyó que no habría nada ni nadie que le robara algo que era suyo. Simon había sido suyo, pero ahora lo había perdido.

Se echó a reír y eso atrajo la atención de Simon, que la miró interrogante.

—Sabes, acabas de quedarte solo, porque yo tampoco quiero seguir contigo.

—Marissa...

—No puedes obligarme, verdad? En cuanto te vayas, llamaré a papá para decirle que lo nuestro se acabó, y que disuelva los convenios que tenga que disolver...

—Mira, eso es innecesario; tú y yo...

—Ese “tú y yo” ya no existe, Simon. Olvídalo. Vete de mi apartamento.

Él la miró terriblemente desolado. Tal vez había pensado tener su consuelo en ella, pero ella no era el premio de consolación de nadie.

Ni siquiera de Simon.

—Te vas, Simon, por favor?

—Tú me quieres.

—Ya no tanto —mintió—. No quiero a un hombre que no es completamente mío. Mírame. Soy guapa, rica, sofisticada; encontraré a otro hombre pronto y olvidaré que esto pasó. Créeme.

—No hagas esto. No nos hagas esto. Te lo ruego.

—No ruegues —dijo ella con voz dura—. Yo no te rogué a ti que por favor me amaras. Te vas? —Él la miró aún sin poder creérselo. Lo estaban echando! Y ella se veía tan seria...

Marissa miró su reloj, como si de pronto tuviera mucho que hacer y él no fuera más que un estorbo. Caminó hacia la puerta de salida y la abrió de par en par. Simon, como si caminara en el aire, llegó hasta ella y la miró por si acaso había una pizca de vacilación en su rostro.

No la había.

—Sabes que te quiero, verdad? —Marissa se consagraría como la mejor actriz de éste lado del océano luego, pues fue capaz de mantener su semblante sereno. Ni siquiera acudieron las lágrimas a sus ojos.

—Sí. Lo sé. Te recordaré sin rencor. Te lo prometo—. Él bajó su cabeza y cerró sus ojos, tenía la respiración agitada, pero cuando la volvió a mirar y vio que ella sólo esperaba a que se fuera, atravesó el umbral de la puerta. Ella la cerró de inmediato y Simon se quedó allí otro largo minuto, por si escuchaba algo, por si sucedía algo que le motivara a llamar de nuevo.

No hubo nada, sólo silencio.

Tragando saliva para desatar el nudo de su garganta, Simon llamó el ascensor para salir del edificio.

Tal como prometió, Marissa llamó a su padre. Hugh Hamilton sólo tenía una hija, Marissa, así que estaba de más decir que era su consentida. En cuanto ella le contó lo que había sucedido, le exigió que fuera a su casa y se lo contara con más calma.

—No, no, papá —dijo ella respirando profundo para mantener sereno su tono de voz—. Ahora sólo quiero estar sola...

—Te vas a poner a llorar y no quiero eso.

—Contigo o sin ti lloraré —rió ella—. Déjame llorar sola.

—Hija...

—Te lo ruego, papá... tal vez en una semana pueda volver a la normalidad.

—Quieres que llame a Diana, o a Nina? Estoy seguro de que si llamo a Mer, se vendrá desde Los Ángeles para verte —Marissa sonrió. Su padre tenía razón, así era Meredith.

—No las llames. Por favor... —escuchó a su padre resoplar.

—Está bien. Pero te estaré llamando.

—De acuerdo—. Y luego de mil recomendaciones, Hugh al fin cortó la llamada. Marissa se recostó en su cama y cerró sus ojos. Su corazón dolía, pero su pesadilla no hacía sino empezar.

:1:

El restaurante no era tal. Era más bien un sitio de comidas rápidas y de dudosa presentación. Sus muebles viejos eran, sin embargo, acogedores.

Marissa entró mirando en derredor, hasta que vio al objeto de su búsqueda: Johanna Harris.

Ella era bonita. Su largo cabello oscuro estaba recogido en una cola de caballo y llevaba una gorra amarilla con el logo del restaurante. La camiseta blanca, que hacía parte del uniforme, se ajustaba a su figura de forma graciosa. Ella era hermosa y curvilínea, y estaba trabajando aquí, tal vez de mesera, tras haber renunciado a su empleo en la empresa de Simon.

Miró otra vez en derredor tomando aire y reafirmando su decisión de hacer lo que había venido hacer. Ella tardó un poco en notarla, pues revisaba unos papeles que parecían ser facturas y cuentas con un compañero uniformado con gorra amarilla y camiseta blanca al igual que ella. Parecían muy concentrados, pero al fin la notaron. El sitio estaba prácticamente solo, y ella resaltaba en el lugar como un parche de lentejuelas en un saco de sarga.

Johanna salió de detrás del mostrador luego de susurrarle algo a su compañero y salió a su encuentro.

—Señorita Marissa —la saludó, mirándola aprehensivamente. Tal vez pensaba que le iba a hacer alguna especie de escándalo. Qué poco la conocía.

—Hola, Johanna... no estaba segura de poder encontrarte. Podemos hablar?

—Bueno, ahora estoy algo ocupada...

—Te esperaré. No tengas prisa.

Johanna la miró con una pizca de desconfianza, y Marissa no la culpaba; encontrarse con la mujer cuyo novio habías besado, y que te había capturado infraganti en el acto, despertaba ciertos resquemores. Sin embargo, Johanna asintió y volvió detrás del mostrador, junto con su compañero, y siguió ocupándose de los papeles que antes tenía en las manos.

Marissa se sentó en una de las sillas desocupadas, y había muchas, pues ya había pasado la hora del almuerzo. Imaginó que lo que hacían ahora era organizar las cuentas.

Minutos después Johanna regresó, mientras el otro ponía en orden algo detrás del mostrador.

—Quiere que vayamos a algún lugar?

—No, para lo que tengo que decirte, este sitio es tan bueno como cualquiera—. Ante eso, Johanna no dijo nada, sólo lanzó una mirada a su compañero detrás de ella y se sentó en la silla frente a Marissa. Ésta la observó por un momento. En un principio pensó que ella empezaría disculpándose por haberse enamorado de su novio, haberlo besado y puesto así en peligro su relación, pero ella simplemente la miró con una serenidad envidiable.

—Vengo sólo a hacerte una pregunta.

—Dígame.

—Amas a Simon? —La tomó por sorpresa, pues la miró fijamente abriendo bien sus ojos marrones.

—Señorita Marissa... no creo que...

—Sí o no. Es una respuesta sencilla. Dímelo—. La chica guardó silencio tercamente, y Marissa siguió —: Si él no fuera el hombre rico y poderoso que es, si tan sólo fuera... —miró en derredor para inspirarse— no sé, como ese chico de allá, tu compañero de trabajo aquí. Si Simon no hubiese estado comprometido para casarse, tú...

estarías con él?

Johanna cerró sus ojos.

—Por qué quiere saberlo?

—Contesta, por favor.

—Qué ganará con eso?

—Si gano o no gano algo, es asunto mío; sólo te pido que contestes a una simple pregunta.

—Es que no es tan simple, ve? Porque de todos modos, Simon es lo que es—. “ Simon” , notó Marissa. No el señor, ni el joven Simon—. Es el presidente de una importante corporación —siguió Johanna—, lo que lo hace rico y poderoso, y está comprometido con una mujer que aparte de ser igual de rica a él es hermosa... y una buena persona.

—Si él no estuviera prometido... —insistió ella tercamente.

—Pero lo está—. Johanna golpeó la mesa, como si zanjara la cuestión. Marissa vio brillar sus ojos. En ellos había angustia... y desesperación; había perdido la serenidad de hacía unos momentos.

—Lo amas? —Johanna gruñó y maldijo por lo bajo—. Lo amas, Johanna? —los ojos de Johanna se humedecieron, guardando un terco silencio. Marissa suspiró—. He liberado a Simon de la promesa que me hizo —dijo. Johanna la miró cautelosa—. He hablado con mi padre también. Simon y yo ya no estamos prometidos —eso fue una sorpresa para ella, que abrió grandes sus ojos—. Pero él es tan caballeroso y correcto —rió Marissa— que se cree obligado a continuar con su papel. Sé que no lo hace sólo por lealtad, aunque hay mucho de eso... Lo hace porque cree que perdió toda posibilidad contigo.

Cree que lo odias, y que eres incapaz de perdonarlo.

—Eso no es así. Yo...

—Lo amas?

Johanna cerró sus ojos, sacudió su cabeza, como si quisiera despejarse y luego dijo:

—Con todo mi ser. Cada día que pasa, con cada latido de mi estúpido corazón—. Marissa sonrió. Justo la respuesta que quería.

—Entonces perdónalo.

—Qué?

—No es un hombre infiel. Se enamoró de ti porque... porque esas cosas pasan. Admitió que planeaba terminar su relación conmigo en cuanto nos viésemos, pero yo... bueno, llegué de sorpresa y pasó lo que ya sabes—. Marissa apretó sus labios antes de seguir—: Sé que te quiere de verdad. Habría tenido que enfrentar a su familia por estar contigo, pero estaba dispuesto, y lo único que lo separa de ti ahora es la creencia de que estás tan disgustada con él que no lo perdonarás – ante eso, Johanna se mordió los labios—. Ahora mismo está en su casa –siguió Marissa—. Ve por él –y como reafirmando sus palabras, puso sobre la mesa un juego de llaves. Johanna las miró con avaricia y empezaron a brillarle los ojos de pura anticipación. Se puso en pie lista para salir corriendo, pero enseguida la miró, otra vez con la desconfianza pintada en el rostro.

—Un momento... Por qué hace esto? –Marissa sonrió de medio lado.

—Porque si me casara con él, estaría haciendo infelices a tres buenas personas. Y no nos lo merecemos. En cambio, si me retiro del cuadro, por lo menos dos de esas personas serán felices, y vale la pena—. Marissa también se había puesto de pie. Johanna notó una vez más su estatura, su elegancia, su belleza. Y ahora, comprobaba, su corazón.

—Si él no me acepta, su renuncia habrá sido en balde.

—Él te aceptará... y no se puede renunciar a algo de lo que no eres dueña.

Johanna miró hacia la salida como aturdida. Marissa pudo seguir fácilmente su tren de pensamientos. Simon, una vida con él, una posibilidad. Johanna la miró otra vez con su mirada tan transparente.

—Qué... qué puedo decirle?

—Gracias? –sugirió Marissa.

—No. Cualquier cosa que diga ahora... serán meras palabras. Algún día se lo podré agradecer como es debido.

Marissa se encogió de hombros.

— Sólo hazlo feliz, de lo contrario, tendrás en mí algo peor que una enemiga.

Johanna la miró fijamente con un nuevo respeto, sin embargo sonrió, como si no esperara menos de ella. Tomó las llaves que le había ofrecido Marissa y se quitó la gorra dejándola en el mostrador. Dijo algo rápidamente a su compañero de trabajo mientras se arreglaba el cabello y salió de allí disparada a encontrarse con su hombre.

Marissa sintió el suelo hundirse bajo sus pies. Literalmente. Las mesas, las sillas, los cuadros oscilaban. Manoteó buscando un apoyo, pero no lograba asirse de nada. Oh, Dios, iba a caer al suelo.

No lo hizo. Unos brazos sorprendentemente fuertes la sostuvieron y la llevaron de vuelta a su silla. Le ofrecía algo de tomar, pero ella sólo negaba. Sentía náuseas. Ahora... por qué esa debilidad? Por qué estaba a punto de desmayarse?

—Respire profundo, por la nariz —dijo una voz grave a su lado. Ella obedeció—. Eso es. No se mueva—. Como si pudiera.

Marissa mantuvo sus ojos cerrados y recostó la cabeza en el espaldar de la silla. Escuchó a alguien hablar a lo lejos, pero no prestó atención. Se alarmó un poco cuando sintió las cortinas metálicas del restaurante cerrarse. Dentro todo había quedado oscuro.

—Qué sucede?

—Estoy cerrando el sitio —contestó la misma voz de antes—. Usted no se siente bien. Déjeme acompañarla hasta su auto—. Le tendió una mano para que se apoyara, pero la rechazó. Se puso en pie sólo para volver a sentir ese vaivén. El hombre volvió a sostenerla. Esta vez se apoyó en su hombro sin ningún reparo.

—No sé qué me sucede.

—Se le pasará —Aseguró el hombre.

Él le pasó la mano por la cintura para que se apoyara. Marissa se sentía tonta y débil, pero a la vez, agradecida. Salieron por la puerta de personal, y se encaminaron a su lujoso auto aparcado justo frente al restaurante. Marissa lo miró sintiéndose incapaz de conducir hasta su casa. El hombre pareció leerle el pensamiento, porque dijo: —Tal vez deba llamarle un taxi.

—Un taxi? Ni loca.

—Pero no podrá conducir así.

—No. Tampoco quiero dejar mi auto aquí...

—Entonces... Si me permite, yo puedo llevarla hasta su casa, o a donde tenga que ir.

Marissa lo miro a la cara por primera vez. Santa... madre. El hombre tenía estatura, cuerpo, y una cara hermosa... lo reconoció como el compañero de trabajo de Johanna, sólo que... de cerca y sin esa gorra amarilla era guapo... guapo de verdad.

—Mi nombre es David —se presentó él, pero Marissa seguía en el limbo—. Puede confiar en mí, aunque no me conozca. Aunque bueno, sabe dónde trabajo y que soy amigo de Johanna, si quiere volver a encontrarme.

Ella asintió, aunque a duras penas había escuchado un tercio de lo que dijera. Haciendo un esfuerzo,

analizó sus sentimientos en ese momento; se sentía profundamente triste por lo que acababa de hacer.

Ok, era lo más correcto, pero eso no indicaba que tenía que hacerla feliz, y realmente, estaba cansada de ser siempre ella la que saliera perdiendo en todo, sobre todo en estos temas sentimentales.

Enamorarse era un tremendo problema.

Miró al hombre que la sostenía, y extrañamente, no sintió desconfianza. Ninguna alarma dentro que le previniera, ningún olorcito que le indicara que se alejara; por el contrario, inspiraba cierta seguridad.

Él no había mirado su escote, o sus piernas, o su costoso bolso, simplemente la trataba como a alguien que necesitaba ayuda.

Eso no le pasaba muy a menudo con los hombres. Ni con las mujeres, si era sincera. Siempre había llamado mucho la atención. Era rubia natural, de esas rubias de cabello largo y abundante; su cutis siempre lo comparaban con la piel de un melocotón, suave, terso, bronceado, y sus ojos eran azul pálido. La típica belleza americana, sólo que ella había heredado los genes suizos de su madre.

Su ropa siempre iba orientada a resaltar su figura sin parecer vulgar, y la blusa azul celeste que llevaba ese día, sin duda alguna, le resaltaba los ojos... y este hombre la miraba como si... como si nada.

No debía alterarla, no importaba. Era el compañero de trabajo de Johanna, por Dios, por qué esperaba que se desmayara al verla? La que estaba a punto de desmayarse era ella.

David la condujo suavemente a su auto. Marissa le entregó la llave y él desactivó la alarma. Junto con ese sonido, Marissa tuvo una extraña consciencia. Su vida había cambiado, tan cierto como que le estaba permitiendo a ese extraño conducir su auto hasta su casa. Su vida no volvería a ser la misma que hasta el momento; había cambiado irrevocablemente y para siempre.

David nunca había conducido un auto como ese.

Miró a la dueña a su lado.

Del mismo modo, nunca había pasado tanto tiempo al lado de una mujer como esa. Se sentía como en la dimensión desconocida. Como si en cualquier momento fuera a despertar para seguir siendo el encargado de un restaurante en su barrio.

Sonrió. Esto era un simple paréntesis en su realidad. Después de todo, seguía siendo el encargado de un restaurante en su barrio.

Se detuvo en un semáforo y vio a dos hombres en una esquina admirar el auto, luego, a la chica digna de una portada de revista asomada a la ventanilla. Inmediatamente, y como era de esperarse, los hombres movieron la cabeza para tratar de ver al afortunado, afortunadísimo, que iba al volante. Ah, sí. El dudoso afortunado era él, aunque sólo estaba haciendo las veces de chófer. David sonrió y

metió el cambio con soltura cuando el semáforo pasó a verde.

Su vida no se componía de coches de cientos de miles de dólares, ni de chicas más caras aún. Su vida era más bien levantarse a las cinco de la mañana para abrir un restaurante, desocuparse a la media tarde para salir corriendo a la universidad; regresar a casa luego de las nueve, besar a su abuela, a su hermana, contar una que otra anécdota de su día para que no se sintieran excluidas de su vida, y marchar a la cama a dormir, para poder levantarse despejado al día siguiente otra vez.

Sí, esa era su vida.

Pagar las cuentas del arriendo, los servicios, la alimentación, la universidad, el colegio de Michaela, las medicinas de Agatha, su abuela. Ah, y no cuentes que tu hermana era una adolescente de dieciséis años que requería ropa, zapatos y maquillaje, pues estaba en esa edad; accesorios para el cabello, esmalte para las uñas...

Michaela era una niña buena, y para nada exigente. Pero él quería que tuviera una adolescencia normal, como las demás chicas de su escuela.

Miró de nuevo a la despampanante mujer a su lado. Jamás, jamás en la vida, lograría mantener a una mujer de “Alto Mantenimiento” como ella. Jamás. Estaba seguro de que sólo su bolso costaba lo que su salario mensual.

Él era más bien de la clase obrera, en un país que si bien era originario del sueño americano, no siempre se realizaba entre los que soñaban. Él tenía los pies sobre la tierra. Él era más sensato.

Marissa bajó de su Mercedes blanco aún algo mareada. Pensó en que a lo mejor todo ese ir y venir de los objetos que se suponía estaban quietos se debía a no haber comido nada desde el día anterior.

Cúlpame.

No lo había hecho porque simplemente no le había dado hambre.

Cuando pensó en subir hasta su pent—house ubicado en el veinteavo piso le volvió a dar mareo. Afortunadamente, allí estaba su salvador para sostenerla.

—La acompañaré arriba—. Wow, sip. Esa no era una sugerencia, simplemente la declaración de un hecho.

Mientras salían del parqueadero privado, Marissa miró de nuevo al hombre a su lado y ésta vez se fijó un poco más. Le llevaba más o menos una cabeza, era de hombros anchos, aunque algo delgado.

Tenía los ojos café con pintas verdes, el cabello castaño largo al cuello y la piel más clara que la suya. Oh, sí, el hombre era atractivo.

Y ella se estaba sintiendo atraída, atraída en el sentido animal. El tipo estaba bueno, ella tenía el corazón roto... qué... destrozado, y aquí estaba, al lado de un hombre que probablemente jamás volvería a ver.

Nunca había sido partidaria del sexo frívolo. Desde la escuela, la mayoría de sus compañeras habían sido unas promiscuas de primera y nunca estuvo de acuerdo con esa filosofía de vida. Ella sólo se había entregado a un hombre, y éste, probablemente, ahora estaba en los brazos de otra. Bueno, ella misma lo había empujado allí. Pero ahora era diferente. Después de pasar toda una vida comprometida con un hombre, ahora se hallaba con que no tenía para quien reservarse, no tenía a nadie a quien guardarle fidelidad, y este hombre estaba aquí, y estaba más bueno que una lluvia en el desierto, y ella tenía unas ganas terribles de empezar a portarse mal.

Hizo girar su llave en la cerradura, fingió otro pequeño mareo y con eso lo obligó a entrar con ella. Ante todo era un caballero, y parecía que de veras le interesaba que estuviera bien. Bueno, ella sabía un modo en que podía hacerla sentir mucho mejor, ya iba a ver.

Caminó hasta una de las habitaciones del primer piso, mientras su salvador (cómo era que se llamaba?) miraba en derredor como embobado con su mobiliario; sí, sí, que se distrajera. Dejó la puerta abierta y empezó a desnudarse. Ella era hermosa, lo sabía. Un hombre sexualmente sano nunca la rechazaría; menos uno como él, que seguramente nunca había tenido la oportunidad de estar con una mujer como ella. Tenía la victoria asegurada.

David quedó un tanto sorprendido por tanta elegancia. Los muebles, los adornos, el piso de parquet, tan abrigado y encerado que parecía un espejo; el ventanal, que al estar en un veinteavo piso le daba una buena panorámica de la ciudad... era todo de primerísima calidad. Nunca había pisado un sitio así, y ahora se sentía un poco cohibido.

Se descubrió solo y caminó en busca de la chica para despedirse. Ya estaba a salvo en su casa, su labor como chófer y guardián había terminado. Era hora de volver a la vida real.

Se sorprendió terriblemente cuando la vio.

Santa... madre de los angelitos desnudos. La mujer estaba tal y como Dios la trajo al mundo, totalmente desnuda, excepto por sus sandalias de tacón alto y una cadena de oro en el cuello. La boca se le secó, y el corazón se le saltó un latido. Era hermosa más allá de toda lógica, la ganadora de la lotería genética. Sus senos eran redondos, pequeños, pero hermosos, firmes. Era increíble que tuviera una cintura tan estrecha y un abdomen totalmente plano, ¿acaso no comía? y un ombligo que... no, él no iba a mirar allí, él no... Vaya por Dios.

No se dio cuenta de que ella se le había acercado, y ahora rodeaba su cintura con sus brazos y le besaba el cuello. Él no estaba muerto, por Dios, y hacía rato no estaba con una mujer; ya sabes, los compromisos, el trabajo, el estudio, la familia...

En un acto de caballerosidad, intentó retirarla, pero al poner sus manos en su desnuda piel, su determinación flaqueó. Por qué no? Ella era exquisita, y se estaba ofreciendo en bandeja de plata.

Pero ésta era una mujer que acababa de renunciar al hombre que amaba y se lo había entregado, por no llamarlo de otra manera, a Johanna, su compañera y vecina. Acababa de verla empujar al hombre con el que había estado comprometida toda la vida a los brazos de otra en un acto de terrible bondad y valentía. Era posible que ahora quisiera reafirmar su feminidad y atractivo entregándose a un

desconocido. Pero él no la quería así.

Por Dios, qué estaba pensando? Ella era hermosa, e increíblemente sexy, y sus inquietas manos ahora mismo estaban explorando su pecho, bueno, una, porque la otra iba directo a su...

—No.

Le tomó ambas manos e intentó mirarla a los ojos. Ella no hizo caso, y forcejeó para liberarse y volver a acariciarlo, pero entonces él se alejó un paso negando con su cabeza.

—Eres hermosa, sexy, e irresistible, créeme. No necesitas hacer esto para reafirmarlo.

—Y qué importa si quiero hacerlo?

—No, Marissa.

Oh, Dios, él sabía su nombre, pensó Marissa, y fue como si del techo le cayera un balde de agua fría. De algún modo, eso hizo todo aquello más... personal. De esta manera, este episodio no podía pasar por “anónimo”.

—No debo ser tan sexy —dijo entre dientes—, si un hombre joven, hermoso y sano como tú me rechaza.

—Sé por qué quieres hacerlo, y créeme, las razones son equivocadas.

A ella se le empañaron los ojos. Negó sacudiendo su rubio cabello y volvió a la carga, tocando, frotando, acariciando. David soltó un siseo.

—Marissa, eso sólo será un alivio temporal... mañana te sentirás terrible. Créeme—. Ella lo alejó de un empujón con toda su frustración a flor de piel. Un simple encargado de restaurante la rechazaba. Qué más le faltaba por experimentar?

Sin importarle ya nada, caminó hasta la cama y se tiró en el colchón boca abajo sin preocuparse por cubrirse. Tenía la garganta cerrada y se dio cuenta de que no podía llorar por la misma vergüenza y la ira; se sentía fea, descolorida e indigna.

—Podrías irte? —le pidió, cubriéndose el rostro con el brazo para que él no la viera. David se rascó la cabeza mirando a otro lado. Caramba, ser un caballero era taaan difícil. Se acercó lentamente a ella. Tomó una esquina del edredón y la cubrió—. No te necesito —insistió ella—.

Vete.

Él asintió, arrepintiéndose tal vez de haber dejado ir esta oportunidad. Le venía bien, pensó ella. Ojalá tuviera pesadillas con ella por un buen tiempo, por idiota.

Cuando él se fue, y se escuchó la puerta principal al cerrarse, Marissa al fin pudo llorar.

:2:

Ese domingo por la tarde, David se vistió con pereza. Con un poco de suerte, este sería su última noche en el bar y servir tragos pasaría a la historia. Mañana sería su primer día de trabajo en una importante empresa.

Se subió los pantalones lentamente, y se puso frente al espejo sin mirarse. Michaela entró a su habitación sin llamar primero, así que fue una fortuna estar decente.

—Un día de estos —le dijo—, me vas a encontrar desnudo y te vas a llevar el susto de tu vida—. Ella rió descarada.

—Eres mi hermano, nada de ti me asusta.

—No estés tan segura—. Por el rabillo del ojo, la vio sentarse frente al PC, conectarse a internet e ir directamente al Facebook. Ella no tenía un teléfono inteligente, así que seguramente se estaría allí por horas; y sin él para vigilar, se acostaría a dormir justo cuando él llegara de su trabajo nocturno.

No dijo nada, al fin, que no serviría de nada. A Michaela todavía le quedaba una semana de vacaciones antes de enfrentarse a su último año antes de graduarse, y luego, ella debía entrar a la universidad y hacer una carrera, como su hermano mayor.

Cerró sus ojos al pensar en eso. Sus padres habían muerto hacía ya diez años. Cuando sucedió aquello, él tenía dieciséis, y Michaela siete.

El accidente no había sido culpa de su padre, más bien del conductor del otro vehículo, y su seguro de vida los había ayudado muchísimo en aquella época, pero lamentablemente, le había dado para el estudio de uno, no de los dos, y el dinero se había acabado.

Luego de quedar huérfanos se habían venido a vivir con la abuela Agatha a este edificio. Era viejo, y bastante destartado, pero con la pensión de la abuela y luego su exiguo salario, se habían podido mantener. El apartamento en el que vivían era de dos habitaciones, una la ocupaban Michaela y Agatha, y en la otra estaba su estrecha cama compartiendo espacio con la mesa del computador, pues en la sala no cabía. En cuanto cobrara su primer cheque, tenía pensado irse a otro lugar, uno más céntrico y más seguro.

Tenía unas cuantas deudas importantes, pues él había sido ambicioso y había hecho su soñado máster en economía, se había codeado con las personas adecuadas durante ese par de años, y ahora veía el fruto de su labor al ser contratado en un importante grupo empresarial dedicado a los farmacéuticos.

Sería un simple auxiliar contable, pero el sueldo le alcanzaría para cubrir sus gastos, y tendría la oportunidad de demostrar sus capacidades y ascender. Ah, cómo soñaba con sacar a sus mujeres de allí. Como soñaba con, algún día, ser capaz de mantener no sólo a su hermana y a su abuela, sino también... a una mujer. Soñaba con eso, cada día.

Sus ambiciones eran simples, iban un poco más allá de vestir trapos caros, y conducir un coche digno, poder visitar bares costosos como en el que trabajaba ahora, y viajar; no, él quería una casa a

la que pudiera llegar luego de un largo día de trabajo, mirar en derredor y ver que había valido la pena el esfuerzo. Cuando llegaba a ese punto, una mujer entraba en esa soñada sala y le preguntaba cómo había sido su día. Él le sonreía y le devolvía la pregunta. A veces, esa mujer no tenía rostro, ni estatura. A veces, esa mujer era rubia, y tenía un increíble par de piernas largas.

—Desconéctate temprano de ese aparato —le dijo a su hermana mientras se ajustaba la camiseta de algodón dentro de sus pantalones.

Michaela no hizo señas de haber atendido—. Me escuchaste, Michaela?

—Sí, sí...

—Y me vas a hacer caso? —Michaela por fin se dignó a mirar a su hermano.

—Sí.

—Bien. No te creo ni un poco, pero igual me tengo que ir.

—Que te vaya bien —le sonrió Michaela mirando de nuevo la pantalla del ordenador.

David se acercó a su hermana, le cogió la cabeza muy despreocupadamente y le besó la frente. Adoraba a esa chiquilla, aunque a veces lo sacara de quicio.

Antes de salir, se acercó a la anciana atareada en la cocina y también se despidió. Agatha lo miró preocupada hasta que salió por la puerta; no le gustaba nada ese trabajo. El hecho de que fuera en un bar, y por la noche, le ponía los nervios de punta. Consideraba que la ciudad estaba más llena de peligros hoy en día de lo que jamás se hubiese imaginado ella en sus tiempos, y su preciado nieto tenía que entenderse con rufianes y borrachos todos los fines de semana.

David sabía que ella se preocupaba, pero hasta el momento no había podido hacer nada por cambiar esa situación; lo hacía desde hacía unos seis meses para terminar de pagar un montón de deudas, y, durante el mismo tiempo, no había tenido una sola noche, una sola tarde libre. Desde mañana, sin embargo, tendría un horario decente, y los fines de semana para descansar. Su sueldo le alcanzaría para sus obligaciones financieras y vivir más decentemente sin tener que buscar un empleo alternativo. Por fin.

Esa noche saldría más temprano; era su última noche allí. Ya lo había hablado con su jefe, que no estaba muy contento, pero no había tenido más opción que aceptar. David quería algo más que llevar la caja en un bar de niños ricos y viciosos.

—Esto está atestado —dijo Marissa mirando en derredor.

Había venido esa noche con Nina, una de sus amigas de toda la vida, porque se había presentado en su casa y casi la había obligado a ducharse, vestirse y salir. Ahora estaban en la zona V P de un lujoso bar de Jersey City. Desde su lugar, se veía a hombres y mujeres tocarse, restregarse, y un montón de cosas igual de obscenas. La música tecno retumbaba en las paredes y las luces de colores giraban en

todas direcciones. Unos hombres, desde otra mesa, las miraban como si fueran el pastelito más exquisito de la panadería. Marissa estaba asqueada.

—Necesitas relajarte, mujer; distraerte, me captas? —Nina le estaba sonriendo insinuante a los hombres, que no tardaron en ponerse de pie y sentarse uno al lado de cada una. Marissa hizo además de levantarse y huir, pero la mirada de Nina le dijo: ni lo sueñes.

—Hola, preciosas —dijo uno de ellos. Marissa lo miró, era grande, rubio, y tal vez adicto al gimnasio y las proteínas—. Parecen un poco solas, ustedes dos.

—En verdad no —contestó Marissa—. Estábamos muy bien.

—Pero ahora estamos mejor —corrigió Nina sonriéndole con un especial interés. Marissa recordó que a Nina siempre le habían gustado los rubios.

Quería relajarse, en serio, pero no era capaz. Nunca tener ese tipo de flirteos con extraños se le dio bien. Una vez lo había intentado, y le había ido fatal. Miró a Nina; eran amigas desde la infancia junto con Diana y Meredith y habían estudiado en el mismo internado hasta graduarse. Se preguntó qué diría ella si le contara que una vez, hace un año ya, había subido a su apartamento un desconocido del que ya no recordaba ni su cara ni su nombre y se le había desnudado... para luego ser dulcemente rechazada.

No le creería, concluyó, y luego se reiría por ser capaz de inventarse una historia así.

Marissa era conocida por su ostracismo. A pesar de que había pasado un año desde que había terminado con Simon, y éste se había casado ya y era inmensamente feliz con su esposa, ella no había salido con nadie, no se había acostado con nadie... no era capaz.

—Vamos a bailar? —Dijo uno de los hombres. Marissa se negó.

—Ella acaba de salir de un convento —respondió Nina poniéndose en pie y tomando la mano de ambos hombres—; apenas se está acostumbrando al mundo exterior —siguió—, pero si se conforman conmigo, les prometo que lo pasarán igual de bien.

Uno de los hombres miró estudioso a Marissa, su vestido a la rodilla, su escote recatado y su cabello recogido. Aunque era rubia y hermosa, no parecía muy feliz allí, así que haciéndole caso a la espectacular morena que prácticamente les estaba proponiendo un trío, se fueron con ella a la pista de baile.

Marissa los vio alejarse apretando sus labios; a veces quería tener la soltura de Nina para olvidar los problemas.

Un mesero pasó por allí y ella le pidió unas bebidas. Un cosquilleo en la nuca le hizo girarse hacia la barra. Era el presentimiento de estar siendo observada.

Había un par de barmans allí, llenos de pedidos de clientes y con ambas manos ocupadas sirviendo y entregando tragos. Todos se veían ocupados, cada cual concentrado en lo suyo, así que nadie la estaba mirando.

Nina regresó a la mesa un rato después, sudorosa, pero con una ancha sonrisa en el rostro.

—Ah, Marissa, no sabes lo que te pierdes.

—Yo creo que sí.

—No seas tonta.

Marissa se sorprendió cuando notó que uno de los barmans se aproximaba a ellas.

A ellas.

Miró en derredor, pero el hombre no iba hacia ningún otro lado, no; iba directo hacia ellas. Y se acercaba sonriente, como si las conociera.

—Hola, Marissa —ella lo miró sorprendida.

—Disculpe?

—Soy yo... David... Hace casi un año no nos vemos... Quiero decir...

nos vimos una vez hace un año...

Marissa lo miraba con una de sus cejas alzadas y Nina lo estudiaba mordiéndose un labio, como con ganas de hincarle sus incisivos en alguna parte de su anatomía.

Ella miró al hombre. Era joven, alto, de cabello oscuro y piel clara.

Debajo de la camiseta del uniforme se notaban unos hermosos pectorales. Y la estaba mirando de un modo extraño, como si la conociera más que de nombre, como si...

Había anhelo en esa mirada.

—Lo siento, no lo conozco.

—Ni yo —Dijo Nina—. Pero eso tiene fácil solución, no? —Nina se puso en pie delante de él como diciendo: mira—qué—rica—estoy. Pero el tal David ni siquiera la miró. Punto a su favor. Sin embargo, la luz que traía en su mirada se fue apagando poco a poco. Sonrió de medio lado y dijo:

—Disculpe la molestia. Quizá la confundí—. Dio media vuelta y se alejó, con sus hombros un poco caídos ahora que se alejaba.

—Dios, qué cara, qué espalda, qué culo...

—Nina, cállate, por Dios—. Nina le echó malos ojos.

—Intentaron ligar contigo y tú como si nada.

—No intentó ligar conmigo...

—Pero está claro que NO te confundió con otra —aclaró Nina, girándose a mirarlo en la barra, donde estaba otra vez atendiendo—.

Dime, de dónde lo conoces?

—Quién dice que lo conozco?

—Sabe tu nombre —respondió Nina.

Un ramalazo de conciencia atravesó su mente. De algún modo, el hecho de que él supiera su nombre... lo hacía más personal.

—Oh, por Dios!

—Eso mismo dije yo —sonrió Nina malinterpretando su exclamación—.

Lo conoces, verdad?

Marissa se giró hacia la barra, y lo vio ocuparse de nuevo de las bebidas, ahora aún más concentrado en lo que hacía.

Era él, el chico que la había llevado a su apartamento la tarde que buscó a Johanna para decirle que le dejaba el camino libre hacia Simon. Era él, el hombre ante el que se había desnudado como una fulana y se había arrojado a sus brazos, y él, como un caballero, la había rechazado, salvaguardando así su muy maltrecha dignidad, pero haciendo pedazos su ego.

—Me tengo que ir —dijo de repente, tomando su bolso y poniéndose en pie.

—No seas cobarde. Él obviamente está interesado en ti. Vive la noche, Marissa!

Ella no lo creía así. Sabía que, aunque fuera hasta la barra para decirle que ya se acordaba de él, no habría nada más que decir; había estado tranquila porque creyó que nunca lo volvería a ver, ésta era una ciudad muy grande, con millones de habitantes, y ella no solía moverse en los círculos en los que muy seguramente se movía él.

Bueno, ahora tendría cuidado de no volver a pisar este bar jamás en su vida.

David la vio tomar su bolso y salir de allí disparada con su amiga detrás. No se había girado ni una vez hacia él mientras se dirigía a la salida. Pero claro, se dijo, qué esperabas? Realmente creyó que una mujer como ella se acordaría de él? En esa ocasión ni le había mirado la cara. Había estado muy concentrada acariciándolo, y tratando de seducirlo. Para ella, seguro, había sido sólo alguien del sexo opuesto al que podía utilizar para vengarse. Nada más.

Ah, pero dolía, dolía de veras.

Marissa llegó hasta su auto y se internó en él. Nina había preferido quedarse a última hora. Mejor que mejor.

David allí. El chico sin rostro ni nombre de su apartamento allí. Bueno, ahora tenía un nombre, y un atractivo rostro que ponerle cuando se acordara de esa ocasión. Encendió el motor de su Audi ahora azul oscuro, y se alejó del bar.

Ahora sabes bien por qué tus ovarios lo eligieron para portarte mal esa vez, dijo una vocecita más traviesa que la real Marissa.

—Oh, cállate —contestó ella en voz alta, como si de veras su conciencia estuviera sentada a su lado en el auto.

El tipo está bueno. No, bueno no; buenísimo, así como de portada.

Se detuvo en un semáforo, y tamborileaba en el volante con sus dedos.

Hacía rato no se permitía a sí misma recordar aquella ocasión. La había enterrado a fuerza de empujones en lo profundo de su mente, y muy de vez en cuando emergía para hacerla sentir fatal, como ahora.

Y esta noche soñarás con él, porque el tipo está como quiere, y seguro que esta vez no te rechazará.

Nop, ella no soñaría con nada, porque planeaba tomarse unas muy eficaces pastillas para dormir.

Tramposa.

David llegó a las once a su pequeño apartamento, entró a su habitación encendiendo la luz, y dejando a un lado las llaves se tiró a la cama. Colgado en un clavo frente a su cama había una percha con un saco, una camisa y un pantalón, los que se pondría mañana para trabajar, seguramente planchados por su abuela. Ese saco había sido de su papá, y se lo había puesto en las ocasiones especiales, sus demás chaquetas eran demasiado informales como para llevarlas a una oficina. No tenía más, así que sus nuevos compañeros de trabajo lo verían repetir ropa hasta que tuviera para comprarse un nuevo traje.

Sus pensamientos se desviaron hacia cierta rubia.

Se sentó sacudiendo la cabeza, como si así pudiera espantarla de sus pensamientos. Lo que había ocurrido aquella vez en su apartamento sólo había sido un mal trance, una simple metedura de pata por parte de ella, una tontería. Tan indigno de ser tenido en cuenta, que ella ni siquiera había recordado su rostro cuando lo volvió a ver. Todavía veía la expresión de confusión en su bonita cara cuando se presentó.

Por qué había tenido que ir a buscarla? Por qué no se había quedado detrás de la barra como debía ser? No, él había tenido que ser idiota y se había ido ante ella para recordarle un episodio del que ella seguramente se avergonzaba.

Se puso los dedos sobre las sienes apretándolas como si así pudiera exprimir la razón por la que no

se había quedado quieto en su barra y la había tenido que ir a buscar.

En el fondo de su corazón, concluyó, había esperado que ella le sonriera, y de alguna manera, ella le dijera que ahora estaría con él, ésta vez por las razones adecuadas.

Y había sido una estúpida fantasía. Se le había presentado la ocasión de una—vez—en—la—vida con esta hermosa mujer y él la había dejado pasar porque no era lo correcto, porque él tenía una hermana menor y deseaba que también la respetaran como él respetaba a las mujeres. Porque sabía lo que era la desesperación.

Se volvió a acostar en su estrecha cama y miró el techo por largo rato.

Bueno, seguramente ella tendría cuidado de no volver a entrar en ese bar, lo cual era una tontería, porque él no trabajaría más allí. Sus caminos se volvían a separar, esta vez, quizá para siempre.

A la mañana siguiente, Marissa entró a su oficina como si la noche anterior no se hubiera ido de farra con una amiga, no se hubiese encontrado con un presunto y malogrado ex—casi—amante, y no se hubiera drogado con una pastilla para dormir. Estaba rozagante en su ejecutivo azul marino y sus zapatos de punta, había tenido tiempo de arreglar su cabello y su manicura, e iba pensando en el color de su nuevo auto; tal vez se compraría un BMW. Le gustaban los autos, y no siempre tenían que ser exageradamente caros y lujosos.

Afortunadamente su padre le consentía esos caprichos.

Los empleados al verla la saludaron formales, como siempre, y ella avanzó hacia su oficina con paso resuelto, aunque realmente iba distraída, llenándose la cabeza de cosas para no ponerse a pensar.

Dejó su bolso sobre el perchero y abrió la laptop sobre el escritorio.

Trabajo, trabajo, más trabajo.

Su padre era el dueño, por olvidar los formalismos, de H&H, una empresa dedicada a la fabricación, distribución y comercialización de todo tipo de productos de aseo personal, farmacéuticos, para bebés, belleza y *etc.* Llevaba más de cien años fundada, aunque en aquella época no era más que un laboratorio donde fabricaron jabones para ropa delicada y luego lociones para bebés. Había tomado el nombre de su abuelo y su tío abuelo cuando la adquirieron en lo que fue la mejor inversión de sus vidas. Su padre había heredado las partes de ambos y vendido a socios minoritarios un pequeño porcentaje de las acciones y le había dejado el nombre de Hamilton y Hamilton, reduciéndolo simplemente a un H&H, que ahora podían simbolizarlos a ella misma y a él, que eran quienes la controlaban ahora.

A estas alturas, era una empresa bastante grande e importante a nivel internacional, y ella heredaría algún día.

En el pasado, casi había descansado en la idea de que Simon tomaría el control y ella sólo se ocuparía de algún cargo menor, pues su sueño era tener hijos y dedicarse a su hogar el mayor tiempo

que pudiera; habían sido sueños bastante sencillos y modestos, muy anticuados tal vez, pero era la vida que había querido para sí luego de no haber tenido una madre que la criara y le diera el calor de un hogar.

Pero nada de eso había resultado, y dudaba mucho que pudiera casarse en los próximos años, así que le correspondía ser una hija responsable para que cuando su padre quisiera retirarse ella pudiese ser apta. No es que Hugh ya fuera anciano, no, pero ella necesitaba ganarse poco a poco el respeto de la mesa directiva y los otros socios.

Un par de horas después de haber entrado a su oficina, entró Lisa, su secretaria, y entre otras cosas, le recordó la reunión que tendría en la sala de juntas con algunos otros ejecutivos y su padre.

Como hija del jefe, muchos habían pensado que entraría de una vez con un alto cargo ejecutivo, pero Marissa había empezado desde abajo y escalado hasta el puesto en el que estaba: ejecutiva de ventas.

De ella dependía que la distribución de los productos se mantuviera estable, y a su cargo estaban otros departamentos como los de marketing y publicidad.

Tecleó algo en su portátil y lo cerró cuando se hizo la hora de asistir a la reunión. Si llegaba unos minutos tarde, sería amonestada como cualquier otro empleado.

Sonrió al pensar eso.

Ella había podido elegir ser una hija de papá y limitarse a usar sus tarjetas de crédito, pero nunca había sido del tipo recostada. Este año pasado había sido especialmente difícil, y su escape había sido el trabajo, lo que le había ayudado a cosechar muy buenos frutos. Junto a su padre, había atravesado varios baches en el negocio, y juntos, también, se habían consolidado como una de las empresas de productos más confiables no sólo del país, sino del mundo.

Su padre, el CEO de H&H, era un visionario y un tiburón de las finanzas bastante reconocido en el país; conocía personalmente al presidente, se telefoneaba con senadores, y se iba de vacaciones con personajes reconocidos a nivel mundial. Se pasaba más tiempo viajando que en casa, pero eso ella ya no se lo reprochaba. Cuando su padre no había estado, Simon sí. Bueno, ahora Simon tampoco estaba, pero ella ya no era una chiquilla. Cierto?

—Bueno, he aquí la que faltaba —dijo Hugh Hamilton a la mesa en general, mirando sonriente a su única hija, y según sus propias palabras, su bien máspreciado. Los hombres se fueron sentando cada uno en su sitio, y Marissa se encaminó a su padre y le besó ambas mejillas, sintiendo otra vez un cosquilleo en el cuerpo... Ah, esa sensación... Hugh la miró analítico; era un poco más alto que ella, con entradas pronunciadas en su castaño cabello. Marissa se sentó en una silla alejada sin mirar a nadie directamente a los ojos. Sentía que hoy la sala estaba más llena de lo acostumbrado, pero no prestó mucha atención. Sacó su Tablet y se dedicó a tomar nota de cualquier cosa que dijeran.

Los ejecutivos fueron presentando informes y propuestas sistemáticamente. Hugh las rechazaba o aceptaba con la precisión de un samurái. Ella a veces se lo quedaba mirando conteniendo la respiración. ¿Cómo hacía para intuir en un nanosegundo que lo que le proponían que hiciera no sería a largo plazo un fracaso o un tremendo acierto?

Cuando llegó su turno para hablar, lo hizo con serenidad. Pero la sensación de ser observada, y ese cosquilleo en el cuerpo no hizo sino intensificarse. Miró en derredor disimuladamente, pero aparte de los de siempre, no vio nada ni a nadie extraño.

—Entonces eso es todo —dijo Hugh al final, y al tiempo, todos se pusieron en pie para salir—. David, tú no te vayas —ordenó él, y Marissa casi se va de bruces.

Aquello tenía que ser una coincidencia, una simple coincidencia.

Junto a ella, otro más se quedó rezagado, y pudo ver a David, a su David, encaminarse hacia su padre y hablar con él.

Oh, cálmate, no es “tu David para nada, atacó de nuevo su conciencia.

Bueno, pues él estaba allí. Desde cuándo trabajaba para H&H?

cuándo lo había contratado su padre? No era él, acaso, un simple barman?

Lo miró largamente, pálida. Toda la serenidad que había traído desde casa se fue al traste.

Acaso era profesional? Su padre nunca contrataba peritos, o estudiantes. Y si contrataba a alguien desconocido, tenía que tener una larga lista en sus referencias laborales. Este muchachito debía ser como mínimo un magister, o el hijo del embajador de alguna parte para merecer estar trabajando con su padre, y para que él lo llamara por su nombre de pila.

El otro hombre que se quedó rezagado, se adelantó un paso y se acercó a ellos, que conversaban.

—Perdón, señor Hamilton —dijo, y ambos dejaron de hablar en voz baja para prestarle atención—. Creo que tenemos un nuevo empleado y no lo sabíamos.

Buena pregunta, se dijo Marissa, sin notar que se había quedado allí de pie como un pasmarote mirando al que hasta hacía unos segundos creyó no volvería a ver en lo que le quedaba de vida.

—Ah, lo siento, pero si me dedicara a presentar a cada nuevo empleado, nuestras reuniones serían interminables —dijo Hugh con su blanca sonrisa—. Este es David Brandon —lo presentó—. Entró hoy a trabajar para H&H —Marissa miró al que había hecho la pregunta elevar una ceja. Viktor Ivanov era un ejecutivo de larga trayectoria, un poco mayor que los treinta, y por lo que sabía, soltero—. Ah, querida —dijo Hugh mirándola, y ella enrojeció al instante. Ahora David la estaba mirando a ella. Por qué no había huido de la sala en cuanto tuvo ocasión? No, ahora era el blanco de atención de este hombre—. Mira, David, ésta es mi hija.

—Un placer —dijo él sin tender su mano, y ella no dijo nada ni hizo ningún movimiento.

Luego de unos segundos de estar como una estatua, tomó sus cosas de la mesa de juntas y salió de allí.

:3:

David observó a Marissa huir casi con la misma premura con la que había salido anoche del bar, y Hugh sólo lo miró sonriendo, como pidiéndole que disculpara la mala educación de su hija.

No podía creer su suerte. Él había tenido el “buen” tino de cruzarse en el camino de la hija del que sería su jefe más importante. La hija de Hugh Hamilton.

Qué raro era el destino.

Había entrado a trabajar aquí hoy porque sus profesores en la universidad lo habían recomendado expresamente a él para una necesidad muy particular que tenía este importante hombre de negocios.

Hugh Hamilton era muy conocido; su empresa era muy conocida. De él se sabía que iba rozando los sesenta y que era activo, saludable para su edad, viudo desde hacía muchísimo tiempo, y con decisiones muy acertadas en cuanto a dinero se refería. Se había entrevistado con él en un sitio privado unas semanas antes y habían hablado largamente de sus capacidades, aunque también de su falta de experiencia en el campo laboral en el que ahora entraría. Pero su falta de experiencia había sido más bien el aliciente que Hugh necesitaba para contratarlo. Había dicho algo como: “necesito mentes frescas, despejadas y actualizadas”, y lo había contratado.

Ahora, antes de esta reunión, habían estado caminando por todo el edificio mientras hablaban, y le había contado algunos detalles más exactos acerca de lo que de él esperaba. Le había pedido que asistiera a la reunión y allí la había visto, a Marissa, la hermosa mujer que anoche no lo recordó, y que ahora deseaba cualquier cosa menos pisar el mismo suelo que él. Bueno, no se podía ir; necesitaba este empleo, quería este empleo.

Ivanov, el ejecutivo que se había quedado más tiempo que los demás, lo miraba con cierto recelo, pero no le importaba mucho.

Tenía un don, y era saber qué clase de ser humano era una persona con sólo verla una vez, y este hombre, que usaba un traje hecho a medida de un paño que de seguro no podía mojarse porque se echaba a perder, y que en su muñeca izquierda llevaba un Rolex de oro, tenía en la mirada la petulancia de alguien que se sabe superior.

Hizo una mueca concentrándose de nuevo en Hugh. La única opinión que le importaba ya estaba dada. Sólo quedaba trabajar y demostrar sus capacidades.

—David—Lo volvió a llamar el señor Hamilton, y él lo miró de nuevo.

Viktor salió de la sala de juntas dándose cuenta de que a nadie le importaba lo que él pensara—. No prestes atención a lo que digan o dejen de decir—dijo el jefe—. Yo te necesito—, puso una mano en su hombro, mientras, por una puerta privada entraba a su propio despacho, más grande y más lujoso aún—. De ahora en adelante, deberás ser mis ojos y mis oídos. Todo lo que suceda en H&H y que a ti te parezca medianamente fuera de lugar me lo harás saber; si desconfías de alguien, si alguien no te gusta... necesito tu mente y tus intuiciones.

—Y qué pasa con su mente y sus intuiciones, señor? —preguntó él a su vez.

—Ah, estoy paranoico, así que estoy teniendo demasiadas intuiciones últimamente, no puedo confiar en ellas—. David lo miró inexpresivo, lo que le provocó risa a Hugh—. No me falles —le pidió, y acto seguido, abrió un cajón de su escritorio para sacar de él los papeles de su contrato laboral, y David se sentó en frente suyo para ojearlos y firmarlo.

Luego de salir de su despacho, una bonita secretaria le había indicado la pequeña y estrecha oficina en la que habría de trabajar.

Por lo menos tenía oficina y no un cubículo como los demás. Le dieron un tour por las diferentes dependencias, y le hablaron de los beneficios y privilegios que tenía como empleado directo de H&H. Hubo un intercambio de papeles y documentos con el encargado de recursos humanos, y David salió de allí con su nuevo carné de empleado.

Miró en derredor las diferentes oficinas. Cuál sería la de Marissa?

Y a él que le importaba? Acaso a ella le importaba él? Había salido de la sala como si alguien le fuera a contagiar la peste bubónica.

Oh, había tenido una muy buena primera impresión de ella hace un año, renunciando a un hombre para que otra mujer fuera feliz y todo ese cuento. Luego, se había asegurado de quedar grabada a fuego en su mente al desnudarse ante él, y ahora salía como el correccaminos cada vez que estaban en la misma estancia. Sip. Geeeeenial.

David entró a su oficina para encontrarse con el objeto de sus pensamientos detrás de su silla giratoria. Ella se retorció los nudillos de los dedos y tenía en el rostro una expresión que era entre suplicante y aterrada.

—Vaya, señorita Hamilton...

—Mira, siento mucho lo de anoche —empezó a decir ella con voz vacilante—, yo...

—Lo de anoche?

—Sí, verás... no fue intencionado. En realidad no te recordaba. No recordaba tu cara o tu nombre... no fue adrede—. Él hubiera preferido escuchar que había sido grosera y lo había ignorado con toda intención. Miró el escritorio en medio de los dos, vacío; sólo un iMac reposaba en una esquina.

—Tranquila, no es nada. Pasa a menudo.

Marissa no se dejó engañar por ese tono tranquilo.

—Lo contarás? —Él la miró fijamente—. ¿A mi padre? ¿A alguien? ¿Lo contarás? —Se asustó un poco cuando lo vio apretar los dientes y un músculo le latió en la mejilla.

—No soy un chismoso, señorita —gruño él, y Marissa se dio cuenta de su paso en falso. Respiró profundo un par de veces.

—Perdóneme.

—No hay nada que perdonar. Estese tranquila. Ese mal trance quedará tan enterrado como un muerto. Nadie lo sabrá jamás.

Ella debía sentirse más tranquila. Realmente, debía. Pero por alguna razón, verlo molesto la inquietaba.

—Creo que nunca le agradecí... lo que hizo por mí esa vez.

—Sí, claro. Se habría arrepentido terriblemente después—. Ella asintió con la angustiante sensación de que cada vez que abría la boca empeoraba las cosas. Dio unos pasos hacia adelante, pasó por su lado y llegó a la puerta. No se atrevía a salir. Había algo tranquilizador en la presencia de este hombre; aunque ahora se limitaba a llamarla “señorita Hamilton”, como si fuera un desconocido.

Técnicamente lo era, no?

Se demoró un poquito más en la puerta y lo observó sentarse en la silla giratoria y encender el iMac.

—Puedo... Puedo preguntar cómo consiguió este empleo?

Él la miró fijamente con sus ojos café verdoso, como sopesando si responderle o no. Al final se decidió y habló: —Acabo de terminar un máster en economía. Obtuve muy buenas notas, y mi proyecto final fue laureado. Su padre necesitaba a alguien como yo, y en vez de buscar entre sus amigos y conocidos, fue a mi facultad. Mis profesores me recomendaron.

Y fin de la historia, notó Marissa. Él había contado aquello como si más bien lo recitara. Sin embargo, sólo asintió, buscando inconscientemente el modo de permanecer más tiempo en esa pequeña oficina.

—Debió ser muy brillante —dijo. Él la miró otra vez. No había vanidad en su mirada, ni afectación, o jactancia.

—Soy muy bueno en lo que hago, señorita Hamilton—. Y con esa enigmática frase suspendida en el aire, se concentró en su trabajo ignorándola de un modo pasmoso.

Marissa entró a su oficina entumecida mentalmente. Soy muy bueno en lo que hago. Estaba segura de que no se refería sólo al trabajo, había soltado la frase con toda intención, recordándole lo que había pasado hacía un año. Aunque realmente no había pasado nada, y había sido gracias a él, y ahora se comportaba como si todo fuera culpa de ella.

Su secretaria interrumpió sus pensamientos cuando le habló por el teléfono para recordarle una llamada que tenía por hacer.

Concéntrate en el trabajo, se dijo, tú también eres buena en lo que haces.

Marissa conducía su Audi camino a las oficinas de H&H, pero se detuvo frente a un local para comprar un café y unos bizcochos para desayunar en la oficina. Podía dejarle la tarea a su secretaria, pero aún era temprano, y ella podía hacer el trabajo sin problemas.

Sí, claro.

A la salida del local, de camino a su auto, alguien pensó que su bolso era muy bonito y lo haló con fuerza de su brazo. Marissa no lo soltó, y empezó a gritar a todo pulmón. El café que llevaba en la mano se derramó en medio de los dos mojándolos a ambos con el líquido caliente. El hombre empezó a arrastrarla tirando del bolso, incluso utilizó sus pies y enormes zapatos para convencerla de que soltara.

Marissa no se quedó atrás y con sus tacones empezó a atacar sus canillas.

De repente, y sin previo aviso, el ladronzuelo de bolsos fue despedido a varios metros de distancia. El hombre se puso en pie, miró en dirección a ella con horror, y sin perder tiempo, salió de allí corriendo. Marissa se puso en pie con la ayuda de alguien. A su alrededor, empezaba a congregarse un grupo de gente que le preguntaba si estaba bien. Miró abajo. Sus rodillas estaban destrozadas, las piernas y los tobillos raspados por el pavimento. Pero su bolso estaba a salvo, apretado contra su regazo.

—Qué es eso tan valioso que tienes allí que no lo podías soltar? — Marissa miró directamente al dueño de esa voz. Ya no la sorprendía. Al parecer, alguien, en algún lugar, había decretado que David Brandon sería su salvador.

—Casi nada —contestó, molesta—. Sólo mis documentos, las llaves del auto y mis tarjetas de crédito. Ah, y unos papeles muy importantes de la oficina.

Marissa empezó a cojear hasta su auto. Se recostó en él mirando el daño en la piel de sus rodillas y tranquilizando a todos asegurando que estaba bien. Alguien le ofreció curarla, y ella rechazó diciendo que en las oficinas donde trabajaba había un botiquín de primeros auxilios.

Al verla morderse los dientes y tocarse una raspadura especialmente fea, David le extendió la mano pidiéndole las llaves.

—Si logramos entrar antes que el resto de personal de la empresa, evitaremos las preguntas y comentarios —dijo, y Marissa asintió pasándole las llaves de su auto. Iba a dar la vuelta para sentarse en la silla del copiloto, pero se vio alzada; David había decidido subirla él mismo al auto. Aunque no le pidió permiso, él fue sumamente cuidadoso con ella y sus heridas, luego le dio la vuelta al Audi y se puso al volante. El hecho de que él condujera su auto mientras ella iba herida a su lado, se estaba volviendo el leitmotiv de su vida.

—Qué pasó con el Mercedes? —preguntó él girando la llave.

—Lo cambié.

—Vaya—. Ella lo miró como esperando que él dijera algo más, pero David sólo maniobró para salir

de nuevo a la calle.

Ya en las oficinas, la llevó hasta la enfermería sin decir palabras, la hizo sentar en la camilla; revolcó en algunos cajones que indicaban Primeros Auxilios y sacó unos tarros y algodones. No habían podido evitar que la recepcionista o el vigilante se dieran cuenta, pero el piso seguía un poco solo, así que aún disponían de un poco de privacidad.

—Qué vas a hacer?

—Curarte—. David sacudió su cabeza como si la pregunta hubiese sido muy tonta, empapó el algodón con una sustancia negra, y empezó a aplicarla sobre los raspones. Marissa lo observaba evitando quejarse.

—Parece que debo contratar un guardaespaldas—. Él volvió a negar.

—Sólo debes tener más cuidado. Tuviste suerte de que ese delincuente no fuera armado. Podía haber sacado una navaja, o algo peor... —Hizo una mueca dedicándose a la herida en el tobillo.

Marissa lo observaba atentamente, con la tentación de tocar su cabello. Él estaba arrodillado en el piso atendiendo sus heridas... Ah, sí, qué romántico.

La puerta se abrió abruptamente y Hugh Hamilton entró como una tromba.

—Qué es eso de que te atacaron y estás herida? —David dejó su labor de enfermero y se puso en pie.

—Hola, papá. No es nada serio, ya David se está ocupando...

—Niña, por Dios, no vuelvas a darme un susto de esos—. Dijo alzando poco a poco la voz hasta casi convertirla en un grito—. En primer lugar, qué hacías tú sola por la calle?

—Fui por un café. Y es temprano, nunca sospeché que los delincuentes madrugaran a trabajar.

—La ocasión es la que hace al ladrón y tú diste una muy bonita oportunidad. Por favor no me vuelvas a hacer eso, Marissa, ten más cuidado! —Marissa se levantó y caminó cojeando hacia él.

—Estoy bien, papá. No te preocupes. —David vio al padre abrazarla aún con el terror en la mirada.

—Eres lo único que tengo, Marissa. Me volvería loco si te pasa algo...

—Incómodo por presenciar esa escena, David empezó a retirarse, pero entonces Hugh lo detuvo con la mirada—. Parece que tengo que agradecerle el haber ayudado a mi hija —le dijo al cabo.

—No fue nada. Cualquiera lo hubiera hecho—. Hugh asintió, y mirando las piernas de su hija, dijo:
— Haz que te traten esas heridas en un hospital.

—No exageres. Ya David las atendió, y pronto estarán muy bien.

—Deberías usar ropa más cubierta, ves lo que te pasa...? —Marissa torció los ojos sacudiendo su cabello mientras escuchaba el sermón.

Salió de la cocina apoyada en su padre, haciéndole mimos para que se tranquilizara.

A la media mañana, ya el asunto era de conocimiento público.

Algunos aduladores habían hecho llegar flores a la oficina de Marissa, como si estuviera de muerte en un hospital, y una de las secretarias se había encargado de traerle su café y ropa limpia. David se había encerrado en su pequeña oficina para no tener que seguir contestando a las preguntas curiosas de todos. Estaba tratando de ignorar los ruidos de afuera cuando tocaron a su puerta y ésta se abrió. Marissa entró con su falda un poco alzada para que no rozara las raspaduras de la rodilla.

—Eh... —sonrió y se rascó la cabeza—. Quería... agradecerte... como parece que es mi misión... por lo que hiciste allá afuera, y luego en la enfermería.

—De nada.

—No, no... me refiero a... Bueno, me preguntaba si ahora que sea la hora de almorzar, podías ir conmigo—. Eso no sonaba como una invitación, pensó David; entiéndase: el que invita paga, sino más bien como un tú pagas lo tuyo, yo lo mío. Y seguro que en cualquier restaurante que ella eligiera, el plato más económico costaría lo que toda su ropa entera. Y él no podía; estaba contando las monedas para que le alcanzara para movilizarse todo el mes. Además, su abuela había optado por empacarle el almuerzo mientras recibía su primera mensualidad y para que no gastara de más en los restaurantes circundantes, y el susodicho reposaba en la esquina más alejada del escritorio.

Sin embargo, rechazarla estaba fuera de toda opción, así que tendría que recurrir a un préstamo. Asintió simplemente, y se quedó mirando la puerta cuando ella salió. He aquí una clara muestra de por qué hombres como él no tenían permitido soñar con mujeres como ella. Era imposible.

Se salvó de pedirle prestado dinero a un amigo cuando, luego de una extensa reunión, fue obvio que no podría cumplir la cita a Marissa, pidió unos minutos y se encaminó a la oficina para comunicarle la situación. No quiso entusiasmarse mucho cuando la carita de ella reflejó decepción.

Cuando la reunión terminó, ya no había nadie en el piso.

Ya a esa hora tenía un hambre canina, así que fue hasta la pequeña cocina que había al lado de la enfermería y metió su almuerzo en el horno microondas para calentarlo; regresó a su oficina para sentarse y comer sin que nadie lo molestara y entonces, Marissa volvió a entrar.

—No fuiste a almorzar? —le preguntó al verla. Ella se mordió los labios.

—Decidí esperarte.

David la miró extrañado. Por qué ese afán de comer con él? Ni que le debiera la vida—. Vaya, traes tu almuerzo de casa —comentó ella al ver su fiambarrera—. Ingenioso.

—Sí. Bastante.

—Qué buena idea—. Tomó su teléfono e hizo una llamada a un restaurante, al que pidió comida como para el almuerzo y la cena juntas —En veinte minutos —anunció ella, cortando la llamada y sonriendo.

—Almorzarás aquí?

—Oh, perdón... Te molesta?

—No lo digo por eso.

—Bueno, es que... íbamos a salir, pero tu reunión se alargó y... esto es una especie de compensación.

—Marissa, no me debes nada. No tienes que hacer nada para agradecerme el haberte salvado de ese ladrón —Marissa lo miró mordiéndose el lado interior de su labio. Al verla así, David se recostó en su silla, respiró profundo y volvió a tapar su comida para que no se le enfriara mientras llegaba el pedido de ella. Qué estaba haciendo?

Era tonto acaso? Antes, durante todo el año pasado, había deseado un momento así con ella. Ahora tenía la ocasión y él no hacía sino rechazarla—. Está bien, comamos juntos —dijo sonriendo un poco avergonzado de sí mismo y Marissa correspondió a su sonrisa con otra aún más hermosa.

Empezó a curiosear en su oficina. Él casi no había tenido tiempo para decorar, o poner demasiados objetos personales, sólo una fotografía donde aparecían ella y Michaela, y que ella le había insistido para que la llevara. Marissa se acercó mirándola, y señalándola, preguntó: —Es tu novia?

—Más bien mi hermana —respondió él—, y sólo tiene diecisiete.

—Ah... Yo no tengo hermanos —contestó ella—. Mamá murió cuando yo tenía dos años, así que no le dio tiempo a darme hermanos.

—Lo siento—. Ella se alzó de hombros, como si aquello ya no tuviera importancia— Yo también perdí a mis padres —siguió él, y ella se giró a mirarle—. Un accidente.

—Terrible.

—Sí, lo fue. Mi hermana y yo pasamos a vivir con mi abuela materna...

no fue fácil.

—No, eso nunca es fácil. Yo por lo menos estuve en un internado con mis amigas; papá viajaba constantemente. Pero no estaba sola, tenía a Simon, así que... —el volumen de su voz fue bajando—. Fue un gran amigo.

—Ya no se ven? —preguntó David. Ella lo miró como si tratara de dilucidar cuánto sabía él de esa historia. Era amigo de Johanna, recordó.

—Muy poco. Ahora él es un hombre casado. Y pues... yo también vivo ocupada en mis asuntos—. Se sentó en la única silla que había frente al escritorio de David—. Tú... conocías a Johanna, verdad? Su

esposa.

—Sí, éramos amigos y vecinos—. Marissa asintió como si confirmara algo—. Hace unos días me llamó para felicitar me por haber conseguido este empleo.

—Sí, ella se ve que es una buena persona.

—Lo es—. David tenía ganas de decirle: tú también lo eres, por haber renunciado a un hombre para que ella fuera feliz. Se contuvo, y en vez, la miró en silencio.

—Te duelen las heridas?

—Ah, un poco. La falda me roza. Tuve que subirla con un ganchito.

—No se ve mal.

—En parte, es mejor que no haya salido. No quisiera tener encima todas esas miradas curiosas.

—Sí, es verdad. Y Dios no quiera que algún reportero desocupado te capte con sus cámaras—. Ella negó sonriente.

—Los reporteros ven más excitante la vida de papá, créeme.

—Debe ser que no les has dado motivos para que se ocupen de ti.

—Quizá. Con esa rutina de “ del trabajo a la casa, y de la casa al trabajo ” no hay mucho que puedan tomar.

—Pero hace unas noches saliste a divertirte—. Marissa hizo una mueca recordando la noche.

—No fue divertido. Nina sí se divirtió, yo no.

—Nina es tu amiga, la que estaba a tu lado esa noche.

—Sí, ella siempre es difícil de olvidar —David sonrió mirándola fijamente, como diciéndole: Tú también eres difícil de olvidar, pero no hizo tal cosa.

Sin embargo, se encontró a sí mismo sonriendo. Era fácil hablar con ella, los temas de conversación simplemente fluían. Era una grata sorpresa.

David cambió de tema, y siguieron hablando. Minutos después llamaron a la puerta y el vigilante apareció con unas bolsas con comida. Marissa le pasó unos billetes y se concentró en destapar todo.

—Puedes con todo eso?

—No tienes idea de lo que puedo llegar a comer cuando estoy hambrienta... Además, tengo la esperanza de que me ayudes con algo —. Él sonrió y se puso de pie para ayudarla con las cajas de comida.

Pasaron un rato agradable, siempre charlando de todo, de la oficina, de algunas personas que trabajaban allí. David, a su vez, le contó por qué trabajaba en el bar, y la divertía con algunas anécdotas de su hermana.

—Cómo un hombre como Simon pudo fijarse en otra teniéndote a ti? —preguntó cuando terminaron de comer, y vio cómo Marissa se fue sonrojando. Con mucha parsimonia, ella recogió las sobras de comida y las cajas en las que había venido.

—Yo estuve un año por fuera —respondió—, estudiando. Cuando regresé...

—Él estaba con Johanna.

—No fue su culpa...

—Estás justificando a tu novio infiel?

—No, claro que no. Pero no se puede decidir a quién se ama, verdad?—. David sonreía de medio lado, sin dejar de mirarla.

—No, no se puede —contestó luego de unos segundos en silencio.

Sin saber cómo interpretar su sonrisa, Marissa recogió todo dejando la mesa de escritorio como si por allí no hubiese pasado un vendaval de comida.

David observaba sus movimientos, un poco impresionado porque ella no era nada de lo que se había imaginado. Había esperado una niña que contara cada caloría que consumía y que prefería pagar a otro que ensuciarse las manos con algo, y se había encontrado no sólo con que disfrutaba comiendo, sino que sin ascos limpió concienzudamente su escritorio hasta dejarlo más limpio que antes, tal vez.

Marissa estaba llena de contrastes, y eso le gustaba.

Y luego pensó que a él no tenía por qué gustarle nada. No era un camino muy seguro el que estaba tomando su mente.

:4:

En las horas de la tarde, Hugh lo mandó llamar. Pensando en que a lo mejor el jefe se había enterado de su almuerzo con su hija, él acudió hasta su despacho, pero sólo era para pedirle que lo acompañara a cierto lugar.

Salieron a media tarde en su auto conducido por un silencioso chofer hasta la ciudad de New York. Se reunieron con personas importantes y David tomaba nota y analizaba cifras, a la par que estudiaba el desempeño de los personajes que se reunían con ellos.

Esto le gustaba, le gustaba inmensamente. Cuando ya fue hora de volver, no tuvo necesidad de llegar a la oficina, pues el jefe le ofreció acercarlo en su auto hasta su casa.

El chofer lo acercó lo más posible. Dentro del auto, Hugh iba hablando sin cesar acerca de todo, le relató cómo su padre y su tío habían comprado la patente de unos cuantos productos, y habían empezado a distribuirlos. Luego se dedicaron a expandir el negocio hasta convertirlo en lo que era hoy día.

—Cualquiera creerá que fue fácil —concluyó Hugh—, ya que estábamos en la época del desarrollo empresarial y todo eso—. Miró a David como si éste fuera un alumno suyo especialmente terco—. No fue fácil, para nada. Aún ahora, tengo que enfrentarme a diario con otras multinacionales que intentan por cualquier medio absorberme.

—No se preocupe —lo tranquilizó David—, no lo conseguirán. Antes, ellos podrían ser los absorbidos.

—No me interesa absorber a nadie —rebató Hugh—. No estoy a favor del capitalismo caníbal que se está llevando a cabo en el mundo. Claro que hay que crecer y expandirse, pero el poder no puede residir en manos de una sola persona. El poder corrompe—. David asintió, aunque tuvo que reconocer que así era como se llevaban a cabo las transacciones actualmente.

Hugh respiró profundo y miró por la ventanilla.

—He notado que te has hecho amigo de mi hija—. Esperó una respuesta por parte de David, y le extrañó que el muchacho no dijera nada. Por lo general, los hombres querían hacerle notar lo interesados que estaban en ella, y empezaban a elogiarla con una larga lista de virtudes para ser tomados en serio. Esto sucedía demasiado a menudo, sobre todo desde que ella rompiera su compromiso con su novio. Los caza fortunas habían venido en avalancha, cada uno apostando conocerla mejor que nadie, y todos, siempre, intentaban utilizar esto para acercarse más a él y a su dinero.

A diferencia de todos esos hombres, David no alardeó de haberla defendido ante un hombre enorme y musculoso para defenderla, ni empezó a decir que por ella se haría matar; simplemente guardó silencio.

—Te agradezco de nuevo lo que hiciste por ella esta mañana—.

David se limitó a negar con la cabeza. Hugh no lo pudo evitar y se echó a reír—. Me encantará ver el desenlace de todo esto –dijo como para sí, pero David alcanzó a escuchar.

—Señor?

—Nada, nada, no me hagas caso.

Los días empezaron a pasar. Una de las bonitas secretarias había empezado a pasarse más tiempo del necesario por la pequeña oficina de David, y los hombres, por su parte, habían empezado a notar que David estaba repitiendo ropa.

Las mujeres se decepcionaban porque nunca iba a almorzar con ellas. Los hombres se preguntaban qué había hecho para convertirse en la nueva mascota favorita de Hugh Hamilton.

Sin embargo, el ambiente laboral era bueno, y los compañeros allí bastante amistosos. Algunos le preguntaban cómo había llegado a trabajar a la compañía y él no dudaba en contarles cómo sus profesores lo habían recomendado para el cargo, y que su sueño era escalar e ir posicionándose mejor.

Se había convertido en una costumbre almorzar con Marissa en su oficina. Él siempre llevaba la comida de su abuela, ella siempre pedía domicilios, y hasta el momento no se había producido ningún rumor acerca de la hija del jefe y el empleado más reciente, afortunadamente.

Aunque de haberse producido, pensaba David, no habría tenido tiempo para detenerse siquiera a escucharlos y mucho menos negarlos. Estaba siempre tan ocupado que constantemente se llevaba trabajo a la casa. Aquello de tener los fines de semana libres era más bien una mentira; siempre tenía papeles y cuentas que revisar. En la oficina pasaba mucho tiempo reunido con Hugh, y ahora, incluso viajaría con él. A China.

H&H tenía en ese país uno de sus más importantes laboratorios, y Hugh iba a hacer uno de sus viajes de rutina, pero esta vez se lo llevaba, tal como había dicho cuando lo contrató, para que fuera sus ojos y sus oídos en ese lugar.

Marissa entró en la oficina de su padre. Éste estaba repantigando en uno de los lujosos sofás de su oficina mientras mantenía una teleconferencia con algún socio extranjero. Al ver a su hija se sentó mejor y dio por terminada la conversación.

—Y esa expresión, cariño? –le preguntó.

—Es cierto que te vas a China con un grupo de empleados? –Hugh no era tonto, debajo de esa pregunta leyó: Te llevas a David?

—Sip.

—Bien, espero que tengas en cuenta que uno de ellos es nuevo aquí.

Otra vez David.

—Sip.

—Y que no ha recibido su primer sueldo, tiene una familia que depende totalmente de él, y que si no has notado... casi ha estado repitiendo ropa desde que entró—. Hugh se puso en pie.

—A qué viene todo esto?

—Puedes adelantarle un cheque?

—Por qué lo haría? no es problema mío.

—Por supuesto que no, sólo de la imagen corporativa de la empresa.

Sabes lo que pensarán de ti si uno de tus empleados más cercano va mal vestido por allí? Lo que pensarán de H&H hacia sus subordinados si uno de ellos no tiene para comprarse ropa aparente?

Hugh la miró entrecerrando sus ojos con deseos de sonreír, pero se contuvo.

—A qué se debe todo esto? Él no ha venido a mí a presentarme sus necesidades. Por qué vienes tú? O acaso te envió?

—Por quién me tomas? O es que soy tan tonta? Por supuesto que no me envió! Vine por mi propia cuenta.

—Por qué estás tan preocupada por su situación? Que venga él mismo.

—Aún no lo conoces? No lo hará. Es tan orgulloso... pero tú podrías llamarlo, e imponérselo, no se puede enojar contigo por eso. Qué te parece?

—Me parece que mi hija se está tomando demasiadas molestias por un simple empleado. Ya sé que te ayudó ese día del robo, pero...

—Bien! —Interrumpió Marissa— De algún modo pensé que entenderías y le ayudarías. Hablaré con Recursos Humanos, espero que ellos sí...

—De ninguna manera, Marissa. Mi hija no irá por allí pidiendo adelantos para los empleados.

—Pero él lo necesita.

—Hija, el mundo está lleno de gente necesitada. Me vas a poner en la tarea de girarle cheques a cada uno? —Marissa se encaminó a la puerta dirigiéndole una terrible mirada de censura.

—Eso es lo más egoísta que te he oído decir jamás.

Salió de la oficina más molesta de lo que entró, y Hugh lanzó un silbido. Había dicho eso sólo por

provocarla y la respuesta obtenida era bastante inquietante. Tendría que poner seriamente bajo la lupa a su más reciente empleado.

David fue llamado a la oficina del jefe.

De tantas veces que iba allí, ya estaba entablando una bonita amistad con la secretaria de Hugh, una señora mayor de terrible carácter y la paciencia de un carcelero.

—Está dentro, sigue.

David atravesó la puerta y el jefe lo miró atentamente.

—Señor? —Hugh le extendió una carta, y mientras la leía, le oía decir: —Ve inmediatamente a Recursos, los bancos están abiertos hasta las siete de la noche, así que tienes tiempo de cambiar el cheque, y suerte que los centros comerciales están abiertos hasta las nueve. Ve y busca algo decente. De ningún modo uno de mis empleados irá vistiendo como pobre—. David miró de la carta al hombre.

—Señor, yo soy pobre.

—Pero eso no tiene por qué afectarme. Ve y cómprate ropa, y úsala en China.

Sip. No había manera de contrariar al jefe con respecto a esto.

Aquello no parecía ser un favor que le hacían, sino una orden que le daban, y le carcomía tener que obedecer sin chistar primero. Saliendo de la oficina, vio a una Marissa muy interesada en sus reacciones y en la carta que llevaba en las manos. Claro, a eso se debía todo.

—Excitante!! —exclamó Michaela esculcando en las bolsas de las compras que había hecho David mientras Agatha le empacaba la maleta—. Viajes... compras... Aquí empieza nuestra vida de ricos.

—No me digas —murmuró David sentado en el PC, escuchándola mientras ponía en orden algunas cosas del trabajo.

—Ya empezaste a hacer viajes al exterior, no es eso motivo suficiente para estar emocionado? —él sólo le dedicó una sonrisa—. David, me traerás algo de China?

—Qué quieres que te traiga?

—Ah, no sé... Un souvenir; no tiene que ser algo muy costoso. Ojalá pudieras traerme un pedacito de Hong Kong—. David la miró sonriente, deseando prometerle que algún día la llevaría a donde quisiera.

En China las cosas fueron bastante bien. Se estrenó los trapos que había tenido que comprar para ese

viaje, se reunieron con las personas con las que tenían que reunirse y visitaron diferentes plantas de producción. A pesar de que sólo llevaba unas semanas trabajando para Hugh Hamilton, David notó que el hombre cada vez lo consultaba más para preguntarle cosas, y parecía interesado en su opinión acerca de lo que le mostraba.

—Y bien, qué te parece todo lo que has visto hasta ahora? —le preguntó luego de haber hecho un recorrido en una de las fábricas.

Ahora tomaban una bebida en un bar y David sostenía en su mano un vaso de whiskey.

—Es bastante... impresionante.

—Claro que lo es —sonrió Hugh—. No temas parecer un adolescente anhelante. Yo mismo aún me emociono al recorrer las fábricas alrededor del mundo.

—Sí —sonrió David también—. Ha sido bastante instructivo.

—Y divertido —bajó la voz—. Vi que esa mujer te dio su número telefónico —David frunció el ceño. Luego recordó que una de las ejecutivas que los había acompañado le había pasado su tarjeta con su número privado escrito a mano—. Harás algo al respecto? —David abrió grandes sus ojos. No imaginó que Hugh se hubiese dado cuenta; al parecer, era más avezado de lo que parecía—. La llamarás? —David sonrió de medio lado.

—Para qué?

—Cómo que para qué? Muchacho, tengo yo que decirte todo acerca de las abejas y los pájaros?

—No, claro que no! —rió David—. Pero no tiene sentido llamarla. Ésta será nuestra última noche aquí.

—Por lo mismo. Una cana al aire. O tienes una novia a quien serle fiel? —David pensó en Marissa, pero ella no era su novia, y no tenía que serle fiel a nadie. Sin embargo, no se imaginó con la guapa mujer en una cama. Por el contrario, imaginar a Marissa en esa situación era demasiado fácil.

Le dio un trago a su whiskey esperando que no se notase en su rostro aquello en lo que pensaba, pues estaba delante del padre de la implicada.

—No lo creí, pero parece que es verdad lo que se rumora por allí —dijo Hugh cruzándose de brazos y recostándose al espaldar de su silla. David palideció.

—Qué rumores?

—Que estás totalmente entregado a tu trabajo y a tu familia —y entonces David casi llora de alivio. No se imaginaba lo que sucedería si Hugh se enteraba de su rutina de almuerzos con su hija. No sabía aún qué tan celoso y protector era con ella, aunque por algunas evidencias había podido hacerse una idea.

—Ah... eso...

—Eres joven, muchacho. Que no se te vayan tus mejores años trabajando. Los que hemos cometido ese error nos hemos arrepentido duramente—. David elevó sus cejas.

—Gracias.

Hugh lo miró guardando para sí una sonrisa. Estos muchachos creían que él no se enteraba de nada, pero claro que se enteraba. Si no había hecho nada era porque quería ver hasta dónde llegaban las cosas.

Desde que este joven entrara a trabajar en H&H, Marissa había dejado de parecer un alma en pena, que era como había estado el último año. Si esta felicidad que ella empezaba a mostrar era real y duradera, él no iba a hacer nada para truncarla; pero se reservaba el derecho de tener el ojo puesto en ambos, al fin de cuentas, era el padre de la una y el jefe del otro.

La última noche en Hong Kong David la dedicó a deambular por la ciudad, entró a algunas tiendas y aprovechó para comprarle algunas cosas a su hermana, y básicamente se dedicó a pensar.

Se preguntaba por qué Marissa había tenido que hablar con su padre acerca de su situación, pero sobre todo, por qué Hugh había cedido a extenderle ese cheque.

Lo que más temía era eso, que ella empezara a influir en su trabajo, y en la relación que llevaba con Hugh. No quería, por ningún motivo, que su éxito o su fracaso se viera ligado a la amistad que hasta ahora había llevado con ella.

Aquella semana había sido casi un sueño. Ella iba todos los días a su oficina, se sentaba, hablaban un rato y luego comían juntos. En la tarde, a la hora de la salida, ella se despedía sonriéndole con esos labios espectaculares, y él quedaba deseando que fuera el mediodía del día siguiente pronto.

Había descubierto muchas cualidades asombrosas en ella, como que era generosa, tenía un divertido sentido del humor y no guardaba rencor a nadie, ni siquiera a Simon y Johanna. Si bien no hablaba mucho de ellos, cuando los mencionaba su mirada estaba libre de tristeza, u odios; por el contrario, su deseo de que fueran felices era siempre auténtico.

Él también se había ido abriendo poco a poco a ella, al punto que había entendido por qué había salido huyendo de él esa noche en el bar y luego en la sala de juntas, y ella ya sabía por qué él la había rechazado esa vez. El asunto parecía quedar cada vez más atrás.

No para él, de todos modos, que sin querer, siempre recordaba las formas de su cuerpo desnudo, y las imágenes venían a él en los momentos más inoportunos.

Sin embargo, podía decirse que eran una especie rara de amigos.

Pero eso no iba a poder seguir. Hugh empezaba a sospechar y Marissa no podía seguir decidiendo sobre su vida, sobre su sueldo o sobre su ropa; y si su relación con ella iba a poner en peligro la estabilidad y esperanzas de su familia, tendría que sacrificarse.

Marissa se descubrió mirando con nostalgia la oficina vacía de David.

Realmente pretendía pasar de largo, pero tardó unos segundos más de lo normal frente a su puerta.

Realmente hacía sólo tres días se había ido? A ella le parecía una eternidad, y daba miedo analizar por qué su ausencia la inquietaba tanto. Además, en esos días, él no le había enviado ni un mensaje, ni un correo. Ni siquiera para decir un “ hola” , a pesar de que ella sí lo había hecho.

Tal vez él no tenía un buen teléfono desde el cual escribirle. O tal vez no tenía modo de conectarse.

O tal vez no le importaba.

—Tienes planes para el mediodía? —escuchó a su espalda y se giró, encontrándose frente a Viktor Ivanov.

Era un hombre alto, de cabellos y ojos negros muy oscuros. Siempre la habían inquietado esos ojos, parecían dos pozos sin fondo, y su sonrisa, de alguna manera, le repelía. Sonrió distante y contestó:

—Claro: ir a almorzar

—Sola?

—Sí.

—No es agradable comer solo —contestó él mirándola fijamente—. Y

ya que yo tampoco tengo compañía hoy, por qué no vamos juntos?

Marissa se agarró un mechón de su rubio cabello mirando el piso, como si estuviera analizando un dato de suma importancia.

—Viktor, hace cuánto que me invitas a salir? —Él sonrió muy orgulloso de sí mismo.

—Casi desde que empezaste a trabajar en las oficinas de H&H...

—Y cuántas veces te he evadido, o dicho que no?

—Demasiadas veces, diría yo.

—Desde la primera vez que lo hiciste, Viktor.

—Marissa, una invitación a almorzar no tiene que convertirse de una vez en una cita. Si tú quieres...

—Viktor, me temo que esta vez no te voy a evadir como siempre.

—Ah, qué bien. Tengo pensado...

—Lo que voy a hacer es aclararte por qué lo hago —eso lo dejó en silencio, y Marissa siguió—. La verdad, en ti sólo veo a un compañero de trabajo, muy eficiente y activo, pero nada más—. Al ver su ceño, añadió—: No me caes mal, no vayas a pensar eso, es sólo que... —se encogió de hombros como si así pudiera explicarse mejor.

—Estoy seguro de que sólo es que empezemos a conocernos mejor para que cambies de opinión, por eso mi afán de que salgamos. Ya verás, podemos ser muy compatibles en todo, hasta...

—Gracias, Viktor, pero preferiría que lo dejáramos así—. Le dio la espalda y se alejó, por eso no vio a Viktor apretar la mandíbula, ni mirar con furia al interior de la oficina de David.

Michaela se desconectó del Facebook y se quedó mirando el escritorio del PC sin ver, realmente.

David decía que pronto le podría comprar su propio ordenador para que no tuviera que depender del suyo, ni tuviera que levantarse cuando él lo necesitara. También decía que pronto se irían a un sitio mucho mejor donde pudiesen vivir más cómodos y seguros.

Michaela no le decía nada, y simplemente se mostraba entusiasmada cuando él le comentaba sus planes, pero la verdad es que siempre pensaba que David se esforzaba demasiado. Desde que tenía memoria, trabajaba no sólo para llevar el pan a la mesa, sino también para proveerlos de ropa, cubrir los servicios, y hasta los caprichos de su hermanita menor.

Y había sido así desde siempre...

Michaela respiró profundo recordando una vez cuando, estando sus padres vivos, un David adolescente había llegado tarde a casa. Venía de una fiesta, y entró a la casa sigilosamente. Ella lo vio entrar, y desde una rendija en su puerta pudo ver que Benjamin Brandon, su padre, lo había estado esperando en la sala, así que apenas sintió los pasos de su hijo encendió la luz preguntándole por qué llegaba a esa hora.

Habían discutido, David tenía un carácter fuerte, y su padre también, así que cada vez que se encontraban saltaban chispas.

La principal pelea entonces era que Benjamín quería que David estudiase economía, mientras él ni siquiera estaba seguro de qué carrera elegir cuando se graduase, y le molestaba sobremanera que su padre hubiese elegido, enviando una solicitud a una de las universidades del país.

Con Jocelyn, en cambio, todo era diferente. David idolatraba a su madre, así que ella siempre estaba haciendo de mediadora entre su hijo y su esposo. Fue ella quien finalmente lo convenció de aceptar el cupo que le ofrecieron en aquella universidad, y así fue como David empezó a estudiar economía.

Pero la muerte había llegado tan sólo unas semanas luego de que David entrara a estudiar.

Benjamín y Jocelyn habían ido juntos a New York a comprar algunas cosas para esa navidad. Dejaron a Michaela al cuidado de David y partieron... para no volver.

El auto había quedado inservible luego de que un hombre ebrio ocasionara un accidente múltiple en una de las vías principales, y de esa manera tan brusca y horrible, los dos habían perdido la vida.

Michaela recordaba todo aún con cierto dolor, había sufrido pesadillas durante bastante tiempo. La vez que habían ido a llevarles la noticia, ambos estaban solos en casa y ella se burlaba de David que ni siquiera sabía preparar un pancake. Habían tocado la puerta y un oficial de la policía les informó

del siniestro. De allí en adelante, David aprendió no sólo a cocinar, sino a hacer todos los deberes del hogar para cuidar de ella. Todas las noches que despertó llorando, él se acercó a ella para consolarla y vigilar su sueño. Incluso reemplazó a su madre contándole los tradicionales cuentos para dormir.

Siempre había cuidado de ella, pero, quién cuidaba de él? Siempre haciéndose el fuerte, el valiente, el independiente. Estaba seguro de que sacrificaría cualquier cosa que lo hiciera feliz con tal de verla a ella y a su abuela bien.

Deseaba con ansias que su hermano se pudiera relajar un rato, y tener tranquilidad, por lo menos económica, y quería poder ayudarlo.

Pero era menor de edad; aún estaba en la escuela y a David le había dado un soponcio cada vez que ella mencionaba la posibilidad de salirse de estudiar para poder trabajar y ayudarlo con los gastos.

Mientras él trabajó en aquél restaurante, se ofreció a trabajar con él como mesera en las tardes, y David casi la sacó de allí a rastras.

Cuando se enteró de que estaba contrabandeando dulces en el colegio la castigó una semana sin internet (Terrible!); y la última vez, cuando supo que estaba vendiendo su ropa (la que ya no usaba, por supuesto) por internet, la tomó de los brazos, la sacudió como si quisiera desenroscarle la cabeza y la gritó. Desde que recordaba, David nunca le gritó, le pegó, o la maltrató de algún modo. Era cierto que era algo hosco a veces, pero era su forma de ser, y ella lo amaba así. Pero esa vez su hermano había estado furioso de verdad.

—Yo te doy para todo lo que necesites! —le había gritado—, No quiero saber que mi hermana se está deshaciendo de sus cosas como si fuera una vendedora del mercado de hippies!! —Luego la soltó y le dio la espalda meneando la cabeza—. Pensé que te gustaban tus cosas. No son las más caras, pero pensé...

—No es por eso, David —lo interrumpió ella—, mira, son las cosas que ya no me quedan, y me dan buen precio por ellas.

—Hago lo que puedo, Michaela, en serio... Tú eres testigo de eso, quiero darte lo mejor, pero a veces...

—No se trata de eso! —Michaela corrió a abrazarlo, y en seguida se puso a llorar. Ni se le había ocurrido que su afán de ayudarlo podía traducirse en inconformidad o rechazo a lo que él le daba—. Te quiero, y soy feliz con lo que me das, es sólo que quiero ayudarte, te veo llegar todas las noches tan cansado, y quiero que puedas descansar, que te puedas divertir...

David la había abrazado con fuerza, haciéndole prometer que no volvería a meterse en negocios raros por tratar de ayudarlo. Esa vez no la castigaron, pero David tardó un rato en ser el de siempre con ella.

Michaela prometió ser obediente, y había cumplido, por lo menos hasta ahora.

Suspiró y se levantó del escritorio pensando si sería prudente comentarle de las diferentes ONGs que solicitaban la ayuda de jóvenes talentosos en el extranjero durante sus vacaciones para ayudar en

países necesitados. Sería un sueño, pero para realizarlo, necesitaría el permiso legal de David, quien era su tutor y responsable. Pero era urgente que lo decidiera, pues, según se decía, era un hecho que a largo plazo te serviría mucho si luego te convertías en un profesional en busca de empleo.

—Deja de inventar, Michaela —se dijo a sí misma mientras acomodaba en su mochila vieja los cuadernos, libros y lápices nuevos que estrenaría esa semana en clases, todo comprado con el dinero de la liquidación del antiguo empleo de David, justo antes de que viajara a China—. Lo que tú en verdad quieres —siguió hablando sola— es viajar, conocer el mundo, hacer algo por tu vida.

Abrió su libro de texto nuevo echándole un vistazo a las ilustraciones, y deseando ya reencontrarse con sus compañeras de estudio.

:5:

Marissa vio entrar a David a las oficinas de H&H y sonrió feliz.

Inmediatamente deshizo su sonrisa. Feliz de qué?

A ver, niña, contrólate. Dijo la Marissa sensata.

Verlo no tenía por qué hacerla feliz; nop, nop. Es más, cuando él pasara por su lado, y le sonriera como siempre hacía cuando la saludaba, ella simplemente haría un movimiento de cabeza. No tenía por qué estar exponiendo su dignidad tan gratuitamente. Pero entonces él pasó por su lado y esa boca desobediente ya se estaba ensanchando en una sonrisa de bienvenida, y su cerebro estaba inventándose un discursito para iniciar una conversación.

No hubo oportunidad, David hizo un enormemente envidiable movimiento de cabeza como saludo, y pasó de largo. Ni una sonrisa. Ni un “ Buenos días” .

Al medio día fue lo mismo. Animada ante la idea de que a lo mejor tenía mucho que hacer, o que de pronto en China las cosas no habían ido como esperaban, y por lo tanto no la había tratado como siempre, fue a buscarlo a su oficina a almorzar, como todos los días, pero él ya no estaba. Iba de salida con un grupo de empleados que iban hablando acerca de lo que escogerían para almorzar.

A la distancia, Viktor la miró con una sonrisita bobalicona que le hizo desear gruñirle. Recibió el domicilio que ya había pedido, y almorzó sola en su oficina, machacando con los dientes lo que se metía a la boca.

Al día siguiente fue lo mismo, pero esta vez lo descubrió mirándola en un momento que él creía no estaba siendo observado. Qué le pasaba?

En la noche lo esperó en su auto a la salida del edificio. Le tuvo que hacer un cambio de luces y hacer sonar la bocina para que se detuviera. Bajó el vidrio de la ventanilla para hacerse oír.

—Podemos hablar? —le preguntó en voz un poco alta para hacerse oír por encima del ruido de la calle.

—Lo siento, no puedo demorarme...

—David, no seas grosero. Llevas evadiéndome desde que regresaste de China y creo que merezco una explicación, así que sube.

Un poquito mandona, se dijo David, pero sonrió en su interior. Ella era así.

—Marissa, de verdad no creo...

—Ah, recuerdas mi nombre. Creía que lo habías olvidado—. Ella se bajó del auto y se situó al frente suyo.

—Conduce tú, creo que debemos hablar.

—No sé de qué —evadió él.

—No te hagas el tonto. Por qué... por qué me eludes?

—Este no es el lugar para hablar—. Ella se alzó de hombros.

—Tan bueno como cualquier otro. Y con eso estás admitiendo que sí hay algo que hablar—. David la miró fijamente. Había oscurecido ya, y tal vez no era aconsejable que los dos estuviesen aquí hablando como si tal cosa, pero de algún modo, estaba seguro de que ella seguiría con el tema hasta machacarlo.

—Ok, quieres saberlo? —dijo—. Creo que no me conviene tu amistad —. Hizo un gesto como si eso lo aclarara todo. Marissa, en cambio, se mostró terriblemente confundida.

—Hey!! Nunca nadie dijo eso de mí, ni en mis años locos de la universidad. Soy una buena influencia y tú un tonto si crees que me voy a tragar ese cuento. Inténtalo de nuevo.

—Pues esa es la verdad. Tuve la fortuna de entrar en la empresa de tu padre a trabajar, Marissa, y fue una cuestión de sudor y esfuerzo, no de tráfico de influencias, y no quiero que por razones estúpidas como un malentendido pierda lo que estoy luchando por conseguir.

—De qué rayos hablas tú?

—Me vas a negar que fuiste a hablar con tu papá para que me diera un adelanto de mi sueldo para que me fuera a comprar ropa?

—Es eso? —David endureció el rostro muy enojado.

—Bien. Eso es una respuesta en sí—. La rodeó y siguió caminando.

Marissa lo alcanzó.

—Te molestaste por eso? —preguntó ella mientras caminaba un paso atrás de él—. No tiene nada de malo. David, te hice un favor.

—Pues no me gustan ese tipo de favores! —exclamó él deteniéndose bruscamente y girándose a mirarla—, y no pienso ser tu juguete, porque no me quiero ni imaginar de qué serás capaz cuando te canses de ser mi amiguita—. Ahora fue el turno de Marissa de enojarse.

—No me hables como si fuera una caprichosa niña rica!

—Y no lo eres?

—No! Y no vas a lograr hacerme sentir culpable por haber hecho algo por ayudarte. Tú necesitabas ese adelanto, y yo podía proporcionártelo, mi padre podía, no veo por qué te enojas.

—No quiero favores especiales! —contestó David—. No quiero tratamientos especiales! No quiero

que la gente empiece a especular acerca de las razones de mis éxitos o mis fracasos. Si de veras quieres ayudarme, por favor, no vuelvas a influir en ningún aspecto de mi trabajo!

—Dime una cosa —gritó Marissa poniéndose otra vez en su camino e impidiendo que él avanzara—. Qué hubieras hecho tú?

—Qué?

—Si fuera yo la empleada, la que no tenía qué ponerse para venir a trabajar, y en tu mano estuviera el poder de ayudarme, qué habrías hecho tú?

—No compares, Marissa, no es lo mismo.

—Ah, no? Por qué, porque yo soy mujer y tú un hombre machista?

Hubieras hecho lo mismo que yo, grandísimo hipócrita! —exclamó ella con los dientes apretados mientras enterraba su índice en su pecho con cada palabra que pronunciaba—. Así que no intentes hacerme sentir culpable por algo que, de estar en mi posición, habrías hecho—.

Marissa lo miró furiosa, dio media vuelta y se metió en su Audi sin dirigirle de nuevo la mirada.

David quedó solo en la acera. Miró el auto alejarse y dejó salir el aire. Acababan de cantarle la tabla.

Eso lo hizo sonreír. Pocas mujeres en su vida habían sido capaces de algo así, y él las respetaba a todas y cada una de ellas.

Se rascó la coronilla de la cabeza preguntándose cómo había conseguido ella voltear la situación de esa manera. A qué horas el agresor había sido él?

Mujeres peligrosas.

Pero ella tenía razón, tuvo que reconocer. Que ella aceptara que era un favor desinteresado lo tranquilizaba, y tenía que reconocer que había cierto orgullo machista tras el rechazo a su ayuda.

Y ahora Marissa estaba molesta, y él no sabía cómo arreglar las cosas.

Justo al día siguiente, David estaba de pie frente al cubículo de un compañero estudiando unos papeles que éste le entregaba cuando la vio entrar. Ella le dedicó una dura mirada y pasó de largo entrando a su oficina.

No podía entrar de inmediato tras ella y hablar de lo sucedido la noche anterior, pues seguía determinado a impedir al máximo las habladurías entre los empleados, pero quería aclarar las cosas.

Al medio día se decidió y entró en su oficina. Marissa hablaba por teléfono en otro idioma y sonreía con profesionalismo, al verlo, simplemente alzó una ceja y lo ignoró dándole la espalda. Aceptando la situación con aplomo, David se sentó frente a ella esperando a que se desocupara. Minutos después, Marissa cortó la llamada y empezó a recoger los papeles de su escritorio.

—Y eso? —preguntó ella en tono sarcástico—. A qué debo el honor de tu visita?

—He pensado mucho en ti últimamente—. Soltó él de pronto. Ella lo miró sorprendida por unos instantes; nunca se esperó que dijera algo así.

—Y... eso es bueno o malo? —David sonrió abiertamente.

—No lo sé... —se rascó el cuello suavemente. Ahora que lucía ropa de mejor calidad él simplemente se veía diferente, pensó Marissa. Los trajes le venían bien, pero ella prefería verlo en ropa casual, lamentablemente, la oficina exigía trajes—. Sería bueno averiguarlo...

no crees? —siguió él. Marissa frunció el ceño, confundida.

—A qué viene todo esto?

—Después de lo que sucedió en tu apartamento hace un año... — Marissa en seguida se fue sonrojando. Aparte del agradecimiento que ella le había dado aquella vez, no habían vuelto a tocar siquiera el tema, y ahora David lo mencionaba sin más ni más. David no notó su contrariedad, pues miraba a otro lado como recordando— no hice más que pensar en eso, sabes? —siguió—. Pensaba en ti sin un trapo encima—. Ahora Marissa estaba realmente azorada, incluso se echó el cabello hacia atrás, sintiendo calor de repente—, y sabía que era estúpido —continuó él—, porque nunca podría estar a tu altura, considerarme de tu mismo nivel, y mucho menos podría ofrecerte todo aquello a lo que tú estabas acostumbrada, ni por asomo... Pero no hacía sino pensar en ti.

La miró entonces. Marissa vio sinceridad y verdad en esa mirada. La vergüenza que sintió unos segundos antes, se borró instantáneamente.

—Te había visto renunciar al hombre con el que habías planeado casarte para que dos personas fueran felices, y luego vi tu maravilloso cuerpo, tan dispuesto...

—David...

—Y no te juzgué, al contrario, te comprendí perfectamente —siguió él como si no la hubiese escuchado—; sabía lo que hacías y por qué lo hacías. Yo... Bueno, después te vi en ese bar, y estúpidamente creí que se me estaba dando una nueva oportunidad. Esta vez no habría sentimientos inadecuados por tu parte para acercarnos. Pero resultó que tú nunca me miraste directamente a la cara, pues no me recordaste... —La miró fijamente a los ojos—. Yo creí que te acordarías de mí.

—Lo siento.

David sólo hizo una mueca.

—El hecho es que en estas últimas semanas he sentido cómo... —la volvió a mirar a los ojos, y gracias a la luz que entraba por la ventana, Marissa pudo admirar una vez más sus ojos café verdosos, más café que verdes, pero tan hermosos— he sentido que de alguna manera mi alma se acerca a ti... —siguió él, y el corazón de Marissa empezó a latir acelerado—. En una ilusión... pensé que de verdad podía ser, por qué no? Tú y yo de alguna manera nos llevamos bien... Pero las diferencias siguen allí, Marissa, somos de mundos demasiado diferentes. En mi mundo, las mujeres no te dan adelantos de tu sueldo, ni sienten que deben “adoptarte” para alivianar tus cargas.

—No siento que sea así.

—Y cómo es, entonces?

Marissa se puso en pie y le dio la vuelta a su escritorio para apoyarse en el borde frente a David. Se cruzó de brazos apretando los labios.

—No lo sé —sonrió—. Es raro, pero de alguna manera... —David se fue poniendo en pie lentamente, y se acercó a ella. El corazón de Marissa estaba ahora desbocado—. De alguna manera... tú... me tranquilizas.

—Te tranquilizo? —preguntó él como si eso hubiese sido lo último que hubiese deseado escuchar. Marissa se echó a reír.

—Sí. No te dabas cuenta de que siempre estoy buscando excusas para demorarme si tú estás cerca? — Él elevó una ceja.

—Eso haces?

—Eres bastante despistado cuando te conviene—. Él sonrió y Marissa sintió que su mirada se quedaba trabada en esa boca. Por alguna razón, sus ojos estaban engarzados allí—. Siento que te haya molestado mi intención de ayudarte.

—Ni por un instante dudé de tus buenas intenciones —aclaró él sacudiendo su cabeza—. Es sólo que me sentí algo... incómodo con eso. Sé que tu gesto fue bueno, pero aun así te voy a pedir que no lo vuelvas a hacer.

—Pero David...

—Por favor, Marissa... —Él posó sus manos sobre sus brazos y no dejaba de mirarla a los ojos—. Si no fueras quien eres, si no te hubiera conocido hace un año, si no me hubiera pasado todo este tiempo pensando en ti, este gesto tuyo me habría parecido simplemente solidario, y generoso; pero las cosas son diferentes, y créeme, sé muy bien cuál es mi lugar en esta empresa; por favor, no permitas que tu padre, y los demás empleados empiecen a juzgarme mal por tus buenas intenciones.

—Son unos entrometidos...

—Que creerán que tienen la razón si surjo en mi carrera y a la vez recibo favores especiales por parte de la hija del jefe—. Marissa dejó escapar el aire—. Me entiendes ahora? —Ella hizo una mueca.

—Sí, te entiendo.

—No volverás a hacerlo, verdad?

—No estoy de acuerdo, pero te lo prometo. O al menos, prometo consultarte antes de hacer algo—. David sonrió con ojos brillantes.

—Eso me gusta de ti.

—Qué?

—Que no te arrodillas—. Él estaba tan cerquita, que Marissa no pudo evitar poner sus manos sobre sus mejillas y atraerlo para darle un beso, y el momento fue tan dulce, lento y exquisito, que sintió que nunca antes había dado un beso así. Los labios de David eran suaves, deliciosos, así que bajó sus manos y las puso en la cintura de él para atraerlo más. Al principio, él sólo se dejó besar y seducir, pero luego fue poniendo parte activa en el beso, y atrapó sus labios, tanteó con su lengua y Marissa lo dejó entrar.

Ah, qué boca más rica. Se merecía ser besada como Dios manda, así que se pegó toda a él, y David la rodeó con sus brazos, su cuerpo despierto y encendido. Cuando ella dejó su boca, él le ladeó un poco la cabeza para besarle la barbilla, la línea de la mandíbula, el cuello...

—Llevo semanas deseando esto —murmuró ella.

Él murmuró su nombre contra su piel. Marissa tenía los ojos cerrados, y así parecía ser más consciente de todo lo que su piel y su cuerpo entero estaban experimentando. Había un fuego dentro, amenazando con descontrolarse, pero de momento era suave y acogedor. Hacer el amor con él sería el cielo, pensó.

—No... no deberíamos... —tartamudeó él.

—Por qué no? No hay nadie en el edificio, están todos almorzando.

—Oh, podría entonces violarte aquí—. Ella rió divertida y nerviosa a la vez, y aceptó de nuevo sus besos, aunque ahora parecían más bien pequeños mordiscos. De alguna manera, siempre había sabido que David sería juguetón. No dejó de besarlo, y ahora incluso deseaba desabrochar los botones de su camisa y tocar su piel. Sería velludo?

Sería lampiño? Él tenía una barba bien rasurada, pero se notaba que era poblada. Sin embargo, había hombres con barba y de pecho lampiño. Sería David como ellos?

Era un poco injusto que él conociera su cuerpo de pies a cabeza y ella tuviera que estar adivinando sus formas.

—Eres guapo, sabes? —le dijo, y él sólo la miró elevando una ceja.

—Gracias.

—No, no... No te lo tomes como que lo estoy diciendo por... llenar un vacío, o algo. De veras eres guapo —él sonrió.

—Gracias —volvió a decir. Como ella no dejaba de mirarlo, David tuvo que carraspear y mirar su reloj. Si seguía más tiempo allí a solas con ella, terminarían en el suelo y desnudos—. Deberíamos estar almorzando.

—Deberíamos—. La voz de ella sonó sonriente, así que volvió a mirarla. El brillo de sus ojos le hizo

entrecerrar los suyos.

—Me perdí de algo? —Ella se echó a reír.

—Besas delicioso—. Él volvió a sonreír, pero esta vez dio unos pasos atrás.

—Bueno, gracias. Deberíamos ir a almorzar.

—Y tienes una boca que me la comería.

—Marissa, por favor...

—Qué. Nunca una mujer te dijo algo así? —y sonriendo, Marissa notó cómo él se fue sonrojando.

—Me estás provocando.

—Funcionaría? Con sólo unas palabras? Qué fácil eres—. Él se puso serio, e incluso se cruzó de brazos.

—No me parece justo que digas esas cosas... no fui yo quien se desnudó aquella vez, sabes? — Marissa abrió bien su boca, sorprendida.

—Lo sabía. Sabía que algún día dirías algo así—. Él reía muy satisfecho de sí mismo.

—No pude evitarlo —le dijo, con la sonrisa del gato que tiene la boca llena de plumas.

—Me imagino—. Él seguía mirando sus labios.

—Y ahora, qué deberíamos hacer? —preguntó, pero tras esa pregunta había una sugerencia velada. Marissa lo miró fijamente. Le asustó ver la fuerza con que lo estaba deseando. Ya había olvidado a Simon, entonces?

—Qué debemos hacer? —parafraseó ella—. Ir a almorzar, por supuesto... tengo hambre. Él sonreía mientras la observaba poner en orden sus cosas y tomar su bolso para salir con él—. Parece que los días de almorzar en tu pequeña oficina se acabaron —comentó ella con cierto pesar cerrando la puerta de su oficina.

—Gracias a tu adelanto ya puedo ir a un restaurante. De todos modos, no me puedo permitir ir a sitios demasiado caros.

—Y si yo invito? —Él la miró entrecerrando sus ojos— No estarías de acuerdo... —Se respondió ella misma en tono tan bajo y cantarín que él no pudo resistir rodearla por los hombros y besar sus cabellos.

Fueron a un restaurante no muy alejado del edificio.

Afortunadamente no se encontraron con ningún empleado, y disfrutaron del rato hasta que se les

empezó a hacer tarde y tuvieron que regresar.

Marissa se sentía en las nubes, y aunque no habían hablado del tema, sabía que ahora tenía una relación con David, por eso se sintió muy confundida cuando a la hora de la salida él se despidió con un simple saludo y se encaminó a los ascensores. Marissa quiso bajar tras él, pero diablos, no significaría eso que estaba persiguiendo a un hombre? Y por qué no era él quien la perseguía a ella?

David se estaba convirtiendo en el hombre más difícil con el que había tratado. No había quedado claro con ese beso que a ella le gustaba él? No debía él hacer algo al respecto?

Cuando se lo encontró afuera, en una parada de autobús, no pudo evitar detenerse y llamarlo.

—Hey, a dónde vas? —le preguntó.

—A mi casa.

—Por qué? —Él pareció confundido.

—Porque allí vivo.

—Ah... — Ella parecía desconcertada, pero siguió—: Me permites llevarte?

—Marissa...

—Por favor... necesito... necesito aclarar algo contigo. Conduce tú, si quieres.

Ella se bajó del auto y se dio la vuelta para sentarse en el asiento del pasajero. David no tuvo más remedio que subirse. Puso en marcha el auto y salieron de la zona.

Marissa no sabía qué pensar. Ese beso que se habían dado significaba algo para él? Qué eran ahora? Estaba bastante desactualizada en lo que a amoríos se refería, su único novio había sido Simon, así que no estaba del todo segura de que un beso transformaba una amistad en algo más.

Pero era lo que ella quería, quería estar con él, tener el derecho de hablarle, por teléfono, sonreírle y coquetearle libremente, llamarlo o salir a alguna parte y pasar horas y horas charlando.

Quizá él no deseaba lo mismo.

—Estás bien? —preguntó al fin.

—Yo? Sí, sí. Por qué?

—No sé... estás tan callado—. Él hizo una mueca, pero no dijo nada.

Marissa empezó a angustiarse. Miró por la ventanilla con la idea de que comunicarse con este hombre no era tan fácil después de todo.

—Sé lo que estás pensando, Marissa —dijo él, al fin.

—Ah, de veras?

—Pero una relación entre tú y yo no es viable.

—Viable? De qué hablas? —preguntó ella. Él estaba poniendo las cosas como un simple negocio que fracasaría.

—Mira, no es un secreto que me gustas, y sé que yo te gusto a ti...

pero eso no lo es todo, Marissa; entre los dos hay diferencias enormes.

No es posible.

—Bueno. Oí decir que Johanna y Simon son inmensamente felices.

Ellos lo superaron. No entiendo por qué para ti las diferencias en las clases sociales son tan terribles... en el resto somos iguales! —exclamó ella antes de que él interrumpiera—. Somos jóvenes, somos profesionales, por qué no intentarlo?— David sonrió sin mirarla.

—De veras te parece que no es tan terrible?

—Sí, de veras.

—Entonces prométeme algo.

—Lo que quieras.

—En cuanto caigas en cuenta de que sí son terribles... me lo harás saber? —Ella lo miró interrogante—. Vendrás a mí, y me lo dirás, por favor? —El auto se detuvo en un semáforo en rojo.

—Ese día no va a llegar, pero igual, te lo promet... —David no la dejó terminar la frase, y se acercó a ella para besarla. Marissa comprendió entonces que él llevaba rato conteniéndose. Él de verdad creía que el hecho de haber nacido en diferentes estratos sociales significaba un obstáculo para acercarse el uno al otro.

El semáforo había cambiado de nuevo a verde, y los autos detrás empezaron a dar bocinazos por la tardanza de ellos en acelerar. David soltó sus labios riendo y volvió a poner el auto en marcha.

:6:

Ahora David tenía otra preocupación: ¿Dónde parquear el súper auto de su novia? No se podía creer la suerte que tenía; en esa zona seguramente tendría no sólo que estar pendiente de la mujer, sino del automóvil que conducía. Sus vecinos lo verían como un ganador de primera, pues venía acompañado de la mujer más hermosa del mundo, y con un costoso Audi como guarnición.

Se detuvo al frente del edificio. Desde la entrada se escuchaba la música, y había gente entrando y saliendo con algarabía. Marissa miraba curiosa.

—Hay una fiesta?

—Sí, un vecino está de cumpleaños.

—Ah...

David bajó y activó la alarma. Marissa miró hacia el viejo edificio. La música venía desde la azotea, pero afuera había gente congregada en grupos y con latas de cerveza en la mano. David estuvo a su lado y le puso una mano en la cintura para guiarla, pero al primer paso escucharon una exclamación un poco incomprensible a sus espaldas.

Marissa se giró para ver a dos hombres de aspecto dudoso codiciando el auto, y luego, a ella. Sintió el suave apretón de David en su brazo.

—Hola Rag; Cup —dijo David dirigiéndose al par de hombres. Marissa nunca hubiese imaginado que aquello eran nombres.

—Hermano David, como que te forraste! —exclamó Rag, o Cup, quién sabe, elevando su lata de cerveza—. Mira qué nave, mira qué hembra!

—. El otro sonreía idiota mirando a Marissa.

—Sí, eso dicen... —contestó David con una sonrisa, como si en vez de unos gamberros, estos fueran un pastor y su pianista—. Mira, necesito encontrar este auto tal y como lo dejo... cuánto me cobras por el servicio de vigilancia?

—Vigilar esta nave? Te lo hago hasta gratis, hermano... O a cambio de un besito de tu hembra, qué dices?

—Que después hablamos, pero a mi “ hembra” no la tocas.

Diviértanse haciéndole creer a todos que el auto es de ustedes.

—Un momento... —Le susurró Marissa mientras daban la vuelta para entrar— Piensas dejarles mi auto?

—Sólo por un ratico, y va a estar bien cerrado, no te preocupes.

—Pero David! Y si se lo roban? Lo pueden forzar, y realmente no creo que...

—Si lo fuerzan, yo sabré que fueron ellos. Son unos hampones, pero no se atreverán con tanta gente cerca. Además, nunca se han metido conmigo...

—Qué alivio!! —dijo Marissa, llena de sarcasmo. David la miró sonriendo.

—Pero si te preocupa mucho, te llevo a tu casa y...

—No he dicho nada de eso. Hay una fiesta arriba, no? —él sonrió mirando su espalda, y luego de sacudir su cabeza, la siguió hasta los ascensores.

Ya en la azotea y a medida que entraban, David saludó a varias personas. Todos tenían en las manos latas de cerveza y miraron a Marissa sin disimulo. En cuanto les dieron la espalda, varios de ellos se reunieron para hacerse comentarios.

—Qué pasa? No estoy vestida para la ocasión?

David la miró de arriba abajo mientras le quitaba el bolso y se lo colgaba en el brazo. Marissa llevaba una blusa azul celeste no muy ceñida a su figura, vaporosa y perfecta para el verano. La falda gris oscuro era de ejecutiva, y llevaba unas sandalias negras y altas que le calzaban perfectamente, pero no era su ropa lo que llamaba la atención, era ella misma. Besó sus rubios cabellos tanto para tranquilizarla como para emitir un mensaje a toda la manada que allí se encontraba: esa chica tenía dueño.

—Estás perfecta.

—Me están mirando.

—Claro, están pensando que traje a una estrella del cine a la fiesta.

Marissa lo miró con ojos entrecerrados censurándolo por burlarse de ella, sin comprender que él hablaba en serio. Un hombre llegó a saludarlos y Marissa se quedó un poco asombrada al verlo. Era alto, unos centímetros más que David, de cabellos oscuros, ojos claros y tez canela; una barba poblada y cerrada que le quedaba perfecta. Qué le ponían al agua de este barrio? Se preguntó.

—Creí que ya no llegabas —dijo el hombre sonriendo y dirigiéndose a David, y Marissa elevó ambas cejas cuando la miró a ella significativamente—, pero ahora entiendo que te demoraras.

—Sí, tuve mucho trabajo en la oficina —respondió David sonriendo también—. Feliz cumpleaños, Maurice.

—Ah, eres tú el que cumple años? —Preguntó Marissa.

—Treinta años, mi querida —contestó él poniendo en sus manos una bebida—. Bienvenida, estás en tu casa.

—Gracias—. Maurice dio la espalda dedicándose a su fiesta y ella miró a David con una pregunta en los ojos.

—Qué? —preguntó él.

—Me parece que lo he visto antes. Es... modelo, o algo?

—Maurice? —rió David—. Si te dijera que odia las cámaras, así sea la de un teléfono, me lo creerías?

—Pues es tan...

—Guapo, sí. Su cruz—. Marissa sonrió.

—No estás celoso, verdad? —Él elevó una ceja.

—No has hecho nada hasta ahora que consiga que me ponga celoso.

Marissa sonrió sacudiendo su cabeza, y olvidando el asunto miró en derredor; era una noche cálida, y la azotea estaba decorada con lámparas, una mesa estaba dispuesta con comida y las latas de cervezas parecían interminables.

Una música de buen ritmo empezó a sonar y otro joven se acercó a pedirle la pieza de baile a Marissa.

—Me parece que lo justo es que yo te invite primero —le dijo David antes de que ella aceptara—. Maurice! —llamó, y el aludido dejó su horda de admiradoras y se acercó—. Te encargo que cuides de Marissa por unos minutos.

—Como ordenes.

—Mantén a sus admiradores a raya, por favor.

—Exagerado —lo acusó Marissa.

—Tú crees?

—Ahora mismo —comentó Maurice como si tal cosa— están deseando que le entre una diarrea para que te deje sola toda la noche.

Ante esas palabras, Marissa quedó un poco pasmada y David se rió de su cara escandalizada, volvió a besarla y se alejó con el bolso de ella y su maletín hacia su apartamento, que quedaba un par de pisos abajo. En el ascensor se encontró con Michaela.

—Hey, hola —lo saludó ella al verlo—. Todo el mundo preguntaba por ti... Y ese bolso?

—Ah, es de mi novia. La traje a la fiesta—. Michaela lo detuvo tomándole de la ropa.

—Tú no tienes novia.

—Desde esta noche sí.

—Estás de guasa.

—No. Cuando regrese te la muestro—. Dijo, y se internó en el ascensor, pero Michaela no fue hacia la fiesta, sino que se devolvió con él.

—Y cómo es que te ennoviaste con alguien y yo no lo sabía?

—Michaela... eres la primera persona a la que se lo estoy diciendo.

—Ah, sí? —preguntó ella bastante complacida—. Bueno, en ese caso... Quiero conocerla.

Entraron al apartamento y David soltó lo que llevaba en las manos encima de su cama. El bolso de Marissa lo tomó con más cuidado y lo colgó en su perchero

—Es bonita?

—Para mí, hermosa.

—Mmmm, me late que es fea. Pero bueno, si es buena persona, puede que la acepte.

—Seguro. Bajamos?

En la azotea, la música sonaba con estruendo. David no demoró mucho tiempo buscando a su novia, pues estaba en medio de un corrillo de hombres, todos intentando enseñarle pasos de baile.

Maurice había cumplido en parte su cometido, pues ninguno se acercaba demasiado, y ella sonreía entre tímida y feliz, como si nunca hubiese sido objeto de tanta atención; al ver a David, su rostro pareció iluminarse con una sonrisa ancha y sus ojos azules brillantes. Fue en ese momento en que David cayó en cuenta de que hasta el momento se había estado mintiendo a sí mismo con respecto a ella. Marissa le gustaba, y cada momento que pasaba le gustaba un poco más.

Deseó con todo su corazón que funcionara, tal como ella auguraba, porque él ya se estaba enamorando.

—Mmm, no los mantuviste a raya... —le reprochó a Maurice en son de broma al llegar.

—No he bailado con ninguno —lo defendió Marissa.

—Eh, David, caray, nunca supe que fueras celoso —dijo uno de los hombres que rodeaba a Marissa.

—Qué... ésta es tu novia, David? —Él miró a su hermanita, que observaba a Marissa con ojos grandes de sorpresa, como si nunca hubiese siquiera imaginado que podría ser alguien como ella.

—Sí... Marissa, te presento a mi hermana. Te he hablado de ella.

—Cosas buenas, espero —sonrió Michaela y Marissa le devolvió la sonrisa.

—No te preocupes, David es incapaz de hablar mal de nadie.

—Por qué estás tan segura? —protestó David, y Maurice se echó a reír de la cara que hicieron ambas mujeres. Estaba claro que esas dos se iban a llevar muy bien.

—A ver, ahora dime —preguntó Maurice en un susurro tomando el hombro de David y llevándolo aparte mientras Marissa y Michaela se ponían al día en una conversación—: de dónde sacaste ese bombón, eh?

—Trabaja conmigo en la oficina —contestó David con una sonrisa.

—Pues te envidio la suerte que tienes —rezongó Maurice—. Donde yo trabajo, lo más bonito es el jarrón de flores artificiales que hay a la entrada—. Ante esas palabras David sólo sonrió de medio lado.

—Antes no podía —le dijo, pasándole el brazo por los hombros— pero últimamente me he relacionado mejor... voy a mirar si necesitan un abogado en H&H.

—No tienes que hacerlo.

—Claro que sí, es lo que tú harías por mí —Maurice sonrió sin mucha convicción.

—Bueno, si te empeñas. Mira... saca a bailar a tu novia antes de que estos tontos hagan un charco en el piso con sus babas, saben que les romperás los dientes si la tocan.

—Que no les quepa la menor duda —murmuró David entre dientes, Maurice sonrió divertido mientras miraba al grupo de chicos que sonreían y coqueteaban con la invitada con descaro.

Marissa y David salieron a la pista de baile improvisada en medio de la azotea, la tomó de la cintura con suavidad mirándola fijamente a los ojos.

—No me imaginé que fueras tan popular —dijo él mientras se movían al compás de la música.

—No lo soy.

—En tu escuela hacían fila los chicos para saludarte o algo? —insistió él.

—Estudí en una escuela de señoritas—. David la miró fijamente.

—De veras?

—Claro que sí, mis amigas y yo. Un internado.

—Eso es triste.

—No tanto si tienes más gente alrededor que en tu casa. Ya sabes, mamá murió cuando yo era pequeña y papá siempre estaba de viaje—.

David hizo una mueca. Siempre había oído decir que la vida de los niños ricos no era tan genial como se creía, y aquí tenía una prueba de ello. Miró a Marissa con cierta curiosidad.

—Entonces, es muy dura la vida en un internado? —Marissa sonrió.

—Bueno, no lo es tanto... o debe ser que entré allí muy pequeña, y ya estaba acostumbrada —Marissa

miró lejos, recordando aquella época —. Yo compartí habitación con Diana bastante tiempo, pero un día su padre decidió que quería que volviera a la casa y así fue. La reemplazó Mer.

—Algún día me presentarás a tus amigas? —Marissa le sonrió.

—No. Tal vez se enamoren de ti.

—Exagerada.

—Meredith ya está casada y vive en Los Ángeles. Está muy enamorada de su esposo, pero tú eres demasiado guapo, así que no nos arriesguemos a desestabilizar su matrimonio—. David se echó a reír echando la cabeza hacia atrás. Marissa lo observó encantada, y siguió—: Diana te miraría de arriba abajo, diría que estás bueno, y luego seguiría su vida.

—Ah, ella me ignoraría.

—Un poco, pero Nina... ella casi te hinca el diente la vez que nos vimos en el bar.

—Mmm, de verdad? —Marissa se echó a reír mordiéndose un labio, y no dejó de mirarlo—. Entonces dejemos a tus amigas en paz.

—Algún día las conocerás, de todos modos. Por cierto —dijo ella, bajando la voz—, qué bien bailas.

—No es tanto.

—Sabes lo que dicen de los buenos bailarines? —él rió por lo bajo.

—No, qué dicen?

—Si mucho se mueve en la pista... —David la miró con ojos grandes, esperando a que ella terminara — mucho le huelen los pies.

La carcajada de David se hizo escuchar en toda la azotea, y varios alrededor se giraron a mirarlos con curiosidad. Algunos se comentaban entre sí preguntándose de dónde sería ella, y cómo era que tenía una relación con alguien como ellos, pues era latente que entre ella y David había algo.

Marissa dejó de notar que la miraban y se hacían comentarios. Su centro ahora era él, lo bien que hablaban, lo bien que bailaban, lo mucho que sonreían. Nunca creyó que podría experimentar esto nuevamente, y menos con alguien tan diferente a ella.

Y le gustaba inmensamente.

Pasado un rato, David decidió darle un poco de espacio, y Marissa lo aprovechó. Se acercó a la mesa de las comidas y allí se puso a conversar con otras mujeres; una de ellas estaba embarazada, y Marissa pidió permiso para tocarle la panza, y cuando ella se lo dio, la ternura casi la desborda. Luego, la vio hablar con Michaela y Maurice, y reían y hablaban en voz alta, como si los conociera de toda la vida.

Un poco celoso porque la habían acaparado, se unió al grupo.

Cuando vio a su abuela Agatha mirar en derredor, tomó a Marissa de la mano y la llevó hasta ella.

Marissa observó a la anciana, con el cabello surcado de canas y ropa bastante sencilla, pero con mirada cálida y sonrisa fácil.

—Es un placer conocerla —le dijo, y era verdad. Esta mujer, según lo que David le había contado, se había hecho cargo de sus nietos cuando no tuvieron a nadie más.

—Eres muy guapa.

—Gracias.

—Estaba preocupada. Este chico ya es grande y no se quería buscar una novia para casarse —Marissa miró a David elevando una ceja, y él sólo miró a otro lado—. La vida no es sólo estudiar y trabajar, le dije, pero no me hacía caso.

—No se preocupe, ya entró en vereda —David la miró inquisitivo, y Marissa tuvo que morder una sonrisa.

—Eso me tranquiliza mucho—. Luego se giró a mirar a su nieto—.

Sólo vine a decirle a Michaela que me acostaré a dormir temprano.

—No te preocupes; para no despertarte, haré que duerma en casa de una de sus amigas.

—Suerte que mañana es sábado y no tiene escuela —susurró Agatha.

En el momento, llegó Maurice y abrazó a Agatha desde atrás, dándole besos en la mejilla. La anciana blanqueó sus ojos.

—Ya deja de babearme! —protestó.

—Pensé que no vendrías a mi fiesta —dijo Maurice—. Habría estado muy dolido contigo si hubiese sido así—. Extrañada, Marissa miró a David, pero éste sólo sonreía.

—No he venido —contestó Agatha—. Sólo vine a decirle a David una cosa—. Maurice hizo un puchero, y Agatha, al verlo así, le tomó las mejillas ásperas y tiró de ellas—. Pórtate bien esta noche.

—Sí, señora —acto seguido, Agatha se despidió de todos y dio la vuelta alejándose. Con una sonrisa blanca, y como si fuera un niño de diez años, Maurice se alejó de ellos. Marissa miró hacia dónde iba, y lo vio ser rodeado de nuevo por unas cinco mujeres, desnudas más que vestidas, y que lo miraban anhelante.

—Qué pasa con él?

—Odia y ama a las mujeres a partes iguales —contestó David con una sonrisa—. Pero sospecho que a la única que respeta de verdad es a mi abuela.

—Está un poco loco.

—No lo dudes—. David miró su reloj; iba siendo la media noche—.

Creo que ya debería llevarte a tu casa.

—Ya?

—Es tarde —contestó él. Ella estiró sus labios en una queja.

—Estoy un poco ebria, no podré conducir—. David sonrió.

—Marissa...

—Dejarás que conduzca bajo los efectos del alcohol? A mí? Una mujer indefensa, guapa y delicada?

—Una de tres.

—Una de tres?

—Vamos por tu bolso.

—Necesito... necesito un baño —dijo ella de repente—. Tengo una emergencia.

—Está bien.

Marissa le sonrió y le tomó la mano. Se despidieron de Maurice, pero estaba tan entretenido entre sus mujeres que apenas les prestó un poco de atención.

Juntos subieron al ascensor, y al entrar al pequeño apartamento, Marissa se sorprendió un poco. No imaginó que una vivienda pudiera ser tan pequeña.

David le señaló dónde estaba el baño y entró a su cuarto para tomar el bolso. El teléfono móvil de ella empezó a sonar desde un bolsillo. En la pantalla mostraba que era Hugh y Marissa llegó a tiempo para contestar. Saludó a su papá, y luego de unos minutos en silencio, se sentó en la estrecha cama de David, muy seria.

—Qué pasa? —Marissa lo miró al tiempo que se despedía y cortaba la llamada—. Él está bien? — Marissa hizo una mueca con los labios.

—Sí, está bien. Viaja mañana al extranjero.

—Ah... —al ver que ella no cambiaba su expresión, se sentó a su lado—. Y eso es malo?

—No... es sólo que había programado pasar el día con él mañana.

Íbamos a jugar tennis—. David la miró fijamente, y Marissa respiró profundo como sacudiéndose la decepción, pero no se puso en pie ni se le vio intención de irse.

—Es esta tu habitación? —preguntó, mirando en derredor.

—Sí —contestó él. Habría preferido que ella ni siquiera entrara aquí, pero no sólo había entrado, sino que ahora estaba sentada en su cama y miraba de cerca sus cosas.

—Para ser la habitación de un hombre, está bastante limpia.

—Será porque tengo una abuela maníaca de la limpieza... y yo no paso mucho tiempo aquí —ella sonrió mirándolo fijamente—. Tú... — empezó a decir él— no tenías una emergencia?

—Qué emergencia?

—Dijiste que necesitabas un baño.

—Ah, eso —él la miró elevando sus cejas, y Marissa sonrió—. Ya había entrado con Michaela.

—Entonces, mentiste.

—Sí —y ella no se veía nada arrepentida. Por el contrario, cada vez estaba más cerca. Cuando ella elevó sus manos a él, y empezó a desabrochar los botones de su camisa, David abrió su boca intentando decir algo, pero ningún sonido salió. Ella abrió la camisa hasta su cintura y pudo mirar al fin su pecho—. Eres lampiño.

—Q... qué? —tartamudeó él.

—Quería saberlo—. Se acercó y besó la curva de su mandíbula.

David estaba en el limbo, sintiendo sus labios sobre su piel, que con cada beso agitaba más la sangre en sus venas.

—Marissa...

—Mmm? —murmuró ella, metiendo sus manos por sus costados, tocando, acariciando. David se apresuró a hablar antes de que perdiera el sentido.

—Es... es tarde, deberías irte a tu casa... —Ella detuvo sus movimientos para dirigirle una mirada sorprendida.

—Me estás rechazando —y aquello no fue una pregunta.

—No, no... —Ella se puso en pie, y sin decir nada, tomó su bolso—.

Marissa...

—Como tú dices —dijo ella con una sonrisa ladeada—, es tarde.

Mañana tengo que... —pero recordó que su cita con su padre había sido cancelada, así que se quedó callada. Dio la vuelta para salir de la habitación, pero David la tomó del brazo deteniéndola.

—Marissa, escúchame, yo...

—Acabas de decir que ya es tarde, y ahora no quieres que me vaya?

Decídate, por favor, David—. Ella habló sin mirarlo a la cara, así que la rodeó fuertemente con sus brazos.

—Lo siento. Siento que esto parezca un rechazo, pero...

—Pero es un rechazo, no? El segundo, en todo caso. Ya debería estar acostumbrada.

—No...

—Siento haber dado por sentado que tú también querías estar conmigo de ese modo. No quería apresurar las cosas...

—Marissa, escúchame! —exclamó él, y ella al fin se giró a mirarlo.

Tenía los ojos humedecidos, y eso hizo que a David le doliera el corazón—. No te estoy rechazando. Dioses, me muero por hacerte el amor! Pero mira a tu alrededor! —ella lo hizo.

La cama era estrecha, y casi se peleaba el espacio con un librero y la mesa del ordenador. Al otro extremo estaba un viejo armario que seguramente contenía su ropa, y colgada en la pared estaba la fotografía de un hombre mayor bastante parecido a David y una mujer hermosa y sonriente. Debían ser sus padres.

Era la habitación de David. Había libros de economía por allí, zapatos debajo de la cama, una chaqueta que ya le había visto colgada en un perchero... Volvió a mirarlo a él con una pregunta en el rostro —No ves de qué estoy rodeado? —insistió él—. De veras quieres que nuestra primera vez sea... aquí? —Eso le hizo elevar ambas cejas.

—Qué tiene de malo? Bueno, me corta un poco la fotografía de tus padres, pero de resto...

Él no lo pudo evitar y se echó a reír; se sentó en la cama otra vez, masajeándose el cuello y sin mirarla.

—Llevo años trabajando duro para algún día tener algo más —le dijo en voz baja—. Soy ambicioso, tengo metas altas. Estoy seguro de que tengo la capacidad y la inteligencia para conseguir mis sueños.

Mientras tanto... estaré rodeado de esto—. Extendió su mano abarcando el pequeño lugar. Marissa lo miraba fijamente a él.

—Entonces es eso? Es tu habitación?

—Marissa...

—A mí no me importa —dijo en voz baja, pero luego sintió como si estuviese mendigando, mendigando un poco de afecto y atención.

David ponía como obstáculo el espacio que los rodeaba. Tal vez simplemente no quería comprometerse a ese nivel con ella—. Pero bueno, es sólo lo que yo pienso —dijo, con voz opaca.

Respiró profundo y miró la puerta, pensando en que de veras iba a salir por allí y la iban a dejar ir.

Simon no se había enamorado de ella, y David ni siquiera la deseaba lo suficiente como para olvidar que estaban en su pequeña y austera habitación. Qué más le faltaba por ver?

Cerró sus ojos con unos terribles deseos de llorar, pero no iba a dejar que él la viera. Era experta conteniendo el llanto. Había dejado ir a Simon aquella vez porque no quería ser la segunda opción de nadie, y ahora sería ella quien se fuera porque no se iba a volver a desnudar ante un hombre para reclamar su atención. No lo iba a hacer, aunque luego tuviera que ponerse tres capas de maquillaje para que no se dieran cuenta de la mala noche que había pasado.

Estas cosas pasan, se dijo, y simplemente puso la mano en la manija y abrió la puerta para salir.

:7:

David la vio abrir la puerta y algo se disparó dentro de él. Fue como un estallido que lo impulsó, y al instante estuvo tras ella, cerrando de golpe la puerta e impidiendo que ella saliera.

—A dónde vas? —preguntó, y la escuchó reír.

—Cómo que a dónde? A mi apartamento, claro. No quieres que esté aquí.

—Dios, Marissa... —apoyó su frente en su cabello, e inspiró fuertemente. Ella se quedó quieta, esperando.

Los segundos pasaron, y ninguno de los dos se movió. Ella no hizo ademán de abrir de nuevo la puerta, y él no dijo “vete”. Sólo se quedaron allí, el uno esperando las reacciones del otro, sabiendo que cualquier cosa que se decidiera aquí sería definitivo, y marcaría para siempre el rumbo de las cosas entre los dos.

David tenía miedo. Realmente, estaba temblando. La fuerza de sus sentimientos lo estaba traspasando, y odiaba perder el control de algo, sobre todo, si se suponía que ese algo ni siquiera debía haber nacido.

Pero, acaso podemos elegir de quién enamorarnos?, se preguntó él recordando lo que ella había dicho antes.

Marissa estaba quieta como una estatua. Él estaba tomando decisiones importantes ahora mismo, lo sabía, y sabía que cualquier cosa que él decidiera, ella tendría que aceptarlo, porque no iba a rogar. Ya se había rebajado bastante antes; todavía tenía algunos pedazos de su ego que no había podido recoger tirados por allí de cualquier manera, así que no iba a rogar, aunque eso la matara.

—Me estoy enamorando de ti —dijo él de repente, y Marissa contuvo la respiración, ni siquiera pestañeó.

Él rodeó su cintura y pegó su espalda a su pecho; Marissa podía sentir el aire de su respiración en su piel y eso aceleró un poco la de ella. Puso sus manos sobre las de él, apoyándose en su fuerza.

—David...

—No quiero enamorarme. No tengo planeado enamorarme... pero diablos, cómo se hace para evitarlo? —ella sonrió.

—Por qué pelear contra eso? —él la giró poco a poco hasta tenerla de frente. Su mirada se paseaba por toda su cara, y Marissa no se atrevió siquiera a pestañear. Estaba a la espera, él se estaba decidiendo, aunque en su corazón presentía que esta pelea la estaba ganando ella.

Él tomó su cabello y lo echó hacia atrás, pero no se inclinó para besarla, ni nada. Sintiendo que cada segundo que pasaba era un segundo perdido, Marissa puso sus manos en su cintura, al interior de su camisa abierta, y lo tocó suavemente. David cerró sus ojos y dejó salir suavemente el aire por entre sus dientes.

—Y si es bueno? —preguntó ella, rompiendo su silencio—. Y si es algo duradero? —lo miró a los ojos—. Y si es algo por lo que nos felicitaremos el resto de nuestras vidas?

—Quieres apostar a eso? —preguntó él, y ella tuvo que sonreír.

—Sí. Quiero apostar—. Y si no? Quiso preguntar él, si esto no era ni fuerte ni duradero? Él no quería sufrir.

La observó fijamente, repasando sus mil dudas, y algo llegó a él, como un conocimiento antiguamente olvidado.

Ella se estaba arriesgando también, no? Luego de que hubiesen roto su corazón de manera tan terrible, ella lo estaba entregando de nuevo.

Y entonces David Brandon terminó de enamorarse.

Cerró sus ojos echando fuera sus precauciones y se inclinó a ella para besarla, y cuando ella lo aceptó sin titubear, una increíble felicidad lo embargó.

Por qué había tardado tanto en decidirse?

Marissa devolvió su beso con alegría, feliz, feliz... Cuando él bajó sus labios por su cuello, y pudo sentir lo agitado de su respiración, dejó fuera su timidez y terminó de sacarle la camisa para darle rienda suelta a su curiosidad. Quería verlo, quería tocarlo. Nunca había deseado tanto hacer algo así como ahora. Arrastró la tela de la camisa por sus hombros y la dejó caer al suelo. Inmediatamente paseó sus manos por su piel, tan clara, pegada a sus músculos sin apenas grasa en el medio. No creía que alguien como David invirtiera dinero en gimnasios, así que esto debía ser más bien genético.

Él estaba quieto, y Marissa aprovechó para seguir estudiándolo. Con sus pulgares rozó apenas los chatos pezones y lo escuchó contener la respiración. Se acercó poco a poco y besó el valle en medio, la piel sobre sus clavículas, el hueco de su cuello.

Él olía tan bien. Aún después de un día de trabajo y una fiesta, conservaba un suave halo de su perfume en la mañana, y su aroma característico le encantaba, la atraía. Quería era lamerlo de pies a cabeza.

Incapaz de estarse más tiempo sin hacer nada, David empezó a desabrochar los botones de su blusa, y cuando la tuvo en sostén frente a él, la miró largamente.

—No has cambiado nada —dijo, y ella sonrió, sabiendo que él la recordaba de aquella vez en que se le había desnudado.

—Sólo ha pasado un año.

—Eres tan hermosa —susurró él, y tomó su barbilla para elevar su cara a él y besarla. Marissa sonreía. Le gustaba que él fuera delicado y romántico. Que dijera cosas bonitas, aunque sonaran muy cliché.

Cuando la tomó por la cintura y la alzó, Marissa se sorprendió un poco.

—No soy tan liviana —se disculpó ella, con sus ojos azules llenos de aprehensión.

—¿Qué me estás diciendo —protestó él depositándola suavemente sobre su estrecha cama—, que no soy lo suficientemente fuerte para alzarte? —Marissa sonrió. Caballero ante todo, se dijo.

—No. Sí eres fuerte. Mi grandullón —él besó su sonrisa, y Marissa no perdió el tiempo y paseó sus manos por la piel de su espalda. Él se fue acomodando suavemente entre sus muslos, y enseguida fue perdiendo la noción de las cosas.

Los besos de David eran suaves a veces, rudos otros, cada vez más llenos de hambre. Fue metiendo poco a poco su mano debajo de su falda, y con ella apretó fuertemente su trasero. Marissa lo miró a los ojos, él paseaba la mirada por su cuerpo, de sus labios no salía ni una palabra, sólo parecía muy concentrado en lo que hacía.

La estaba disfrutando, no había apagado la luz, y la observaba atentamente. Metió la mano debajo de su espalda y desabrochó el sostén, lo sacó suavemente y no dejó de mirar sus senos. Parecía fascinado con lo que veía, y eso la llenó en cierta forma de timidez.

Nunca se había sentido tan preciosa y expuesta a la vez, estaba segura de que esta noche no quedaría un rincón de su cuerpo sin que él lo estudiara intensamente.

Soltó un gemido cuando él la acarició por encima de sus bragas.

Sintió sus dedos tocarla a lo largo de toda su entrepierna y no pudo evitar abrir más los muslos y darle más acceso. Él no paró de tocarla por encima de la tela, hacer presión con su dedo medio en su entrada y acariciar suavemente su clítoris con su pulgar. Su cuerpo se empapó de inmediato y empezó a moverse deseando que él hiciera algo más que tocarla. Puso las manos alrededor de su cuello para forzarlo a bajar la cabeza y besarlo, y aunque él la besó, no cedió ante sus súplicas. Siguió tocándola, cada vez más íntimamente hasta que ella sintió enloquecer; de su boca salían gemidos quedos y entrecortados que ahogaba en su cuello, y sólo entonces David metió la mano dentro de sus bragas y la tocó piel con piel. Su mano estaba cálida, y metió un dedo en su interior. Ella empezó a moverse al ritmo que él imponía, dispuesta a satisfacerse aunque fuera con esto, pero entonces él retiró la mano y ella quedó suspendida entre un orgasmo y la frustración.

—David...

—Shhh... —la calló él, inclinándose poco a poco hacia ella. Le retiró las bragas y la falda con un solo movimiento, y la abrió ante sus ojos.

Marissa iba a enloqueer. Cuando él acercó más su cabeza y sacó su lengua para pasearla por su lado más sensible, realmente sintió que moriría.

—Dios querido! —murmuró ella, como sorprendida.

—He querido hacer esto desde hace mucho tiempo —sonrió él, y Marissa no tuvo problema en creerlo. Él abrió su boca y con su lengua empezó a tantear, preguntándose a qué zona prefería ella que él atendiera. Empezó a lamer y chupar el pequeño botón, y ella gemía y movía sus caderas como

buscando más. Eso lo hizo sonreír, así que se desplazó hacia abajo, abrió su boca y entró en su cuerpo con su lengua. Marissa mordió un grito y lo devolvió a su garganta sintiendo que se ahogaba, que la torturaban, o que tal vez no era una tortura, sino un regalo precioso... No sabía, y no quiso tratar de comprender los sentimientos que ahora la inundaban. Apretó fuerte sus dientes sintiéndolo dentro, tan rápido, tan certero. Cómo se había vuelto él tan experto en conocer su cuerpo? Cómo con un órgano tan pequeño como su lengua podía hacerla perderse a sí misma?

Cuando abrió los ojos, y el oleaje de su orgasmo remitió, él estaba completamente desnudo ante ella. Marissa bajó sus ojos para mirarlo, pero él atrajo su atención tomando sus piernas para elevarlas juntas y tener así acceso a su cuerpo. Apoyó sus rodillas en sus hombros, y con sus ojos cerrados, fue entrando poco a poco en su cuerpo.

Marissa cerró los ojos, concentrándose en las sensaciones, dándose cuenta, sin proponérselo, lo diferente que era David de Simon.

No, no era tanto que David fuera diferente. Ella era diferente. De alguna manera, esto, estar unida a él, él dentro de ella, o ella dentro de él, no lo sabía, cerraba un círculo; ponía un sello sobre los dos.

Se miraron a los ojos, con un mensaje velado viajando entre los dos, como si cayeran en cuenta de lo mismo. Era algo extraño, pero ambos sentían como si nunca hubiesen estado con ninguna otra persona antes de este momento, como si ambos fuesen vírgenes.

Era extraño, pero hermoso, y ninguno de los dos quiso hablar o decir algo para no romper la magia del momento. Cómo explicar que había sentido como si fueran dos mitades de un todo que al fin encajaran?

Como si ella lo completara a él y él la completara a ella. Y era sublime, y hermoso, y fuerte.

Él abrazó sus piernas y empujó dentro de su cuerpo, entrando por completo en su interior. Hubiese querido verlo, pensó ella en una milésima de segundo, y luego ya no pudo siquiera pensar. En esta posición, ella estaba más estrecha, así que lo sentía pleno dentro de su cuerpo. David empezó a mecer sus caderas, suave primero, deteniéndose a veces para disfrutar el camino, la vista de ella mordiendo los labios, tratando de contener un gemido, y luego, simplemente de un empujón entraba por completo en ella y Marissa veía lucecitas al interior de sus retinas. Esto era increíble.

Lo apretaba con fuerza con sus músculos internos; se aferró de las sábanas, de la cabecera de la cama, de lo poco que alcanzaba de él, y sus embates fueron acelerándose hasta la locura.

Cuando los gemidos empezaron a escaparse de su boca, David simplemente apretó sus dientes y los mordió allí. Ella era tan profunda, y lo apretaba tan bien, que deseó poder alargar el momento todo lo que le fuera posible. Cuando se dio cuenta de que a este ritmo terminaría más pronto de lo que se proponía, salió de su cuerpo y se acostó a su lado.

—Qué...? No... —protestó ella, pero de inmediato sintió sus dedos inquietos acariciándola.

—Marissa —murmuró él tras su cuello, y ella abrió sus muslos y con su mano lo buscó para ponerlo de nuevo en su lugar—. Esto acabará demasiado pronto —dijo él deteniéndola.

—Por favor —pidió ella, como si fuera justo lo que deseaba.

Aunque su alma sonreía, su cara parecía más bien como si estuviera sufriendo, y Marissa le tomó el rostro con su otra mano y lo besó, mientras con la otra lo guiaba justo dentro de ella. A su espalda, David empezó de nuevo a mecer sus caderas, mientras con sus brazos la apretaba contra su cuerpo pegándola más a él.

Marissa movía sus caderas facilitándole el alcance, y David pronto perdió el control de sus propios movimientos, así que dejó que el instinto de liberarse los dominara a ambos y los guiara hasta el final.

No intentó detenerse, ni a sí mismo ni a ella, y cuando ella se contorsionó en un interminable orgasmo, se permitió a sí mismo llegar.

Salió de ella justo a tiempo y se derramó sobre la sábana de su cama.

—No, espera —intentó detenerlo ella. Pero David estaba fuera de alcance, corriéndose en su orgasmo. Era hermoso así.

Él se derrumbó en su espalda, y los minutos pasaron en silencio.

Cuando al fin la respiración de ambos estuvo más acompasada, y el ritmo de sus corazones fue normal, ella retiró su rostro un poco para mirarlo al suyo.

—No me molesta... que te vengas dentro —le dijo con voz aún agitada. Él frunció el ceño.

—No quiero embarazarte —susurró abrazándola y enterrando su nariz entre sus cabellos—, y no tenía preservativos —Marissa sonrió.

—A menos que temas que te contagie algo, nada pasará. Tomo precauciones desde hace mucho tiempo.

—Pero tú...

—Hace mucho tiempo que uso un dispositivo de larga duración. No lo detuve sólo porque ya no me iba a casar, así que sólo me embarazaré si quiero—. Él sonrió. De alguna manera, hablar de embarazos no lo asustaba, y eso era incongruente. Casi había salido corriendo cuando ella empezó a besarlo, y ahora sonreía como un idiota cuando ella mencionaba la palabra embarazo.

Salió de la cama y tiró de la sábana debajo de ella. Marissa elevó su cuerpo para facilitarle el trabajo y, cuando estuvo afuera, David la tiró al suelo.

—Quedó hecha un desastre —dijo, y ella sonrió. Pensó que se acostaría a su lado y se acurrucarían, o volverían al jugueteo previo a otra ronda de sexo, pero entonces lo vio buscar su ropa.

—A dónde vas? —preguntó alarmada.

—Dejé tu auto afuera, recuerdas?

—Ah... —suspiró, volviendo a apoyar su cabeza en la almohada. Casi había esperado que la volviera a echar de su casa—. No te tardes —le pidió. Él sonrió.

—Claro que no.

El cuerpo de ella se había ido enfriando, pero era verano y hacía calor, así que no hizo nada por cubrirla. Se acercó a ella y la besó, apretando con una de sus manos sus nalgas desnudas. Marissa sonrió por lo que aquello prometía. David se abrochó los pantalones y salió de la habitación descalzo y sin camisa.

Prefirió subir a la azotea y mirar desde allí el auto; estaba en el mismo lugar, en perfectas condiciones, al parecer. Sin embargo, pensó seriamente en salir a la calle y mirarlo más de cerca, aunque ya estaba entrada la madrugada.

—No le pasará nada —dijo alguien detrás de él. David se giró al reconocer la voz de Maurice. Lo encontró sentado en el suelo, solo, y con varias latas de cerveza vacías alrededor—. Yo mismo bajé hace un rato y lo revisé —dijo. David se le acercó.

—Qué haces aquí a estas horas? Y solo—. Maurice soltó una risita.

—Esperabas que en mi treinta cumpleaños me fuera con alguna de esas mujeres?

—O con todas —contestó David. Maurice intentó ponerse de pie, y David tuvo que ayudarlo.

—Nah, no quería estar con ninguna.

—Estás bien? —Maurice hizo una mueca, intentando estabilizarse y se llevó la lata de cerveza a los labios, pero de ella no salió nada.

—Sólo bebí un poco más de la cuenta —contestó, arrojando la lata vacía lejos— y ahora estoy ebrio.

—Necesitas que te ayude a llegar a tu habitación? —Maurice lo miró fijamente, sonriendo.

—Puedo andar. Y no es justo que te quedes conmigo cuando seguramente tu novia te espera —David elevó una ceja.

—Puedo hacer un paréntesis por un amigo.

—Nada de paréntesis. Y no te preocupes por el Audi. Todos saben que es de una de mis invitadas, que casualmente es tu novia, y que entre ambos les romperemos todos los huesos antes de que puedan decir: “yo no fui” .

—Bien, en ese caso... nos vemos en la mañana.

—Duerme... o haz lo que tengas que hacer—. David le sonrió, pero no dejó de preocuparle el comportamiento de su amigo. Él siempre estaba sonriendo y mostrándose feliz. Había pensado que se iría con alguna de las tantas mujeres que se le había insinuado en la fiesta, pero no había sido así; y aquí estaba, solo y ebrio en la azotea de un edificio.

Le echó una última mirada y le dio la espalda alejándose. Después de todo, Marissa estaba sola en su cama, y lo esperaba, así que tomó carrera hasta llegar de nuevo a ella.

Cuando llegó de nuevo a la habitación, la encontró aún despierta, y con una sonrisa de oreja a oreja, se metió en la cama al tiempo que se sacaba de nuevo los pantalones. Marissa lo recibió entre sus brazos, feliz.

Michaela caminaba en puntillas de pie por el pasillo del pequeño apartamento. Era sábado, y anoche hubo fiesta, pero estaba segura de que su hermano madrugaría de todos modos para ponerse a trabajar en el computador, ocupándolo, sin dejarla a ella navegar un rato en internet. Había oído la ducha abierta, así que debía ser él... ella sólo quería ganarle en esta ocasión. Abrió la puerta rápidamente y se internó en la habitación para encontrarse con la pareja dormida, y pegados como dos cucharas bajo las delgadas sábanas. El susto le hizo gritar.

Marissa saltó de la cama y también gritó, David quedó sentado mirando fijamente a su hermana. Hubo un silencio incómodo, y en ese par de segundos, Michaela volvió a abrir la puerta para desaparecer tras ella.

Marissa se puso histérica y se levantó corriendo envuelta en la sábana, recogía sus ropas que inexplicablemente estaban esparcidas por todo el cuarto. Se detuvo cuando escuchó la risa de David.

—Qué es tan gracioso? —reclamó.

—Ya se lo había advertido.

—Qué cosa?

—Es... una mala costumbre de Michaela: entrar a mi habitación sin llamar primero. Le dije que un día de éstos le daría un susto de muerte. No me creyó.

—Pues seguro que ahora sí se lo cree... Dios mío, David; nos vio!! A ti y a mí en esta cama!!

—Ya tiene dieciséis, seguro que en la escuela ya le han dado clases acerca de lo que ocurre entre un hombre y una mujer —dijo él muy despreocupado, y extendiéndole la mano para que volviera a su lado.

—Es una adolescente, David; no me imagino el choque emocional que debe estar sufriendo.

—Michaela es muy fuerte, no te preocupes—. Pero Marissa no se tranquilizó con eso, sino que llevó a su boca un extremo de la sábana con la que se cubría y empezó a tirar de él con los dientes.

David entendió que debía hablar con su hermana, pero más para tranquilizar a Marissa que a ella.

—Bien —dijo, levantándose un poco a regañadientes y vistiéndose a prisa—. Pero no salgas de aquí.

—Sí claro. Necesito entrar al baño, será que puedo? —Él sólo sonrió.

—Vale.

David salió de la habitación y no encontró a Michaela en la sala, ni en la habitación que compartía con la abuela. Tuvo que buscar una camisa y ponérsela mientras bajaba por el ascensor.

La encontró sentada en uno de los muros del pequeño jardín a la salida del edificio, abrazando sus rodillas y mirando a la calle. Se sentó a su lado, y por unos segundos, ninguno dijo nada.

—Acerca de lo que pasó allá... —empezó a decir él.

—No te preocupes, ya soy una mujer, entiendo de esas cosas.

—Ah, sí? Qué tanto? —Michaela blanqueó sus ojos.

—Te encuentro desnudo con una mujer en tu cama y me vienes con esas? —David sonrió.

—Ella está terriblemente avergonzada.

—Así que por eso estás aquí? —él se alzó de hombros.

—Bueno, también por ti. Marissa teme que te haya quedado un trauma psicológico.

—Que no se preocupe. Es sólo que no sabía que mi hermano...

también hacía esas cosas —David se echó a reír.

—Bueno, pues las hago. Soy un hombre de lo más corriente — Michaela sacudió su cabeza negando—. Pero en cierta forma, es tu culpa, no? Entraste sin llamar.

—Y tú traes a tu novia a nuestra casa. Cuál falta es peor?

—No te gusta Marissa?

—No se trata de eso... sólo que... pues...

—Michaela, te pido disculpas —la interrumpió él—. Digamos que...

bueno, la idea era que ella se fuera antes de que nadie se diera cuenta, pero Marissa no es alguien que yo quiera o deba ocultar. Ella es importante. Y seguramente tendrás que verla muy seguido por aquí, así que... por favor, no la rechaces. Todo esto fue mi responsabilidad, no de ella.

Michaela ahora lo miraba fijamente. Suspiró y bajó los pies del muro en el que estaba para sentarse más derecha.

—Piensas casarte con ella? —Él hizo una mueca, tomándose la pregunta muy en serio.

—Todavía hay muchas cosas que resolver antes de pensar en eso...

pero me encantaría.

—Ya. Estás enamorado —David sonrió y le puso la mano en la cabeza alborotándole el cabello—. Por Dios, cuántas veces tengo que decírtelo? No me arruines el cabello!

—Ah! Que eres una mujer.

—Eres terrible! —David se reía. Michaela se puso en pie para entrar de nuevo al edificio.

—No olvides de ahora en adelante llamar antes de entrar! —gritó él antes de perderla de vista.

—No te preocupes, jamás lo olvidaré! —gritó ella en respuesta, y David no dejó de sonreír.

Luego de echarle un vistazo al Audi y comprobar que estaba en perfecto estado, subió de nuevo al apartamento y entró a la habitación.

Encontró a Marissa vestida y lista para salir.

—Y bien? —preguntó ella al verlo—. Me odia, verdad? Está demasiado molesta? Dios, yo queriendo causarle buena impresión y mira...

—No te preocupes por ella. Michaela no es tan sensible.

—Es una niña!

—Y tú por qué estás vestida otra vez?

—Qué...? Ni se te ocurra! —exclamó ella cuando él la abrazó de nuevo, sonriente e insinuante—. Siento que lo estaré haciendo delante de tu hermana! —él se echó a reír, y al momento, llamaron a la puerta.

Luego de separarse y decir que podían pasar, apareció Michaela.

—La abuela dice que el desayuno está servido—. David miró de Marissa a Michaela, encontrando que la una estaba sonrojada y la otra un tanto pálida.

—Yo tengo hambre —dijo, saliendo de la habitación y dejándolas solas. Marissa miró a Michaela con ojos un poco caídos.

—Siento el espectáculo. De veras—. Michaela se alzó de hombros.

—No te preocupes. Usaré esto para sacarle favores a mi hermano.

—Qué?

—Ya verás, cada vez que quiera sonsacarlo con algo, le recordaré este episodio. Lo tendré como la seda por un par de meses —Marissa se echó a reír.

—Hacen eso entre hermanos?

—Claro que sí. Se llama manipulación, o es conveniencia? No lo sé, pero es ventajoso.

—Creí que eras una niña buena.

—Lo soy, lo soy. Pero que él no se entere.

—Vale... sólo no abuses.

—Ya veré. Vienes a desayunar?

—Bueno...

—La abuela hace unas tortillas deliciosas. Sabe que estás aquí, no la desprecies.

—Está bien—. Salieron juntas, y cuando David vio a Marissa sonreír de nuevo, se tranquilizó. Sabía que las cosas saldrían bien.

:8:

—Que David tiene novia?! —exclamó Stacy, una castaña de ojos café tal vez con exceso de maquillaje en el rostro. Se cruzó de brazos haciendo pucheros y recostándose en el espaldar de su silla. Ella, Gwen y Michaela eran amigas desde que ésta última se vino a vivir a la zona con su hermano. Estudiaban juntas, vivían cerca. Si no hablaban por teléfono, seguro lo hacían por el Facebook. Cada una tenía su historia, y a su manera, se querían.

—Acaso no te enteraste? —preguntó Gwen con impaciencia y agitando su melena rojiza y rizada—. La llevó anoche a la fiesta de Maurice.

—Entonces esa rubia era su novia? Esa flacucha? Y no sabía que le gustaban rubias.

—No le gustan rubias —contestó Michaela mirándose las uñas—. Le gusta Marissa. De todos modos, por qué dicen ese tipo de cosas? “ Me gustan rubias; me gustan morenas” . No es más importante la personalidad?

—Esa tontería de la personalidad se la inventaron los feos —dijo Stacy sonriendo. Gwen miró al cielo sacudiendo de nuevo su cabeza.

—Son las inclinaciones de las personas —contestó Gwen a la pregunta que había lanzado Michaela—. Es un patrón de conducta.

—Tú sí que ya tienes el repertorio de un psicólogo —se burló Stacy, y de repente, borró su sonrisa—. Mi David tiene novia!

—No es tu David, aterriza —la regañó Michaela—. Y yo nunca de los nunca te habría aceptado como cuñada.

—Qué mala eres. Pero es que, mírenme; acaso soy fea? Por qué ningún chico se fija en mí?

—No eres fea —respondió Gwen, siempre cruel—, sólo te maquillas demasiado y envías el mensaje equivocado. Hay chicos a los que les gustan más las chicas al natural. Mira a Peter, enamorado hasta la médula de Michaela, y ella no se pone sino el brillo labial... y eso, cuando se acuerda.

—Peter no está enamorado de mí —rezongó Michaela.

—Claro que sí —rebatieron Stacy y Gwen a la vez.

—Nunca me ha dicho nada —insistió Michaela.

—No tiene que decirlo. Por la manera en que te mira... Dios, es demasiado tímido.

—Tal vez no se acerca por David —rió Stacy—. Él le rompería los dientes sin dudarlo. Te lo imaginas?

—Es muy fácil imaginárselo —la secundó Gwen.

—Ah, yo quisiera que alguien me mirara así. No importa si es alguien como Peter.

—No digas ese tipo de cosas —dijo Gwen—. Peter... puede que no parezca muy interesante, pero he oído decir que es un crack en la informática.

—Es verdad —dijo Michaela—, es él el que arregla el pc de mi hermano cada vez que se estropea. Pero pensé que los frikis de la informática eran gordos y granudos. Peter no lo es.

—Porque Juega basquetbol. Es de los raros.

—Pues con esa nueva información —suspiró Stacy—, he decidido que Peter me gusta. Ya no lloraré por David.

—No llorarías ni por tu madre —murmuró Gwen, y Michaela se echó a reír—. Además —insistió Gwen, cada vez más ponzoñosa—, no te prestará atención. Está enamorado de Michaela, y los estudios dicen que los amores de la adolescencia nunca se olvidan.

—Qué tontería. Yo ya he olvidado a todos mis ex novios.

—Mentirosa! —exclamaron Michaela y Gwen al tiempo, y acto seguido, se echaron a reír. En el momento, un hombre que había estado sentado en la mesa más próxima, se levantó de su silla dejando caer su cartera.

Las chicas se dieron cuenta, pero a pesar de que lo llamaron, el hombre no atendió. Michaela se puso en pie y recogió la cartera del suelo.

—Qué vas a hacer? —preguntó Gwen, aprehensiva—. Sólo déjasele a la cajera, él volverá por su cartera!

—No, se la llevaré—. Y acto seguido se fue en la misma dirección en que el hombre se había ido.

—Si no vuelves en diez minutos —amenazó Gwen—, llamo a tu hermano!

Michaela no prestó atención y echó a correr. Lo alcanzó en la parada de autobús; estaba allí de pie como esperando. Michaela lo llamó, y él se giró. Era alto, tenía los ojos más negros que hubiese visto jamás, y era... guapo. Adulto y guapo.

—Ah... Disculpe, es que... se le quedó esto —dijo, extendiéndole su billetera. El hombre la miró, y se llevó las manos a sus bolsillos revisando.

—Vaya, ni me había dado cuenta! —se la recibió y Michaela sonrió. Él tenía el cabello negro y rizado, con una piel olivácea... interesante—. Y

corríste hasta aquí sólo para devolvérmela?

—Claro. Es lo que cualquiera haría... No la va a revisar? —preguntó cuando vio que él simplemente se la metía en uno de sus bolsillos.

—Para qué? Si fueras una ladrona, no me la estarías devolviendo.

—Y si la devuelvo sólo para aparentar que soy honesta, pero en el fondo soy una ladrona? —el hombre sonrió ante su lógica.

—Prefiero confiar en la gente.

—Eso no es bueno.

—Pero es más sano para mí. Nos vemos, preciosa—. Dio media vuelta y simplemente echó a andar.

Michaela miró su espalda hasta que dobló la esquina. Un hombre guapo y que parecía sólo un poco mayor que su hermano había coqueteado con ella... Fascinante.

Sonriendo, se dio la media vuelta para volver a donde estaban sus amigas. Gwen era muy capaz de cumplir su amenaza si de casualidad pasaban los diez minutos y ella no regresaba.

Era casi medio día cuando David entró por segunda vez al apartamento de Marissa para que ella se cambiara de ropa, pues planeaban pasar juntos el resto del día.

Hubiese querido entrar con ella en la ducha, pero ya era tarde, y si entraban juntos, tardarían aún más, así que había permitido que entrara sola para que se diera prisa y pudieran ir a un restaurante a tiempo. Se les había ido la mañana en su apartamento, Marissa y Agatha hablando de todo y contándose historias, y helos aquí, contando los minutos.

Mientras ella se duchaba, David estudió su habitación y sus cosas, y decidió que esta niña mimada era mucho menos organizada que él; encontró libros entre la ropa, y bragas sobre el nochero. Las tomó sonriendo y empezó a girarlas en su dedo índice mientras seguía deambulando por la habitación.

Era el mismo apartamento al que había venido aquella vez hacía un año, y no había cambiado gran cosa. Había fotografías de Hugh posando frente al paisaje de diferentes ciudades del mundo, y algunas de una mujer muy rubia sosteniendo a una bebé igualmente rubia, de algunos dos años y sonriente; debía ser la madre de Marissa. Tenían bastante parecido; de Hugh tal vez sólo había heredado la forma fileña de la nariz.

Sobre el tocador había un portátil, y al lado, una taza sucia de café.

Estaba allí husmeando cuando una mujer entró a la habitación y gritó asustada al ver a David.

—Tranquila, tranquila —dijo él mostrando las palmas de sus manos en señal de que era inofensivo—. Soy amigo de Marissa.

—Donde está ella? Qué hace usted aquí!? —exclamó la mujer. Marissa salió del baño envuelta en una toalla, aún enjabonada y escurriendo agua.

—Qué pasa? —preguntó con voz preocupada, pero al ver a la mujer suavizó su ceño—. Ah, Bianca —dijo—, eres tú.

—Él... él...?

—Es mi novio. David.

—Ah... —murmuró Bianca más tranquila—. Lo siento —se disculpó ella mirando a David.

—No pasa nada.

—Bien, háganse amigos, yo terminaré de ducharme —dijo Marissa entrando de nuevo al cuarto de baño.

Bianca empezó a recoger las cosas de Marissa que estaban desparramadas por toda la habitación. David la observó por un momento en silencio, escuchando sólo el agua correr en la ducha y los movimientos de Bianca al tender la cama.

—Eres su mucama? —le preguntó.

—Algo así —contestó ella—. Trabajo para Hugh desde hace bastante tiempo. Digamos que cuido de su hija.

—La cuidas?

—Cocino para ella y velo por que este lugar esté limpio.

—Ya. Debes tener mucho trabajo, entonces —dijo en voz lo suficientemente alta como para que Marissa oyera desde el baño.

—Te escuché! —protestó ella. David sonrió.

—Es que tenía esa loca idea de que las niñas ricas como tú eran organizadas.

—No veo por qué tengo que ser organizada.

—Cuando tienen quien les haga todo, para qué ser organizados? —la defendió Bianca—. Además, eso genera empleo.

—Viva el desorden, entonces —exclamó David aventando las bragas de Marissa por el aire. Bianca no lo pudo evitar y se echó a reír.

Marissa salió del baño envuelta en por lo menos cuatro toallas, todas del mismo color y mirando feo a Bianca.

—Te dejo un par de minutos a solas con él y ya te estás riendo? Eres una mujer fácil.

—Apuesto a que tú te resististe más tiempo —contestó Bianca tranquilamente.

—La verdad es que la primera vez que nos vimos, ella... —empezó a decir David, pero Marissa le tapó la boca con una mano.

Fueron juntos a almorzar a un sitio que escogió Marissa. David se sorprendió de que fuera muy bueno y bastante asequible a la vez.

—No en todos los restaurantes hay que pagar el mínimo salarial por un buen plato —dijo Marissa sonriendo, y David sólo elevó una ceja.

—Pues está bien. Tal vez soy yo quien no ha salido lo suficiente.

—Y qué has hecho todos estos años? Tienes veintiséis. Has debido sacar a tus novias por allí—. Él sonrió metiendo su cuchara en el pequeño cuenco del postre.

—Bueno, la verdad es que no he tenido mucho tiempo para salir. Casi todas las amigas que he tenido han sido gracias a Maurice, quien insiste en que salga y me divierta.

—Ajá. Conque Maurice te sonsaca.

—Sí. De vez en cuando. Es un buen amigo.

—O sea que soy tu primera novia en mucho tiempo? —él sonrió mirándola con ojos entrecerrados.

—Sí, lo eres —ella rió encantada.

—Bueno, si te sirve de consuelo, sólo he tenido un novio en la vida, y fue Simon—. Él la miró sonriendo, supremamente relajado. La noche de sexo había sido más que buena, y le hubiese gustado seguir en la mañana, pero luego de lo de Michaela, Marissa no había tenido la presencia de ánimo para otra ronda. Esperaba que en la tarde pudiese vengarse de eso pasándolo en su cama. O en cualquier cama, no le importaba.

—Háblame de tus padres —le pidió Marissa—. Los de la fotografía eran ellos, verdad?

—Sí.

—No te da un poco de corte tener su foto en tu habitación?

—Nunca había llevado a una mujer allí, así que hasta anoche, no — Marissa volvió a sonreír—. Qué te digo de ellos? —empezó David, rascándose suavemente la nuca. Marissa se dio cuenta de que era un gesto muy suyo cuando se concentraba—. No me llevaba bien con papá —dijo.

—No?

—No; lo pasábamos discutiendo. Yo era un chico difícil.

—Aún lo eres—. Él se alzó de hombros.

—Supongo que al tener los dos el mismo temperamento, chocábamos cada vez que nos encontrábamos. A mamá, por el contrario, la idolatraba. Era mi santa—. Marissa se echó a reír.

—Eso es típico. Los varones, dicen, se la llevan mejor con sus mamás.

—Sí, eso dicen. Fue mamá quien me convenció para que aceptara el cupo que me ofrecían en la facultad de economía. Yo lo había rechazado sólo por llevarle la contraria a papá.

—Vaya niño terco. Pero qué me sorprende? Ya probé un poco de tu terquedad.

—Hablando de tercos... —murmuró David sonriendo y mirándola con una sonrisa.

—Pero a ti te salvó la vida —le interrumpió ella—. Te imagino estudiando duro mientras el resto de tus compañeros se divertía.

—No estás muy desencaminada. En parte era sentimiento de culpa hacia mi padre, y por otro lado... —respiró profundo y miró lejos— Michaela ahora era mi responsabilidad —siguió—. Debía velar por ella de allí en adelante, así que... puedo decir que gran parte de todo lo que he hecho y dejado de hacer ha sido por ella.

—Suerte que es una niña buena.

—Ah, me ha dado uno que otro dolor de cabeza —rió él. En el momento, un mesero llegó con la cuenta, y cuando David hizo ademán de pagar, Marissa lo atajó.

—Hasta que tu economía se estabilice, las cuentas las pagaremos entre los dos.

—No, Marissa...

—Soy muy terca e insisto —él la miró entrecerrando sus ojos.

—Y cuándo acabará el acuerdo?

—Digamos... que cuando mi padre te aumente el sueldo.

—No sé cuándo ocurrirá eso.

—Pronto. Te tiene en buena estima, y estás ganando puntos ante sus ojos.

—Pero no quiero que pagues tu parte, es tan...

—Tu caballerosidad anula mi generosidad, no te has dado cuenta? — como él no daba muestra de cambiar de idea, siguió—: Luego, me convertiré en una novia caprichosa y ahí tendrás que pagar todo lo que quieras —él sonrió mostrando sus blancos dientes.

—Sí que eres terca.

—Te lo advertí—. Marissa puso su parte del dinero sobre la mesa y David no tuvo más remedio que aceptar el acuerdo. Esto, en cierta forma, era culpa suya. No le gustaba mucho la idea, así que dejó su parte a regañadientes.

Salieron del restaurante encaminándose al Audi, y David suspiró al darse cuenta de que si alguien se

enteraba de lo desiguales que eran, lo tomarían como un aprovechado cazafortunas; cuentas pagadas a la mitad, él conduciendo un auto de lujo que era más bien de su novia...

la lista se alargaba. Sin embargo, era un pequeño precio que debía pagar por estar a su lado.

—Qué hacemos el resto de la tarde? —preguntó ella tomando su mano.

—Mmmm, ya que lo preguntas —dijo él sonriendo y atrayéndola a su cuerpo, pero, en el momento timbró el teléfono de Marissa. Ella se lo puso al oído con una gran sonrisa en el rostro.

—Diana?? —exclamó. Al oír el nombre, David hizo un gesto que, de haberse visto en un espejo, se habría avergonzado de sí mismo.

Caminó en silencio a su lado escuchándola hablar—. Dime por favor que estás en América —exclamó Marissa con voz emocionada, y David sólo la miró de reojo. Claro, era su amiga de infancia.

—Estoy en América —contestó Diana al otro lado de la línea—, más específicamente en el aeropuerto, sola, pues el estúpido de mi hermano no vino a recogerme.

—Tal vez la tonta fuiste tú por pedirle un favor.

—Sí, me lo merezco.

—Necesitas entonces que vaya por ti? —David arrugó el rostro; allí, por aquel despeñadero, iba su tarde de sexo desenfrenado—. Ok, llego en un rato —siguió diciendo Marissa—, no estoy tan lejos. Marissa cortó la llamada y puso una cara de disculpa mirándolo—. Es mi amiga —explicó—. Está sola en el aeropuerto.

—No hay problema. Vamos por ella?

—Qué novio tan comprensivo.

—Te lo haré pagar. Te he dicho que me chiflan las enfermeras? — Marissa rió entre divertida y horrorizada. Casi suelta un grito de sorpresa cuando él la tomó de la cintura para besarla; ya que tendría que compartirla toda la tarde, más le valía agenciarse unos cuantos besos ahora. Marissa le devolvió el beso con bastante entusiasmo, incluso paseó su mano por su entrepierna, y aquello casi lo hizo rugir.

Le tomó ambas manos entre las suyas y se alejó.

—No hagas eso! —le pidió—. Falta mucho para la noche!

—Pero fue tu idea, no? —sonrió ella, y se escabulló mordiéndose los labios con picardía. David se puso al volante sacudiendo su cabeza, tratando de ponerse bajo control de nuevo. Le esperaba una tarde muy larga.

Diana Alcázar estaba sentada en uno de los tantos pasillos del aeropuerto. Llevaba rato allí mirando su teléfono móvil.

Había sido una tonta al confiar en que su hermano, dos años mayor que ella, vendría a buscarla, siendo que desde siempre Esteban había demostrado ser incapaz de cumplir una cita; pero había querido darle una sorpresa a todos y por eso lo había llamado a él. Tenía la tonta esperanza de que hubiese cambiado, pero no había sido así.

En la pantalla de su teléfono se mostraba el número de alguien que había sido su primera opción antes que llamar a Marissa y que su hermano Esteban; él nunca le hubiese fallado. Pero de igual modo, ella nunca lo habría llamado.

De lejos, vio llegar a su amiga y se puso en pie sonriendo. Pudo haber tomado un taxi, pero esta vez había exagerado con el equipaje y la ponía nerviosa perder una sola maleta. Vio que Marissa también le sonreía, y que al lado de ella venía un sujeto sumamente guapo.

Se abrazaron emocionadas reconociéndose, haciéndose preguntas al tiempo, y mirándose de pies a cabeza buscando cambios, sin hallarlos, realmente.

—Estás guapísima! —exclamó Diana.

—Tú también estás preciosa, pero me hubieras dicho que venías; no te habría tocado esperar tanto.

—Quería darles una sorpresa, pero ya ves. Y quién es este tío tan guapo? —Marissa sonrió orgullosa.

—Diana, él es mi novio, David—. Él le estrechó la mano sonriente y se presentó. Diana miró a Marissa significativamente.

—Conque tu novio, eh? Cuándo pensabas contármelo?

—Es que es reciente.

—Ya—. Diana se giró a mirar a David y él tuvo ocasión de estudiarla.

Tenía un acento ligeramente español, lo que justificaría sus rasgos y su nombre de origen latino. Era hermosa, pero mientras Marissa tenía una belleza tranquila, de ojos azul cielo y cabellos rubios y rizados largos a la espalda, esta mujer era despampanante. Llevaba el negro cabello azabache corto casi como un hombre y sus ojos eran más bien chocolate, grandes y expresivos, que resaltaban por el lápiz negro que se había aplicado. Sin embargo, esa era la única huella de maquillaje en su rostro.

Marissa miró de arriba abajo a su amiga. Como siempre, Diana iba vestida con botas de suela gruesa, jeans y una blusa que caía sobre uno de sus hombros.

—Estás más delgada?

—Claro que no. Por el contrario, me ha engordado el culo que no veas—. Marissa le miró el trasero.

—Maldita, qué cuerpazo te gastas—. Ante esas palabras, David abrió bien sus ojos, pero Diana sólo se echó a reír. Al parecer era costumbre tratarse entre ellas de ese modo.

Tomaron las maletas de Diana y las subieron a un carrito que las llevaría hasta el automóvil de Marissa. Las dos jóvenes no dejaron de cotorrear por el camino, y así David se pudo enterar de que Diana venía de estudiar alguna especialización en Artes Plásticas en Italia, y venía dispuesta a montar alguna galería en New Jersey. Su padre era nadie menos que Jorge Alcázar, presidente y socio mayoritario de un grupo empresarial bastante reconocido, además de ser un viejo amigo y socio del mismo Hugh Hamilton.

Poco a poco, David iba comprendiendo la red que se tejía entre las familias ricas.

David siguió las indicaciones de Marissa y Diana y se detuvo en una lujosa mansión en las afueras de la ciudad. De inmediato, un joven salió de la casa y pareció bastante excitado ante el regreso de la señorita de la casa. Luego dos mujeres más le dieron la bienvenida a Diana y saludaron a Marissa.

—Es que la quieren mucho —explicó Marissa, casi innecesariamente.

—Está papá? —preguntó Diana a Maggie, una mujer mayor que parecía ser el ama de llaves. Los condujeron al interior de la mansión, y David tuvo que elevar sus cejas. Los techos eran altísimos, las escaleras que conducían al segundo nivel eran dobles y curvadas, con un acabado precioso en los pasamanos. Lámparas colgaban del techo y enormes cuadros de artistas famosos decoraban las paredes.

Nunca había entrado a un lugar así. El apartamento de Marissa era lujoso, pero esto era una verdadera mansión... y sospechaba que no había visto sino una mínima parte de todo.

—No, el señor Jorge no está —contestó Maggie. Pero si le avisamos que usted vino...

—No, deja así —pidió Diana—. Esperaré a que llegue.

—Podrías ir a su oficina —sugirió Marissa.

—Lo estaré interrumpiendo.

Diana dio unos pasos y miró en derredor. Su casa, ésta era la casa en la que se había criado. Había vivido aquí hasta que su madre había muerto y la habían enviado a ese internado, volviendo sólo para las vacaciones. Y luego la habían hecho regresar cuando cumplió quince años.

—Llevaremos su equipaje a su antigua habitación—. Dijo Maggie retirándose. Marissa miró a su amiga sonriente.

—Qué se siente volver luego de tanto tiempo?

—No fue tanto. Sólo... seis años?

—Fue demasiado. Al menos para mí, que te extrañé tanto — conmovida, Diana abrazó a su amiga.

—Sin embargo —dijo Diana—, no puedo prometerle que me quedaré.

—Entonces por qué volviste?

—Papá está enfermo —respondió con voz queda—. Me avisaron que hace poco tuvo un infarto. Leve, pero dejó comprometido su corazón. Y

es tan terco que si no hay nadie cerca que cuide de él...

—Ya, entiendo. Quién te avisó? Esteban? No lo creo —se contestó de inmediato, a la vez que tomaba la mano de David y se encaminaban a una de las salas. Ambos escucharon a Diana suspirar.

—No, no fue Esteban. Chicos —dijo, mirando sus manos enlazadas—.

Ya les he quitado bastante tiempo. Siento vergüenza robándoles más, así que... gracias por traerme. Te llamaré para que nos veamos y nos pongamos al día en todo —y al decirlo, miró a David. Marissa sonrió.

—Vale. Ya que insistes...

—No he insistido, pero igual lo haré. Cuídate, amiga mía, y gracias...

—De nada, no seas tonta—. Aún tomados de la mano, David y Marissa salieron por la puerta. David seguía mirando todo en derredor.

—Qué —preguntó Marissa con una sonrisa mientras se encaminaban al auto.

—Quiero una casa así —contestó David llanamente. Marissa se echó a reír—. Te burlas?

—Claro que no, amor. Estoy más que segura de que la conseguirás...

antes de lo que Jorge Alcázar tardó en conseguir ésta.

—Mmm, gracias.

—Y qué te pareció Diana?

—Guapa... y esconde cosas —Marissa lo miró elevando una ceja.

—Cómo lo sabes?

—Nunca te lo dije? Tengo un don. Pero dejemos a tu amiga y sus asuntos. Qué haremos tú y yo el resto de la tarde? —entraron al auto, y Marissa mordió una sonrisa mientras se abrochaba el cinturón.

—Estoy sin ideas. Qué propones? —él hizo un sonido gutural con su garganta, y se acercó a ella para besarla. Marissa se echó a reír encantada, y recibió sus besos. Luego él se enderezó en su asiento y salieron disparados del lobby car de la mansión.

Fue abrir la puerta de su apartamento, y Marissa se vio contra la pared. Sabía que David había estado ansioso, aunque había intentado disimularlo, pero no se había imaginado que tanto.

Sintió sus manos inquietas subir por debajo de su pequeño vestido y le bajó las bragas. Ella lanzó un suave gemido de expectativa; esto le gustaba, le gustaba la sorpresa, que David hasta el momento le hubiese mostrado las diferentes posiciones que se sabía para tener sexo. Y buen sexo.

Se apoyó con los brazos en la pared elevando un poco su trasero para que él tuviera acceso y se vio plenamente recompensada. David entró en ella desde atrás tan suavemente como si toda ella estuviese embadurnada de mantequilla.

No era mantequilla, era su cuerpo dispuesto desde los juguetes en el auto, y luego el ascensor.

—Dios, mujer. Qué buena estás —susurró él, y ella sonrió balanceando su cuerpo para sentirlo pleno en su interior. Él le terminó de sacar el vestido y se quitó a sí mismo la camisa, empezó a entrar y salir de su cuerpo despacio, enloqueciéndola. Entraba en ella, salía, se quedaba un par de segundos afuera y volvía a penetrarla.

—David... —rogó ella, pero él no se detuvo, simplemente le tomó el cabello y le torció la cabeza para que se mirara desde abajo. Marissa lo hizo, y la visión era...

Él cada vez la sorprendía más.

Empezó a acelerar el ritmo y Marissa tuvo su primer orgasmo de la tarde.

Luego la tomó en brazos y la llevó hasta el sofá. Al parecer, recorrerían un largo camino hasta llegar a la cama, y le haría el amor en cada parada. Esto era el cielo.

Tremendamente satisfecha, Marissa recorrió con un dedo el pecho de su novio. Habían hecho el amor unas dos veces, pedido un domicilio y conversado durante bastante tiempo, y luego de que David llamara a su hermana para avisar que no iría a pasar la noche en casa, volvieron a hacerlo. Había caído la noche y ni cuenta se habían dado, ahora él dormía profundamente, y ella lo observaba en su desnudez, tan hermoso, tan bien formado.

Y tan bueno en la cama, sonrió. David estaba lleno de sorpresas.

—Cómo es que un hombre como tú estaba solo? —preguntó, pero él estaba tan profundamente dormido que no la escuchó. Apoyó la cabeza en su pecho escuchando el latido de su corazón. David se movió acercándola más, rodeándola con sus brazos, murmuró algo en sueños y volvió a quedarse quieto—. Creo que te amo —dijo, y cerró sus ojos con fuerza, porque aunque la asustaba un poco su propia declaración, confiaba en él, confiaba en que él también la amaba y podían ser felices a pesar de todos los obstáculos que tendrían que sortear para poder estar juntos.

Sonrió feliz entre sus brazos, atesorando esos instantes. Lo que daría por alargar ese momento, por que nunca acabara.

Fue quedándose dormida pensando en que aún tenían el resto de la noche, y la mañana, y el día de mañana, para estar así.

Diana Alcázar entró a su antiguo estudio. Miró en derredor las paredes pintadas de mil colores sin son ni ton. Ella misma había hecho esto cuando era aún una adolescente, y había convertido la habitación con vistas a la piscina en su estudio de pintura. Desde muy niña había decidido que quería pintar.

El estudio estaba exactamente igual a como lo había dejado. Incluso las pinturas que habían quedado iniciadas en ese tiempo estaban allí, apoyadas en la pared como amantes desnudos y molestos por la larga espera.

Sonriendo, se acercó a uno de los lienzos y lo levantó. No había polvo; Maggie debía haberlo mantenido limpio por ella.

—Qué horror —dijo, mirando el intento de pintura. Era un simple paisaje al óleo, pero en esa época dominaba muy mal el material, así que el resultado no era muy agradable a la vista, al menos a la suya.

Con el lienzo aún en la mano, miró por el ventanal hacia la piscina, que reflejaba la luz brillante del sol del verano.

Cuántos recuerdos encerrados aquí. Cuánto tiempo y aún tenía las mismas sensaciones en el alma.

Cerró sus ojos y suspiró.

—Sabía que te encontraría aquí y no en tu habitación —dijo una voz, y ella se giró y dejó el cuadro encaminándose a él sonriendo.

—Papá! —exclamó, y prácticamente se tiró a sus brazos para estrecharlo con los suyos.

—Mi pintora estrella. Qué te hizo volver a casa?

—El gran amor de mi vida, por supuesto. Tú!

—Pequeña mentirosa —murmuró él tomándola de los hombros y mirándola.

Jorge Alcázar era un español que hacía ya muchísimo tiempo se había venido a América para probar fortuna. Un joven sencillo, sin estudios universitarios, pero muy astuto, había conseguido abrir una pequeña tienda, le invirtió trabajo, esfuerzo e incluso grandes sacrificios, y la había convertido en el gran conglomerado que era hoy en día.

Sin embargo, su hija era su más precioso tesoro. Por ella pelearía contra el mismo demonio.

—Tu regreso no tiene nada que ver con mi último diagnóstico médico, verdad? —Diana miró el techo.

—Claro que no. Todo lo que sé es que tienes una salud formidable y nos sobrevivirás a todos.

—No, tampoco quiero eso —Diana volvió a abrazarlo, feliz—. Daniel te llamó, admítelo—. Al escuchar el nombre, Diana se tensó y borró su sonrisa momentáneamente.

—Y qué si lo hizo? Ya era hora de regresar a casa.

—Bien, por lo que sea. Me alegra mucho tenerte en casa otra vez.

—Yo también estoy feliz de volver.

—Qué planes traes? —preguntó el anciano, tomando el brazo de su hija y saliendo del estudio.

—Ah, un montón. Pero luego hablaremos de eso. Dime, papá, cómo te has sentido?

—Lo sabía. Tendré que hablar seriamente con ese muchacho. No fue para tanto, no hay que ir alarmando a la gente.

—Y luego te preguntas a quién le heredé yo lo testaruda—. Jorge sonrió. De todos modos, estaba feliz de tener a su niña de vuelta en casa.

—No comes nada light? —se asombró David mirando a Marissa echar en el carrito de la compra todo tipo de comida sin detenerse a mirar el número de calorías.

Habían decidido ir de compras cuando comprobaron que no había nada comestible ni en la nevera ni en los estantes de la cocina de Marissa. Como tampoco les apetecía pedir un domicilio a ningún restaurante, decidieron venir de compras. La idea inicial había sido comprar lo necesario para unos sándwiches, pero ella estaba llenando el carrito con productos que mantendrían satisfecha a una familia de cinco hijos todos en edad de desarrollo.

—Para qué? —contestó Marissa ante la pregunta de David—. En mi adolescencia comprobé que podía comer cuanto quisiera, que no subiría de peso. Era un esqueleto, sabes?

David le miró el trasero mientras ella se alejaba hacia la sección de cereales. Bueno, esqueleto o no, a él le encantaba así.

—Imagino que entonces tampoco vas al gimnasio —dijo él alcanzándola, ella se echó a reír.

—Diana y yo lo intentamos un tiempo, pero éramos pésimas con las máquinas. Lo más gracioso fue que pagamos por adelantado, y tuvimos que regalar la suscripción; ella se la dio a Esteban, que no creo que lo haya aprovechado, y yo se la di a Daniel.

—Daniel? Quién es Daniel? —preguntó él como si nada. Marissa lo miró de reojo.

—Un tipo guapísimo. Desarrolló unos abdominales geniales.

—Ah, vaya —Marissa se mordió el interior de la mejilla sonriendo.

—No me vas a preguntar por qué conozco sus abdominales? —él no la miró, se detuvo a estudiar seriamente el contenido de unas hojuelas de maíz con azúcar.

—Me imagino que lo espíaste en la ducha—. Ella se echó a reír, y se acercó a él.

—No, en la piscina.

—Claro —dijo David—. Espiar en una piscina es menos morboso que en la ducha—. Marissa reía como tonta.

—Daniel, es un buen amigo, nos conocemos desde hace mucho tiempo. Ahora trabaja para Jorge... y yo no consigo ponerte celoso—.

Él la miró de arriba abajo.

—No quieres verme celoso.

—Por qué, eres terrible?

—Tampoco quieres saberlo—. Ella rió por lo bajo, le dio un beso y se alejó con el carrito de la compra.

Mujeres, susurró David y caminó a la sección de aseo, donde encontró los productos de H&H. Tomó un paquete de pañuelos húmedos y lo miró atentamente.

Ya era incapaz de ver el producto sin asociarlo a su trabajo, a las horas que le dedicaba para que éste y las otras marcas que trabajaban llegaran a más hogares del mundo. Y Hugh estaba encantado con su nuevo empleado, y un poco asombrado. David había presentado hacía apenas una semana un proyecto que no sólo aumentaría las ganancias, sino que también mejoraría el bienestar de los miles de empleados de la empresa. Cuando lo enseñó, Hugh lo miró sonriente, sin decir si aprobaba o no, simplemente admirándole por ser alguien que se preocupaba por los demás. El proyecto seguía en manos del jefe, y éste aún no se pronunciaba en llevarlo a cabo, pero desde entonces, su aprecio por él había aumentado, y le había delegado más obligaciones.

—Cuando entré a trabajar para Hamilton hice eso mismo por un tiempo —oyó decir David. Se giró a mirar quién le hablaba para encontrarse con Viktor Ivanov, con su sonrisa afectada que nunca le parecía sincera.

—Quedarte mirando los pañitos H&H en los supermercados? —Viktor se echó a reír.

—Y soñar, soñaba mucho.

—Ya no? —él se limitó a encogerse de hombros.

—Debe ser un sitio muy popular —dijo, mirando el supermercado en derredor—; eres el segundo empleado de H&H que me encuentro.

Marissa, pensó David, debió haberse encontrado con ella.

Como si la hubiese llamado, ésta se acercó con el carrito de compras, le quitó los pañitos de la mano, y sin mirar siquiera de qué se trataba, lo juntó con el resto de las cosas que ya llevaba. Más que escoger un producto de aseo, aquello era un claro mensaje para Ivanov: ellos estaban juntos haciendo compras, lo cual gritaba por sí mismo que eran pareja.

David observó el instante mismo en que Viktor encajaba la información, mirando a uno y a otro y haciendo latir un músculo en su mejilla. Entrecerró sus ojos, intrigado. No sabía que estuviese enamorado de Marissa... Era eso realmente lo que lo perturbaba de esa manera?

—Hola Viktor, qué casualidad encontrarte por aquí. También de compras?

—No... no he empezado aún; pero sí, a eso vine —contestó Viktor, sin mirarles el rostro.

—Ah, bueno, nosotros ya terminamos, verdad, David?

—Sí—, contestó él siguiéndole la corriente—, ya nos íbamos. Viktor asintió mirando a la pareja, David maniobraba el carrito dirigiéndolo a las cajas de pago—. Nos vemos mañana, entonces.

—Sí, nos vemos mañana.

Marissa y David salieron algo tiesos, para concepto de Viktor, como si no estuvieran cómodos el uno con el otro. Sonrió pensando en lo ardiente que debía ser esa mujer, y en lo poco que le duraría ese romance con David. Él se veía frío, poco afectuoso. No imaginaba que tuviese el voltaje que esta rubia necesitaba para quedar plenamente satisfecha en una cama. Se aburriría pronto y entonces él la estaría esperando.

Se volvió a mirar los pañitos y los otros productos que compartían estantería de la marca H&H. Poseer a Marissa era poseer H&H. Muchos lo sabían, y habían hecho cola ante su puerta, anhelantes; pero ninguno había tenido éxito. Se preguntaba qué sucio juego había jugado David para meterse en su cama. Fuere lo que fuere, él lo averiguaría, y descubriría el secreto.

—No te gusta Ivanov, verdad? —comentó Marissa, viendo a David pasar las bolsas de compras del carrito al maletero del auto.

—Por qué no dices, más bien, que estoy celoso?

—Porque ni siquiera esmerándome lo he conseguido. Además, lo que Viktor Ivanov te inspira es más bien... desconfianza? —David la miró ceñudo.

—No me gusta que me leas tan bien—. Ella sonrió maliciosa.

—No te gusta que te lea bien? Yo pensé que sí! Por ejemplo, cuando estamos haciendo el amor y tú

pones esa carita...

—Shhhhh—, la calló él poniendo un dedo sobre sus labios—. Me retracto de todo lo dicho—. Marissa sonrió entre dientes.

Cuando estuvieron dentro del auto, ella volvió a hacerle la pregunta acerca de Viktor.

—No sé exactamente qué es, pero tienes razón, desconfío de él— contestó David—. Hay algo en su modo de tratar a los demás que... No lo sé.

—Maltrata a sus subordinados?

—No, no lo he notado; pero ya que lo mencionas, creo que lo que me inquieta, más bien, es cómo trata a sus superiores.

—Por encima de él sólo está la junta de accionistas y papá; es un alto ejecutivo, como yo.

—Pues adora a tu padre... o eso aparenta. En las reuniones se bebe sus palabras, lo adula constantemente, y siempre está de acuerdo con él, así a Hugh Hamilton se le ocurra la idea más estrambótica.

—A papá no se le ocurren ideas estrambóticas—. Ese comentario no se ganó ni una mirada por parte de David, que siguió hablando.

—...Y a ti te mira como si fueras un bocadito muy dulce y muy exótico.

—Mmmmm, dulce y exótico...

—Vamos, pervertida. No es para que te guste la idea.

—Y a ti que te parezco? —David giró la llave y encendió el auto para sacarlo del parqueadero.

—A mí? —preguntó él con una media sonrisa—. Pienso que eres MI bocadito, y que ese idiota va a tener que guardarse sus miraditas zalameras—. Marissa se rió mientras lo observaba maniobrar. Celoso, quizá no, pero sí bastante posesivo.

David regresó a casa justo antes del mediodía, pues Diana había llamado a Marissa para pasar la tarde con ella, y como estaba recién llegada al país, Marissa no quiso rechazarla. David se separó de ella lamentando un poco la situación, pero también agradecido, pues tenía trabajo acumulado ese fin de semana. Llegó a casa y tuvo que espantar a su hermana del computador. Michaela al verlo no dejó de lanzarle puyas por sus recientes actividades.

—Claro, ya te habías olvidado de que tienes una familia, una abuela y una hermana que se preocupan por ti... —le reprochaba ella, pero era más por hacerle arder las orejas que por ser verdad.

—Deja la cantinela... —le advirtió David sin mirarla.

—Ahora todo es Marissa –insistió Michaela—: Marissa por allá, Marissa por acá... duermo en la casa de Marissa, Marissa duerme en la mía...

—Michaela, intento trabajar, no puedes hacer silencio?

—Y uno... —suspiró Michaela, siguiendo con su perorata— uno termina en un segundo plano, olvidado, recordando aquellos tiempos en que era el protagonista—. Se quedó callada cuando lo vio levantarse y encaminarse a ella.

—Has dicho que quieres volver a ser la protagonista?

—Qué vas a hacer? –No pudo escapar; David la acorraló en su estrecha cama donde estaba sentada, y Michaela empezó a gritar y a reír al tiempo.

—Qué pasa aquí? –preguntó Maurice entrando; al parecer, había llegado al pequeño apartamento momentos antes de que Michaela empezara a gritar. Al verla estampillada contra la cama, y con la rodilla y los brazos de David reteniéndola en una posición bastante incómoda, sacudió su cabeza. Estos dos sólo estaban jugando, y él debería estar acostumbrado.

—Te lo dije –dijo la abuela Agatha en un tono de voz bastante tranquilo, entrando tras Maurice—, esos dos se juegan como si fueran unos muchachitos. David, tu hermana no es un chico para que la trates así.

—A ella le estaba haciendo falta una zurra.

—Me ganaste porque me tomaste desprevenida –acusó Michaela, y David la miró con ojos entrecerrados. La soltó sin quitarle el ojo de encima, pero Michaela estaba muy ocupada regresando sus cabellos a su lugar—. ¿Cómo se te ocurre pelear conmigo, que soy una niña de la mitad de tu peso?

—Eso siempre lo dices cuando pierdes; cuando ganas, lo inviertes: “ ¿Cómo te dejas ganar de alguien que tiene la mitad de tu peso?”

—Te ha ganado? –preguntó Maurice elevando sus cejas.

—Sólo porque yo se lo permití.

—Ja! –exclamó Michaela— Eso es una mentira tan grande como una casa—. Se puso en pie y salió del cuarto de David muy satisfecha de sí misma. Maurice los miraba a ambos sonriendo; estas, había aprendido, eran las demostraciones de cariño entre los dos hermanos.

David regresó al computador esta vez tratando de concentrarse en su trabajo, pero entonces vio a Maurice sentarse en su cama, que era el mueble que todos usaban cuando querían conversar con él.

—Muy ocupado? –preguntó Maurice, sonriendo. David lo miró.

Sonreía como un niño, y entonces pensó en que desde que había entrado a trabajar en H&H casi no habían tenido tiempo para hablar.

—Un poco —contestó—. Tengo que entregar esto mañana.

—Y estás retrasado.

—Más o menos.

—Bastante —lo contradijo Maurice, y David lo miró de reojo. Maurice enseñaba toda su dentadura en una blanca sonrisa—. Has estado más que ocupado este fin de semana. A Hugh Hamilton no le va a gustar mucho saber que dejaste de hacer tu trabajo por... estar con su hija?

—Cállate. Estás celoso porque no tuviste nada qué hacer este fin de semana.

—Qué cruel amigo eres—. David se echó a reír y miró de nuevo la pantalla del ordenador.

—Pude acceder a unas cuentas —dijo, algo pensativo—. H&H maneja cientos de millones de dólares, miles de empleados, cientos de contratos... Pero hay algo... algo que no me gusta.

—Qué cosa.

—No lo sé... Siento que me están ocultando algo, y no me agrada.

—Quién te oculta cosas? —David dejó salir el aire ruidosamente.

—Hugh me oculta algo. La manera en que me contrató sigue siendo sospechosa para mí—. Miró a Maurice, pero este se alzó de hombros.

—Creí que habías tenido suerte. Eras un estudiante brillante, no? Tus profesores te recomendaron.

—Sí, pero por qué alguien como Hugh va a buscar a un recién graduado? Con tanta gente en el gremio con experiencia más que sobrada? Y luego, esas pequeñas cosas que dice y que parecen no tener importancia...

—Como qué.

—Como que necesita mentes frescas; que últimamente tiene demasiadas intuiciones, o corazonadas. No sé... siento que hay algo gordo debajo de todo esto y me inquieta. Para completar, me han soltado más autoridad y puedo acceder a muchas de las cuentas.

—Dinero —sonrió Maurice—. Has encontrado algo sospechoso?

—Más que sospechoso. Algunas cuentas, simplemente, no cuadran.

—Sospechas de una doble contabilidad?, fraude o desfalco?

—No tengo las pruebas suficientes como para asegurar algo así, pero seguiré indagando.

—Ten cuidado. Si es verdad que hay un desfalco, entonces alguien muy astuto está tras el dinero de Hugh Hamilton; y para atreverse a algo así, pasando por encima de todos sus controles de seguridad, debe ser tan avezado como un zorro. No peques siendo la ingenua caperucita—. David frunció el

ceño.

—No eran caperucita y el lobo?

—Y yo qué sé?

—No te aprendiste bien los cuentos? Cómo vas a presentarle un zorro a caperucita? Era un lobo, imbécil! —Maurice se echó a reír y se puso en pie disponiéndose a irse.

—Me largo. Aquí tratan muy mal a los invitados.

—Eso, eso. Vete, me distraes.

—Que encuentres a tu zorro.

—Lobo, idiota—. Riendo aún, Maurice salió de la habitación, y David volvió a mirar la pantalla de su ordenador deseando simplemente encontrar el origen de sus dudas.

—Entonces, te enamoraste? —le preguntó Diana a Marissa, y ésta sólo sonrió.

—Es increíble, pero me pasé el último año llorando por Simon, y de repente, ya ni pienso en él, ni lo recuerdo, ni nada. Siento un ansia diferente, más... fuerte.

—Así que amas más a David de lo que alguna vez amaste a Simon. Te ibas a casar con él. No te asusta eso?

—En cierta manera; pero a la vez, me da confianza. Yo nunca renunciaría a David como lo hice con Simon. Nunca.

—Y si él se llegara a enamorar de otra mujer? —Marissa sintió un pinchazo en su corazón.

—Si eso llegara a suceder —y golpeó con un nudillo la madera de la mesa en la que estaban sentadas—, lucharía por él, con todas mis fuerzas, con todo lo que tengo, hasta recuperarlo. Pero no, jamás renunciaría a él.

—Qué bonito es el amor —sonrió Diana.

—Tal vez yo tampoco estaba lo suficientemente enamorada —siguió Marissa—, y eso me hace pensar... eso que le pasó a Simon con Johanna, me pudo haber pasado a mí.

—Sí, tiene lógica—. Marissa vio a su amiga meter la cuchara en su helado de chocolate y sonrió. Habían salido por allí como en los viejos tiempos, y habían seguido la rutina de antes: caminar por las tiendas y comer algo. No habían convidado a Nina, pues querían este momento a solas entre las dos. Ya luego se verían con ella y volverían a ser las mismas locas de antes.

Esta vez no habían comprado nada, pero el helado de chocolate no había fallado. Diana sostenía que un buen cuenco de chocolate podía remplazar al mejor amante. Marissa ahora pensaba que definitivamente su amiga no había tenido al mejor amante para decir algo así.

—Y bien? —preguntó al cabo de unos segundos en silencio—. Cómo encontraste tu casa?

—Lo mismo de siempre —suspiró Diana—. Esteban sigue siendo el mismo, inservible. Lo que me asombra es que teniendo su propio apartamento de soltero, pasa mucho tiempo en casa. Y papá... él me preocupa. Lo veo muy desgastado.

—Sí —susurró Marissa—. Papá me comentó que ya no es el mismo. No tiene la misma energía.

—Luego de un infarto, quién puede tenerla?

—Volviste por él?

—Sí. No quiero que muera y yo esté demasiado lejos.

—No digas eso.

—Pero cada día que pasa, eso es más probable. Me quedaré sola, ‘Rissa—. Marissa sonrió ante el apodo que sólo ella usaba.

Diana no exageraba cuando decía que se quedaría sola. No tenían más familiares, ni tíos, ni primos. Jorge se había venido de su país dejándolo todo, y Laylah, la madre de Esteban y Diana, había sido hija única. No tenían primos con los que compartir cargas, ni nada.

Marissa suspiró.

—Me tienes a mí, recuerda—. Diana sonrió.

—Sí, lo sé.

Los días empezaron a pasar uno a uno, Marissa y David pasaban juntos todo el tiempo que podían a pesar del trabajo y los viajes con Hugh, que se habían vuelto más frecuentes.

Un día lo llamaron a la oficina del jefe, y Hugh lo invitó a sentarse frente a su escritorio sólo para darle una noticia que fue maravillosa a sus oídos: lo ascendían.

—Estudié a fondo tu proyecto —dijo Hugh—. Me encantó. Quiero que lo lleves a cabo y para eso necesitarás autoridad, más de la que tienes ahora mismo—. David estaba un poco aturdido, y tuvo que sacudirse un poco a sí mismo para convencerse de que esto era real.

—Gracias —fue lo que dijo.

—Espera un poco para que me agradezcas como es debido —dijo Hugh, sonriendo—. Como vas a tener un rango superior, te ganas el derecho de habitar una de las viviendas de la compañía.

—Qué?

—Que habitarás una vivienda...

—Sí, sí... pero... De verdad?

—Claro que sí. Muchos de mis ejecutivos viven en enormes pent— houses propiedad de H&H; son bonificaciones por el buen trabajo.

—De verdad? —volvió a preguntar David, aún incrédulo. Hugh se echó a reír.

—Sí, hombre, de verdad. Abrió el cajón de su escritorio y tomó unas llaves lanzándoselas. David las atrapó en el aire—. Pero no te creas, esto significa más trabajo duro, más responsabilidades.

—No me asustan las responsabilidades.

—Eso es perfecto. Estaba pensando en darte también un auto, pero ese tendrás que ganártelo con más trabajo... o prefieres el auto y no la casa?

—Definitivamente, prefiero la casa. Es una casa?

—Sí, con jardín y todo. Espero que te guste, aunque puedes hacerle pequeñas remodelaciones en caso de que sea necesario.

—Yo...

—Qué, me vas a decir que eres pobre y todas esas tonterías?

—Definitivamente no, señor.

—Bien, porque me gusta la gente ambiciosa, que siempre quiere más, y trabaja duro para conseguirlo. Así que sigue trabajando como hasta ahora, y conmigo llegarás lejos.

—Gracias, señor Hamilton. De verdad.

—Bueno, bueno; esto es sólo una transacción. Mañana mismo te cambiarás de oficina. La casa está disponible para ti desde este mismo instante.

—Podré pasarme este mismo fin de semana?

—Esta noche, si quieres —David miraba las llaves aún sin creérselo.

—Gracias.

—Ya, no agradezcas más.

—Pero tengo que hacerlo.

—Entonces trabaja duro—. David se acercó y estrechó su mano.

Volvió a dar gracias y salió de la oficina de Hugh como flotando. Tenía que darle la noticia a Marissa.

—Michaela, te digo que esto no me da buena espina —le dijo Gwen, entrando por la puerta principal del edificio y encaminándose a los ascensores que las llevaría al apartamento donde vivía Michaela.

—Vamos, Gwen, no seas tan desconfiada.

—Dime, cuánto tiempo hace que solicitas ese cupo?

—Tú lo sabes! Estuviste conmigo todas las veces que fui y lo hice.

—Y no te parece extraño que de un momento a otro te digan: Señorita Brandon! Felicidades! Usted ha sido seleccionada para acompañarnos en nuestra lucha contra la desnutrición infantil en algún lugar de África?

—No es raro —insistió Michaela saliendo del ascensor y quedándose en el pasillo, pues no quería que

nadie en casa escuchara esta conversación—. Llevo ya bastante tiempo enviando mi perfil. Sabía que sería seleccionada, mis notas son impecables! Y baja la voz! –le pidió bajando la de ella—. No quiero que nadie se entere!

—Pues no sé cómo vas a hacer para salir del país sin que tu abuela o tu hermano se enteren. Eres menor de edad, y necesitarás su consentimiento para viajar.

—Ya veré qué me invento –dijo, metiendo la llave en la cerradura para entrar al fin al apartamento.

—Ah, sí? –siguió Gwen en un susurro—. Y qué le vas a decir a tu hermano para justificar tu ausencia, que te viniste a mi casa a una fiesta de pijamas de una semana? –Michaela blanqueó sus ojos y traspasó el umbral anunciando su llegada, pero al parecer la abuela no estaba—.

Soy pésima para mentir, Mikki, no podré con esto—. Michaela abrazó a su amiga y le besó los cabellos.

—Perdóname por ponerte en esta situación, pero necesito tu ayuda.

Es mi sueño, Gwen!

—Lo sé, pero...

—Nada pasará! Cientos de jóvenes viajan constantemente y nada les pasa. David se enojará, pero me perdonará, siempre lo hace. Y con respecto a ti... ni se enterará de que sabías algo—. Gwen suspiró.

—Sólo espero que tengas razón y todo salga bien.

—Claro que sí. Me guardarás el secreto?

—Mientras me sea posible y no le cause daño a nadie, claro que sí.

—Eres la mejor—. Gwen sacudió su cabeza sonriendo. Michaela no dejaba de sorprenderla con sus ideas locas.

Marissa detuvo el auto frente a una casa de dos plantas, con un hermoso jardín delantero y una fachada en piedra.

—Papá tiene buen gusto –dijo, mirando por la ventanilla. David, que iba a su lado en el asiento del pasajero, desabrochó su cinturón y salió del auto admirando la casa. Marissa hizo lo mismo y se ubicó a su lado mirando también—. Las entregan amobladas, sabes? –David la miró de reojo.

—Cómo lo sabes?

—Porque lo sé, soy ejecutiva, sé ese tipo de cosas.

—No tuviste nada que ver con esto, verdad? –Marissa le echó malos ojos.

—Ahora me culparás de tu ascenso? —se adelantó unos pasos y se internó en el jardín. David fue tras ella y rodeó su cintura con su brazo al tiempo que la guiaba a la puerta.

—Sólo tenía que comprobarlo.

—Sí, claro—. David introdujo la llave en la cerradura y entró a la casa.

Era simplemente preciosa, con muchísimo espacio, y tal como Marissa había augurado, estaba amoblada. No eran cualquier tipo de muebles, notó, eran finos, y estaban forrados con sábanas para protegerlos del polvo. También había cuadros colgados en las paredes—. Te gusta? — le preguntó Marissa, y David sonrió.

—Sí. Por ahora estará bien.

—Por ahora?

—Quiero tener mi propia casa. Ya sabes —ella sonrió.

—Sí, ya sé. Vamos entonces a darle la noticia a tu familia?

—“Vamos”?

—Claro que sí. Vamos? —David sonrió y respiró profundo.

Hicieron un pequeño recorrido por la casa y luego volvieron a entrar al auto. Quería trasladarse aquí este mismo fin de semana. Pediría, si era necesario, un día libre para ello.

Cuando llegaron a casa, encontraron a Maurice sentado a la mesa frente a un plato de sopa caliente y comiendo muy feliz, como si fuese el mejor momento de su vida, y David sólo sacudió su cabeza negando.

—Qué haces aquí?

—La abuela me vio desnutrido y me invitó a comer.

—No debería eso darte vergüenza?

—No —dijo con su blanca sonrisa. Marissa sonrió sentándose en la mesa también.

—Abuela, Mikki, vengan. Necesito darles una noticia.

—Te casas! —gritó Michaela saliendo de su habitación casi al trote, y David se dio cuenta de que también la abuela lo miraba interesado en la respuesta.

—No, aún no. No presionen.

—Ah. Qué puede ser entonces?

—Me ascendieron —contestó él—. Y nos cambiaremos a una casa este fin de semana—. Marissa lo

miró de reojo por haber soltado la noticia de manera tan escueta, y mientras Maurice y Agatha lo felicitaban y lo abrazaban, vio que Michaela se quedaba como de piedra y en silencio.

—No te agrada la noticia? —le preguntó en voz baja, pero David alcanzó a escuchar.

—Claro, claro que me alegra. Por supuesto que sí.

—No parece —rezongó David.

—Es una adolescente —contestó Maurice sonriendo y sorbiendo otra cucharada de sopa—. Ahora mismo en lo que piensa es en sus amigas y la escuela, no es así?

—Bueno, sí...

—No te preocupes —la tranquilizó David poniendo su mano en su cabeza, como siempre hacía—. Estarás en la misma escuela, no tiene caso que te cambies cuando ya iniciaste el último año.

—Me quedará lejos.

—Madrugarás un poco más, pero es el precio si quieres seguir aquí.

—No me importa —dijo ella, y al fin sonrió—. Lo conseguiste, hermano!

—y acto seguido, lo abrazó.

En seguida empezaron a planear todo para el cambio de casa. La abuela tendría que deshacerse de muchos de sus muebles y eso le causaba pesar, pero también la alegraba enormemente ver a sus nietos vivir mucho mejor. Reconocía que, aunque ella había vivido aquí mucho tiempo y estaba más que acostumbrada a este estilo de vida, ellos querían y merecían un lugar mejor.

Maurice estuvo con ellos aportando ideas, y llegó un momento en que Michaela y Agatha se fueron a dormir, quedando los tres solos en la pequeña mesa.

—Me dejarás solo aquí, sabes? —se quejó Maurice—. Eres mi vecino favorito—. David sonrió.

—Mi abuela es tu vecina favorita. Te quedarás sin tus sopas por la noche.

—No digas esas cosas delante de Marissa —sonrió Maurice—. Ella va a creer que soy algo así como un sin—techo.

—No tienes el aspecto de uno —respondió Marissa—. Por el contrario, siempre he tenido la idea de que te he visto antes.

—Alucinas. Pero en fin —dijo, poniéndose en pie—. Iré a visitarte también en tu nueva casa. Ni creas que te desharás de mí.

—Quisiera saber qué hice en mi vida anterior para merecer esto — rezongó David, y Maurice rió entre dientes.

—Soy tu mejor amigo, no te librarás de mí tan fácilmente. Buenas noches, Marissa.

—Buenas noches, Maurice —se despidió ella. Él simplemente dio la vuelta y abrió la puerta principal para salir.

—No quiero echarte, pero...

—Pero me echarás —lo interrumpió ella—. Me quiero quedar. Será que puedo? —él elevó una ceja haciendo una mueca. Desde aquella noche, no habían vuelto a dormir aquí. Sentía que era incómodo para ella compartir su estrecha cama—. David... —empezó a decir ella, como si tuviera un discurso preparado ante su negativa, pero él la calló con un beso.

Ella correspondió de inmediato a sus demandas, y cuando él la alzó para llevarla a su habitación, fue una niña buena y guardó silencio para no despertar a los demás.

Las camas estrechas tenían su ventaja, pensó Marissa. Así estaba más cerquita de él durante la noche.

La desventaja era que tenían que ser silenciosos. Pero no le importaba, tener a David dentro valía cualquier sacrificio.

—Te has leído el Kama Sutra? —le preguntó ella, desnuda y entre sus brazos. A pesar de que sus cuerpos hervían, no se separaban el uno del otro. Septiembre se acercaba, y con él, el otoño.

—Kamasutra? —preguntó él, un poco sorprendido. Marissa se echó a reír.

—Te sabes unas posiciones bastante variadas.

—Ah, eso... —ella giró su cabeza para mirarlo. David se acodó en la cama y la miró desde arriba.

—Y entonces? Kama Sutra o no Kama Sutra? —Él sonrió, y Marissa simplemente sintió como su pecho se agitaba. Diablos, era tan hermoso, y su sonrisa tenía tanto poder sobre ella...

—De veras quieres saberlo? —ella sólo elevó una ceja, como si la pregunta fuera muy tonta—. Bueno, verás... en mi adolescencia fui bastante loco—. Marissa se acomodó mejor a su lado, como para no perderse ninguna palabra, y David apoyó su mano sobre la cadera de ella. Parecía un gesto muy neutral, muy inocente, pero Marissa fue demasiado consciente de él.

—Entonces aprendiste todo esto en tu adolescencia?

—Tuve bastantes amigas, bastantes compañeras de cama. Y...

—Y... —apuró Marissa cuando él se quedó en silencio. David se echó a reír, con la mirada perdida en sus recuerdos.

—Una de esas amigas era una mujer mayor.

—Qué? —David sólo alzó uno de sus hombros—. Qué tan mayor? —preguntó ella, alarmada.

—Pasaba de los treinta en ese entonces—. Ella estaba asombrada.

David le puso los dedos en la barbilla y le cerró la boca poniendo un beso sobre sus labios—. Me enseñó muchas cosas —dijo.

—No lo puedo creer. Una mujer mayor fue tu amante!

—No es para tanto. Es más común de lo que crees.

—No era eso algo... ilegal? Eras un menor, no?

—Pero lo hice con gusto. Era una viuda, llevaba mucho tiempo sin un hombre en su cama. Si te soy sincero, al principio no me agradó mucho la idea, prefería a las chicas de mi edad, pero entonces ella dijo algo muy cierto.

—Qué.

—Que lo que le faltaba en juventud, lo compensaría en experiencia.

Prometió enseñarme muchas cosas acerca del cuerpo de la mujer. Me dijo, además, que mis futuras compañeras de cama lo agradecerían.

—Dios querido!

—Dijiste que querías saber y te lo dije.

—No, sólo estoy... un adolescente en la cama de una mujer mayor...

—No era una anciana... Y un adolescente al que le proponen sexo ilimitado, sin compromiso, seguro, a cambio sólo de experiencia... Era una oferta muy difícil de rechazar.

—Pero...

—No te escandalices—. Marissa siguió mirándolo, ahora con una nueva luz en su mirada. Él se echó a reír—. Creo que no debí contártelo.

—No, no... me alegra que lo hicieras. Dios mío, esa mujer era una diosa del sexo o algo? —David quiso reír a carcajadas, pero se acordó a tiempo de las durmientes de la habitación de al lado.

—Eso es un halago para mí? —Marissa decidió no decirle lo que en verdad pensaba, no estaba segura de cómo reaccionaría un hombre si le decían que era el amante que jamás soñó tener. Sonrió y se abrazó a él.

—Digamos que por alguna razón siempre quiero pasar la noche contigo—. Él sonrió y la abrazó tiernamente. Cuando vio que él no se movía, y sólo la rodeaba con sus brazos, se separó y se puso sobre él.

—Qué haces? —preguntó David.

—No vine aquí a dormir.

—Pero mañana tenemos que... oh, vaya —suspiró él cuando sintió la mano de ella acariciarlo. Marissa se inclinó sobre su pecho y David cerró sus ojos sintiendo cómo su lengua hacía pequeños círculos y bajaba por su vientre.

También ella había cambiado, pensó. La primera vez le había asombrado lo desinhibida que era ella en la cama, lo segura que parecía estar de su cuerpo. Pero con los días, o las noches a su lado, ella se había vuelto cada vez más osada, más aventurera.

Eso le gustaba enormemente, y le asustaba. Qué sería de él cuando ella se aburriera de esto? Vivía en constante zozobra.

“ Te quiero” , quiso decir, pero cerró la boca justo a tiempo.

Pero el “ te quiero” lo estaba ahogando, atravesado en su garganta.

Qué tan malo podía ser que lo dijera?

Marissa posó sus ojos sobre el miembro de David. Qué bonito era, pensó. Surcado de venas, y largo. Erecto, casi le llegaba al ombligo.

Era prodigioso.

Lo miró a la cara, pero él tenía los ojos cerrados en una dulce agonía. Sonrió, y siguió masajeándolo suavemente, de arriba abajo, hasta ponerlo a punto. Sintió a David murmurar algo, y entonces se acercó a su rostro.

—Dijiste algo? —preguntó, pero él no contestó. Quería escucharle decir que la quería. En una ocasión dijo que se estaba enamorando de ella, y Marissa permanecía a la expectativa. Quería que se terminara de enamorar, que le dijera esas palabras.

Pero comprendió entonces que él no las diría. No a menos que lo llevara al abismo.

Sonrió preguntándose cómo empujarlo hasta allí, y paseó la mirada por su cuerpo. Con más sexo? Él se sabía todos los trucos ya, no debía haber muchas cosas nuevas para él. Qué podía hacer alguien como ella para torturarlo hasta hacerle decir “ te amo” ?

David abrió sus ojos y la encontró en plenas cavilaciones. Pensando en que algo le disgustaba, intentó sentarse, pero ella se lo impidió.

—Qué pasa? —preguntó él, con la frente arrugada y la respiración acelerada, mientras ella seguía moviendo su mano alrededor de él, aunque ahora más lento.

—Yo, sólo...

—Tú qué, Marissa? —ella guardó silencio, y David esperó. Sin embargo, Marissa no dijo nada, y simplemente se quedó quieta. David estaba entrando en la desesperación, ella no hacía nada, y cada vez que había intentado tomar el dominio de la situación, ella se lo impedía.

Qué quería acaso? –Marissa, por favor –susurró. Aquello sonó casi como un ruego, pero no le importó.

Marissa no dejó de mirarlo, pero sus ojos iban más allá de las imágenes de él ondulando suavemente en la cama.

Él no se lo diría, y ella no se sentía capaz de preguntarle ahora si la amaba o no. Suspiró y se sentó en la cama recostándose a la fría pared en la que estaba apoyada la cama. David no se desanimó por sus extrañas reacciones; al instante estuvo frente a ella, besando la piel de su cuello y sus hombros.

—Siempre he pensado que eres la mujer más hermosa y más ardiente con la que jamás he estado –dijo él. Marissa sonrió y le rodeó el cuello con sus brazos. Al parecer, tendría que conformarse con eso por esta noche.

David le tomó las caderas y la sentó sobre su regazo. Tomó sus nalgas en sus manos y tiró suavemente de ella, abriéndola cuanto podía para entrar en su cuerpo. Marissa soltó un leve gemido cuando lo tuvo en su interior, pero no hizo nada más. Estaba quieta.

David siguió besando su cuello, la curva de su mandíbula. Metió la lengua en su oreja y lamió todos sus escondites. Aquello la estaba enloqueciendo, y Marissa casi olvidó su deseo de escuchar que la amaba. Poco a poco él fue marcando un ritmo, llevándolos hasta la cima.

Maravilloso, pensó Marissa. En cualquier posición en que lo haga, se tarde mucho, o tome sólo unos minutos, siempre es maravilloso, y cada vez se pone mejor. Abrió sus ojos y lo miró mientras lo cabalgaba.

Hablar con él era genial, aunque siempre encontraban algo en lo que estar en desacuerdo. Hasta discutir se sentía bien.

Su cuerpo se tensó, y cuando un grito quiso salir, David lo silenció con un beso. Gritó en su boca, y su cuerpo se liberó. Mientras ella se corría, y volvía de aquél vago lugar al que se iba cada vez que tenía un orgasmo con él, David aceleró el ritmo de sus embates cambiando levemente la posición, y tras unos cortos minutos, se corrió en su interior. Marissa lo miraba fascinada, lo grabaría así en su memoria; era lo más sexy que había visto jamás.

—Te amo –dijo él sin aliento, moviéndose frenéticamente dentro de ella—. Dios, Marissa, te amo—. Y eso dio inicio a un nuevo orgasmo, el mejor, más largo, más intenso que Marissa tuvo jamás, porque no sólo su cuerpo tocaba el cielo; también su alma.

—Pensé que nunca lo dirías –susurró ella quedándose inevitablemente dormida. Era como si, luego de mil horas de duro trabajo, alguien le presentara al fin una abullonada cama y una cálida manta para descansar.

La cama y la manta eran David, que la envolvía en sus brazos.

Él no se durmió. Sólo quedó allí, asombrado de sí mismo. A última hora, había soltado su declaración.

Oh, ella no le dijo: yo también te amo, y eso lo dejaba a él pensativo.

Había entregado su corazón y no había recibido nada a cambio. Qué debía hacer ahora? Se sentía desnudo, expuesto.

Pero estaba enamorado. Se había enamorado completamente de la mujer que descargaba todo su peso sobre él.

Ya no había vuelta atrás, ella lo había escuchado y lo sabía, él la amaba. Lo que sucediera de aquí en adelante, ya estaba fuera de su control.

Odiaba eso, pero a la vez, tenía expectativas.

:11:

El sábado en la mañana se cambiaron de casa.

Fue sencillo, sólo fue sacar fuera las cosas que no usarían y dejarlas como regalo a los habitantes del barrio, y lo que éstos desecharan, se quedaría allí a la espera de ser recogido por el camión de la basura.

Maurice y Peter ayudaron a trastear los muebles por el ascensor, y algunas veces, por las escaleras. Marissa se había puesto en su cabello una pañoleta y ayudó metiendo en maletas nuevas y cajas de cartón toda la ropa de David, que tuvo bastante trabajo sólo con sus libros.

Él la miraba recoger y doblar y apenas sonreía. Debía tener experiencia haciendo maletas, pues logró hacer no sólo las suyas, sino que también ayudó a la abuela Agatha.

—Ya sé por qué hacen esto —dijo David mirando a Maurice y a Peter con desconfianza. Peter miró a Maurice con sus ojos grandes, como si lo hubiesen descubierto en alguna falta.

—No sabes nada —contradijo Maurice.

—Claro que sí. Esperas que, al llegar, la abuela cocine para ti.

—Ah. Sí sabías.

—Eres un descarado.

—Siempre que pueda, aprovecharé la ocasión de comer algo preparado por ella.

—Y tú por qué estás aquí? —dijo David mirando a Peter. Marissa miró al joven de algunos dieciocho años abrir su boca como si fuera a decir algo, pero David no lo dejó—. Que yo sepa, no eres adicto a las sopas de la abuela.

—Déjalo en paz —pidió Agatha—. Al fin y al cabo, la que cocinará seré yo, no tú.

—Son unos aprovechados. Cuándo me libraré de ustedes?

—Aquí el abuelo parecees tú —lo acusó Agatha, y eso hizo reír a Maurice.

Usaron un taxi y el automóvil de Marissa para llegar a la casa y transportar el equipaje. Una vez allí, Michaela olvidó toda decencia y saltó emocionada al ver la casa.

—Es preciosa, David, me encanta!

—Sí, esta genial.

—La amo! Cuál será mi habitación?

—Tú abre las puertas y elige.

—Síiiii –exclamó ella echando a correr y entrando.

—Eh, Michaela, que no eres un crío! –gritó Agatha, pero no sirvió de nada. David sorprendió a Peter sonriendo y mirando a su hermana.

—Y tú de qué te ríes? –cuando Peter negó estar riendo, Maurice no aguantó y soltó la risa.

—Esta es una casa de locos –rezongó Agatha entrando a la casa, y Marissa sonrió también.

Una vez dentro, Michaela parecía querer estar en todos los lugares al tiempo. Admiraba la cocina, y luego la sala de televisión. Desaparecía para luego aparecer diciendo: “ aquí se puede poner la biblioteca!” , y David tuvo que recordarle que debía escoger su habitación.

—La cama es enorme –dijo David mirando su propia habitación, que era la más grande de la casa. La abuela había declinado usarla, diciendo que entre tanto espacio se perdería en la noche cada vez que quisiera usar el baño. Sabiendo que sólo era una excusa, David intentó convencerla, pero fue en vano.

Marissa se sentó en el borde de la cama con una sonrisa maliciosa.

—Creo que aunque usemos una cama de nueve metros cuadrados, siempre usaremos el mismo espacio—. David se echó a reír.

—Eres una ninfómana.

—Cariño, si pretendes ofenderme con eso, no lo consigues.

—Como si fuera posible –sonrió él abriendo las puertas de los armarios revisando su espacio interior. Tendría bastante trabajo acomodando aquí su ropa, aunque sospechaba que no lo llenaría.

—Hay algo que quiero decirte –dijo Marissa a su espalda. Él se giró al sentir su voz insegura—. Ayer me llegó una invitación. Hay una gala de beneficencia dentro de un mes. Me gustaría que vinieras conmigo—.

David arrugó su entrecejo. Un mes. Era lo que ellos llevaban saliendo.

—Una gala, eh?

—Sí. Siempre iba con papá, o con... bueno, con Simon. Pero esta vez he de ir contigo. Estás de acuerdo?

—Una gala –repitió él—, donde estarán todos tus amigos y conocidos de la alta sociedad.

—Pues sí. Van a estar la mayoría de ellos.

—Estás segura de eso?

—Si te lo estoy pidiendo es porque sí, no crees? –él quedó en silencio largo rato, y Marissa empezó a impacientarse—. Irás? –le preguntó. David respiró profundo.

—No creo que sea buena idea.

—Por qué?

—Ellos no me conocen. Yo no soy... de su círculo.

—Y qué? Yo no soy de tu círculo y me la llevo muy bien con todos tus amigos.

—No es lo mismo.

—Otra vez con eso? Ahora me vas a decir que es porque soy mujer y todas esas tonterías?

—Marissa...

—Está bien! —exclamó, exasperada—. No quieres ir conmigo. Al final, está bien que yo conozca y me integre con los tuyos, pero tú ni te arriesgas a conocer a los míos. Pero qué “tuyos”, ni qué “míos”, ni qué moco verde. Qué importan los demás?

—Marissa...

—Ni siquiera papá sabe que tenemos una relación. Ah, espera.

Tenemos una relación?

—Por supuesto que la tenemos, somos...

—Qué somos, David? —preguntó ella cuando él no completó la frase—. Ya sé que sólo llevamos unas semanas saliendo, y quizá yo sólo estoy siendo un poco precipitada, pero me muero por decirle a todos que estoy contigo! Quiero que papá lo sepa, que en el trabajo lo sepan, quiero... —lo miró al rostro, pero él parecía tan inexpresivo, que el corazón se le arrugó otro poco. Miró en derredor—. No importa —dijo en voz baja—. Ya veré qué hago con lo de la tonta fiesta —y con esas palabras, salió de la habitación.

David cayó sentado en el borde de su cama. Cómo podía ella pedirle que diera otro paso más adelante cuando él ya había ido más lejos de lo que siquiera se propuso? Le había dicho te amo, habían pasado varios días, y ella no había correspondido a esas palabras. No entendía ella que estaba aterrado?

Bajó a la sala y encontró a Marissa sentada con Maurice y Peter en los muebles. Cuando lo vio, no le sostuvo la mirada, sino que siguió conversando como si nada. Él se dirigió a la cocina y revisó los estantes que la abuela ya había llenado con sus cacerolas y platos.

—Problemas en el paraíso? —preguntó la voz sonriente de Maurice.

David le lanzó una mirada ponzoñosa.

—Menudo metiche.

—Se pelearon? —volvió a preguntar Maurice.

—Cómo lo sabes?

—Porque te acaban de mandar una mirada que dice: esta noche, duermes en el sofá—. David dejó salir el aire.

—Ella quiere llevarme a una de sus fiestas de alta sociedad —explicó él.

—Y tú prefieres la guillotina. Creí que estabas enamorado—. David hizo una mueca.

—Lo estoy, pero eso es elevar demasiado las apuestas.

—Sí, bueno. Pero vas a tener que arriesgarte un poco. El que no arriesga un huevo, no saca un pollo, dicen.

—Qué dichos más horribles tienes.

—Venga, qué es lo peor que puede pasar? Que esos niños estirados te hagan un desaire?

—No —respondió David—. Lo peor es que ella luego se dé cuenta de que esto sólo fue un capricho y...

—Y te deje, y entonces tú te quedarías con un hueco en el corazón del tamaño del estado de Texas—. David hizo una mueca. Se cruzó de brazos y se recostó en la encimera de la cocina.

—Sí, la verdad, sí—. Cuando escuchó la risita de Maurice lo miró echándole malos ojos—. Qué, no me vas a decir que me arriesgue?

Que meta un huevo para sacar un pollo o algo así? Que tal vez sea la decisión más acertada de mi vida?

—Claro que no. No voy a patrocinarte nada. Pero soy un buen amigo, así que cuando estés llorando, sea por la razón que sea, ayudaré a procurarte un consuelo.

—Qué maravilla de amigo tengo.

—Qué quieres que te diga? El que se enamora pierde, hermano. Ese es el mejor consejo que podré darte jamás.

—Deberías callarte —dijo, y salió de la cocina dejándolo con su risa cínica.

—Ah... Me dijeron que esto iba aquí —Michaela se giró y se encontró con Peter, que dejaba una caja de cartón que contenía objetos decorativos en el suelo.

Él se enderezó y la miró fugazmente, dispuesto a dar la vuelta para volver a irse.

—No te parece que es bonita? —preguntó ella mirando en derredor.

Una de las paredes estaba vestida con un papel tapiz de líneas rectas de diferentes tonos de rosa, y la del frente, de un fucsia intenso. Las otras eran blancas y decoradas con cuadros.

—Sí, es muy bonita —susurró él, y Michaela se giró a mirarlo.

Peter era alto y delgado. Un poco demasiado delgado, tal vez. Tenía el cabello castaño oscuro liso y largo sobre la frente. Siempre había usado ese mismo peinado, como si no le gustara que le viesan la frente. En el momento sintió curiosidad por verle la cara despejada.

—Yo me refería a la habitación —sonrió ella, y Peter se sonrojó un poco.

—Sí, yo... yo también—. Ella volvió a reír. Lo miró de nuevo. Peter miraba a todos lados, pero no se iba. Por qué no le decía nada? Se preguntó ella. Por qué no aprovechaba que estaban a solas y se le declaraba? Si es que era verdad que estaba enamorado de ella, tal como decía Gwen. Acaso su actitud indicaba que se molestaría?

Respiró profundo deseando preguntárselo directamente, tal vez sólo así ella saldría de dudas, pero en el momento entró Marissa y Peter aprovechó para escabullirse. Menudo tonto.

—Te gusta? —le preguntó Marissa estudiando la habitación. Michaela sonrió de oreja a oreja.

—Me encanta! Pensé que tendría que pintar, o algo, pero todo me gusta.

—La cama la puedes cambiar, si quieres.

—No, no, ésta está bien... Ah, mi propia habitación! Por fin! —Marissa sonrió y Michaela se tiró boca arriba en la cama y extendiendo sus brazos a lo ancho del colchón. Dio media vuelta para salir y darle un poco de privacidad, pero entonces Michaela la llamó—. Quería darte las gracias —dijo— por todo lo que haces por nosotros.

—No tienes por qué. Esto es gracias al esfuerzo de David en el trabajo. Papá no recompensa a quien no se lo merece. En eso es bastante estricto.

—No me refería a eso —dijo Michaela haciendo una mueca.

—Ah, no? Entonces?

—Sólo quiero que sepas que me gusta tenerte como cuñada —dijo sonriendo—. Has cambiado a David—. Ante ese comentario, Marissa no pudo evitar mirarla sorprendida—. Sí —siguió Michaela—. Ahora es feliz, mucho más feliz, y eso hace que te quiera a ti.

A Marissa se le humedecieron los ojos.

—No sabes lo que significa que me digas eso.

—Por qué?

—Bueno... sé que me quiere, pero...

—Ah, él es pésimo demostrando sus sentimientos. Mira nomás cómo me trata a mí, su hermana! Ya te irás acostumbrando.

—Vaya consuelo —rió Marissa, y Michaela bajó de la cama para acercarse y abrazarla. En el momento, David entró con su teléfono en la mano encontrándose con aquel cuadro.

—Estás bien, Marissa?

—Ella está perfectamente —contestó Michaela—. Tú eres el que está grave.

David miró a Marissa preocupado. Tenía los ojos humedecidos, aunque ella pestañeaba para intentar disimularlo. No imaginó que lo de la fiesta fuera tan importante para ella.

Marissa vio su preocupación en sus ojos y su deseo de llorar se intensificó. Él era malo demostrando sus sentimientos, había dicho Michaela, pero aquí estaba, preocupado por ella. Lo abrazó fuertemente olvidando que había estado enojada con él.

—Iremos a esa tonta fiesta si eso te hace feliz —dijo él en un susurro—. Siento haberme puesto terco con eso. Marissa sonrió.

—Eso no importa. Pero gracias por aceptar.

—Entonces por qué estás así? —ella sólo negó. Observó que él aún tenía el teléfono en la mano.

—Alguien te llamó?

—Ah, sí. Tu padre. Parece que tiene una reunión muy importante con un socio y me necesita.

—Ahora?

—Pues... sí.

—Pero tienes el día libre! Papá es un explotador!

—Y que lo digas —murmuró Michaela, que los miraba atenta desde su cama.

—Vas a ir? —le preguntó Marissa a David.

—Es mi jefe, no puedo desobligarme ante esto—. Marissa hizo un bonito puchero y David le besó los labios.

—Volveré en cuanto la reunión termine.

—Por supuesto que volverá —exclamó Michaela—. Tú eres su nueva y gran adicción!

—Michaela... —amenazó David. Marissa estaba sonrojada, sólo recordar que en alguna ocasión ella los vio desnudos en la cama la hacía avergonzarse de nuevo.

—No estoy diciendo nada malo, sólo la verdad!

—Pues trágate tus verdades.

—Házmelas tragar —lo retó Michaela, y David no necesitó otro incentivo. Se abalanzó sobre su hermana y le hizo una llave tan genial que en segundos Michaela estuvo gritando en una posición bastante incómoda.

—David! —gritó Marissa, poco acostumbrada a ver este tipo de juegos —. David, le harás daño! —pero no se lo hacía, sólo la tenía un poco sometida—. Por favor, por favor, David! —volvió a gritar Marissa, y en la habitación entraron Peter y Maurice, atraídos por los gritos de Marissa.

David soltó a su hermana, que recuperó su posición normal, y lo que Marissa en un principio creyó que era un llanto, se convirtió en una estruendosa carcajada.

—Ah, otra vez ustedes dos —dijo Maurice—. Cuando de verdad sea importante, nadie les creerá. Les va a pasar como al pastorcito engañador.

—Es el pastorcito mentiroso —lo corrigió David, saliendo de la habitación. Luego entró de nuevo para besar a Marissa y volvió a salir.

Michaela se tiró de nuevo en su cama muerta de risa.

—Te encanta provocar a tu hermano, verdad? —le reclamó Marissa.

—La vida sería muy aburrida sin estas pequeñas peleas —respondió ella—, y él lo sabe.

Viktor Ivanov entró a un pub a la hora del almuerzo y se encaminó a una de las mesas dispuestas en un rincón. Allí encontró a Marc, el sujeto con el que se había citado.

—Vaya, el señor Ivanov es puntual —dijo Marc con voz sonriente.

—Gracias por venir, Marc —saludó Viktor en tono seco y sentándose frente a él en la mesa. Marc sonrió y agitó su cabello para sacárselo de la cara. Le gustaba llevarlo largo, y usar anillos y pendientes. Hoy vestía un chaleco de seda azul celeste sobre una camisa amarillo pálido. A Marc siempre le habían gustado los colores vivos en la ropa, mientras que él prefería los tonos oscuros.

—Me imaginé que querrías un reporte completo de lo que hemos adelantado acerca de tus requerimientos. Han sido un poco extraños, pero hemos cumplido.

—Extraños? —preguntó Viktor mientras recibía de manos del mesero la carta—. No creo que tenga que darte a ti pormenores de mis gestiones.

—Gestiones, eh? —susurró Marc mirando la carta con sus ojos café claro como si algo en particular le diera mucha pereza—. Llevas más de un año en H&H y no es mucho lo que has conseguido. Yo que tú, me andaría con cuidado.

—Que no es mucho lo que he conseguido? Las acciones de H&H

bajaron un cinco por ciento. Todo gracias a mí.

—El jefe no está contento.

—Sigo haciendo mi trabajo.

—Qué mal carácter tienes, hombre. Deberías aprender el arte de la adulación.

—Muérdeme.

—No eres mi tipo —sonrió Marc—. Pero soy un chico bueno y he hecho lo que me pediste; la invitación ya fue enviada y hemos recibido respuesta afirmativa. Tu pajarillo volará al exterior dentro de nada.

—Vaya, cuánta eficiencia.

—Conoces mi trabajo. Lo que me gustaría saber es qué te hizo ese pobre hombre para que envíes a su hermana pequeña a putear a algún lugar del mediterráneo. Que yo sepa —siguió Marc recostándose al mueble en que estaba sentado y poniendo ambas manos tras su nuca en una pose relajada—, lo único que hizo fue tocar unas cuentas, meter las narices donde no debía, y el protocolo en estos casos es desaparecerlo del mapa y ya.

—No sólo metió las narices donde no debía; también otras partes de su anatomía. Así que todo tiene su gracia. Su hermanita lo pagará y de la manera más adecuada.

—Lo que digas.

—Para cuándo está organizado el viaje?

—Dos de octubre —informó Marc.

—Muy adecuado. Para esa fecha se piensa dar un golpe duro a H&H.

Así que tendremos a David Brandon muy ocupado en otras cosas como para notar que algo extraño sucede.

—David Brandon, eh? Sí, es un sujeto de cuidado, pero creo que te estás tomando todo esto demasiado personal.

—Él lo hizo personal.

—Por qué? —Viktor no contestó—. Sabes qué pienso?

—No, y no me interesa.

—Pienso que le odias porque, al igual que tú, viene de abajo —contestó Marc sin importarle la negativa de Viktor—, se crió sin privilegios y entre muchas necesidades; pero a diferencia de ti, llegó a lo alto por su inteligencia y su tenacidad—. Viktor hizo una mueca que pretendió ser una sonrisa.

—Sí, no me digas —elevó una mano para llamar la atención del mesero y hacer su pedido.

—Sabes que, si algo sale mal, no te conocemos, nunca te hemos visto —advirtió Marc.

—Sí, lo de siempre.

—Te lo digo porque tú has llegado demasiado lejos. Tuve que contactar con gente realmente sucia para hacer esto. Trata de blancas no es lo mismo que espionaje empresarial.

—Nadie sabrá nunca nada.

—Por cierto, vi las fotografías de la niña. Preciosa, eh? Tal vez decida divertirme con ella un rato antes de enviarla.

—Tú no le toques un pelo —Marc lo miró asombrado, y Viktor mismo se sorprendió de su arrebató —. Pagan mejor si llegan vírgenes —agregó, y cuando llegó el mesero, pidió su comida como si momentos antes no hubiese estado planeando la destrucción de la vida de otra persona.

Marc lo miraba sonriente, sabiendo que nada hablaba mejor de una persona que aquello que se decía sin intención, y Viktor había revelado mucho con ese exabrupto.

:12:

El automóvil de Hugh recogió a David unas cuadras cerca de su nueva casa. Estuvo todo el camino de ida ocupado hablando por su teléfono y en un minuto en que quedó libre, David le preguntó con qué socio se verían.

—Con Jorge Alcázar —le contestó Hugh, y de nuevo se dedicó a hablar por su teléfono. David recordó entonces que este Jorge Alcázar era el padre de Diana, la amiga de Marissa.

Llegaron a pleno centro de la ciudad, y el automóvil se detuvo frente a un rascacielos. Sus cristales eran oscuros y manejaba ángulos bastante cerrados. David siempre se había preguntado cómo sería el interior de esos lugares, y al parecer, ahora lo iba a saber.

Entraron al edificio y de inmediato fueron recibidos muy amablemente por una guapa recepcionista. Los estaban esperando, así que ella los guió hasta el ascensor que los llevaría al piso donde el señor Alcázar tenía su despacho.

—Te cambiaste de casa ya? —le preguntó Hugh, mientras David observaba los números de los diferentes pisos pasar por el tablero del ascensor.

—Esta mañana, señor.

—Estás a gusto?

—Muy a gusto, gracias.

—Bien, me alegra.

—Hay algo que quisiera hablar con usted...

—Si es con respecto a la casa puedes dirigirte a recursos humanos...

—No, no es con respecto a la casa—. En el momento, las puertas del ascensor se abrieron y ellos salieron a un pasillo cuyo piso, de mármol negro, resplandecía.

Les abrieron una puerta y entraron a una lujosa sala de juntas donde encontraron a dos hombres sentados a la larga mesa de cristal negro, uno de ellos muy joven, y el otro muy anciano.

—Hugh, creí que no vendrías —dijo el hombre mayor poniéndose en pie.

—Como en los viejos tiempos, mi amigo —sonrió Hugh—. Aquí me tienes—. Se volvió al otro hombre con una sonrisa—. Daniel, muchacho, cómo has crecido.

—Y usted, cómo ha envejecido —contestó el llamado Daniel, y en vez de molestarse, Hugh soltó una estrepitosa carcajada.

—Este muchacho es una joya.

—Siempre lo has dicho —dijo Jorge Alcázar, arrugando aún más su frente—, y la respuesta sigue siendo no; no te lo llevarás para que administre tu tiendita.

—Hay que intentarlo —susurró Hugh.

—Y quién es éste muchacho? —preguntó Jorge mirando a David, que pestañeó un poco por lo directo de la pregunta.

—Es David Brandon —contestó Hugh con una sonrisa—. Mi última adquisición.

—Un placer conocerlo, señor Alcázar —saludó David extendiéndole su mano. Jorge se la apretó y lo miró ceñudo.

—Brandon? —preguntó—. El hijo de Joseph Brandon?

—No señor, mi padre se llamaba Benjamin, y no se movía en sus círculos.

—Y qué sabes tú de mis círculos?

—Ni toques el tema —advirtió Hugh—; David es pobre, se autoproclama pobre, y vive muy orgulloso de ello.

—Si así fuera, no trabajaría para ti—. Ambos soltaron de nuevo la carcajada, y David realmente no entendió el motivo de tanta risa. Debía ser una broma entre los dos.

—Mucho trabajo por aquí? —preguntó Hugh, pero no a Jorge, sino a Daniel, que se encogió de hombros.

—Lo de siempre.

—Vi que el valor de las acciones de las tiendas Awsome aumentó.

Bien hecho, muchacho —Daniel sólo sonrió.

—Les puedo ofrecer alguna cosa? —preguntó él encaminándose a un teléfono.

—Ah, para mí, un café —pidió Hugh, y miró a David.

—Lo mismo —dijo él.

Daniel habló con alguien en voz baja y suave. David se preguntó qué cargo tenía aquí este hombre, que lo felicitaban por cosas que eran propias de un alto ejecutivo, pero se comportaba como si sólo fuese el secretario de Jorge Alcázar, que entre otras cosas se veía, a pesar de sus esfuerzos, bastante cansado y mayor. Debía estar cerca de los setenta, o más. Su rostro arrugado tenía estampada una inquietante preocupación.

Daniel volvió a sentarse con ellos en la mesa de juntas, juntando la yema de sus dedos, silencioso y sin mirar a nadie en particular. David notó el buen gusto que tenía para la ropa, era sencillamente...

exquisito y sobrio. Le hizo sentir avergonzado de la ropa que tenía puesta, pues no había tenido mucho tiempo para elegir luego de que Hugh lo llamara. Su ropa estaba toda aún empacada y él se puso lo primero que encontró.

Una muchacha entró con las tazas de café y apenas lo hubo probado, se dio cuenta de que era de exquisita calidad.

—Me llamaste para proponerme de nuevo esa fusión? —preguntó Hugh dando inicio a la reunión.

—No pierdo las esperanzas —contestó Jorge—, pero esta vez, tengo un trato muy ventajoso para ti.

—Más que para ti? —Jorge volvió a reír.

Se enfrascaron en una larga discusión. Jorge le proponía a Hugh fusionar dos dependencias muy similares de ambas empresas. Daniel le recitó, como de memoria, los beneficios que esto le traería, y miró al par de veteranos discutir, como si realmente no estuviera interesado en el asunto. David no entendía por qué Hugh se negaba, si Jorge prácticamente estaba tirando la casa por la ventana.

La conversación empezó a acalorarse al punto que Jorge los echó a ambos, a Daniel y a David, fuera de su oficina, para seguir discutiendo a solas con Hugh.

Los dos jóvenes salieron en silencio hacia una amplia sala con un ventanal que permitía ver el océano. Daniel se apoltronó en uno de los muebles, y sin un comentario, tomó una revista de la mesa de café que había al frente y se puso a hojearla.

David prefirió quedarse de pie, pero no se oía nada del otro lado de la puerta. Debía tener muy buena acústica la oficina, pues antes de salir parecía que ni Hugh ni Jorge parecían tener la intención de hablar en voz baja.

Empezaron a pasar los minutos, largos y silenciosos, y David empezó a desesperarse, a pasearse por la pequeña sala, y mirar el reloj. No veía cómo podía ayudar a su jefe si éste permitía que lo sacaran de la discusión. Podía estar ayudando en casa a terminar de desempaquetar cosas, podía estar ahora mismo con Marissa, podía...

—Si no te quieres volver loco, más te vale que hagas algo productivo mientras esperas —dijo Daniel, lanzando en su dirección una revista.

—Leyendo esto? —el otro se encogió de hombros.

—Es la Forbes—. David se sentó en uno de los sillones mirando por encima la revista y respirando profundo un poco molesto.

—No veo por qué me hizo venir, si no ha servido de nada.

—Por supuesto que sí —contestó Daniel lacónicamente—, Hugh acaba de demostrarle a mi jefe que puede hacerle perder el tiempo a uno de sus más ocupados y caros ejecutivos sólo porque se le antoja—. David se aclaró la garganta.

—No soy... uno de sus más caros ejecutivos.

—Ah, no? Entonces te aprecia—. David se echó a reír.

—No entiendo tu lógica.

—No te preocupes, son vicios de gente como ellos. Siempre están intentando demostrar su poder, aún ante los más viejos amigos. Y creo que tú y yo no hemos sido debidamente presentados —añadió extendiéndole su mano—. Daniel Santos.

—David Brandon.

—El hijo de Joseph Brandon?

—Créeme, no soy hijo de nadie que tú conozcas—. El otro sólo alzó las cejas, de un rubio oscuro como su cabello, que caía suave en su frente. Notó también que tenía los ojos más verdes que hubiese visto jamás. Era como las hojas de los árboles en pleno verano.

No lo podía negar, era un hombre atractivo. Luego recordó lo que le había contado Marissa acerca de una suscripción en el gimnasio y de espiar en la piscina.

—Trabajas desde hace mucho para Jorge Alcázar?

—Toda mi vida he trabajado para él.

—Ah. Vaya.

—Por qué?

—No... curiosidad.

Daniel volvió a abstraerse en su revista ignorándolo de nuevo, y apoyó un tobillo sobre la otra rodilla con bastante elegancia. El tipo era refinado, y parecía más el dueño de la empresa que un empleado.

Cuando una de las secretarias se acercó a él con una carpeta llena de documentos para consultarle algo, Daniel le habló con suave autoridad. Y éste era el tipo que Marissa miraba de adolescente.

—Buenas... —dijo la voz de una mujer— David, tú aquí?

Éste se giró a mirarla: nadie menos que Diana Alcázar que, con sus botas negras y de suela gruesa, su camiseta negra y el cabello corto, ahora con un mechón azul que le caía sobre las sienes, parecía una roquera en ciernes; estaba sencillamente hermosa. Los dos hombres se pusieron de pie al instante.

—Hey, no pensé encontrarte aquí —le sonrió David encaminándose a ella para saludarla. Diana le besó la mejilla, lo que le dejó un poco desconcertado por la familiaridad.

—Ni yo... —dijo ella. Entonces miró a Daniel, que lucía tieso como si le hubiesen pegado en la espalda una varilla, mirando de David a Diana como preguntándose de dónde se conocían esos dos.

—Está papá dentro? —preguntó Diana.

—Sí... pero... está algo ocupado —le contestó Daniel.

—Ah, vaya... —Se giró de nuevo a David, pero sin hablarle a él realmente—. Necesitaba hablarle algo urgente.

—Si te puedo ayudar... —Se ofreció Daniel.

—No, gracias. Volveré más tarde—. Diana se despidió de David con una sonrisa y salió. Fue estrepitosa la manera como ignoró a Daniel, que no dejó de mirarla hasta que desapareció.

Vaya, vaya, se dijo. Éste chico estaba algo más que un poco enamorado. Lo miró y se dio cuenta de que él no dejaba de mirar la puerta tras la cual había desaparecido Diana. No lo pudo evitar y se echó a reír en voz alta, y cuando Daniel intentó recuperarse y mostrarse de nuevo bajo control, no pudo sino doblarse de la risa.

—Qué es tan gracioso? —reclamó Daniel. David negó sin dejar de reír.

—Vaya, amigo, tienes todo un problema aquí. Estás enamorado de la hija de tu jefe?

—No sé de qué hablas.

—Y te atreves a negarlo? —Daniel lo miró como queriendo asesinarlo —. Está bien, como quieras; pero si no quieres volver a delatarte de ese modo, trata de relajarte un poco cuando estés de nuevo cerca de ella—. Daniel soltó un suspiro. Se sentó y tomó de nuevo su revista sin mirarlo.

—Sigo sin verle el lado gracioso.

—Lo gracioso, amigo mío, es que estoy en el mismo barco que tú—.

Daniel lo miró tratando de comprenderlo.

—Tú... —abrió bien sus ojos al caer en cuenta— Marissa?

—La misma.

—Oh, vaya —entonces sí se echó a reír—. Espero que lo lledes mejor que yo. En serio.

—Ah, no te preocupes. Ahí vamos. Pero tú tienes serios problemas.

—Y que lo digas. Lo notaste? Estoy seguro de que si le preguntas cada color de esta habitación lo recordará, pero no habrá notado que en ella estaba yo.

—Grave—. Daniel sonrió asintiendo, como si en parte, ya estuviera acostumbrado a ello. Sin embargo, David notó algo en sus ojos, era exactamente esa tristeza que se sentía cuando querías y no eres correspondido.

—Crees que ya sea hora? —Le preguntó Jorge a Hugh, que miraba detenidamente el tablero de

ajedrez. Habían iniciado una partida en cuando David y Daniel cerraron la puerta al salir, llamaron al personal indicado para que nadie los molestara, ni al par de viejos acá, ni al par de jóvenes allá, y habían dejado correr el tiempo.

—Tu Daniel es algo circunspecto —dijo Hugh ante la pregunta de Jorge—, y David es una tumba, así que démosles más tiempo.

— Ya pasó una hora.

—Estás asustado porque te voy ganando?

—En tus sueños—. Hugh sonrió moviendo sobre el tablero su caballo y llevándose el alfil de Jorge.

—De verdad David es pobre?

—Vive de su trabajo—. Jorge meneó la cabeza como si la idea lo ofendiera.

—Parece que nuestra sociedad no fue capaz de criar hijos decentes.

Y lo digo por mí. Mira a Esteban, cada vez me avergüenza más.

—No te preocupes, si lo que tienes planeado para él da resultado, se enderezará—. Jorge suspiró asintiendo.

—Gracias por prestarme a tu David.

—De nada. Daniel necesitará todos los amigos y aliados posibles cuando tú ya no estés. Así que, como siempre, estoy encantado de ayudar... Por otro lado, también David los necesitará.

—Por qué lo has escogido a él?

—Se acuesta con mi hija—. Jorge lo miró ceñudo.

—Y lo dices así tan fresco?

—La adora, Jorge. Se haría matar por ella.

—Cómo estás tan seguro?

—Cosa de olfatos. Del mismo modo que tú sabes que Daniel se haría matar por Diana—. Estuvieron en silencio varios minutos mirando fijamente el tablero. Jorge suspiró luego diciendo: —Somos un par de viejos retorcidos, sabes—. Hugh se rió quedamente.

—Totalmente de acuerdo contigo, viejo amigo. Totalmente de acuerdo.

—Entonces, acabas de mudarte?

—Sí, y en este momento podría estar ayudando a mis mujeres a desempacar cosas, en cambio estoy aquí, perdiendo el tiempo en esta sala.

Daniel sonrió sacudiendo sus dedos. Había mandado a pedir bebidas para ambos, y se las habían traído con pequeños pasa— bocas. David notó que la mujer que les sirvió el aperitivo mostró un aprecio inconfundible por el joven al que atendía, y éste no dejó de elogiar lo que traía en su bandeja.

—Yo no tengo hermanos —contó Daniel mirando el pequeño arreglo floral en una de las mesas de la sala—. Y mi madre murió cuando yo aún era adolescente. Una simple inmigrante latinoamericana que se vino a América con muchos sueños. Murió demasiado joven.

—Vaya, lo siento—. Daniel se encogió de hombros.

—Y si quieres seguir escuchando historias trágicas, a mi padre no lo conocí. Embarazó a mi madre y escapó.

—Mmm, conozco a los de ese tipo. Entonces dónde estudiaste? Cómo lograste entrar a trabajar aquí?
—Daniel le sonrió abiertamente.

—Estudí en Harvard, amigo mío. En una de las mejores universidades del planeta.

—Sí, claro—. Daniel se echó a reír ante el sarcasmo.

—Si conocieras mi historia, se te haría totalmente verosímil.

—Entonces tendríamos que volvernos a ver. Te gusta el béisbol? – Daniel lo miró ceñudo.

—Llevo años sin practicar ese deporte.

—En el barrio teníamos un equipo. No por haberme mudado dejé de ser miembro, y siempre puedo presentar a un nuevo jugador.

—Me encantaría. Pero tendrán que soportar que el nuevo jugador sea algo patoso.

—Si eres capaz de sostener el bate, serás bienvenido.

—De algo ha de servir el gimnasio.

—Sí, el gimnasio —rezongó David. En el momento salieron Hugh y Jorge discutiendo aún.

—Eres un viejo terco, Hugh Hamilton —decía Jorge—. Algún día te darás cuenta de que estás dejando pasar la oportunidad de tu vida.

—Oh, no me digas. Tendré que apartar cita con mi psiquiatra entonces—. Se volvió a los dos jóvenes que se pusieron en pie al verlos. Hugh miró la bandeja con restos de comida en la mesa—. Y mira, mientras tú y yo discutíamos el futuro de nuestras empresas, estos dos derrochaban comida aquí.

—Ustedes nos sacaron a patadas—. Se justificó Daniel.

—Daniel puede pedir lo que se le antoje e invitar a sus amigos—. Lo defendió Jorge, y Daniel hizo una especie de venia que más bien era una burla hacia el par de ancianos. Hugh volvió a reír.

—Eres muy temerario, jovencito—. Miró a David—. Nos vamos muchacho, antes de que Daniel empiece a convencerte para que trabajes para ellos.

—Si me lo hubiera propuesto, lo habría conseguido.

—Sí, claro—. Hugh se despidió de ambos, y sonrió al notar que David y Daniel se despedían intercambiando números telefónicos y con la promesa de volverse a ver. Cruzó una mirada con Jorge, quien asintió también satisfecho.

—Y qué tanto hablaste con Daniel Santos? —Preguntó Hugh cuando ya iban en su auto. Se había empeñado en llevarlo hasta su casa.

—Cosas, unas cuantas anécdotas.

—Mmmm—. Era el momento, pensó David, y respiró profundo para empezar a hablar.

—Señor, tengo algo importante de qué hablar con usted.

—Ah, sí, eso me dijiste. Pero ahora estoy cansado, David, si es algo de trabajo, bien puede esperar hasta mañana.

—No es de trabajo, señor. Más bien, es algo personal—. Hugh lo miró fijamente—. Se trata de... Se trata de Marissa, señor.

Hugh se acomodó en su asiento. El chofer conducía suavemente y en silencio.

—De mi hija? Qué tienes tú que decirme de mi hija? —No se lo estaban poniendo fácil, pensó David. Apostaría la mitad de su sueldo sin temor a perder a que él ya sospechaba algo, y aun así, quería apretarle las tuercas. Se envalentonó y soltó la información: —Marissa y yo estamos saliendo; tenemos una relación. Nos encantaría que usted esté de acuerdo.

Hugh no lo miró por largo rato, sino que se distrajo observando las calles a través de su ventanilla; David no tuvo modo de averiguar su reacción, pero sintió cómo el aire se puso tenso inmediatamente.

—Escúchate —dijo al fin—. No es como si me estuvieses pidiendo su mano.

—Bueno... que llegue o no el momento de pedir su mano depende más de ella que de mí, créame.

—Ah, conque así están las cosas? —preguntó volviéndolo a mirar—.

Es mi única hija, David. Todo lo que más aprecio en la vida es esa muchacha.

—Lo sé, señor.

—Desde cuándo? —David no fingió que no entendía la pregunta.

—Hace un mes.

—Y por qué me lo dices hasta ahora?

—Bueno, preferí estar un poco más seguro de todo—. Hugh se echó a reír.

—Muchacho, tú no podrías costear un verdadero anillo de compromiso para ella, mucho menos su estilo de vida—. David apretó los dientes molesto.

—Eso lo sé, señor, y tenga por seguro que se lo he dicho en más de una ocasión.

—Y aun así...

—Aun así. Adoro a esa mujer, estoy dispuesto a trabajar como un animal si eso ayuda a que ella esté feliz. Si me conoce, sabe que estoy diciendo la verdad—. Hugh entrecerró sus ojos mirándolo.

—Si estuvieras en mi lugar, qué harías?

—Señor? —Preguntó David, pareciendo confundido; nunca esperó esa reacción por parte de Hugh.

—Sí; si fueras tú un magnate en las finanzas, forrado en dinero, con una única heredera, y un don nadie se te acerca para decirte que adora a tu hija... qué harías?

David le sostuvo la mirada y guardó silencio por un momento, sabía que de su respuesta dependían muchas cosas... era una especie de prueba que debía pasar.

—Lo pondría bajo la lupa —contestó—, pero estoy seguro de que eso usted ya lo hizo. Observaría cada uno de sus movimientos, investigaría su pasado y su presente... estaría muy quisquilloso al respecto... pero le daría una oportunidad... por mi hija—. Hugh sonrió.

—Por qué sabes que ya te puse bajo la lupa?

—Porque es su modo de ser. Le gusta controlarlo todo, incluso a las personas.

—Insultando a tu suegro no conseguirás nada, muchacho.

—Sólo estoy diciendo la verdad—. Hugh volvió a mirar por la ventanilla. Estuvo largos minutos en silencio, y David empezó a inquietarse. Cuando estuvieron frente a su nueva casa, Hugh se despidió diciendo:

—Vengan los dos mañana a mi casa; los invito a cenar. Tenemos cosas que hablar—. David asintió.

—Allí estaremos.

—Y salúdame a mi hija, hazme el favor—. David asintió sin decir nada más. El viejo sabía que Marissa estaba allí con él, no tenía caso fingir lo contrario.

Salió del auto y se encaminó a su casa, deseando verse con Marissa para contarle los pormenores del día.

:13:

Marissa terminaba de acomodar la última camisa de David en su armario. Ya el resto de la casa estaba algo más organizada, así que había decidido meterse al cuarto de su novio para ponerle un poco de orden. No tenía ni idea de cómo prefería él organizar su ropa, pero había echado una mano con lo más esencial. Michaela y Agatha estaban cada cual en su habitación haciendo lo mismo con su ropa, aunque sospechaba que Michaela se había tomado una pausa para dormir. No se lo reprochaba, había sido un día agitado. Cuando sintió la puerta abrirse, se encaminó a él feliz de verle.

—Creí que te habrías ido —le preguntó él acercándose sonriente.

—No sin verte antes—. Le dio un beso en los labios, pero lo notó algo tenso y se alejó para mirarlo al rostro.

—Hablé con tu papá —se explicó él antes de que Marissa preguntara.

Ella alzó sus cejas—. Estamos invitados a cenar mañana en su casa—.

David esquivó su mirada y observó su habitación, encontrando que ya su ropa estaba en el armario.

—Hablaste con papá? —preguntó Marissa, extrañada—. De qué?

—De lo nuestro, claro. Le conté que estamos saliendo.

—Qué?

—No querías que lo hiciera? —preguntó él un mirándola un poco inseguro.

—Bueno, sí... pero...

—Ah, bueno. Pues eso hice. Dijiste que te molestaba que él no supiese nada, y realmente lo pensé. No pareció molesto —siguió David, caminando hacia el baño y encontrando que también allí estaban ya sus cosas de aseo personal—. Sólo se mostró un poco decepcionado.

—Decepcionado?

—Tal vez quería a un Simon o a un Daniel para ti —contestó David en voz baja.

—Cuál Daniel? —inquirió Marissa.

—Tu amigo, el de los pectorales, al que espiabas en la piscina—.

Marissa se echó a reír.

—No era yo quien espiaba a Daniel en la piscina, y papá que se deje de tonterías; tiene que pensar en que está ganando un yerno más que favorable —él la miró elevando una ceja, y Marissa se recostó en el dintel de la puerta del cuarto de baño mirándolo sonriente—. Si de conveniencias se trata, tú le convienes más que Simon, ya que te dedicarías por completo a H&H si te casas conmigo; mientras

que Simon, por tener su propia empresa, tendría que dedicarle sólo parte de su tiempo. Además, qué importa todo eso? En últimas, yo dirigiría H&H, estudié todo lo que estudié para ello. Estoy contigo porque te quiero—. David la estaba mirando fijamente, en silencio, y eso la desconcertó—. Pasa algo? Te dijo papá algo desagradable?

—Tú...

—Yo? —preguntó confundida.

—Has dicho que me quieres—. Marissa arrugó su frente preguntándose si David se sentía bien.

—Cariño...

—Has dicho que me quieres... —repitió él—. De qué manera me quieres? —Ella abrió grandes sus ojos al comprender.

—Cómo que de qué manera te quiero? Te quiero... como se quiere al hombre con el que sales, que es tu novio y te ama. Así te quiero.

—No, no, eso no es suficiente para mí.

—Qué necesito decirte entonces para que me comprendas?

—Yo te amo, Marissa —exclamó él—. Eres mi vida, acabo de decirle a tu padre que pasaría el resto de mi vida contigo, así me toque trabajar como un animal para cumplir tus caprichos—. Marissa quedó en silencio ante semejante declaración. Su corazón se aceleró y se quedó allí quieta y de pie. Él se acercó y le puso ambas manos sobre sus brazos—. De qué manera me quieres, mujer? —ella se separó un poco y lo miró a los ojos. Él la miró en silencio, esperando.

—Te amo —susurró ella—. Tanto, que aún no me puedo creer que sea capaz de amar así. Eres mi amigo, mi confidente, mi amante. Te amo y te deseo a niveles que aún no comprendo —él la abrazó. Besó su mejilla, su cuello, y al fin, su boca.

—Dios, todo este mes sin saberlo ha sido una tortura.

—Por qué?

—Porque creí que el enamorado sólo era yo.

—Qué te hizo pensar algo así?

—Me declaré y tú no dijiste nada! Te dije que te amaba y sólo contestaste: “ creí que nunca lo dirías” .

—Dije eso?

—Oh, y ahora no lo recuerdas! —ella se echó a reír y lo abrazó.

—Ya no te preocupes más. Siento haber tardado en decirlo. Sólo no...

no caí en cuenta.

—Eres mala.

—Perdóname.

—Debería tirarte en esa cama y castigarte —ella se echó a reír, pero entonces alguien llamó a la puerta e instantes después entró la abuela Agatha.

David tendría que esperar hasta la noche para castigar a Marissa... y hacerla decir una y otra vez que lo amaba.

David y Marissa entraron a la mansión Hamilton tomados de la mano, y David se detuvo antes de entrar para admirar la estructura.

Era una construcción de dos pisos solamente, y la fachada, con molduras en yeso, estaba pintada en un color crema que armonizaba con su tejado café. La entrada estaba flanqueada por dos enormes pinos que alcanzaban a llegar al tejado de la segunda planta, y a la derecha había una construcción más pequeña con tres grandes puertas donde, supuso David, guardaban los automóviles de la familia.

Al otro lado, una hermosa fuente daba al enorme jardín un aire místico. Había, en vez de flores de diferentes colores, muchos setos que, con la entrada del otoño, empezaban a cambiar de color.

Marissa lo condujo al interior, y David otra vez se quedó admirado.

Había estado en la casa de los Alcázar, y por eso esperó no quedarse boquiabierto ante la de los Hamilton, pero no fue así.

—Bienvenidos —dijo una mujer uniformada, y los condujo a través de un pasillo panelado en madera oscura a una preciosa sala de estar. Y

él que creyó que su nueva casa era algo ostentosa.

Tanto espacio, tanto lujo, y sólo Hugh habitaba esta casa. Y dudaba que en realidad la habitara, pues él permanecía siempre de viaje.

—Por qué no vives aquí con tu padre? —le preguntó David a Marissa.

Ella hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Viví toda mi vida en un internado —explicó ella—. En espacios pequeños, con mucha gente alrededor. Aquí me deprimía mucho, papá siempre está ausente. Además... como estaba con Simon, prefería la privacidad.

—Creí que los internados eran otra especie de mini—mansión de niños ricos—. Ella sonrió.

—Tienes una imagen muy equivocada de los internados.

—Sólo lo que he visto en las películas—. Ella sonrió mirando en derredor.

—Dónde estará papá?

—Con lo grande que es esta casa, mientras van y le avisan que ya llegamos, y luego él llega hasta aquí, se tomará sus buenos treinta minutos. Sugiero que nos sentemos y nos relajemos —ella sonrió.

Hugh Hamilton bajó las escaleras y entró a la sala silenciosamente, observó a la pareja hablar en voz baja, de pie aún y tomados de la mano. Conociéndolos como los conocía, podía jurar que Marissa estaba más nerviosa que él, y vio cuando David la tranquilizaba diciéndole algo al oído y besando sus cabellos.

Algo le atravesó el pecho al verlos juntos, pero, pensó, esos dos necesitaban superar primero unas cuantas pruebas si pensaban obtener su bendición.

—Buenas noches, chicos.

—Papá... —saludó Marissa, y caminó hacia él para abrazarlo y besarlo—. ¿Cómo has estado?

—Yo, bien. A ti parece que te han tratado muy bien—. Marissa sonrió algo sonrojada, miró a David y se puso a su lado, emitiendo así un muy sutil mensaje. David se encaminó a él y le extendió la mano, Hugh se la estrechó y los convidó a sentarse.

—Y cuéntenme, qué tal la nueva casa?

—Algo pequeña... —contestó Marissa, pero al mirar la cara de David sonrió y se corrigió —Pero apenas lo necesario para David y su familia.

—No tardaste mucho en organizarte —comentó Hugh mirando a David mientras tomaban asiento y le indicaba a una de las muchachas del servicio que trajeran las bebidas.

—No había mucho que organizar —contestó David—. Realmente me quedé asombrado cuando vi que estaba amoblada.

—Claro que sí, de qué otro modo podía ser? —David sonrió.

—Bueno, me disculpo si me muestro demasiado entusiasta.

—No tienes por qué. Me esmeré en ofrecerte lo mejor que teníamos, ya que allí iba a permanecer mi hija—. Marissa lo miró abriendo grandes los ojos.

—Qué tratas de decir?

—No podía soportar que estuvieses en ese barrio peligroso por más tiempo.

—Hablas de mí o de David?

—De ti, por supuesto.

—Cómo sabes que permanecía en ese barrio? Me has estado vigilando?

—Soy tu padre, cariño.

—Y yo no tengo privacidad.

—No te quejes tanto. Permití que vivieras sola, pero no debiste pensar ni por un segundo que quitaría mis ojos de encima de ti.

—Eres increíble! —David sonreía ladeado; eso confirmaba sus sospechas, Hugh sabía que ellos dos tenían una relación casi desde el mismo instante en que ésta se inició. Se preguntó entonces si tenía conocimiento de lo que había pasado hacía más de un año.

—Estamos aquí porque usted nos citó —dijo él, borrando su sonrisa—. A Marissa y a mí nos interesa mucho su aprobación, pero créame que...

—Sí, sí, sí... —lo interrumpió Hugh— Si yo no apruebo, igual seguirán juntos... Es eso lo que me vas a decir, no?

—Pues... No de ese modo—. Hugh sacudió su cabeza y miró a Marissa.

—No te voy a negar que hubiese preferido que te casaras con Simon, o con alguien como él... pero bueno, eso no funcionó para ti, y lo que importa es lo que tú sientas, por eso te lo voy a preguntar todas las veces que sean necesarias, hija, ¿estás totalmente segura de lo que sientes por este muchacho? —Marissa le tomó la mano a David y entrelazó sus dedos con los de él.

—Lo amo, papá —David la miró sonriente; cada vez que la escuchaba decirlo, su corazón se aceleraba.

—Y si el día de mañana, por alguna razón, llegara a perder su empleo... —Marissa saltó de inmediato:

—No lo irás a despedir, papá!!

—Es una suposición!! Él no tiene un negocio propio, vive de su salario!

—Pues si eso llegara a pasar, trabajaré por los dos!

—Eso nunca! —intervino David—. Mientras yo viva, tú no trabajarás para mantener a nadie, a menos que me corten ambas manos... y ambas piernas... o sufra un golpe en la cabeza y quede tonto o loco para que te lo impida...

—David, no seas tonto, si me tocara hacerlo...

—Tú no harás nada, fin de la discusión.

—Eres un machista.

—Ahora a todo le llaman machismo—. Hugh se echó a reír, lo que dejó en silencio a la pareja.

—Ya parecen un matrimonio de años —comentó. Sacudió de nuevo su cabeza y los miró fijamente—. Sigo pensando que eres demasiado para este chico, hija, pero no voy a hacer nada para impedir que estés a su lado. Eso sí... si por alguna pequeñísima razón te hace llorar...

—Pues vamos a tener problemas —lo interrumpió David con voz un poco ominosa—, porque algunas veces seré idiota y será inevitable que ella llore. Sólo le aseguro que nunca será con intención, y siempre intentaré arreglarlo luego—. Este chico tenía cojones, pensó Hugh recostándose en el espaldar de su sillón mostrando una pequeña sonrisa de satisfacción. Después de todo, pensó, tenía razón cuando le dijo a Jorge que David se haría matar por Marissa.

—Saben? —dijo Marissa cruzándose de brazos e interrumpiendo el silencio que se había formado en la sala—, estar entre ustedes dos me abruma. Ya podemos ir a cenar?

La mirada que David le lanzó a Marissa estuvo tan llena de orgullo y amor que Hugh terminó pensando que su hija no podría encontrar a nadie que la amara más. Simon nunca la había mirado así.

—Sí, vamos a cenar —aceptó Hugh—. Hoy prepararé tu plato favorito: Pastas.

—Preparaste? —se burló Marissa.

—Bueno, di la orden; es lo mismo, no?

—En tus términos —murmuró ella—. Gracias papá —dijo poniéndose en pie haciendo que los caballeros la imitaran, y se encaminaron a una sala comedor igualmente enorme, con una mesa bellamente dispuesta con sus cristales y tenedores—, aunque ahora mi comida favorita es la pizza —siguió diciendo Marissa.

—Mmmm, comiendo comida chatarra, tienes algo que ver con eso? —preguntó Hugh mirando a David, éste se encogió de hombros mientras retiraba la silla en la que se sentaría Marissa.

—Ella siempre es la que pide el domicilio.

—Qué horror, nunca aprenderás a cocinar.

—Es curioso que lo digas tú, que no sabes cómo se enciende una estufa—. Hugh se echó a reír ante la acusación y se sentó en la cabecera de la mesa.

Comieron en armonía, y aunque Hugh parecía muy pendiente de lo que David hacía o decía, se fue relajando luego hasta el punto de ponerse a conversar con él acerca del trabajo. Marissa desencaminó la plática hacia algo menos formal, pues no quería que se concentraran demasiado en ese tema.

—David tiene una hermana de dieciséis años, papá, sabías? —él hizo una mueca.

—Me parece que lo mencionó alguna vez.

—Creo que te encantará conocerla. Michaela es tan descarada y divertida...

—Si hablas de ella así —advirtió David con voz suave—, dudo que le agrade.

—A papá le encanta la gente como tu hermana, sólo dale tiempo juntos y verás que se vuelven una especie de tío y sobrina diabólicos —. David sonreía sólo con imaginarse a esos dos conversando. Sería interesante verlo.

—Por cierto —dijo Hugh mirando a su hija—, asumo que ya le dijiste a David acerca de la gala?

—Tú vas a ir? —se asombró Marissa mirando a su padre.

—Jorge y yo vamos a ir.

—Vaya! Ustedes dos nunca van a esos eventos, siempre los esquivan.

—Pero en esta ocasión iremos. Convidaste a David, imagino.

—Claro que sí—. Hugh miró a David.

—Irás? —David se encogió de hombros.

—Tengo otra alternativa? —eso hizo sonreír a Hugh.

—Lo dices como si hubiese tenido que apuntarte en la cabeza para que fueras —se quejó Marissa enrollando los espaguetis en su tenedor.

—Más o menos fue así —Hugh se echó a reír.

—Muchacho, tendrás que irte acostumbrando. Pronto verás que estar al lado de una mujer como mi hija implica ciertos sacrificios. Cuando los medios se den cuenta de quién es su novio y de donde viene, querrán saber toda la historia. No te extrañe si te asedian.

—Adiós privacidad —susurró David, y Marissa le echó malos ojos a su padre.

—Qué publicidad me haces. Además, no te inquietes, David. Los medios nunca se han interesado en mí, no será diferente ahora.

—Ya que eres amigo de Daniel —dijo Hugh limpiándose los labios con su servilleta—, por qué no intentas convencerlo para que vaya? — David lo miró extrañado, pero no dijo nada.

—Se lo diré —dijo luego de unos segundos—, pero imaginé que él también iría.

—Siempre lo invitan, pero ese muchacho odia el roce social. No sé por qué.

—No creo tener la suficiente influencia sobre él para que haga caso de algo así, pero lo intentaré.

—Qué bueno.

—Por qué quieres que Dan vaya? —preguntó Marissa, y David alzó las cejas ante el diminutivo “ Dan”

—Y por qué no? Debe haber un interés oculto? Qué tal las pastas, David?

—Excelentes, señor.

—A que tengo buen gusto, eh?

—El mejor—. Marissa no dejó de mirar a su padre con una pregunta en los ojos, pero Hugh no dijo nada.

Salieron de la sala comedor y se encaminaron hacia uno de los recibidores para seguir charlando. El teléfono de Marissa timbró, y al ver que era Diana, no quiso rechazar la llamada, y excusándose ante los dos caballeros, salió para hablar con su amiga.

David se quedó a solas entonces con Hugh.

—No estés nervioso —le dijo Hugh—. Ya te había aceptado desde mucho antes de que me lo dijeras — David elevó sus cejas.

—Ah, entonces yo tenía razón. Usted sabía todo ya. Sólo le gusta hacer sufrir a la gente.

—No. Me gusta observar y saber si me mienten o no.

—Me ha pillado a mí en mentiras?

—Tú lo sabes. No. Hasta ahora, no—. David sonrió meneando su cabeza. Entonces le vino una curiosidad.

—En ese caso, debe saber muchas cosas que yo ignoro. Por ejemplo, qué está pasando con el dinero de H&H? —Hugh lo miró de reojo.

David siguió—. Hay unos movimientos muy extraños. Hay una fuga de dinero y no he podido encontrar el origen, ni las razones. Ya que le gusta tener su ojo en todo, usted debe saber qué ocurre. Podría explicarme qué está pasando?

—No está pasando absolutamente nada.

—Estamos hablando con la verdad, señor Hamilton.

—Y de verdad te digo que no te inmiscuyas en lo que no te concierne.

—Esa respuesta suya me dice que sí que está pasando algo.

—Por ahora, sólo concéntrate en querer a mi hija, en hacerla feliz, es todo lo que quiero de ti ahora.

—De qué está...?

—Lo siento —dijo Marissa, interrumpiendo sin querer a David—. Diana tiene un ataque. No quiere ir

de compras, no quiere comprar un vestido, no quiere ir a la gala.

—Qué niña ésta —sonrió Hugh. Marissa se sentó al lado de David y puso una mano sobre su muslo.

—De qué hablaban?

—David! —lo señaló Hugh—. Le he dicho que deje de llamarme “ señor Hamilton” , y me diga sólo “ Hugh” , pero se opone! —Marissa lo miró sonriente.

—Por qué no, amor? —David miró entonces a Hugh, pero los ojos de él le pidieron que por favor no tocara el tema del que habían estado hablando delante de su hija. Eso lo confundió aún más, pero hizo caso.

—Es mentira. No tengo reparo en llamarlo Hugh a secas —Marissa se echó a reír y siguieron charlando como si nada hubiera pasado.

Cuando Hugh despidió a su hija y a su yerno y quedó solo en la mansión, tomó de inmediato su teléfono.

—Señor? —contestó una voz al otro lado de la línea.

—Tenemos un problema, Wilson?

—Cuénteme.

—David, mi yerno, acaba de meterse en el asunto aquél. Quiero vigilancia las veinticuatro horas.

—Cómo de grave es el asunto? —preguntó Wilson con voz calmada.

—Sólo sospecha, pero es demasiado inteligente para su propio bien.

—Estaremos al tanto de todo lo que pase—. Hugh se rascó su frente dando varios pasos, con el aparato aún pegado a la oreja.

—Maldición, por qué se dio cuenta tan pronto?

—Es usted que subestima a la gente, señor —dijo Edward, y Hugh se quedó en silencio.

—Sí —dijo al cabo de unos segundos—. No cabe duda de que subestimé a David.

—Sin embargo, si le cuenta la verdad, tendrá un magnífico aliado. Es el novio de su hija.

—No lo sé... Sólo espero que esto no se convierta en un apocalipsis.

:14:

En los días siguientes, se hizo normal ver a Marissa y a David entrar juntos por la mañana a las oficinas de H&H. Muchos empezaron a especular al respecto, y una de las bonitas secretarias incluso rompió a llorar cuando se le dijo que de hecho, los dos eran novios.

—Lorraine, No me digas que ni siquiera lo sospechabas —le reprochaba una de sus compañeras pasándole pañuelos uno tras otro mientras la otra lloraba.

—No! —le contestó—. Claro que no! Cómo lo iba a sospechar? Él es un empleado!

—Y eso qué tiene? Acaso crees que ninguna de nosotras es lo suficientemente buena como para aspirar a uno de los ejecutivos?

—Es diferente! Ella es la hija del jefe!

—Ya, ya —la consolaba la otra—. Resígnate. No creo que tu querido David la deje por una de nosotras. Olvídate ya de él.

—Qué es lo que pasa allá afuera? —le preguntó Marissa a Lisa, su propia secretaria, que se alzó de hombros simplemente.

—Lorraine, haciendo un berrinche.

—Por qué?

—Porque usted y David prácticamente hicieron público que están saliendo —Marissa la miró atentamente.

—Lorraine estaba enamorada de David?

—Me imagino que sí —suspiró Lisa—. Y quién no? —Marissa no sonrió, simplemente hizo una mueca con su boca. Ya sabía lo peligroso que podía ser una secretaria enamorada; ya había pasado por allí.

Era inevitable que sintiera cierta inseguridad, sobre todo cuando era consciente de que David tenía que trabajar con ellas bastantes horas al día. Cuando lo veía sonreírles, tenía que repetirse que David sólo era amable; cuando las llamaba por su nombre de pila, se calmaba pensando en que él era un profesional.

Tenía un terrible precedente, y no quería empañar su relación con sus paranoias, pero estas venían a ella como recordatorios de que ya una vez había perdido al que creía sería su pareja para toda la vida.

—Estás bien? —le preguntó David cuando ella apretó fuerte su mano.

ban de salida luego un día laboral cualquiera y casualmente pasaban por el lado del escritorio de Lorraine. Marissa sólo negó meneando su cabeza.

David la miró de reojo, y se acercó para susurrarle: —Crees que no me doy cuenta de lo que estás haciendo? —ella lo miró con el ceño fruncido.

—Qué estoy haciendo?

—Lo que llaman “ marcar territorio” . No sabía que fueras tan posesiva, Marissa.

—Ah... De qué estás hablando? —él suspiró.

—Tranquilízate. No te voy a poner el cuerno con ninguna secretaria... ni con ninguna otra mujer, realmente—. Marissa lo miró largamente en silencio y se detuvo en sus pasos de camino al parqueadero.

—Por qué me dices eso?

—Crees que como Simon te dejó por una secretaria, la historia se repetirá conmigo. Pues no soy Simon, y cuando un hombre se enamora de verdad, no es infiel... y yo estoy enamorado de ti. Así que, tranquilízate, porque eso sólo te hace ver como una celosa paranoica, y no lo eres—. Marissa le dio la espalda con un nudo en la garganta, y David tuvo que acelerar sus pasos para alcanzarla—. No te molestes.

Sólo estoy diciendo una verdad.

—No conocía el alcance del daño que me hizo Simon, hasta ahora—.

Lo miró a los ojos y David vio que tenía los suyos humedecidos—. No te voy a hacer escenas de celos ni nada, pero no puedo evitar cierto...

—Temor —le ayudó él cuando ella no completó la frase.

—Es inevitable.

—Empieza a confiar en mí.

—Eres un hombre! En cualquier momento una de ellas podría...

—Y arriesgar lo que tengo contigo? —él la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo—. No soy tan tonto. Soy consciente de lo que tengo entre mis brazos, nunca haría nada que lo ponga en riesgo.

—David...

—Y tú y yo tenemos una promesa; que en el momento en que esto muera, lo hablaremos claramente. En mí sigue muy vivo. En ti, Marissa?

—Te amo.

—Entonces no hay nada que temer. Mi casa, o la tuya?

—Qué?

—Para calmar tus temores. Dónde prefieres que te haga el amor?

Nunca lo hemos hecho en el auto, verdad?

—David! —él se echó a reír de su rostro escandalizado, y se acercó para besarla.

—No seas tonta, mujer, con lo mucho que te amo, me alcanza para tres vidas—. Ella sonrió y respiró profundo, recostándose en su pecho.

—Vamos a mi casa —le pidió, y David se subió al auto con una sonrisa de anticipación.

Michaela llamó a la puerta de la habitación de David antes de entrar.

Cuando vio a su hermano mirarse al espejo mientras se terminaba de ajustar una chaqueta de béisbol, frunció el ceño.

—Vas a salir? —David la miró a través del espejo. Michaela estaba aún en pijama.

—Voy a verme con unos amigos.

—Amigos? No con Marissa? —él metió algunos objetos en un pequeño maletín deportivo mientras negaba meneando su cabeza.

—Marissa salió de compras con una amiga, yo me veo con mis amigos.

Hacemos vida social aparte, sabes?

—Eso ahora; llevan semanas y semanas que no se desprenden el uno del otro —David la miró entrecerrando sus ojos, pero Michaela sólo sonrió.

—Necesitas algo? —le preguntó él. Michaela recordó el motivo por el que había venido aquí.

—Ah... sí... Puedes dejarme dinero?

—Se te acabó tu mensualidad?

—Bueno... es que vi un bolso el otro día, y me gustaría...

—Vas a tener que volverte un poco más ahorrativa.

—Sólo es un bolso... dámelo como regalo de cumpleaños.

—Tu cumpleaños es en Marzo del otro año.

—Pero quiero ese bolso —David dejó salir el aire y sacó la cartera.

—Me estás arruinando, sabes? —la acusó, pero aun así, le pasó varios billetes.

—Qué mentiroso. Algún día trabajaré y dejaré de pedirte dinero.

—Te falta mucho para eso.

—Si estuviera mamá conmigo, habría entendido lo del bolso. Una mamá entiende mejor a las chicas.

—Si mamá estuviera viva —reprochó David— sólo discutirías con ella.

Ya me sé esa historia, así que no intentes sensibilizarme con el cuento de la chica huérfana —Michaela sonrió, pero no había humor allí. David la miró fijamente—. Pasa algo?

—Los estoy olvidando —su tono de voz lo inquietó, así que se acercó a ella, que estaba sentada en el borde de su cama.

—A quién estás olvidando?

—A papá, y a mamá. Ya no recuerdo bien sus rostros. Miro sus fotografías, pero por más que lo intento, no logro retenerlos en mi memoria... Los estoy olvidando, David! —él se sentó a su lado y la atrajo para abrazarla.

—No te preocupes. Yo los recordaré por ti —ella elevó su carita para mirarlo a los ojos.

—Pero me siento mal... son mis padres! —David se encogió de hombros.

—Pero también eras muy pequeña cuando eso pasó, y además, estuviste bastante tiempo en shock. Yo creo que mientras los ames y los tengas en tu corazón, no importará si recuerdas cómo eran exactamente sus rostros. Además, estén donde estén, estoy seguro de que están orgullosos de ti — Michaela al fin sonrió.

—No, de ti. De ti sí que estarían orgullosos.

—Bueno, no te pongas melancólica. Y sé que ese cerebro tuyo sirve para algo más que sacarme de mis casillas.

—Ah, pero es que eso me sale natural.

—Sí, ya veo. Me has sacado las pocas canas que tengo, sabes? — Michaela se echó a reír.

—Pero te quiero, y lo sabes.

—Demasiados piropos en un día. No irás a hacer una diablura, cierto?

—Diabluras, yo? Pero si soy un angelito!

—Un angelito expulsado del cielo, seguramente; pero por si tienes dudas, yo también te quiero a ti, niña tonta. Espero que ese bolso no sea muy caro.

—Ah, no seas tacaño!

—Lo sabía, ese “ te quiero” me salió caro.

—Te quejas como un abuelo –refunfuñó ella, y David se echó a reír.

Michaela miró el dinero en su mano y sintió profundamente estarle mintiendo a su hermano, pero lo cierto era que necesitaba ahorrar si quería hacer lo que tenía que hacer. Viajar al exterior demandaba ciertos gastos.

—Quién es ese? –Preguntó Jamie, uno de los jugadores del equipo de béisbol del antiguo barrio de David. Éste miró en la dirección que Jamie señalaba y vio a un hombre que se bajaba de un fino automóvil color plata y activaba la alarma encaminándose a ellos mientras se ajustaba unos lentes de sol.

—Daniel –lo saludó David sonriendo—. Bienvenido.

—Gracias.

—Fue difícil encontrar la dirección?

—No con el GPS.

—Claro. Ven y te presento unos amigos.

Los otros lo miraban como si de repente un caballo de dos cabezas hubiese aterrizado en su cancha. Entre ellos Maurice, que en cuanto se presentó, le preguntó:

—Te conozco?

—Puede ser –contestó Daniel.

—Daniel trabaja para Jorge Alcázar —intervino David—, el dueño de las tiendas Awsome.

—He ido a esas tiendas, pero no creo que te haya visto entre los pasillos. Tu cara me recuerda a alguien—. Daniel lo miró con ojos entrecerrados.

—Qué curioso.

—Qué –preguntó Maurice—. Vas a decir, al igual que la novia de David, que tienes la impresión de haberme visto antes?

—Por el contrario, estoy seguro de que nunca jamás había visto tu cara –Maurice se echó a reír.

—Trajiste un bate, un guante, o cualquier cosa? –preguntó David ignorando la risa de Maurice.

—Me temo que traje de todo. Está en el maletero.

—Pues vamos por ello. Nuestros equipos necesitan remplazo—. Se encaminaron de nuevo al

automóvil de Daniel, y al ver que tenía allí un equipo profesional, Jamie exclamó:

—Eres rico?

—Vaya bestia —rezongó Maurice.

—No, no lo soy —contestó Daniel.

—Y por qué tienes todo de marca y original? Mira este guante! — exclamó ajustándoselo. Otro más se adueñó del bate y lo equilibraba en su mano admirando su calidad.

—Qué posición prefieres? —preguntó Charles, otro del equipo. David lo miró ceñudo. Claro, como Daniel había traído con él equipos de calidad, le daban preferencias. Era bastante fácil comprarlos.

—Bueno, en la escuela era bateador; pero no se hagan ilusiones, nunca hice un jonrón—. David sonrió.

—Creo que eso no importa mucho ahora.

Daniel sonrió ante su sinceridad, y sacó del maletero el resto del equipo que había traído mientras Maurice indicaba la ubicación de cada jugador.

Miró a los demás calentar antes de iniciarse el encuentro. No sabía realmente por qué estaba allí; un domingo en la mañana él podía estar en el club estudiando proyectos o propuestas, o simplemente en su apartamento preparando cosas del trabajo. O quizá, como era costumbre, Jorge lo llamaría para una partida de Ajedrez... Pero en ese caso, se detuvo Daniel entre sus opciones, habría tenido que rehusar esa invitación, y cualquier otra que le hicieran a la mansión Alcázar; Diana había vuelto.

—Tenemos algún uniforme? —le preguntó a David, y éste se echó a reír.

—Bromeas? Somos un equipo de barrio, escasamente tenemos pelota.

—Ah... —David lo miró con ojos entrecerrados.

—No estás arrepentido de haber venido, verdad?

—No, claro que no. Es sólo que todo esto es un poco extraño para mí.

Hacía tiempo no invertía un domingo al ocio.

—Pues alégrate de haber venido entonces—. Daniel le sonrió asintiendo y miró otra vez el campo, parecía tener mil pensamientos en su cabeza.

David le indicó dónde cambiarse de ropa, y minutos después, dio inicio el partido. Resultó que Daniel era un bateador bastante aceptable, y junto a la velocidad de David, y los buenos lanzamientos de pelota de Maurice, les dieron la victoria.

Fue un rato agradable, con discusiones, una que otra caída y de vez en cuando, palabrotas.

—Esto hay que celebrarlo —sugirió Maurice sonriendo y chocando su mano con David.

—Yo invito —dijo Daniel.

—Claro que no —intervino David—, tú eres el invitado.

—Por eso mismo, ustedes me invitaron a jugar, yo invito las bebidas—.

David lo miraba ceñudo con ganas de discutir, pero Maurice rodeó los hombros de Daniel diciendo:

—De acuerdo, si insistes... Pero tenemos garganta de camionero, así que ya estás advertido.

—Bah —rezongó David—. Tiene bolsillo de comerciante, así que da igual—. Maurice se echó a reír y los precedió hacia el café bar más cercano.

—¿Has sido entrevistado en revistas? —Le pregunto Maurice a Daniel, sentándose en su silla. Los otros del equipo estaban desperdigados en las otras mesas, y ya las camareras sabían que la primera ronda iba por cuenta de Daniel. Inmediatamente una de ellas puso sobre la mesa de los tres sus botellas de cerveza.

Daniel apretó sus labios antes de contestar a Maurice: —Sí, una vez.

—Entonces debe ser por eso —siguió Maurice.

—¿Por eso qué?

—Que tengo esa sensación de que te conozco de antes, o te me pareces a alguien, no sé.

—Lo mismo dijo Marissa de ti, y sólo le dijiste: alucinas.

—Nunca he salido en revistas... No que yo sepa —se defendió Maurice frunciendo el ceño—. Pero mira que tenía razón, Daniel sí.

Saliste en la portada, de casualidad? —Daniel no contestó, sólo sonrió elevando una ceja.

—Deja el tema, Maurice. Tienes el mismo hábito de Michaela, de insistir con un tema hasta que se hace insoportable.

—Quién es Michaela? —preguntó Daniel.

—Mi hermana, una pulga de diecisiete años que me está volviendo loco.

—Yo no tengo hermanos—. Dijo Maurice poniendo ambas manos detrás de su nuca, muy relajado, como si eso fuera un privilegio—. El único al que podría llamar hermano es David.

—No te pongas sentimental—. Le advirtió David, y Maurice le dio un trago largo a su cerveza.

—¿Desde cuándo te conozco, David?... desde hace como cien años, no?

—Realmente sólo han sido seis años. Y de verdad, quieres que cuente delante de Daniel la anécdota?

—Si es vergonzosa –intervino Daniel—, quiero escucharla.

—Oh, es bastante vergonzosa. Maurice estaba ebrio como una cuba, lo más ebrio que he visto jamás a un hombre, y mira que he visto bastante. Estuvieron a punto de matarlo unos gamberros cuando yo pasé por allí.

—Y entonces, mi querido amigo y héroe se dio cuenta de la desigualdad en número y fuerza y me ayudó. Estoy vivo gracias a él.

—No fue tan así. Sí ayudé. Logré ponerlo en pie y lo llevé a mi casa.

La abuela le dio una buena sopa y él durmió la mona en mi sala.

—Llevaste a un ebrio a tu casa? No es eso bastante temerario de tu parte?

—Eso me dijo la abuela, y esa noche le echamos llave a las puertas de las habitaciones.

—Por qué estabas tan ebrio? –preguntó Daniel mirando a Maurice curioso.

—Ya no me acuerdo.

—Parece que el licor surtió su efecto y él olvidó sus penas –Maurice sonrió de medio lado, pero Daniel pudo ver que era una sonrisa falsa.

—Así que todos aquí tenemos una historia detrás de la historia –comentó cruzándose de brazos.

—Tú prometiste contar la tuya.

—Lo hice?

—Esa vez en la oficina.

—Eso –intervino Maurice acomodándose en su silla—, hablemos de las vergüenzas de otro que no sea yo.

—Mi historia no es tan vergonzosa... al menos, no creo que lo sea para ustedes –David y Maurice intercambiaron una mirada.

—Por qué no? –Daniel respiró profundo.

—Porque mi madre era una empleada del servicio. Latinoamericana, de escasos recursos, indefensa... —Se llevó las manos al rubio cabello y tiró de un mechón—. Esto debí heredarlo de mi padre, al que no conozco, porque mi madre era morena. Preciosa, pero morena.

—Ah... —exclamó Maurice—. Tu padre fue un patrón riquillo y abusador.

—Espero que no –rió Daniel.

—Pero dijiste que estudiaste en Harvard.

—Sí, allí estudié.

—Perdona, pero cómo el hijo de una empleada pudo estudiar en tamaña universidad?

—Bueno, eso es otra historia.

—Y yo necesito un baño —dijo Maurice poniéndose en pie—, tanto líquido empezó a hacer efecto.

Maurice se levantó apremiándolos a ambos para que se fueran a la casa. Acordaron darse un baño en el pequeño apartamento de Maurice, y luego buscar dónde almorzar.

La tarde se fue rápido, y Daniel vio a David hablar por celular varias veces. Una de esas debió ser con Marissa, pues su cuerpo se había relajado instantáneamente y la expresión de su rostro había cambiado... era más... dulce.

—Patético —dijo Maurice entendiendo la mirada de Daniel—. Pero ni modo, el viejo David se enamoró.

—Conoces a la muchacha?

—Por supuesto, ella prácticamente se vino a vivir acá cuando David aún vivía en el edificio—. Daniel sólo sonrió, y Maurice siguió— Es una mujer bellísima... es un tipo con suerte, ese David—. Daniel pensó que sí, y no sólo porque en verdad Marissa tenía una belleza maravillosa, sino por el simple hecho de ser correspondido.

—Vamos a mi casa —Dijo David cortando la llamada—. Marissa va a estar con Diana de compras, y Michaela y la abuela no van a estar.

Podemos quitarnos los zapatos en la sala, y hacer desorden en la cocina, que nadie nos dirá nada.

—Eso lo hago yo todo el tiempo —dijo Maurice haciendo una mueca de desprecio.

—Pero yo no, así que esta es una rara ocasión. Vamos?

Daniel pensó en el trabajo que podía estar adelantando, pero... por qué no invertir un poco más de tiempo con sus nuevos amigos?

Además, hacía mucho tiempo que no se sentía tan relajado.

En casa de David, Maurice prácticamente se adueñó del lugar, puso música y preparó palomitas de maíz, David miraba su colección de videos escogiendo uno, y Daniel se limitaba a mirar en derredor. No se comparaba con su pent house, pero esta casa era habitada realmente, no permanecía pulcro y vacío, como el suyo.

—Hey, imagino que estás invitado al cóctel de yo—no—sé—qué— fundación éste sábado —le preguntó David levantando la vista de sus películas.

—Sí, me invitaron. Tú también?

—Más bien Marissa, está invitada y ya me dijo que era mi obligación acompañarla. Vas a ir?

—No suelo asistir, a menos que tenga que hacer contacto con alguien.

—Vives un poco alejado de la vida, no? —comentó Maurice—. Qué haces normalmente?

—La verdad... trabajar.

—Y llenarle los bolsillos a tu jefe... qué poco admirable.

—Mi jefe es como mi padre, así que...

—La boca de Maurice es enorme y no conoce límites —dijo David mirando de reojo a su amigo—. No le prestes mucha atención.

—Bueno, a la par que le llenas los bolsillos a tu jefe... —siguió Maurice como si no hubiese escuchado a David— tú puedes hacer unos cuantos amigos, no? Y amigas—. Esto último lo dijo alzando repetidamente sus cejas. Daniel sonrió divertido, y se sentó en el sofá frente al televisor.

—Podría ir en ésta ocasión —dijo como para sí.

—Así se habla —lo aplaudió Maurice.

—Hey, Daniel... haciendo un poco de propaganda... no habrá en la empresa en que trabajas una vacante? Aquí mi amigo necesita un empleo.

—De verdad? Qué haces?

—Soy abogado.

—Vaya, qué bien. Tal vez debas darme tus credenciales, y una CV. Te ayudaré en lo que pueda.

—Ah, no te preocupes, en fin... qué vamos a ver? —se enfrascaron en la discusión hasta que eligieron una película y se dispusieron a verla.

Daniel notó cómo, siendo los tres tan diferentes, aprendieron a llevarse bien tan rápido.

Hacia el mediodía David llamó a un restaurante y pidió comida. Lo pasaron realmente bien, considerando, cada uno, que había sido un tiempo bien invertido.

:15:

Diana entró al apartamento de Marissa ayudándola con las bolsas de compras; eran bastantes.

Juntas, habían ido a buscar lo que usarían en el coctel. Ya Diana se había resignado a ir, y también a usar un vestido adecuado, así que aprovechó la ocasión para buscar uno de su agrado.

—Te has vuelto un poco compulsiva a la hora de comprar, no crees? — la acusó, tirando sobre la cama de su amiga las innumerables bolsas que contenían no sólo lo que usaría en la gala, sino, tal vez, para el resto de la vida. Marissa sonrió.

—Bueno, he tomado el hábito de comprar ropa interior. Tengo a quién mostrársela y me encanta.

—Maldita, no haces sino restregarme en la cara tu felicidad —Marissa se echó a reír y se dedicó a sacar la ropa de las bolsas. Miró a su amiga de reojo, y, con tacto, preguntó: —Y tú... cuándo te vas a enamorar? —Diana elevó sus cejas sonriendo.

—Enamorarme? Lo dices como si sólo fuera ir a un restaurante y pedir un plato. Señor, por favor, me trae un novio? —dijo, engrosando la voz. Marissa volvió a reír.

—Sabes de qué te hablo. Eres guapa, eres divertida, y eres interesante. No creo que en todos estos años ningún hombre se te haya acercado.

—Ah, eso funciona para ciertas personas, como tú y tu David; no para mí.

—No crees en el amor?

—Claro que creo, tengo frente a mí una viva muestra, no? Nunca te había visto más radiante, más feliz...

—Enamórate de alguien, y vivirás lo que yo.

—No, Marissa. Eso nunca pasará.

—David conoció a Daniel, sabes? —dijo Marissa, como si tal cosa, y Diana la miró con ojos entrecerrados—. Parece que se hicieron amigos. Incluso acordaron verse hoy para jugar un partido de béisbol.

Recuerdas que Daniel era bueno con el bate? —Diana hizo rodar sus ojos en sus cuencas.

—No sé por qué traes eso a colación.

—De verdad nunca te ha dicho nada? —preguntó Marissa—. Nunca se te declaró?

—Marissa, tú lo sabes. Si lo hubiese hecho alguna vez, habrías sido la primera en saberlo.

—No entiendo a los hombres.

—De todos modos, no habría servido de nada que lo dijera, y eso también lo sabes... Podríamos cambiar de tema, por favor?

Marissa se resignó y siguieron hablando de la ropa nueva y sacándola de sus bolsas. De todos modos, no podía dejar de pensar en las razones que podía tener Diana para cerrarse ante el amor, ni en las de Daniel para no declararse. Ese par iban a necesitar algo más que un empujón.

—Una pijamada? —le preguntó David a Michaela, que lo miraba con ojos de cierva—. Justo hoy que no voy a estar?

David se ajustaba el saco por encima de su camisa y miraba a su hermana con el ceño fruncido. Marissa llegaría por él para ir juntos a la gala en media hora, y a pesar de que ella le había dicho que no podían decir nada negativo de él ni de su relación con ella, no dejaba de estar nervioso.

—Es fin de semana —explicó Michaela—, y Gwen y Stacy lo programaron desde hace tiempo. Vamos, no digas que seré la única que no estará. Quiero ir!

—Pero vas a dejar a la abuela sola, Mikki.

—Sólo será por esta noche. No le va a pasar nada! —David meneó su cabeza negando, y el corazón de Michaela empezó a latir fuertemente.

Si él decía que no iría, todo se le complicaría, pues debía estar en el aeropuerto a la media noche para poder abordar el avión que la llevaría a Europa, y luego de allí haría un trasbordo hasta su verdadero objetivo: África.

Lo tenía todo fríamente calculado: tenía escondido el tiquete que le habían hecho llegar desde la ONG. Había falsificado la firma de David donde se autorizaba su permiso de salir del país; el equipaje lo había ido sacando poco a poco y estaba en casa de Gwen esperando por ella. Sólo era ir hasta casa de su amiga, cambiarse de ropa, tomar la maleta y pedir un taxi hasta el aeropuerto. Suerte que los padres de su amiga tampoco estarían esa noche. El universo estaba de acuerdo con que ella viajara, pues todo había salido a pedir de boca hasta el momento.

Minutos después llegó Marissa en su auto. Michaela la recibió en la entrada mirándola de arriba abajo.

—Estás guapísima! —exclamó, y Marissa sonrió.

—Gracias. Tú también vas a salir?

—Sí —contestó Michaela mirándose a sí misma—. Noche loca con mis amigas.

—Ah, yo tuve varias de esas.

—Sí, pero ahora las tienes con mi hermano —Marissa se echó a reír.

—Pero de esas no te puedo dar detalles.

—Ni te molestes. Todavía los tengo grabados en mi retina —esta vez sonrojada, Marissa se echó a reír negando. David bajaba las escaleras cuando las vio conversar.

—Todavía no te has ido, Michaela?

—Ya voy de salida.

—Bien. No hagas demasiadas travesuras... —iba a decir algo más, pero entonces vio a Marissa. Llevaba un vestido negro que combinaba bien el satín y el encaje. Ajustado a su figura, sin breteles y corto unos centímetros más arriba de la rodilla—. Mujer —dijo—, estás bellísima—.

Marissa sonrió llevándose la mano a su cabello. Tenía el cabello rubio recogido con unos cuantos mechones que caían por su cuello, donde además, lucía una preciosa gargantilla de rubíes. Tenían que ser rubíes, se dijo David. Dudaba que Marissa usara piedras falsas.

—Te gusta?

—Estás de broma? —se acercó a ella sin dejar de mirarla. Llevaba el maquillaje un poco más fuerte de lo que acostumbraba, y sintió el aroma de su perfume llegar hasta él como un suave recordatorio de lo que ocurriría luego de la gala—. Puedo besarte? —preguntó, por si le molestaba que arruinara su maquillaje.

—Claro que sí —él no perdió tiempo y se acercó a ella para besarla.

No se detuvo sino hasta que escuchó la exclamación de Michaela.

—Díganme ya si esto va a ser así todos los días. Estoy pensando seriamente en mudarme!

—No digas tonterías —dijo David mirándola ceñudo—. Y qué haces aquí aún? O es que prefieres quedarte haciéndole compañía a la abuela.

—Nooo, ya me voy... sólo quería... despedirme apropiadamente de ti —. David la miró extrañado cuando la adolescente se acercó para abrazarlo.

—Me estás dando miedo, sabes?

—No seas tonto. Yo también me pongo sentimental a veces.

—Estás en esos días?

—David, no seas bestia —lo reprendió Marissa, y David se echó a reír.

—Te quiero, hermanito.

—Y yo a ti —susurró él—. No hay nada que no haría por ti. Lo sabes, verdad? —Los ojos de Michaela se humedecieron, pero bajó la cabeza para que él no lo advirtiera.

—Lo mismo digo. No hay nada que no haría por ti.

—Ya vete, o empezarán la maratón de pelis sin ti—. Michaela se echó a reír y se encaminó a Marissa para despedirse también con un beso.

Cuando hubo salido de la casa, Marissa suspiró.

—Crecen de prisa, verdad?

—Ni me lo digas. Hace unos años no iba a ninguna parte si yo no le tomaba la mano, y mira ahora, amenazando con irse a vivir sola.

—Ya pronto será mayor de edad, y si decide hacerlo, tú tendrás que aceptar su decisión—. David hizo una mueca rechazando la idea, pero entonces se volvió a concentrar en su novia y en lo guapa que estaba, y decidió robarle unos cuantos besos más antes de salir de la casa.

Michaela miró la fachada de su casa una vez más. No llevaba mucho aquí, pero ella representaba todo lo que había sido hasta entonces su familia, una fortaleza. A veces se había sentido encerrada aquí, como la princesa prisionera en la torre más alta.

Ahora volaría, como un pajarillo libre, y cuando volviera, tal vez encontraría a su hermano seriamente molesto con ella, pero su vida habría cambiado para siempre y de una manera positiva.

Los ganadores toman el destino en sus manos, se dijo, y echó a andar hacia la casa de Gwen, donde estaba su maleta.

David y Marissa llegaron al hotel donde se celebraría la gala de beneficencia. La mayoría de los invitados bajaban de sus finos automóviles, le entregaban las llaves a un botones y entraban al lugar.

Marissa miraba a todos lados buscando a Diana, y David observaba lo tiosos que se veían algunos hombres metidos en sus trajes.

—No veo a Diana —susurró Marissa cuando hubieron entrado al salón, de paredes muy altas y arañas de cristal colgando del techo, derramando su suave luz sobre los diferentes vestidos de las mujeres y sus joyas.

—Ya llegará —la tranquilizó David.

La velada no sería más que una cena acompañada con un mini concierto de música de cámara, le había asegurado ella, y por esto pagaban una altísima cantidad de dinero, cantidad que se iba a los fondos de una fundación que ayudaba a la liga de lucha contra el cáncer. Ahora sonaba una suave música por los altavoces y la cháchara de la gente que conversaba de pie, o ya estaba sentada a las mesas y bebía una copa, o simplemente bailaba en la pista que había entre las mesas.

La mayoría de las mujeres traían vestidos cortos a la rodilla, y David se preguntó qué código secreto había entre estas personas que se ponían de acuerdo para vestir de determinada manera según la ocasión. Tenía mucho que aprender.

Él lucía una camisa azul petróleo bajo un traje negro de un corte perfecto, sin corbata, y notó que los demás iban vestidos por el mismo estilo. Recordó entonces que había sido Marissa la que le escogiera la ropa que luciría esta noche.

—Marissa, estás bellísima! —exclamó una mujer muy cerca de ellos, y David se giró a mirarla. La recordó como la morena que acompañaba a Marissa en aquel bar.

—Nina! —la saludó Marissa—. Tú también estás bellísima.

—Gracias. Y tú eres... —dijo, girándose a David. Abrió grandes los ojos y casi gritó—: Dios querido, entonces era verdad! Eres el chico del bar!

—Nina, baja la voz! —la reprendió Marissa, y Nina apenas hizo caso.

—Cuando te vi esa vez, supe en seguida que te gustaba mi hermosa rubia! Yo le dije a Marissa: él te conoce, sabe tu nombre! Y resulta que ahora eres su novio!

—Sí, sí... me conocía —refunfuñó Marissa, y Nina sonrió encantada.

Tomó la mano de David y la apretó fuertemente mientras la agitaba en un saludo.

—Mi nombre es Nina Pontini. Soy una vieja, vieja amiga de Marissa, estudiamos juntas desde el parvulario hasta la escuela alta. Estoy muy feliz de que se haya olvidado al fin de Simon y te haya encontrado a ti.

Oh!! Los chismes en la revistas van a estar jugosísimos luego de que se hayan presentado aquí!

—No seas tonta, no habrá chismes!

—Es probable que sí los haya —dijo otra voz, y fue hora de Marissa de hacer exclamaciones. Diana Alcázar se había unido al grupo y las tres amigas se abrazaron. David sonrió mirándolas. Tal vez así eran de niñas.

—Diana usando vestido! —exclamó Nina—. Escribiré eso en mi diario.

—Es una tortura ponerse ropa elegante.

—Casi tuve que rogarle para que viniera —informó Marissa, sin mirar a nadie en particular.

Diana lucía un vestido también negro, pero en vez de satín, como el de Marissa, o de lentejuelas, como de Nina, el de ella era de cuero. No llevaba más accesorios que una simple cadena de oro blanco con un dije diminuto que se escondía en el hueco de su cuello. Su cabello negro no tenía mechones de colores esta vez, y estaba bien peinado.

—Vaya, David, estás muy guapo —dijo ella, mirándolo.

—Eh... gracias. Pero los cumplidos me corresponde darlos a mí...

Estás preciosa.

—Gracias.

—Te quedarás toda la noche? —preguntó Nina.

—Eso no puedo asegurarlo. Ah, mira, allí está Dellia Smith.

Discúlpeme por un momento, necesito hablar con ella—. Diana se encaminó hacia una mujer de cabellos rojizos, rizados y abundantes, más con aspecto de ser una hippie que una dama de alta sociedad.

—Y quién es esa? —preguntó Nina mirándola alejarse.

—Alguien con quien piensa asociarse para iniciar un negocio.

—Diana? Negocio? Qué locura es esta? —Marissa se echó a reír, y tomó el brazo de su novio caminando por el salón y saludando a algunos conocidos, presentándolo cuando se requería y haciendo comentarios acerca del clima, o la música, o el trabajo. Inevitablemente, alrededor escucharon varios comentarios.

—Quién es ese que está con Marissa? —preguntó alguien en voz lo suficientemente alta como para que ellos escucharan.

—No tengo ni idea, pero está guapísimo —respondió una mujer.

—He oído que es un empleado de su papá —dijo otro—, y no es un alto ejecutivo; al parecer, lo que gana es calderilla.

—Qué horror! Qué hace Marissa con alguien como él?

—No les prestes atención —le dijo David, y ella se echó a reír cuando se dio cuenta de que era él quien la tranquilizaba a ella.

—Sabía que esto sucedería, pero no me imaginé que fuera a ser tan obvio.

—Sólo te envidian, porque estás demasiado bien acompañada —sonrió él, y Marissa volvió a reír meneando su cabeza.

Al otro extremo del salón, y sentados en una mesa cuyas sillas estaban ubicadas mirando hacia un pequeño podio donde se hallaban los instrumentos, se hallaban Hugh y Jorge Alcázar sentados mirando la concurrencia con mucho aburrimiento.

—Deberías ir hacia tu hija —sugirió Jorge—, les ayudarías mucho si lo haces. Deben estarlos despedazando con chismes y comentarios malintencionados ahora mismo.

—Nah, esos dos se las arreglarán solos—. Jorge miró en derredor, como buscando a alguien—. Ya vendrá, no te agites.

—Te aseguraste de pedirle a David que lo convidara?

—Claro que no. Si lo hubiese hecho de ese modo, me habría arriesgado a que me pidiesen explicaciones.

—Pues ya no me importa el método que hayas usado. Vino.

Hugh miró en la dirección en que Jorge miraba, y ciertamente, Daniel entraba por la puerta principal. Se detuvo tal vez buscando a alguien, y luego sonrió dirigiéndose con pasos seguros hacia algún punto del enorme salón. Se detuvo frente a David y Marissa, que le sonrieron y lo saludaron con familiaridad.

—Bien, primer obstáculo sobrepasado —murmuró Jorge, y Hugh se echó a reír.

—Daniel está aquí! —dijo Nina, pretendiendo que aquello fuera un susurro, pero en realidad, la habían escuchado todos, incluso Diana, que estaba a sólo unos pasos. Las miradas de Nina y Diana se cruzaron, estableciendo una muda y antigua comunicación. Los ojos de Nina eran interrogantes, casi suplicantes, y cuando Diana giró su cabeza ignorándola, y siguió hablando con Dellia, como si nunca la hubiera escuchado, Nina obtuvo la respuesta que deseaba.

—Daniel Santos los saluda? —se extrañó una mujer mayor mirando a Daniel y a David sonreír y conversar como si fueran viejos amigos.

—Ya sabes, los de la misma clase se entienden —le respondió su amiga agitando un pequeño abanico frente a su rostro.

—Que no te escuche. Tu marido tiene negocios con él.

—Y lo patético es que ese pobre tonto saltaría de felicidad si sólo él le prestara un poco de atención a nuestra hija.

—Sé a lo que te refieres —suspiró la mujer—. En los negocios ya no importa el linaje del pretendiente, sino su habilidad para hacer dinero.

Aun así, es el hijo de una sirvienta. Nunca logrará borrarse ese estigma! Al menos, ante mis ojos.

—No me imaginé que vinieras —dijo Marissa mirando a Daniel sonriente—. Vivimos en la misma ciudad, pero nos vemos casi cada año. Qué malo eres, Dan—. Daniel sonrió besando su mejilla.

—Estás preciosa.

—Y tú, tan galante como siempre —contestó Marissa.

—No es galantería—. Palmeó un par de veces la espalda de David—.

Eres un tipo afortunado.

—Como si no se hubiera escuchado el suspiro de la multitud de mujeres aquí cuando entraste—. Daniel miró a Marissa ceñudo.

—Exagerada.

—Me alegra que hayas venido –intervino David—. Casi estaba pensando en que me enfrentaría a esta gente extraña solo entre mujeres.

—Entre mujeres? –preguntó Daniel extrañado.

—Diana y Nina también están aquí.

—Ah...

Y en el momento, Nina se acercó, y desde atrás, tapó los ojos de Daniel. Él elevó una mano para tocar el brazo, e inhaló fuerte identificando el perfume.

—Nina –dijo, y ésta sonrió más que feliz.

—Siempre me descubres. Dios, hombre, qué guapo estás!

—Y tú bellísima, como siempre—. David miró extrañado a Marissa cuando ésta prácticamente dio la espalda a todos y estiraba el cuello buscando a alguien.

—Pasa algo? –le preguntó en un susurro, pero Marissa no dijo nada.

No tenía manera de explicarle lo que estaba sucediendo. Era una cadena larga y un poco confusa y tal vez a él no le interesaba, pero lo cierto era que Nina llevaba enamorada de Daniel toda su vida, y Daniel enamorado de Diana el mismo tiempo, y Diana... Diana parecía de piedra. Cómo explicar que tenía el presentimiento de que si no hacía algo ya, perdería su oportunidad?

Sin embargo, ella no podía hacer nada, así que prestó atención de nuevo a su grupo de amigos e intentó relajarse.

Michaela llegó al aeropuerto arrastrando su maleta y caminó a paso lento hacia la zona de registro.

Había soñado con esto toda su vida, quería viajar, conocer el mundo, quería ir desde ya forjando su carrera, labrando su destino. Cuando estuvo frente a la puerta de embarco se detuvo.

Fue un momento extraño, pero casi escuchó a David llamándola.

Ah, David iba a estar furioso mañana en la mañana cuando se diera cuenta de que ella no regresaba de su fiesta de pijamas y llamara a Gwen para preguntarle qué sucedía. Se había prometido a sí misma llamarlo en cuanto tuviera oportunidad y asegurarle de que estaba bien. David no era fácil de contentar, pero ella lo conseguiría, con el tiempo serían otra vez los hermanos de siempre.

Miró en derredor otra vez, sintiendo fuertemente la presencia de su hermano.

Casi lo escuchó cuando, en aquellas noches de miedo y tristeza, le contó historias y acarició su frente hasta que ella se quedaba dormida, prometiéndole que aunque papá y mamá se habían ido para siempre, ahora él cuidaría de ella.

Recordó lo enfadado que estuvo cuando la descubrió vendiendo sus cosas por internet. Él se tomaba demasiado a pecho aquello de cuidarla y proveerla.

“ Estén donde estén, estoy seguro de que están orgullosos de ti” , había dicho él refiriéndose a sus padres. Si ella hacía esto ahora, él seguiría opinando lo mismo?

Ella no tenía ni padre, ni madre, ella tenía a David.

“ No hay nada que no haría por ti” , también dijo él.

De alguna manera, iniciar su vida, labrar su destino y forjar su carrera usando mentiras como base no la dejaba del todo en paz.

—Señorita, va a seguir? —preguntó uno de los guardas de seguridad al verla de pie obstaculizando el camino—. El avión ya hizo su último llamado.

Michaela apretó fuertemente el mango de su maleta con el corazón a mil. Los ojos se le humedecieron. Traicionaría a muchas personas con esto que iba a hacer, la fe que habían puesto en ella, las esperanzas.

Sea como fuere, era su propia vida.

:16:

Johanna Harris, ahora Johanna Donnelly, se estaba aburriendo en la fiesta. Oh, llevaba un precioso vestido rojo vino ajustado a su figura, unas costosísimas joyas y estaba peinada y maquillada por profesionales, pero en ese momento, habría dado cualquier cosa por en vez de estar aquí, irse a una de las fiestas de su antiguo barrio.

Nunca se había imaginado que tener al hombre que amaba implicaba tantos sacrificios, y para completar el cuadro, la gente aquí no era muy receptiva que digamos. Había intentado iniciar una conversación ya incontables veces, pero todas las mujeres de su edad, o mayores, o menores, simplemente la miraban de arriba abajo y no se molestaban siquiera en contestarle.

Delante de Simon eran tremendamente educadas y amigables, pero luego que él daba la espalda sacaban las uñas. Y no quería contarle nada a Simon, no quería parecer incapaz de hacer amigas, de encajar.

Suspiró mirando en derredor, como si aún conservara la esperanza de encontrar un aliado.

Esta vez hubo magia. David, su antiguo compañero de trabajo y vecino, el que la ayudó en aquel momento tan crítico de su vida no sólo ayudándola a conseguir un empleo en el restaurante en el que él trabajaba, sino infundiéndole ánimo para continuar con su vida, estaba en esa fiesta. Su mirada se iluminó de inmediato y se giró a mirar a Simon que conversaba con un anciano amigo y socio.

Él la miró interrogante, a lo que ella contestó: —David está aquí.

—Qué David?

—Un... amigo. Quiero ir a saludarlo —ella pretendía dejarlo allí y encaminarse a David, pero Simon le rodeó la cintura y se despidió de su amigo para ir con ella.

—Por qué no se te ocurrió hacer esto antes? —ella lo miró confundida —. Ya no hallaba la manera de zafarme de esa conversación tan aburrida.

—Pero no es mentira —sonrió ella. No se le había pasado por la mente pensar que también él podía estar aburrido.

—Entonces tienes un amigo aquí?

—Sí. David. Te he hablado de él.

—Mmmm.

—Míralo, allí está —lo señaló ella disimuladamente, y se encaminaron a él. Cuando estuvieron más cerca, se dieron cuenta del círculo en medio del cual estaba: Marissa Hamilton, Daniel Santos y Nina Pontini; todos ellos regular o altamente reconocidos en la alta sociedad.

David la vio antes de que llegaran hasta ellos y le sonrió ampliamente.

—Johanna! Vaya! —ella se acercó a él y lo abrazó estrechamente sin muchos miramientos, sin importarle si la criticaban luego—. Estás preciosa! —siguió David.

—Tú también estás guapísimo —se escuchó un carraspeo y Johanna se echó a reír—. Pero no más que mi esposo, claro—. Johanna hizo las presentaciones, y David estrechó la mano de Simon por primera vez—.

Y con quién viniste? —preguntó Johanna, y entonces David los condujo hacia donde estaban Marissa y los demás. Ella estaba un poco pálida, y David tuvo que apretarle un poco el brazo para hacerla reaccionar.

—Marissa y yo somos novios. Estamos saliendo desde hace dos meses.

—De verdad? —preguntó Johanna con ojos grandes de sorpresa.

—Claro que sí —corroboró David sonriendo—. E imagino que ya conocen a Daniel Santos y a Nina...

—Pontini —completó ella mirando a Johanna atentamente—. Pero a nosotros Simon nos conoce casi desde niños; desde la época en que se hizo novio de Marissa—. David notó como Johanna borró su sonrisa poco a poco. Era como si la estuvieran culpando a ella de que esa boda no se hubiese realizado, y no era justo.

—Es el mismo caso entre Johanna y yo. Nos conocemos desde adolescentes. Verdad, Johanna?

—Sí, sí...

—Marissa, estás preciosa —dijo Simon sonriendo, y Marissa respiró profundo antes de hablar, como si apenas estuviera saliendo de un trance. No recordaba que asistir a estas fiestas era enfrentarse a este par. En el pasado había estado encerrada precisamente para huir de situaciones como ésta, pero pensó que antes estaba sola, y ahora no.

Antes le dolía, ya no.

—Y tú, guapo como siempre —contestó al fin—. Me alegro de verte — ella tomó la iniciativa para darle un beso en la mejilla, y luego a Johanna, y David sonrió tremendamente orgulloso. Cuando la tuvo de nuevo a su lado, le rodeó los hombros con su brazo. Daniel se echó a reír.

—Qué —preguntó Marissa.

—Que no sabes lo que acabas de hacer.

—Saludé a unos viejos amigos, eso hice.

—No. Acabas de emitir un mensaje a todos los que te estuvieron observando hasta hace unos segundos...

—Me estuvieron observando? —preguntó ella interrumpiendo, pero Daniel continuó.

—Les has dicho que tú no les guardas rencor, y que por el contrario, te alegras de su unión. Que

tienes tan superado todo, que te da igual.

—Eres psicólogo o algo así? —preguntó David ceñudo.

—Es algo que él tiene —dijo Nina como si fuese una madre orgullosa—. Es capaz de estudiar a la gente a profundidad.

—No siempre —susurró él.

—Pasa algo aquí? —preguntó Diana mirando de Simon a Marissa con el ceño fruncido. Al parecer, había venido en rescate de su amiga.

—Diana, no conoces a Johanna, la esposa de Simon.

—Por supuesto que no —David elevó ambas cejas. Por lealtad a su amiga, ella estaba siendo hosca, y casi le dio ganas de reír.

—Mucho gusto —dijo Johanna inclinando levemente su cabeza y sosteniéndole la mirada, diciendo con eso que si bien ella era de una familia adinerada y una chica bien criada que merecía respeto, ella no se rebajaba ante nadie. Diana elevó una ceja y miró a Marissa interrogante.

—Johanna no sabía que David es mi novio —improvisó Marissa, tratando de desviar la atención de su amiga—. Le estábamos contando.

—Claro, porque mi amiga es preciosa, y merece lo mejor.

—No sabía que me considerabas lo mejor —bromeó David.

—Eso es un golpe bajo para mí —susurró Simon, y David se echó a reír. Diana dio un paso atrás mirando a todos ceñuda, y entonces tropezó con algo, o alguien.

Era un alguien. Un hombre. Tenía que ser un hombre, pues los brazos que la sostuvieron fueron sólidos, fuertes, confiables...

Miró a su ayudador para encontrarse con los verdes, muy verdes ojos de Daniel, que la miraba con aquella expresión indescifrable de siempre. Caray, a veces la asustaba tan sólo imaginarse lo que aquél hombre sentía.

—Daniel —saludó ella, agradeciéndole el haberle ayudado.

—Diana —contestó él. Ella le sostuvo la mirada por un par de segundos más, pero inmediatamente se repuso. Miró a Johanna y a Simon y respiró profundo.

—Son felices? —preguntó. Extrañados por la pregunta, ambos se miraron.

—Por supuesto que sí.

—Entonces las lágrimas de Marissa valieron la pena.

—Estuve a punto de preguntarles eso mismo –comentó Nina, mirando también a la pareja—. Valió la pena que Marissa llorara como una magdalena por un año?

—No fue así –se defendió Marissa, pero sus amigas la ignoraron.

—Nunca quisimos causarle dolor –dijo Simon, mirando a Marissa a los ojos—. Por el contrario, muchas veces llegué a sentirme mal, porque mi felicidad prácticamente estaba basada en su tristeza. Por eso tengo una pregunta que hacerle.

—Tú a ella?

—Sí, yo a ella—. Simon respiró profundo—. Marissa –dijo—, eres feliz ahora? Te arrepientes de lo que hiciste esa vez? –ella sonrió.

—No se pongan trascendentales. No me arrepiento, soy feliz ahora, y pienso que dejarte fue lo mejor que pude haber hecho. Ahora tengo a David.

—Auch –dijo Simon, y todos rieron.

Minutos después fueron llamados a las mesas. Los siete se las arreglaron para quedar todos en la misma, y en varias ocasiones tuvieron que posar para ser fotografiados por la prensa.

Llegaron los meseros con innumerables platos uno tras otros, y la velada fue pasando. Marissa miraba a Daniel de reojo, pues a veces parecía incómodo por estar compartiendo la misma mesa que Diana, pero tampoco le prestaba mucha atención a Nina que intentaba ponerle conversación.

Luego de la cena, y mientras anunciaban el concierto, le pidió a Diana que la acompañara a los baños.

—Esperemos un segundo aquí –le dijo Marissa cuando ya volvían y encaminándose a un pequeño balcón que daba a un hermoso jardín de fragancia nocturna—. Gracias por ayudarme allá con Simon y Johanna, pero es verdad que no les guardo rencor.

—Mmm –contestó ella simplemente, y Marissa la miró de reojo.

—Estás inquieta?

—Inquieta? Por qué? –Marissa suspiró.

—Algún día entenderé lo que pasa entre tú y Daniel.

—No pasa absolutamente nada.

—Y nunca entenderé por qué hace lo que hace... o por qué no lo hace.

—Por favor, Marissa, no empieces.

—Todo sería más fácil para ambos si él hablara contigo de sus sentimientos.

—Pues a mí me dará igual que lo haga o no lo haga! Nunca me ha interesado Daniel Santos, nunca me ha gustado en lo más mínimo. Si se revuelca con diez mujeres al tiempo me da absolutamente lo mismo que si se queda beato para toda la vida. Por qué me tiene que importar lo que él haga?

—En el pasado eran amigos.

—Era una amistad de niños. Él me daba lástima, era el huérfano sin dinero recogido de papá...

—Diana!

—Y si quieres saber la verdad —exclamó y se detuvo al sentir algo en su vientre, como una punzada que le advertía que lo que iba a decir estaba terriblemente mal, pero no le importó y siguió—, ni siquiera noto que está por allí; Daniel Santos se ha vuelto invisible para mí.

Daniel se quedó recostado a la pared del jardín, tratando de introducir algo de aire a sus pulmones.

Estúpido. Mil veces estúpido.

Por encima de él, se habían escuchado muy claramente las voces de Diana y Marissa mientras conversaban acerca de él, y en ese momento sentía un dolor y una ira terribles. Dolor en su corazón, ira contra sí mismo.

Hacía ya diez años que conocía a Diana Alcázar. Hacía ya diez años que la amaba, pero sólo hasta ahora veía que era una tontería. Ella tenía razón, él era invisible para ella, no importaba cuánto trabajara por superarse, cuándo dinero acumulara, qué tan indispensable se hiciera para los demás. Para ella, seguía siendo invisible.

Le dolió el pecho, la garganta y los dientes por contener un grito.

Parpadeó varias veces respirando profundo, y al levantar la cabeza se encontró con la mirada Nina Pontini.

—Tú... escuchaste eso? —ella asintió mordiendo sus labios. Había salido para avisarle que ya el concierto había comenzado, y entonces oyó las voces de Diana y Marissa, y luego lo vio a él tratando de encajar semejante golpe.

—Lo siento tanto, Daniel...

—No importa. De verdad, no importa—. Ella sonrió al verlo hacerse el valiente.

—No mientas, Daniel. Sé que la amas, y te he dicho mil veces que ella nunca te valorará como te mereces.

—Mira, Nina, tus palabras no son precisamente balsámicas en este momento —susurró él separándose de la pared en la que había estado recostado y dando unos pasos. Ella lo detuvo tomándolo de la manga de su saco.

—Dímelo —le pidió ella—, dime qué necesitas que te diga, o que haga, y lo haré, Daniel. Te lo juro.

—Nina...

—Por favor!

Daniel la miró fijamente. Una vez, hacía muchos años, ésta chica le había robado un beso en una fiesta que tuvo en casa, y le había dicho que sabía que él sólo tenía ojos para Diana, pero que si algún día eso cambiaba, ella quería tener una oportunidad.

Levantó su mano hacia el rostro de Nina y acarició suavemente su mejilla. Ella era hermosa, con su piel canela y sus ojos grandes y oscuros. Nina movió la cabeza ante el contacto de su mano.

—Esto está terriblemente mal —susurró Daniel.

—No me importa. Quiero esta oportunidad.

—Mira eso— dijo Hugh a Jorge, señalando a Daniel y a Nina que entraban de nuevo al salón, ella muy posesiva con él y sonriente, y limpiando con sus dedos los labios de Daniel.

—No, no, no, no... —murmuró Jorge poniéndose en pie—. Esto no está bien. Esto no debería acabar así. Maldición. Ese hombre debería estar es con mi hija.

—Cálmate, Jorge; te va a dar un infarto aquí.

—Pero él la ama!

—Son muchachos. Aún no saben lo que quieren.

—Daniel sí —insistió Jorge mirando a la pareja que ocupaba sus lugares en la mesa como si nada—. Es el hombre más centrado y correcto que he conocido en mi vida. Por eso...

—Tranquilízate. Por favor. Dale una oportunidad. Quizá está utilizando a la chica para provocarle celos a tu hija. O quién sabe?

—Daniel nunca utilizaría a una mujer para esos fines... Oh, Dios... el chico se cansó —dijo, sentándose de nuevo y tapando sus ojos con una mano—. Se cansó de quererla.

—Vamos, tómate éste coñac, te hará bien.

Marissa miró con el ceño fruncido en dirección de Daniel y Nina, que se hallaban cerca el uno del otro y sonreían juntos.

Diana ni los miraba, y sólo observaba a los músicos tocar sus instrumentos.

David tomó la mano de su novia. Se imaginaba qué estaba pasando, e intuía que esto afectaba a Marissa, aunque no entendía mucho por qué.

Cuando una de las piezas musicales acabó, los presentes aplaudieron. Diana se puso en pie entonces y se acercó a Marissa besando su mejilla.

—Ya te vas?

—Te dije que no me quedaría toda la noche.

—Estás segura? Quieres que te llevemos?

—Traje un chofer. Marissa.

—Pero... estás bien?

—Y por qué no habría de estarlo? —sin agregar nada más, Diana salió del salón.

Ya afuera, y mientras esperaba a que su chofer llegara con el auto, Diana se recostó a la fachada del hotel respirando profundo una y otra vez.

—Se siente bien, señorita? —preguntó el botones, y ella asintió, pero gruesas lágrimas caían por sus mejillas. Cuando el auto se detuvo frente a ella, corrió a introducirse en él.

—A casa? —preguntó el chofer.

—Sí, por favor—. El auto arrancó y Diana miró por la ventanilla sollozando.

—Lo siento —susurraba—. Lo siento tanto.

Mientras tocaban una segunda pieza, David notó que varios comentarios se alzaban entre la gente, e incluso exclamaciones. Se giró para ver qué ocurría y cuál fue su sorpresa al ver a Maurice allí.

Caminaba entre las mesas buscando algo. Tal vez a él. Se puso en pie y Maurice al fin lo vio. La música siguió, y Maurice lo tomó del brazo llevándolo a otro lugar. Se sintió aún más confundido cuando vio que tras él venía Peter.

—Qué pasa? Por qué estás aquí?

—Está pasando algo muy serio, David, tienes que venir de inmediato conmigo.

—Le pasó algo a la abuela?

—No se trata de la abuela.

—Y entonces? Irrumpes en una fiesta de esta manera y...

—Es Michaela! —exclamó Maurice. David lo miró ceñudo.

—Qué?

—En el camino te contaré, o Peter te contará. Pero ahora, ven conmigo. De inmediato.

—Pero Marissa...

—Aquí estoy —dijo ella, tras él.

—Vamos entonces —urgió Maurice, y prácticamente echó a correr.

Ya afuera, subieron los cuatro al auto de Marissa, que conducía en el máximo de velocidad permitido.

—Me vas a contar, ahora sí, qué está pasando? —Maurice miró a Peter, y éste carraspeó.

—Yo... hackeé el correo de tu hermana.

—Que hiciste qué? —gritó David.

—Déjalo terminar! —gritó también Maurice.

—Lo hackeé —continuó Peter—, y me di cuenta de algunos correos que estuvo enviando y recibiendo desde hace un par de meses. Eran correos muy extraños.

—Qué decían —preguntó David, con voz ominosa. No le gustaba para nada que alguien hubiese invadido la privacidad de su hermana.

—Alguien la invitó a ser parte de un grupo de jóvenes de una ONG

que trabaja en Europa, y luchan contra la desnutrición infantil en África.

—Qué?

—Michaela aceptó la invitación. Y hace poco ellos le enviaron un tiquete de avión para Europa—. David se echó a reír.

—De qué estás hablando?

—El tiquete tiene fecha para esta noche —dijo Maurice—. La llamamos a tu casa para comprobar, y la abuela Agatha nos dijo que pasaría la noche en casa de Gwen. Llamamos a Gwen y adivina qué.

—Qué.

—No pasó la llamada. Tu hermana no está en casa de su amiga!

—No, no, no... —susurró David aún sonriendo—. Creen que Michaela me mintió y... y tomó un vuelo a Europa sin mi consentimiento?

Eso es imposible!

—No lo es —siguió Peter, en voz baja—. Michaela falsificó tu firma en toda la documentación que le

pidieron para poder salir del país—.

David palideció, y Marissa escuchaba todo atenta y en silencio, mirando de vez en cuando a David, sin saber qué decirle.

—No, Michaela nunca me haría algo así...

—Pues lo hizo, hermano —dijo Maurice—. Cuando te despediste de ella... no notaste algo fuera de lo normal?

David recordó. Sí había habido algo fuera de lo normal. No sólo hoy, sino durante todos estos últimos días. Michaela se comportaba diferente, peleaba menos con él, y en varias ocasiones le repitió lo mucho que lo quería.

“ Yo también soy capaz de hacer cualquier cosa por ti” , le había dicho al despedirse esta noche.

La despedida, recordó también. Había sido demasiado efusiva, siendo que sólo se iba a ausentar una noche.

Su hermana menor le había mentido y lo había engañado para salir del país sin su permiso.

—Eso no es lo peor —dijo Peter. David lo miró, el corazón cada vez más acelerado; con cada cosa que le decían un enorme peso caía sobre él—. Esa ONG no existe —siguió el chico—. Investigué, y no hay nada registrado con ese nombre.

—Intentó contactar contigo en cuanto lo supo —dijo Maurice—. Pero tenías tu teléfono apagado.

—Sí... estaba en una cena...

—Tu hermana corre peligro —siguió Maurice—. Debemos impedir que suba a ese avión—. David asintió apretando sus dientes. Y luego, se dijo a sí mismo, tendría una conversación muy seria con esa muchachita.

Cerró sus ojos, sintiéndose terriblemente traicionado. Nunca se imaginó que Michaela fuera capaz de algo así.

Y luego se preocupó. Si no llegaban a tiempo, si su hermana abordaba ese avión, tal vez la perdería para siempre, y entonces él habría fallado a la promesa que le hizo cuando era una niña de que cuidaría siempre de ella.

Marissa puso su mano sobre la de él intentando tranquilizarlo, pero no era suficiente. La vida de su hermana estaba en juego ahora mismo.

:17:

—No vas a entrar? —le preguntó Nina a Daniel, sentada en el asiento del pasajero de su auto y frente a la entrada del edificio donde tenía su apartamento. Daniel la había traído hasta aquí luego de que la velada al fin terminara, y ella estaba esperando que Daniel decidiera entrar con ella y pasar la noche juntos.

—Creo que no.

—Vamos, Daniel...

—Otro día.

—Es una promesa? —él sonrió.

—Sí, es una promesa.

—Vale—. Se acercó a él y besó sus labios. Daniel se dejó besar, tenía los ojos cerrados, y el estómago hecho un nudo aún.

—Te puedo llamar mañana?

—Claro, siempre que quieras—. Nina soltó una risita feliz, y volvió a besarlo.

Cuando al fin entró, Daniel puso el auto en marcha y salió de la zona respirando profundo. ¿De verdad había llegado el momento de olvidarla, de hacerla a un lado, de sacarla de su vida?

Antes no le había sido posible, pues en el pasado habían sido amigos, y eso le daba la esperanza de que tal vez algún día él pudiera hacer que los sentimientos que ella albergaba hacia él cambiaran.

Nunca había tenido la oportunidad de decirle lo que sentía. Cuando eran adolescentes él tuvo temor de declararse y ser rechazado, como cualquiera, y luego se dio cuenta de que definitivamente sería rechazado, así que no lo hizo.

Luego sus caminos habían tomado diferentes rumbos, cada vez más y más alejados, y sólo hasta ahora la volvía a ver. Debió haber estado feliz, pero los recuerdos de su último encuentro lo hicieron ser cauteloso.

Para nada; ella otra vez había clavado una estaca en su pecho.

Las palabras seguían resonando en su cabeza; “lástima”, “recogido”, “invisible”. Esas no son palabras que un enamorado quiera escuchar de labios de su amada.

Definitivamente, había llegado la hora de sacársela del corazón, como fuera, y si Nina lo podía ayudar, él echaría mano de los sentimientos que ella decía tener.

Su teléfono vibró en su bolsillo, lo buscó y miró en la pantalla. David lo llamaba.

—Todo bien? —le preguntó a modo de saludo.

—No, todo mal —contestó David—. Mi hermana está en peligro.

—Qué?

—Necesitamos tu ayuda —siguió David—. Tal vez tengas amigos en la policía, o en migración, que nos ayuden a mirar si ha salido del país.

—No es una adolescente?

—Sí, lo es, pero la convencieron de viajar con trucos y engaños.

—Vaya mierda. Tengo un amigo que tal vez pueda ayudarnos. Estás de camino al aeropuerto?

—Ya casi llegamos.

—Bien, moveré unos cuantos hilos por acá. Dame por favor todos los datos de tu hermana—. David lo hizo, y observó al tiempo que también Marissa había tomado su teléfono y hablaba con su padre. Entre más personas hubiese ayudando a buscar a su hermana, mejor, pensó.

Llegaron al aeropuerto y entraron de una vez a las oficinas de información. Allí les informaron que el vuelo donde Michaela viajaría ya había despegado hacía veinte minutos. Además, no podían confirmarle si Michaela había abordado o no el vuelo, ya que era información confidencial.

—Mierda! —gritó David con frustración—. Es mi hermana! Sólo tiene diecisiete años y tomó ese vuelo sin mi consentimiento!

—Lo sentimos —volvió a decir la mujer que los atendía—. Ese tipo de información no se la podemos proporcionar.

—Esto no va a funcionar —dijo Maurice en voz baja—. Estamos preguntando en el sitio y a las personas equivocadas.

—Qué quieres decir?

—Hay un modo —contestó Peter—. No es muy legal... pero es bastante efectivo.

—Habla —dijo David, mirándolo fijamente.

—Aquí no —atajó Maurice, y miró en derredor—. Si Michaela abordó ese avión, tenemos sólo una opción, y es interceptarla en el país de destino.

—No conozco a nadie en Roma...

—Tú no, pero Marissa tiene buenos amigos...

—Diana vivió allá varios años —dijo Marissa—. Tal vez pueda enviar a alguien a que la intercepte y le impida ser retenida por... los otros.

—Bien, hablemos con Diana.

Dividieron el grupo, Peter se devolvió a casa con Maurice en un taxi, y Diana y David estuvieron caminando por el aeropuerto con una foto de Michaela en el teléfono de David preguntando a los guardas de seguridad si la habían visto. Marissa había hablado con Diana y ésta prometió enviar a un amigo suyo que trabajaba para la policía allí desde antes de la hora de llegada del vuelo.

El teléfono de David timbró y al ver que era Hugh, tomó de inmediato la llamada.

—Marissa me dijo lo de tu hermana —dijo Hugh, y David apretó los dientes—. No te llamo para decirte que lo siento, te llamo para decirte que sospecho quién pudo involucrarla en algo así.

—Qué? —preguntó dando unos pasos y alejándose de Marissa, que también hablaba por teléfono.

—Ven en cuanto puedas a mi casa. Esto no puede ser tratado por teléfono. Y si estás al lado de mi hija, por favor, no le digas nada de lo que te acabo de decir.

—Qué está pasando?

—Intenta actuar normal, maldición!

—Mi hermana está en peligro! Me dice que esté normal? Cómo puedo conseguir algo así?

—En este momento puede estar muy tranquila en un asiento de avión, o en un taxi de vuelta a tu casa, no lo has pensado? —David cerró sus ojos tratando de imaginárselo. Tal vez, y sólo tal vez, a último minuto su hermana se había arrepentido y vuelto a casa.

—Lo llamaré cuando pueda ir.

—Yo, mientras tanto, ya contacté a unos cuantos amigos. No te preocupes, encontraremos a tu hermana.

—Gracias—. Cortó la llamada y se giró a Marissa, que confirmaba que ya alguien estuviese de camino al aeropuerto en Roma para esperar a Michaela. Aunque aún faltaban varias horas para el aterrizaje, era mejor estar prevenidos.

—Qué hacemos ahora? —preguntó ella mirándolo con ojos preocupados. David cerró los suyos y miró a otro lado. Entonces algo llamó su atención. Una mujer caminaba con una maleta de animal print demasiado parecida a una que había en casa...

Había muchas maletas de animal print, pero él reconocería esta desde cualquier sitio, porque de pequeña, su hermana se había empeñado en unir todas las manchas de leopardo que tenía con un rotulador negro, lo que la había dejado bastante peculiar.

—Señora! —gritó corriendo hacia la mujer. Ésta se detuvo un poco asustada, y llevándose la mano al pecho—. Siento molestarla, pero necesito preguntarle... esa maleta es suya? —preguntó, aunque ahora que la tenía más cerca, estaba más que seguro que esa era la maleta que una vez fue de su madre.

—No —contestó la mujer—. De hecho, iba a llevarla a objetos perdidos... Es suya? —le preguntó

mirándolo un poco extrañada.

—Es mía —contestó Marissa, agitada por haber tenido que correr en tacones y sonriendo.

—Y cuál es su nombre? —preguntó la mujer, desconfiada. David miró a Marissa en una muda comunicación. La maleta llevaba el nombre de su hermana.

—Michaela Brandon. Perdimos el vuelo a Roma por haberla perdido.

Le agradeceríamos mucho si...

—Ah, en ese caso... —la mujer adelantó la maleta, y David la recibió.

—Dónde la encontró? —preguntó David.

—En la zona de taxis. Estaba tirada en el suelo.

—Qué cabeza la mía —sonrió de nuevo Marissa, como disculpándose.

—En la zona de taxis? Hace mucho?

—Hace sólo unos quince minutos. Me vine de inmediato acá para reportarla, pero si ustedes son los dueños, mejor se las entrego.

Tendría que hacer un montón de papeleo y eso podría retrasarme.

—Le agradecemos mucho—. La mujer se alejó de ellos y David revisó la maleta por dentro y por fuera. Estaban las cosas de uso personal de Michaela, y su ropa. La maleta había sido arrastrada en el suelo, por lo que estaba sucia; por lo demás, todo estaba en orden.

—Qué significa esto? —preguntó Marissa—. Ella no pudo haber viajado sin su equipaje.

—Eso sólo complica las cosas —contestó David en voz baja y mortalmente serena—. Algo le sucedió a mi hermana, Marissa. Ella no hubiese dejado su maleta por descuido.

—Qué hacemos ahora?

—Tengo una idea. Iremos a casa de Gwen y le sacaremos a esa niña toda la verdad.

Se detuvieron frente a la casa de la amiga de Michaela y David miró su reloj. Ya eran casi las tres de la mañana, pero aunque no era una hora adecuada para llamar a la puerta de nadie, tenía que hablar con ella ya mismo.

Su teléfono volvió a timbrar y esta vez era Maurice. David tomó la llamada antes de golpear a la puerta.

—Tienes algo? —le preguntó por todo saludo.

—Tu hermana no abordó el avión.

—Cómo estás tan seguro?

—Porque Peter tiene sus medios. Ven a casa, y hablamos acá.

—Estoy en casa de Gwen.

—Piensas llamar a su puerta a esta hora?

—Crees que me importa? Ella sabía todo, Michaela tuvo que haber escondido la maleta aquí y luego venir por ella.

—Está bien, está bien, pero eso puede esperar. Ven al apartamento de Peter —y con eso colgó. David miró su teléfono respirando profundo.

Miró a Marissa y dejó caer los hombros. Estaba cansado, no sólo de ir y venir, sino de esta angustia... y la pesadilla apenas empezaba.

—Puedes dejarme en casa de Peter? Luego puedes irte a tu...

—Me quedaré contigo.

—Marissa, debes estar cansada...

—No te lo negaré, estoy cansada, pero crees que puedo irme a descansar mientras no sabemos nada de Michaela? —David miró al cielo nublado, nubes de lluvia empezaban a formarse en el cielo. Muy apropiado, se dijo.

—Está bien. Yo conduciré esta vez.

—Vale.

Maurice los esperaba a la entrada del edificio, y Marissa volvió a subir al destartalado ascensor del antiguo edificio de su novio. El pequeño apartamento que Peter compartía con su hermana mayor y la hija pequeña de ésta estaba en el tercer piso. La puerta estaba entreabierta y las luces de adentro apagadas. Marissa se quitó los tacones y casi lanzó un gemido cuando volvió a poner el pie plano en el piso.

—Estás adolorida... —susurró David, y Maurice se puso el índice en la boca para pedirle silencio. Entraron a una estrecha habitación idéntica a la que David tenía antes, y casi con el mismo problema de espacio. Dentro encontraron no sólo a Peter, sino a Daniel, que observaba algo en el ordenador del adolescente. Al verlo, Marissa lo miró extrañada y algo escrutadora, pero él sólo se enderezó un poco y le sostuvo la mirada.

—Daniel, tú aquí —lo saludó ella, y Daniel sólo asintió sin agregar nada.

—Disculpen el desorden —dijo Peter, mirando a Marissa de pies a cabeza, que todavía lucía su vestido de fiesta, aunque ya había guardado en su bolso las joyas más llamativas.

—Qué nos tienes? —preguntó David.

—Filtré los servidores del aeropuerto.

—De verdad? Puedes hacer algo así?

—Vas a lanzar exclamaciones cada vez que descubras algo como esto? —protestó Maurice sentándose en la cama de Peter, y Marissa hizo lo mismo elevando un poco sus piernas—. Acaso no sabes que este chico dejó sin internet media ciudad durante un fin de semana sólo por una pequeña venganza?

—Hiciste eso? —preguntó Marissa mirándolo asombrada.

—Ellos le cortaron el servicio a mi hermana siendo que ella ya había pagado la factura.

—Malditos.

—A lo que nos ocupa —apuró David—. Filtraste el servidor, y...

—Al parecer, tu hermana hizo el registro, pero no traspasó la puerta de abordaje —contestó Daniel.

—Tenemos un video de seguridad —dijo Peter y se ocupó de buscar el archivo para reproducirlo. David miró atentamente las imágenes, que se veían un poco borrosas y en blanco y negro. Sin embargo, pudo distinguir la cabellera de Michaela cuando ésta se acercó a la puerta de abordaje y su corazón se agitó. Michaela se estuvo allí por espacio de cinco minutos. En el video, un guarda de seguridad se le acercaba y le decía algo, y entonces ella daba la vuelta y se alejaba.

—No abordó —susurró David sin saber si sentir alivio o más terror.

—Pero su maleta...

—Su maleta?

—Encontramos su maleta —contestó David—. Una mujer la halló en la zona de taxis y la iba a entregar a objetos perdidos cuando la vimos.

Reconocí la maleta y me le acerqué. Está en la cajuela del auto de Marissa.

—Imagino que comprobaste que sí es de Michaela.

—Obviamente.

—En la zona de taxis, dices? Mmmm...

—Esto está muy enredado —opinó Marissa.

—Realmente no —contestó Peter, sin dejar de mirar la pantalla, donde la imagen de Michaela estaba congelada—. Ella se arrepintió a último minuto, pero había alguien vigilándola para comprobar que sí tomara el avión. Cuando se dieron cuenta de que no lo hizo...

—Crees que la hayan secuestrado?

—Dios, no! —susurró Marissa.

—Es la única explicación.

—Tienes el video de seguridad de la zona de taxis? —preguntó David, intentando conservar la calma, pero con cada cosa que descubrían, su alma se agitaba más.

—No —contestó Peter—, pero puedo conseguirlo. Me tomará un poco de tiempo, pero...

—Hazlo.

—La policía ya está en movimiento —informó Daniel—, pero con las habilidades de este chico, creo que nos enteraremos primero nosotros de lo que sucedió realmente con tu hermana.

—Yo sólo espero que no sea nada serio, y entonces, cuando la tenga de nuevo frente a mí, me va a escuchar—. Marissa miró a David y apretó sus labios. No podía ponerse de parte de Michaela ni justificarla en modo alguno, pero temía por la relación con su hermano luego de que regresara.

Michaela se frotó los brazos. A pesar de que tenía puesta una gruesa chaqueta de mezclilla, sentía frío. Frío en el cuerpo y en el alma. Tenía miedo.

No sabía dónde estaba, o por qué la habían traído aquí, lo único que había comprobado era que por más que gritara, nada sucedería. La puerta era gruesa y de madera, y aunque había empujado y pateado, ni la cerradura ni los goznes habían cedido un ápice. Estaba a oscuras ahora, pero minutos antes dos hombres habían entrado y pudo ver lo que la rodeaba, y esa era la razón por la que se paseaba de un lado a otro sin atreverse a tocar nada.

El sitio era una habitación con una cama doble apoyada junto a una pared. Tenía un tendido de color rojo sobre ella y las paredes tenían manchas de humedad y el papel tapiz estaba abombado o desprendido en muchas partes. Olía a humedad y a madera podrida, y el piso era de una losa vieja que cultivaba algún tipo de hongos y moho entre sus bordes.

—Por qué me traen aquí? —le había preguntado ella a uno de los hombres. Estaba vestido con una camisa de seda verde menta y un saco rojo vino sobre ella, lucía un pequeño sombrero de líneas blancas y negras, y el cabello rubio y largo. El otro vestía más sobrio, y lo único destacable en él eran sus gafas de montura gruesa negra.

—Porque este va a ser tu hotelito cinco estrellas —contestó el de las gafas con una sonrisa que le puso los pelos de punta.

—Q—qué? —tartamudeó ella—. Pero yo a ustedes nunca les he hecho nada, ni siquiera los conozco.

—Cuánta inocencia —dijo el del sombrero—. No necesitamos conocerte. Tú eres un encargo, y punto. Quisiste pasarte de lista en el aeropuerto, así que, en cierta forma, te lo buscaste.

—En el aeropuerto? Qué hice, acaso?

—Intentaste burlarte de nosotros dejando ir el avión —contestó el otro—. Acaso te crees que los tiquetes de avión los regalan? Cuestan mucho dinero, y tú nos hiciste perder todo ese montón porque no eres más que una niña caprichosa que no mantiene su palabra.

—De qué están hablando? El tiquete me lo envió una ONG!

—Y tú fuiste tan estúpida de creerte ese cuento —dijo el rubio—. No te tomaste la molestia de comprobar siquiera si la tal ONG existe.

—Era una trampa? —susurró Michaela sintiendo que toda la sangre de su cuerpo bajaba a sus pies.

En lo primero que pensó fue en David. Él no sabía nada! Había pensado en regresar a casa de Gwen y al día siguiente volver a casa como si de verdad hubiese estado en una fiesta de pijamas la noche anterior, pero antes había pensado en contarle a David todo a través de una carta que había dejado escrita en manos de Gwen. Ahora, ella le mostraría la carta y él pensaría que ella estaba a salvo en algún lugar de África, y no la buscaría, no se daría cuenta de lo que estaba pasando!

—Miren... mi hermano no es rico. No pueden tenerme aquí para pedirle una recompensa...

—No estás aquí por un rescate —la interrumpió el de gafas, que ya empezaba a molestarse—. No nos interesa el dinero que pueda darnos tu hermano por ti. Tú lo triplicarás con tu cuerpo.

—Qué? —preguntó ella con voz quebrada, aterrada.

—Lo que oyes —insistió el otro, y Michaela vio que se llevaba las manos al cinturón y lo desataba. Acaso la iba a azotar con él?—. Tu trabajo —siguió diciendo— consistirá en atender un cliente tras otro en este lugar... —se sacó el cinturón y desabrochó el botón de su pantalón—. Si te pones difícil... tal vez tengamos que llenarte las venas de coca —Michaela empezó a retroceder cuando vio que el hombre bajaba también el cierre de su bragueta...

—Hey, hey, hey —lo atajó el otro tomándolo con fuerza por un brazo—.

Qué piensas hacer?

—Empezar a darle lecciones de lo que tendrá que hacer de aquí en adelante.

—Ni te atrevas. Esta chica es virgen.

—Y a mí qué?

—Eres virgen, verdad, dulzura? —Michaela asintió, rechazando interiormente el mote cariñoso. Había palidecido, lo sabía, le faltaba la respiración y no encontró palabras para gritarles, sus ojos se habían humedecido y miraba al par de enemigos frente a ella con terror. Si tan sólo David pudiera venir aquí por ella... —Vamos, princesa, no te asustes. Encontraremos a un rico que quiera pagar bien caro por tu himen y asunto acabado. Mientras tanto, estás a salvo.

—Por qué? —preguntó en un hilo de voz—. Por qué? Por qué yo? Por qué...

—Porque sí, cariño. A algunos les toca difícil... y a otros más difícil. Así es la vida.

—No! —gritó Michaela al fin—. No! Son unas porquerías, un pedazo de mierda! No tienen derecho a arruinarme la vida de esta manera!

—Ah, ahora te nos pusiste moral —dijo el de gafas, abrochándose de nuevo el pantalón—. Pero no tuviste ningún escrúpulo cuando le mentiste a tu hermano, no es así? Porque lo engañaste, le mentiste, no es así? Por eso estás tan asustada... el karma...

—No!

—Sí! —rebatió el hombre, con una sonrisa—. Te mereces esto, y más.

Por mentirosa, por engañar a tu familia.

—Ya vámonos —dijo el rubio dando la media vuelta—. Intenta dormir, te esperan días difíciles.

Apagaron las luces antes de irse y cerraron la puerta tras ellos.

Michaela había corrido hacia la salida, pero no había alcanzado a escabullirse tras ellos. Siguió gritando, llamando, pidiendo auxilio.

Pero pasaron las horas y nadie vino.

Ahora le daba asco sólo recostarse a la pared, sentarse en el suelo, y mucho más en la cama.

De verdad le esperaba esa vida? Se lo merecía por haberle mentido a su hermano? Al que había jurado protegerla a toda costa?

Lágrimas bañaron de nuevo su rostro.

Sí, tal vez se lo merecía. Estaba arrepentida, tan arrepentida!

Cuando estuvo frente a la puerta de abordaje se dio cuenta de que no era capaz de hacerle esto a David. Pensó en que él ya estaba progresando en la vida, el trabajo y el amor. Ella podría conocer el mundo si se quedaba a su lado y lo ayudaba a ser cada día más grande. Ella no era un genio como él, ni destacaba en demasiadas cosas, pero él ya le había demostrado que sólo teniéndola a su lado era feliz. Oh, era bastante controlador y estricto con los permisos. A cada muchacho que se le había acercado, él prácticamente le había enseñado los dientes gruñéndole, pero todo eso no eran más que muestras de cuánto la amaba.

Había dado la vuelta con toda la intención de volver a casa, los cielos lo sabían. Acaso eso no contaba?

—David, perdóname —sollozó—. Ven por mí. Por favor, te lo suplico.

Ven por mí.

:18:

David no tenía dónde pasearse, ni podía hacer ruidos, ni expresar su frustración de alguna otra forma. Apurar a Peter no servía, él hacía lo que podía y meterle prisa sólo molestaba a los demás.

—Ya vete —le ordenó Maurice cuando lo vio demasiado impaciente—.

No es gran cosa lo que ayudas, no puedes hacer nada por ahora. Ve a tu casa e intenta dormir.

—Crees que podré dormir?

—Seguramente no —le dijo Daniel, mirándolo a los ojos—, pero aquí no puedes hacer nada.

—Necesito saber... Necesito...

—La policía está buscando —insistió Maurice—, no sólo gracias a que tu suegro es rico, también Daniel movió sus hilos. Sólo te queda confiar.

—Además... —agregó Daniel— Marissa está cansada.

—No es... —ella se interrumpió cuando Maurice la abrió los ojos para que le siguiera la corriente, y miró a David. Él aspecto de él era peor que el suyo; de tanto mesarse los cabellos, los tenía de punta, y se notaba que todo su cuerpo estaba en tensión. Él necesitaba relajarse y descansar para mañana continuar con la búsqueda.

—Prometo que te llamaré cuando tengamos cualquier dato —dijo Maurice, y Daniel se unió a la promesa cuando dijo: —Y yo.

—Es sólo que... no soy capaz de volver a casa sin saber dónde o cómo está mi hermana. O si siquiera está viva... yo...

—David, por favor —le susurró Marissa poniéndose en pie y acercándose a él. David estaba entrando en pánico, y se dio cuenta de que tenía que encontrar una manera de sacarlo de allí—. Mírame, amor, mírame! —él lo hizo, y para asegurarse de que él no desviaba la mirada, ella le tomó la barbilla—. La encontraremos —le dijo—, no pararemos hasta que la encontremos. Nos turnaremos —miró a Peter, Daniel y Maurice—. Cuando ellos se cansen, los relevaremos nosotros. Ya hemos llamado a todos los conocidos, a todos los contactos y autoridades posibles. Tal vez esta misma noche ella esté de vuelta en casa y así podrás chillarle todo lo que quieras. Ten un poco de fe. Por favor.

David cerró sus ojos y la abrazó; Maurice simplemente elevó sus cejas al ver cómo sólo ella era capaz de domar a esa bestia. Y también era un poco sorprendente ver a David derrumbarse así delante de tres amigos.

—Llévatelo ya —le dijo a Marissa—. Haz que duerma.

—No olviden llamarme...

—Te llamaremos.

—No importa la hora.

—Ten por seguro que no me importará despertarte—. David elevó una de las comisuras de su boca en lo que pareció una sonrisa, pero así como apareció, desapareció.

Marissa lo tomó de la mano, y otra vez en silencio, atravesaron la pequeña sala y bajaron hasta llegar de nuevo a su auto.

En silencio, Marissa condujo hasta la casa de David. Una vez allí, él abrió la cajuela del auto y sacó la maleta de Michaela. Entró a la habitación de ella y la puso debajo de su cama, no fuera a ser que la abuela Agatha la viera y empezara a hacer preguntas.

—Tenemos que pensar en qué le vamos a decir a la abuela.

—Sencillo —contestó Marissa—. Le diremos que le diste permiso de pasar el domingo en casa de Gwen.

—Y si se acaba el día y ella no regresa?

—No pienses eso. Ella volverá.

—Por qué estás tan segura?

—Porque tiene a media ciudad buscándola, y cuatro hombres, listos y dedicados, dándole todo por hallarla. Es una chica con suerte.

—No, no lo es. Perdió a sus padres muy joven.

—Pero te tiene a ti. Para mí eso es tener mucha suerte —él respiró profundo y cerró sus ojos.

—Gracias por estar conmigo en este momento tan difícil.

—No podría estar en otro lugar cuando me necesitas tanto —él se acercó a ella y la abrazó fuertemente. Ella le daba consuelo y fortaleza, lo motivaba a seguir teniendo esperanzas.

Amaneció.

David movió su cabeza y miró el cabello rubio de su novia desparramado sobre su hombro. Ella dormía, aunque no había dejado de abrazarlo. Él en cambio, sólo se había quedado quieto para que ella se tranquilizara, pero la verdad, es que lo había pasado en vela, y arrepintiéndose de haberse venido a la cama cuando probablemente su hermana lo estaba pasando mal.

Tal vez ya no estaba viva siquiera. Estaba en un país donde a diario encontraban jovencitas abandonadas en el bosque, asesinadas, violadas...

No otra vez, se dijo, y se movió suavemente para liberarse del abrazo de Marissa y salir de la cama.

Tomó su teléfono de la mesa de la lámpara y, sin preocuparse por vestirse o calzarse, salió de la habitación y marcó al número de Maurice.

—No me digas, no dormiste en toda la noche —dijo él como un regaño.

—No puedes culparme.

—Está bien. Ven.

—Tienen algo?

—No el paradero de tu hermana, pero esto te va a interesar igualmente.

—En unos minutos estaré allí—. David volvió a la habitación. Escribió una nota para Marissa y buscó rápida ropa que ponerse, y a medida que iba bajando se iba vistiendo. Ya afuera, desactivó la alarma del auto y salió disparado de allí.

Marissa despertó con el sonido. Salió de la cama un poco a prisa y se asomó por la ventana a tiempo de ver el Audi azul arrancar por la carretera.

—Ay, David... —susurró. No podía ser buenas noticias, ni malas; él la habría llamado. Esto sólo significaba que no soportaba estar más tiempo quieto.

—David! Cuánto tiempo sin verte! —lo saludó Helen, la hermana mayor de Peter. Él le sonrió y recibió su beso en la mejilla.

—Tu hermano me está haciendo un trabajo.

—Ah, sí. Hasta hace unos minutos, aquí estuvo otro chico, rubio y guapo; mi casa se está volviendo muy popular.

—Eso parece —siguió hasta la habitación de Peter y lo encontró con Maurice mirando fijamente la pantalla del ordenador—. He vuelto —saludó—. Han descubierto algo?

—Peter te hará un resumen —dijo Maurice, mirando al joven. Éste se frotó los ojos y se alejó un poco de la pantalla del ordenador y miró a David, quien se dio cuenta de que los tenía enrojecidos por la noche en vela.

—Logré entrar al servidor desde el cual enviaron los correos a Michaela —dijo Peter—. Han estado bastante ocupados desde entonces.

—Creí que estabas intentando encontrar el video de seguridad del aeropuerto.

—Nos fue imposible. Borraron esos archivos.

—Los borraron? Quiénes?

—No seas ansioso! deja que el chico te cuente —protestó Maurice.

—Está bien, sigue —Peter volvió a tomar aire, y en el momento entró Helen con tres tazas de café negro y humeante.

—Mujer, te amaré toda mi vida! —exclamó Maurice recibiendo su taza.

—Lo mismo dices si una te da la hora —sonrió Helen, y volvió a salir.

Peter sacudió su cabeza y siguió:

—Las personas que engañaron a Michaela no son cualquier cosa...

digamos que tienen un historial bastante turbio. Encontré correos, estados de cuentas, números que parecen ser cuentas bancarias, y etcétera. Logré robar toda esa información sin dejar huella, pero descifrarla una a una va a estar largo.

—Qué tiene que ver todo eso con Michaela?

—Eso es lo que más nos llamó la atención —contestó Maurice luego de darle un sorbo a su café—. No son una red de trata de blancas, como pensamos al principio. Al parecer, es espionaje empresarial.

—Qué?

—Gente que se infiltra en las empresas para varios propósitos—.

David se rascó la cabeza, y Maurice siguió—. No me dijiste esa vez que había unas cuentas de H&H que no te cuadraban? Que había algo que no te gustaba en todo lo que habías descubierto? —David elevó sus cejas.

—Encontré muchas más cosas, porque seguí hurgando y... —se quedó en silencio, y entonces palideció. Se sentó lentamente en la cama de Peter y miró a Maurice—. Esa gente secuestró a mi hermana?

—Eso parece.

—Se están vengando de mí por haber mirado unas cuentas? Pero no hice gran cosa! Y ni siquiera estaba seguro de nada!

—Pero asomaste tus narices, y si lo analizas bien, toda tu entrada a la empresa de tu novia es sospechosa; un recién graduado que entra fácilmente a una multinacional y ocupa de inmediato cargos importantes, te vuelves prácticamente la mano derecha del jefe, te ascienden en menos de nada... ellos vieron en ti una amenaza.

—Y decidieron atacarme lastimando a mi hermana?

—Es lo que podemos interpretar de todo esto—. David miró su café entre sus manos sin saber qué decir.

—Eso no es todo —susurró Peter, y lo vio tragar saliva—. Esta gente ha tenido mucho trabajo últimamente, no sólo atacando, sino también, protegiéndose.

—De quién?

—De una empresa subcontratada por Hugh Hamilton para intentar hackearlos así como hicimos nosotros hoy —David frunció el ceño tremendamente confundido, y Maurice no perdió tiempo en explicar.

—Tu suegro lo sabía todo. H&H está siendo víctima de una fusión hostil; quieren comprarla a como dé lugar, pero las acciones de una multinacional son muy caras, así que atacan, dañan el nombre de la empresa de alguna manera, y cuando el precio de las acciones caen, éstas se venden abundante y misteriosamente.

—Sé lo que es una fusión hostil —dijo David—. Pero hace poco hablé con él. Me dijo que no estaba pasando nada.

—Y le creíste?

—No! Pero no me imaginé... Hugh pudo haber evitado esto? Si tan sólo me hubiese hablado con la verdad, él... Michaela no estaría pasando esto! —exclamó y dejó la taza de café a un lado sin haberla probado siquiera y poniéndose en pie.

—Qué harás?

—Hablar con él, por supuesto.

—No esperes que te diga toda la verdad.

—Y por qué no? Tiene parte de responsabilidad en todo esto.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, cuando vio que yo sin querer me involucré, debió advertirme! Yo habría puesto mi familia a resguardo, habría...

—Ya no vale la pena pensar en lo que pudo haber pasado...

—Crees que eso me importa? —exclamó—. Ese maldito viejo!

—Él también debe estar pasando lo suyo. Están atacando su empresa.

—Por mí que se hunda su maldita empresa, la vida de mi hermana está en peligro por sus secretismos —y con esas palabras abandonó la habitación. Peter miró a Maurice preocupado.

—No crees que vaya a golpearlo, verdad?

—Hijo, sabes cuál es mi lema en la vida?

—No, cuál.

—Piensa mal y acertarás.

David no tuvo necesidad de llamar a la puerta de la mansión Hamilton. Alguien le abrió y le invitó a seguir sin tener él que decir su nombre o la razón por la que estaba aquí.

Lo hicieron esperar en la misma hermosa sala en la que había estado con Marissa la vez que vinieron a cenar. No se sentó, sino que se paseaba de un lado a otro sin poder mantener las manos quietas.

Cuando Hugh apareció, lo hizo luciendo una bata encima de su pijama.

—Te estaba esperando.

—Eso veo —dijo David—. Tienes mucho que explicarme. Por qué diablos me dijiste que no estaba pasando nada cuando te advertí de lo que había descubierto? Era verdad y tú lo sabías! Por qué me dejaste seguir dando pasos a ciegas y que me involucrara a mí y a mi familia en tus problemas?

—Muchacho, toma asiento.

—Dime por favor que no tienes nada que ver con lo de mi hermana, que no sabías, que no tuviste manera de advertirme, porque de lo contrario...

—Te lo diré, te diré todo lo que necesitas saber, pero...

—Nunca debí dudar de tu omnisciencia! —exclamó de nuevo David cada vez en voz más alta—. Hugh Hamilton, el que todo lo sabe...

—Te vas a sentar o sólo vas a seguir con tu berrinche?

—Esta es la manera como tratas a tus empleados, Hugh? Los usas de carnada y luego los echas a los lobos?

—Toma asiento ya de una buena vez! —gritó Hugh, y David lo miró fijamente con el pecho agitado. Hugh no le esquivó la mirada, sino que se la sostuvo hasta que él cedió y se sentó—. Qué testarudo eres, joder! Cómo te aguanta mi hija? —David le echó malos ojos, y eso sólo hizo que Hugh sonriera. Le gustaba la tenacidad del chico, y los pantalones que tenía para atreverse a gritarlo, pero necesitaba que lo escuchara.

Una de las empleadas de la mansión llegó y trajo café y galletas.

Hugh miró la bebida negra y de agradable aroma pensando en que lo que este chico necesitaba era más bien un sedante. Se notaba que había pasado muy mala noche.

—Tienes razón en la mayoría de las cosas de las que me acusas —dijo con voz calma.

—Sólo en la mayoría?

—Sí —contestó Hugh con voz ominosa—. No soy culpable de todo.

Para que lo puedas entender, tendré que contarte una larga historia.

Sólo necesito saber que estás dispuesto a escucharla de principio a fin.

—Lo intentaré —Hugh volvió a sonreír y le pasó a David una de las tazas de café.

—No quiero.

—Como quieras —Hugh la tomó para sí y bebió un sorbo. Ah, era el mejor café del mundo—. Yo...
—empezó a decir— me temo que te saldré con una estupidez como: “ fue por tu bien” , o: “ no era el momento” , o algo peor —David volvió a mirarlo de mala manera—. Pero créeme, eso fue lo que pasó.

—Quiero los detalles, Hugh.

—Bien, pues como ya debes saber, alguien quiere adueñarse de H&H.

—Alguien? No puedes simplemente decir su nombre?

—Qué sentido tiene? No es nada personal, no tengo enemigos, son gente que se enriquece de esta manera. Son como langostas, acaban con una empresa rentable, la compran, la vuelven a vender, y van por la siguiente. Son redes bastante intrincadas, y no hay autoridad que pueda contra ellas, por más que lo intenten. H&H les llamó la atención por el alza que tuvo en los últimos años, y sin querer nos pusimos en la mira.

—Y empezaron a atacar tus empresas.

—Y no muy sutilmente. Empezaron a correr rumores acerca de la falta de inocuidad de nuestros laboratorios. Daños pequeños a las plantas de producción, escándalos en el personal administrativo o creativo...

Con esto, el precio de las acciones en bolsa bajaba y entonces éstas se vendían.

—No pudieron haber comprado paquetes grandes —observó David —, se notaría.

—Exacto. Así que usaron testaferros. En cuanto nos dimos cuenta, empezamos a cubrirnos, a investigar, a ponernos a resguardo, pero el daño ya estaba hecho. He rozado lo ilegal con tal de poner a salvo el patrimonio de mi familia, David.

—Entiendo —dijo él en voz baja—. Yo hubiese hecho lo mismo.

—Lo sé... Cuando supe que habías estado hurgando donde no debías... realmente me puse nervioso. De verdad tuve mucho miedo por ti, muchacho—. David lo miró interrogante y Hugh sonrió—. Crees que llevo guardaespaldas por moda? O crees que mi hija va por ahí a su aire sin que haya nadie que me informe de sus actividades?

—La tienes vigilada?

—Por supuesto que sí. Por eso sé lo que sucedió entre tú y ella hace más de un año.

—Qué? —exclamó David.

—Bueno, no sé exactamente qué sucedió. Sólo sé que la llevaste a su apartamento, estuviste dentro unos minutos, y luego volviste a salir...

—lo miró como esperando a que él le explicara más, pero David no lo iba a hacer. ¿Qué esperaba, que le dijera que su hija se le había desnudado y él la había rechazado?

—Hay algo de nosotros que no sepas? —preguntó con los dientes apretados. Hugh sonrió.

—Cuando me di cuenta de que mi empresa estaba siendo atacada por estas sanguijuelas —siguió Hugh como si no lo hubiese escuchado —, me di cuenta de que necesitaría a alguien nuevo en mis dependencias. Ya no confiaba en nadie de aquí, cualquiera, de cualquier rango, antiguo o nuevo, podía ser el topo. Necesitaba a alguien que no hubiese tenido nada que ver con ninguna otra empresa jamás. Para eso llamé a algunos amigos y les comenté mi necesidad. Éstos resultaron ser tus profesores. Tú tenías el perfil perfecto para lo que yo necesitaba. Y entonces me di cuenta de que eras el mismo chico que había estado en el apartamento de mi hija una vez.

—Y por eso me contrató?

—Digamos que sólo quería saber a qué estaba jugando el destino, a dónde nos conduciría todo esto. Y sí, te contraté. Y me has sorprendido, muchacho. Te diste cuenta en unas pocas semanas de aquello en lo que yo tardé meses y gasté millones. Hice lo increíble para que Marissa, que está dentro, no se diera cuenta, y llegas tú y en menos de nada descubres todo. Tuve miedo por ti, y mandé vigilarte. Incluso llegué a pensar en hacerte una llamada intimidante para que lo dejaras, pero ya con eso me estaba extralimitando.

—De seguro —dijo David sacudiendo su cabeza—. No jodas, me tenías vigilado? Ni me di cuenta!

—Porque son profesionales. Pero me equivoqué. Ellos no te atacaron a ti, sino a tu hermana. Debí haberlo sabido, David. Un “lo siento” no basta, pero... ahora mismo, no tengo otra cosa que decirte —. David hizo una mueca, y miró el café. Alargó la mano para servirse en una taza y bebió un sorbo.

—Yo tampoco pude hacer nada —dijo mirando el humo que se levantaba de su taza—. Esa pulga me engañó. Se dejó engañar y me engañó a mí para caer justo en una trampa.

—Es una adolescente...

—No me digas.

—Acaso crees que Marissa no me provocó dolores de cabeza a esa edad?

—Pero seguro que no te mintió para salir del país sin tu permiso — Hugh se echó a reír.

—Oh, sus travesuras fueron a otro nivel, pero afortunadamente, siempre cayó de pie. Esperemos que Michaela tenga la misma suerte — David lo miró ceñudo.

—Te dije alguna vez su nombre?

—Sí. No seas tan desconfiado —David agitó su cabeza—. Sin embargo —siguió Hugh sirviéndose más café—. No todo son malas noticias.

Hallamos el video donde tu hermana es raptada.

—Ese video? Nosotros no pudimos, borraron el archivo! —Hugh lo miró interrogante—. Hemos estado buscando por nuestra cuenta —se explicó.

—Tú y quien más?

—Un chico que es un... bastante entendido en esto.

—Ya veo. Nosotros entramos a tiempo, entonces. Tenemos la matrícula del auto en que se la llevaron, y sé que sólo es cuestión de tiempo para que la hallemos.

—Quisiera tener en frente al causante de todo esto para...

machacarle!

—Ya somos dos. Y con suerte, cuando demos con ellos no sólo podremos defendernos, sino también acabarlos—. David asintió y se puso en pie. Miró a Hugh de reojo y dijo: —Yo... creo que ahora te debo una disculpa.

—Pues sí. Pero no te preocupes, seguirás trabajando para mí, a pesar de todo.

—Eso es un alivio —sonrió David. Hugh se puso en pie también y le extendió la mano.

—Prometo tenerte informado de todo. Al fin y al cabo, ese era el objetivo cuando te contraté; necesitaba a alguien con tus habilidades para que me ayudara en esta caza de brujas, pero eras demasiado inexperto para mi gusto, y sólo estaba esperando a que te empaparas un poco más del movimiento en H&H para descubrirte todo. Pero eres un acelerado. Te involucraste con mi hija y luego encontraste las anomalías antes de que yo estuviera preparado... el destino, nuevamente, jugando sus hilos.

—Yo sólo espero que mi hermana no sea una víctima de todo esto —contestó David estrechando la mano extendida.

—La hallaremos. Eso no lo dudes.

—Oh, no lo dudo. Pero ojalá sea pronto, y ella esté intacta —dijo David, y se dio la vuelta para salir de la sala. Cuando estuvo en la salida, se volvió a Hugh—. Dices que tienes a Marissa vigilada, pero, esa vez que la asaltaron...

—Ah, eso —sonrió Hugh negando—. Tú llegaste a ayudarla antes que mis muchachos, pero ellos me informaron de inmediato de todo.

—Ya—. Hugh no borró su sonrisa, y David respiró profundo y salió de la mansión.

Michaela se subió a la taza del inodoro y miró a través de las rendijas de una pequeña ventana metálica hacia afuera. No era mucho lo que podía ver, sólo el cielo plomizo de un día lluvioso. Metió los dedos entre las rendijas e intentó moverla, encontrando que gracias al óxido y la humedad, los tornillos que la sujetaban a la pared estaban flojos.

Aquí tenía trabajo, pero igualmente, no tenía otra cosa que hacer, así que empezó a tirar con todas sus fuerzas. Entonces sintió voces fuera que se acercaban y salió del baño tirando de la cadena fingiendo que había estado haciendo sus necesidades. La puerta estaba abierta, y por ella entraba un hombre, un hombre de cabellos y ojos tan negros como el ala de un cuervo.

—Usted! —exclamó Michaela al reconocerlo. Era el mismo hombre al que le había devuelto la cartera aquella vez.

—Hola, Michaela —saludó él, y ella entendió. Lo de la cartera aquella vez no había sido una casualidad... este hombre había planeado desde entonces su secuestro.

Apretó sus dientes y dio unos pasos atrás alejándose de él y mirándolo con encono. Había creído en un principio que ella no había sido más que una tonta al caer en una trampa en la que seguramente miles de jovencitas habían caído, perdiéndose para siempre en las cloacas de las grandes ciudades. Ya no lo creía así. Desde el principio, ella había estado siendo atraída como una mosca al centro de la red de una araña.

—Entonces... es usted el que va a pagar una fortuna por mi virginidad? —preguntó, tratando que su voz no se quebrara, ni los ojos se llenaran de lágrimas—. O es quien organizará la subasta? O

simplemente es quien busca niñas tontas por todo el país para venderlas luego? —él la miraba fijamente, con esos ojos indescifrables.

Dio otro paso atrás—. No, seguramente trae allí la coca con la que me llenará las venas!

—Mira...

—Ah! Tal vez fue usted el que me envió ese e—mail con toda la publicidad de la ONG buscando voluntarios! Cómo hizo exactamente para saber que ese era mi sueño? Viajar! Conocer el mundo! —gritó ella riendo y llorando al tiempo. Se secó una lágrima y la suciedad del óxido que tenía en las manos le manchó la mejilla. Él frunció el ceño al verlo—. Me va a decir también que me lo merezco? Que merezco todo lo que me pase porque engañé a mi hermano? Le mentí y lo traicioné?

El hombre se acercó a ella con pasos largos y elevó su mano como para tocarle la cara. Michaela gritó y lo empujó golpeándolo, pero él era algo así como una roca; no pudo moverlo ni un ápice.

—NO! —volvió a gritar—. No me toque!! —él hizo caso, y se quedó con la mano elevada en ademán de tocarla. La empuñó y lentamente la bajó—. Me das asco! —siguió gritando Michaela—. Cuando lo vi esa vez creí que era una buena persona, que valía la pena devolverle la cartera, pero Dios! Qué equivocada estaba!

—Michaela...

—No se atreva a pronunciar mi nombre! –volvió a gritar—. No se me acerque, no me hable, usted me produce ASCO!! –Él dio un paso atrás—. Cerdos como usted deberían estar todos en el infierno! Podrido en una cárcel, comido por las ratas, porque no es sino otra asquerosa rata salida del alcantarillado!

—Tú no entiendes nada...

—Ah, y es que hay algo que entender?

—No te va a pasar nada.

—Mentira! –chilló ella con voz aguda—. Por qué le iba a creer? Acaso su palabra vale algo? –él la miró y un músculo latió en su mandíbula.

—Recibe las comidas que se te darán –ordenó—. Trata de... no alterarte –Michaela lo miró queriendo gritarle más cosas—. Mientras no nos des problemas se te tratará bien. Tranquilízate, nadie vendrá a violarte.

—Ay, por favor. Pero si ya lo intentaron.

—Quién –preguntó él, ceñudo y con ojos entrecerrados.

—El de gafas –sonrió Michaela con amargura—. Me va a decir que debo confiar en que ese monstruo no me hará nada?

—No lo hará—. Michaela lo miró en silencio. Él hablaba con seguridad.

—Bien. Ya que está de tan buena voluntad y parece que es un ser humano, después de todo, devuélvame con mi hermano.

—Eso no.

—Infierno y condenación! –gritó Michaela—. Devuélvame con mi hermano!

—No estás en posición de exigir nada. Vas a estar aquí el tiempo que sea necesario. Sólo estás en medio de... de algo; algo feo... pero no te va a pasar nada, yo te lo...

—NO ME TOQUE!! –volvió a gritarle y ésta vez él cerró sus ojos. Había levantado la mano para posarla en su brazo e intentar tranquilizarla, pero había causado el efecto contrario. Pestañeó varias veces y empuñó su mano y bajó la cabeza con el ceño fruncido.

—No, no te tocaré –dijo en voz baja—, te ensuciaría.

Viktor Ivanov salió de la habitación donde tenían encerrada a Michaela Brandon y se recostó a la

puerta de madera escuchando aún sus gritos y sollozos al otro lado.

El pecho le dolía, y se puso la mano sobre él. Por qué? Por qué esta sensación?

Miró en derredor y echó a andar alejándose. Caminó con prisa hacia donde estaban Marc y Josh y entró a la sucia sala con pasos firmes. Al ver a Josh, que jugaba cartas con Marc, se abalanzó sobre él y lo tomó del cuello estrellándolo contra el suelo. El hombre empezó a boquear buscando aire.

—Qué es eso de que intentaste violar a la chica? —preguntó. Marc se acercó, pero al escuchar la pregunta, dio un paso atrás.

—Mentira. Es una mentira —se defendió Josh.

—No le toques un pelo. Si quieres conservar las pelotas, no la toques. Soy capaz de matarte si tocas algo que me pertenece.

—La chica no te pertenece...

—Cállate! —le gritó a Marc, y éste se llevó el dedo a los labios acatando la orden. Viktor miró de nuevo a Josh, sus gafas estaban torcidas, y el rostro se le había ido poniendo rojo—. La quiero intacta.

Me escuchaste? —el hombre asintió a duras penas—. No te escuché!

—Sí... señor—. Viktor lo soltó al fin. Josh tosía y buscaba aire tratando de ponerse en pie. Viktor se arregló las ropas y miró a Marc.

—Si no van a ser capaces de cumplir una simple orden, me dicen, y me busco otra gente.

—La chica estará bien —prometió de nuevo Marc. Vio a Viktor sacar dinero de su cartera y elevó una ceja.

—Para que le compres lo que necesite —explicó él—. Es una niña, por Dios!

—Vale —dijo Marc recibiendo el dinero, y miró a Viktor un poco inquisitivo—. Cuánto tiempo la tendremos aquí?

—Una semana, me temo.

—No podemos ser niñeras una semana! —exclamó Marc.

—Entonces busca a alguien que cuide de ella. Mujer, preferiblemente.

—Qué hay con lo de... prostituirla —preguntó Josh entre accesos de tos—. Ese era el negocio principal.

—Tú haces lo que a mí me dé la puta gana mientras te pague por ello.

He dicho que se queda aquí y aquí se queda.

—Estás raro hoy —acusó Marc.

—Crees que me importa tu opinión? Vendré de nuevo —dijo, dando media vuelta.

—Por qué? —preguntó Josh, ofendido por haber sido tomado por sorpresa.

—Y a ti qué te importa? —Viktor salió y Marc soltó un silbido.

—Crees que le interesa la chica? —preguntó Josh. Marc sonrió.

—Sería interesante, no crees?

Viktor salió a la arboleda donde tenía escondido su auto y salió de la zona, que no era más que un hotel abandonado en la carretera.

Condujo a la máxima velocidad furioso, pero no encontraba qué era exactamente lo que lo enfurecía.

Bueno, él había venido cometiendo una serie de errores desde hacía un par de meses ya...

Estaba sorprendido, sorprendido de sí mismo, de las sorpresas que aún le daba la vida. Un hombre de treinta y cuatro años ya no debería sorprenderse tanto y tan seguido, pero él estaba sorprendido.

Se consideraba a sí mismo un veterano en el arte de la mentira y el engaño. Urdía trampas y diseñaba máscaras como ninguno. No por nada era tan necesario para el trabajo que desempeñaba actualmente. Había cambiado su nombre incontables veces, su nacionalidad, su historia...

Junto a sus socios, había destruido ya varias vidas, empresas, familias... y lo había afrontado todo con el mayor de los cinismos...

Hasta el momento, había considerado que sus víctimas sólo tenían mala suerte. Alguna vez alguien le preguntó si acaso era un ser humano y tenía sentimientos; él le había respondido que no, que carecía de ellos.

Entonces por qué...?

No había sido fácil planear la caída de Michaela Brandon. La había tentado con convertirla en modelo, ser una famosa cantante, o una aclamada actriz enviando correos de todo tipo a su buzón, pero éstos eran eliminados sin ser leídos siquiera, y entonces tuvo que empezar a vigilarla para saber qué tipo de chica pasaba tan fácilmente de todas las cosas que a las otras adolescentes las habría vuelto locas al instante.

Así que tuvo que seguirla.

Michaela Brandon era la mejor de su clase. Sus notas en Lenguaje y Filosofía eran intachables, y hacía parte del club de periodismo. No tenía novio, no salía a escondidas de su casa, sólo se veía de vez en cuando con sus amigas y era para seguir estudiando. Ah, le encantaba jugar básquet, y era bastante rápida con el balón. Tenía que afinar un poco su puntería, pero por lo demás, estaba muy

bien para ser una chica.

—¿Qué haces? —escuchó una vez que le preguntaba su amiga, una flacucha de cabellos rojos y rebeldes.

—El primer boceto de mi ensayo.

—¿Qué ensayo?

—Ya sabes que quiero estudiar periodismo; en varias universidades piden un ensayo para el acceso.

—Pero eso todavía tarda.

—Quiero tenerlo listo desde ya, no puede ser cualquier cosa.

—Si tú lo dices... —Él había sonreído en las sombras. Nunca había conocido a nadie tan dedicado a sus sueños.

—Asesinar a David Brandon habría salido más limpio y hasta más barato —se había quejado Marc cuando le pidió que buscara un par de amigos en el extranjero para enviarles a Michaela—. Esto puede traerte problemas.

—Haz lo que te digo.

—¿Qué tienes contra el hombre, ah? Tanto te gustaba la rubia? —había preguntado Marc.

Ahora que lo pensaba, Marissa sí le había gustado un tiempo. Era atractiva, y sus millones también... pero ella nunca le había despertado este...

Pestañó desviando de nuevo sus pensamientos.

No le había temblado la mano cuando planeó enviar a la adolescente al exterior, no lo había dudado ni por un segundo. Tenía un alma negra, lo sabía; lo que no había sabido, hasta hoy, es que era tan negra que no podía acercarse a los inocentes.

—La ensuciaría —susurró, y luego se echó a reír sin una pizca de humor. Había escuchado bastantes gritos en su vida, acusaciones, maldiciones, pero ninguna de todas ellas le había afectado en modo alguno. Esta chica le había gritado que le daba asco y ahora casi que le temblaban las manos—. Me estoy volviendo loco —dijo entre dientes, golpeando el timón. Tenía que acabar con esta pesadilla pronto.

—David! —exclamó Marissa corriendo a abrazarlo. Él la apretó fuerte contra su pecho y metió su nariz entre sus cabellos.

—Siento haber salido así esta mañana.

—Estás bien? —preguntó ella—. A dónde fuiste? Él casi contesta, pero recordó la petición de Hugh de mantenerla ignorante de todo y cerró la boca.

—Con Peter y Maurice —dijo en cambio, rodeándola por los hombros y caminando con ella por la sala.

—Tuve que mentirle a la abuela —contó Marissa—. Ella cree que tu hermana está donde Gwen.

—Gracias —contestó él.

—Ya desayunaste?

—Tomé un café.

—Pero no has comido nada.

—No tengo...

—Come algo. Por favor—. Él miró sus ojos preocupados, y sonrió.

—Está bien. La abuela está? —Marissa caminó a la cocina y él la siguió. La miró abrir la nevera y sacar huevos y tocino. Recordó las nulas habilidades de su novia en la cocina y le quitó de las manos la sartén.

—Ella salió. Dijo que tenía una reunión con sus amigas. La abuela tiene amigas?

—Y se reúnen constantemente —sonrió David. Cuando vio que Marissa intentaba encender la estufa, lo hizo él mismo.

—Se reúnen? De verdad? Qué hacen?

—Ah, juegan cartas, tejen, hablan de sexo... yo qué sé? Nunca he ido con ella.

—Qué malo eres —sonrió Marissa. David partió hábilmente un par de huevos vaciándolos en la sartén, y cuando vio que ella tomaba la sal, se la quitó también.

—Te dijeron algo nuevo? —preguntó ella, y luego aclaró— Peter y Maurice—. David hizo una mueca.

—El video donde probablemente mostraban quién secuestró a mi hermana fue misteriosamente borrado de los servidores del aeropuerto.

—No puede ser! Quién?

—Están investigando—. Marissa sacó de la nevera una botella de jugo de naranja y lo sirvió en un vaso de cristal.

—Esto nos retrasará —él la miró fijamente, y se apresuró a sacar el tocino y los huevos de la sartén—. Llamé a Diana —le informó ella—. Le avisé para que ya no fueran a buscar a Michaela al aeropuerto. Ella te manda a decir que está contigo en esto.

—Gracias —sonrió él, mirándola fijamente.

—También llamé a mi padre. Me prometió que llamaría a un amigo suyo que trabaja en la CIA. Dice que hará todo lo posible para hallarla.

—Gracias —volvió a decir él, y ésta vez sus ojos rieron. Ella se quedó en silencio entonces.

—Qué pasa? —él negó meneando su cabeza. Ella estaba vestida con una camiseta suya, y la parte de debajo de una pijama que había traído hacía ya algunos días. Tenía el cabello recogido de cualquier manera y sin rastro de maquillaje. Anoche había estado preciosa, pero hoy, así al natural, le robaba el aliento, aun en medio de sus problemas.

—Te amo, sabes? —ella elevó sus cejas, tomada por sorpresa.

—Ah... Yo... sí...

—Sí qué?

—Yo también te amo... —él se acercó a ella lentamente y la abrazó.

Sus manos se pasearon por la delgada espalda y Marissa adoró la sensación de ese cuerpo contra el suyo, tan firme y fuerte—. Se va a enfriar tu desayuno.

—Sí —dijo él, separándose de ella, pero en sus ojos había tal promesa que Marissa se sonrojó.

Josh se paseaba de un lado a otro en la pequeña salita que antes había sido un lobby. Llevaba más de veinticuatro horas allí, y le cabreaba enormemente el haber sido agredido por culpa de esa mocosa. Todavía tenía la garganta adolorida por la garra de Viktor.

Marc no estaba, había salido para cumplir el encargo que le habían hecho, y además, por comida, pero la civilización estaba bastante lejos, así que le tomaría más o menos una hora volver.

Tiempo suficiente, se dijo sonriendo, y salió de la sala.

Michaela casi grita emocionada cuando al fin la pequeña rejilla metálica cedió y ella pudo retirarla. Se subió al tanque del inodoro con mucho cuidado y se dio cuenta de que también sus hombros cabían fácilmente por allí. Tenía un amplio espacio, así que no tenía sino que salir por allí y escapar. La noche había caído, pero sinceramente no la asustaba deambular por la carretera; más miedo le producía quedarse aquí.

—Dónde estás, bonita? —preguntó alguien desde la habitación. No era la voz del rubio. De ser así, ella simplemente habría salido del baño y lo habría recibido para esperar luego la oportunidad de estar nuevamente a solas y así escapar; pero era el otro, el que de lejos se veía que tenía la mente más dañada y retorcida de lo que ella podía siquiera imaginar. Se apresuró a salir por el agujero de la

pared.

Caería y se golpearía un poco, pues estaba bastante alto, pero pensar en lo que le esperaba con ese hombre le dio el ánimo suficiente para intentar huir.

—Qué haces? Pequeña zorra! —exclamó, y la tomó por las piernas para evitar que escapara. Ella empezó a patear, y debió pegarle, porque él hizo una exclamación, sin embargo le tomó firmemente ambos pies y tiró de ella con tanta fuerza que la desequilibró, golpeándola en la cabeza contra la pared.

Perdió el conocimiento momentáneamente, y Josh acomodó el peso muerto entre sus brazos, sonriendo complacido.

—Ya no peleas, eh, gatita? —miró el agujero en la pared—. Ya tendré tiempo de sellarlo. Primero divirtámonos tú y yo—. Caminó con ella hasta la cama y la depositó en ella. Abrió los botones de su chaqueta y se la sacó. Le miró los pequeños senos a través de su blusa y puso su mano encima de uno—. Qué bonitos. Las tetas de una virgen.

Ella se movió un poco arrugando su frente, y cuando abrió los ojos, vio al hombre encima de ella y empezó a gritar.

—Quieta! —gritó él, y la movió hasta ponerla boca abajo. Michaela se retorció y gritaba. Cuando sintió que él le bajaba los pantalones, abrió sus ojos aterrada, y gritó con más fuerzas. Gritó y lloró. Ya no le importaba si eso era humillarse, pero suplicó e imploró. Las manos inquietas de él la estaban tocando y Michaela gritó desgarrando su garganta. La espantosa colcha roja no amortiguaba el sonido de sus gritos. No podía moverse; él le apesaba las piernas con las suyas, y tenía muy poca movilidad con sus brazos. Se retorció, pero era poco lo que lograba moverse.

—Esto es lo que consigues —jadeaba él— cuando te burlas de los hombres —ella se quedó en silencio al escuchar el sonido de una cremallera al bajarse.

—Por favor no —susurró—, por lo que más quieras, no...

—Lo que más quiero ahora mismo es enterrártela.

—Por favor, no —lloró ella—. Te lo ruego! No!

De repente, ya nada la oprimía. Sin embargo, tardó unos tres segundos en comprender lo que pasaba. Pudo moverse, y lo hizo. Se subió aprisa los pantalones, y sólo pudo ver a un hombre que golpeaba a otro.

Era el hombre de los ojos negros golpeando al de las gafas como si en eso le fuera la vida. Miró hacia la puerta, y oh, ésta estaba abierta.

Corrió por ella sin perder tiempo, un disparo se escuchó y Michaela se tapó la boca para no gritar. Llena de pánico y de adrenalina, echó a correr. Saltó una pequeña baranda y se vio en un parqueadero solitario. No se preguntó en qué se transportaban los hombres que la tenían aquí, o si tenían un sitio donde esconder los autos, sólo corrió y corrió hasta tropezar con un hombre, y cayó al suelo.

—Alto ahí! –gritó el hombre, y le apuntó con un arma.

—No! –exclamó ella cubriéndose la cabeza con las manos.

—Es la chica! –dijo alguien en un grito—. Tenemos a la chica!

—Tu nombre es Michaela Brandon? –le preguntaron. Ella se atrevió a mirar, y encontró que el hombre que le hablaba estaba uniformado. Era la policía. Estaba salvada!

Lloró de alivio, y alguien le rodeó los hombros para ayudarla a levantarse. Michaela rehuyó al toque y se levantó por sí misma.

—Ven, no es seguro que estés aquí.

—Mi hermano. Lléveme con mi hermano –el uniformado le señaló una ruta y caminó al lado de ella al tiempo que se comunicaba por su radio.

Escondidos entre los árboles y la oscuridad había varias patrullas de la policía.

—Espera aquí –dijo el agente—. Estás a salvo, no tengas miedo.

En cierta forma, estar en una patrulla de la policía le hacía sentirse a salvo, pero no lo estaría del todo hasta que viera a su hermano.

Y al pensar en él se echó a llorar.

:20:

—No puede ser! —exclamó la abuela Agatha cuando al fin David le contó lo que en realidad estaba sucediendo con Michaela—. Esa niña!

Dios! Nunca me imaginé...

—Pero ya está bien —le contestó David, tratando de tranquilizarla.

Hugh lo acababa de llamar avisándole que ya Michaela estaba a salvo con la policía, y él no había podido evitar mostrar su alegría y alivio.

—Acaso qué está pasando con Michaela? —había preguntado la abuela, y David tuvo que contarle, un poco bruscamente, que su hermana había tomado un viaje falso a Europa y ahora estaba en pleno rescate por la policía.

Agatha estaba ahora un poco histérica, y Marissa le pasaba un pañuelo de papel tras otro para que se secara las lágrimas.

—No puedo creerlo! No puede ser! —volvió a decir—. Sabía que esa niña nos daría problemas, más que David a su edad —Marissa miró a David con una ceja alzada, y él la ignoró—, pero jamás me imaginé algo así!

David miró su reloj un poco apurado. Quería llegar pronto para ver a su hermana y traerla de vuelta a casa, aunque le habían advertido que primero debía ser revisada de pies a cabeza por los médicos.

En el momento entró Maurice, y al ver a la abuela llorar, se imaginó lo peor.

—Michaela? —exclamó.

—Ya está libre —contestó David, y la abuela Agatha se apresuró a abrazar a Maurice.

—Te imaginas lo que hizo esa niña? Te imaginas? Tomó un viaje a Europa a escondidas! Planeaba mentirnos y engañarnos ¿por cuánto tiempo? ¿Cuántos peligros pudo haber afrontado? No me lo quiero ni imaginar!

—Sí, abuela. Yo también estaba sorprendido.

—Por qué no me lo dijeron antes?

—Abuela, debemos ir por ella —dijo David—. Quieres venir con nosotros?

—Claro que iré. Tengo un par de cosas que decirle a esa jovencita.

—Yo conduciré —le dijo David a Marissa, y ésta le dio las llaves del Audi.

Subieron al auto, y David miró por el espejo retrovisor cómo Maurice intentaba calmar a su abuela. Sabía que su amigo tenía muchas preguntas que hacerle, pero se abstenía porque allí estaba la

anciana, que si bien sabía a grandes rasgos todo lo que había sucedido, no tenía los detalles ni conocimiento del verdadero peligro que había corrido su nieta.

Llegaron al hospital y entraron a él con bastante prisa. Pidieron información en la recepción, e inmediatamente, David avanzó a paso largo a través de los pasillos dejando atrás a los demás. Cuando la vio al fin, se detuvo bruscamente; ella estaba sentada en una camilla y luciendo su ropa, sin demasiados daños visibles. Una enfermera estaba delante, así que no podía ver bien qué le hacían. Dio unos pasos, y ella lo vio.

La cara de Michaela pareció congelarse en un instante. Las manos le empezaron a temblar, y parecía que le faltaba el aire.

—Lo... Lo siento —empezó a decir ella—. Lo siento, lo... —David se acercó a su hermana y la abrazó fuertemente.

La policía le había dicho que su hermano había sabido casi desde el mismo instante lo que le había ocurrido, y que había hecho un gran aporte para encontrarla. Antes había tenido miedo de tener que explicarle lo que había hecho en caso de que pudiera regresar a casa sana y salva, pero imaginárselo angustiado, llamando, sin poder dormir, era un verdadero castigo.

Sin embargo, y a pesar de que él tenía todo el derecho, David no se mostraba furioso; todo lo contrario. Al escuchar su voz susurrándole que todo estaba bien, que estaba a salvo, el corazón se le contrajo hasta el punto del dolor.

Había creído que ya había llorado todo lo que tocaba por ese día, pero se dio cuenta de que aún le quedaban lágrimas. Sentir de nuevo los brazos de su hermano mayor dándole confianza, seguridad, y ésta vez también consuelo, sobrepasaban los límites de su resistencia. No, David no se mostraba enojado, ni la estaba gritando, tal como se merecía. Comprobó una vez más el enorme corazón de su hermano.

Oh, tal vez él por dentro se sentía muy herido, pero ahora estaba aquí, para ella, ofreciéndole su fortaleza y su consuelo, que tanto los necesitaba.

—Perdóname —pidió—. No lo volveré a hacer, te lo juro. No quería decepcionarte de esta manera. Nunca me imaginé... Lo siento tanto.

—Ya, ya —susurró él callándola y se separó un poco tomándole la carita entre las manos y mirándola fijamente—. Estás bien? Te hicieron algo?

—Estoy bien.

—No te lastimaron? —ella negó bajando la mirada. Ese gesto no le gustó mucho, así que le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo otra vez a los ojos.

—La... La policía llegó y me rescató —contestó ella en voz baja—. No me hicieron nada—. David la miró largamente y en silencio, como si estuviera buscando alguna vacilación, o algo más, en su mirada.

Cuando ella se mantuvo serena, asintió.

—Vale, te creo.

La abuela casi corrió a ella al verla, y Michaela la abrazó fuertemente.

A diferencia de David, Agatha no tuvo ningún reparo en reñirla delante de todos por lo que había hecho. La adolescente bajaba la cabeza y aceptaba todo mientras la anciana decía una cosa tras otra. Marissa sonrió al ver el cuadro. Tal vez no eran la familia perfecta, pero estaban unidos, y se cuidaban el uno al otro.

—Nos preocupaste, enana —acusó Maurice cuando fue su turno de abrazarla—. Casi vuelves loco a tu hermano.

—Lo siento.

—Avisaste a Peter? —le preguntó David.

—Debe estar en camino, dijo que estaría aquí.

—Qué te pasó en las manos? —preguntó Marissa.

—Ah... yo... intenté escapar aflojando una ventana.

—De verdad intentaste escapar? —le sonrió Marissa.

—Y lo habría conseguido, pero...

—Esa es mi chica! —la halagó Maurice con una sonrisa, y en el momento entró Peter a la habitación, agitado como si hubiese estado corriendo. Traía a la espalda una mochila que se veía algo pesada.

Michaela lo miró de arriba abajo, pero no dijo nada, sólo tomó fuertemente el brazo de David y se acercó más a él.

—Estás bien? —le preguntó Peter, con sus ojos muy abiertos, asustados. Ella sólo asintió—. Seguro? Estás... —él le miró las manos, el aspecto ajado y descuidado de su ropa, su cabello desordenado.

—Estoy bien, Pete —respondió ella—. Gracias —él agitó su cabeza asintiendo, como si quisiera más pruebas de lo que ella le decía, pero sin la capacidad para exigir las.

—Te traje ropa —dijo Marissa adelantando una bolsa de papel que tenía en las manos—. Date prisa y vístete, para que vuelvas a casa—.

Ella asintió tomando la bolsa. Estuvo a punto de pedirle que la acompañara, pero se abstuvo. Ella no era una miedosa, tenía que tomar de nuevo el rumbo de su vida y esta vez, hacerlo bien. Caminó a paso lento hacia el baño y sintió un alivio enorme cuando vio que tras ella venía su cuñada—. He pensado que como tienes las manos lastimadas, podías necesitar ayuda.

—Gracias. Yo... lo siento tanto —cuando se echó a llorar de nuevo, Marissa la abrazó. Tuvo que hacerle señas a los tres hombres que se acercaron para ver qué ocurría, y masajeó la espalda de la

adolescente suavemente.

—Ya, estás bien, estás a salvo.

—Lo sé, pero... he obrado tan mal... me merezco lo que me sucedió.

—Para ahí. Ningún ser humano se merece que le roben la libertad. Y

lo que sea que hayan intentado hacerte, Michaela, no te lo merecías.

Mírame —la niña lo hizo y Marissa entrecerró sus ojos—. No te hicieron nada, verdad? —Michaela se mordió los labios—. David no se enterará, si no quieres, nadie más lo sabrá, pero contéstame: te hicieron algo? —ella respiró profundo.

—No, pero simplemente porque... no pudieron.

—Intentaron hacerte daño.

—Pero no lo consiguieron.

—Malditos bastardos —Michaela la miró sorprendida. No imaginó que su cuñada dijera palabrotas—. Ninguna mujer se merece eso, así que no pienses más en ello. Haremos que todo el peso de la ley caiga sobre ellos, tenlo por seguro; y vámonos a los baños, o esos tres no aguantarán la intriga y vendrán aquí a hacer preguntas—. Michaela miró hacia donde estaban David, Maurice y Peter, y ninguno de ellos les quitaba el ojo de encima. Sonrió, algo que creyó que no volvería a hacer.

—Gracias —susurró, y Maurice fue el único que dio muestra de haber leído sus labios, pues le hizo un saludo militar con toda la parafernalia.

Eso la hizo reír y dio media vuelta con Marissa a su lado. Se permitió a sí misma por fin asimilar la situación. Estaba a salvo.

—Ramsay! —exclamó Hugh Hamilton entrando en la sala en la que esperaban a que Michaela y Marissa salieran. Maurice se giró a mirarlo; Hugh le sonreía de medio lado, y él tuvo que mirar alrededor para saber si alguien lo había escuchado llamarlo.

Hugh había venido para pagar la cuenta del hospital y asegurarse de que la hermana de David estaba bien, tal vez sintiéndose responsable de lo que le había sucedido. Peter estaba a unos pasos, y no dudaba que los podía escuchar; y David estaba ocupado con Agatha, hablando con ella, así que no les prestaba atención.

—Me conoce? —le preguntó Maurice a Hugh, y éste le sonrió meneando su cabeza.

—A ti te vi un par de veces, pero a tu tío lo conozco perfectamente — Hugh respiró profundo mirando a Peter y a David. Bajó la voz, y sin dejar de sonreír comentó—: así que aquí has estado todos estos años.

Qué curioso.

—No sé de qué habla.

—Bueno, luego de aquello, te desapareciste. Algunos hicieron sus propias suposiciones acerca de qué locura habrías hecho; pero mira, estuviste frente a las narices de todos todo el tiempo—. Maurice apretó un poco su mandíbula, deseando zafarse de este hombre, sus comentarios, o sus posibles preguntas—. No te preocupes –dijo Hugh—. No voy a ir a donde tu tío a decirle que sé dónde está tu escondite.

—No me estoy escondiendo –murmuró Maurice.

—Tú ya eres un hombrecito y sabes cómo hacer las cosas –siguió Hugh sonriendo, como si no lo hubiese escuchado.

—Se supone que debo estar tranquilo? –Hugh se echó a reír.

—No me interesa la vida de los demás... mientras no me afecte a mí ni a mi familia –esto último lo dijo más serio, y mirando tras Maurice. Éste se dio la vuelta, y vio que Marissa se acercaba con Michaela con otra ropa puesta.

—No veo en qué puede afectarla.

—Los hilos del destino son bastante enredados –comentó Hugh de manera críptica, palmeó su hombro un par de veces y se acercó a Marissa y a Michaela para saludar a ésta última y preguntarle cómo se sentía. Maurice miró en derredor y se dio cuenta de que Peter lo miraba un tanto inquisitivo.

Sí, él debía tener dudas. Llevaba seis años viviendo en su mismo edificio y sabía tan poco de su vida como cualquier otro; ver a Hugh hablándole de familiares y de cosas del pasado debía despertar la curiosidad de cualquiera.

Sin embargo, Peter no dijo ni preguntó nada, pareció olvidarlo todo cuando llegó Michaela lista para partir de nuevo a casa.

Michaela bajó del auto de Marissa y miró la fachada de su casa.

Cuando había salido de aquí, apenas anoche, había sabido que su vida habría cambiado para siempre cuando volviera. No se imaginó que tanto.

—Entremos –le dijo David echando sobre sus hombros su chaqueta, ya que al parecer, la de ella se había perdido en algún lugar de su odisea.

—Yo... yo me voy a casa –dijo Peter, quedándose atrás. Había venido con Maurice en el auto de Hugh y habían llegado segundos antes—. Mi casa está lejos –se excusó.

—No seas tonto. Quédate. Todo lo que hiciste por ayudarnos se merece aunque sea un “ gracias” bajo techo—. Michaela, al escuchar esto, se giró a mirar a Peter, y éste se mordió los labios un tanto

sonrojado.

—Yo quiero enterarme de cómo un chico pudo ayudarnos tanto —dijo Hugh—. Tienes dones, o algo así? —No soportando ser el centro de atención, Peter guardó silencio, y Maurice se echó a reír.

—No seas tímido. Fuiste el héroe que rescató a la chica. Por lo menos di algo.

Entraron a la casa, y antes de cerrar la puerta, otro auto llegó. Esta vez era Daniel. Entró con ellos y se alegró de la buena noticia. Marissa tomó el teléfono para pedir comida a domicilio, y hubo un poco de alboroto mientras todos hablaban, celebraban y se alegraban.

Michaela se sentó en un sofá de la sala, y Agatha estuvo a su lado, en parte regañándola, en parte consolándola por lo que había tenido que pasar.

Peter no dejaba de mirar a Michaela. Ella no era la misma, así que intuía que algo le había pasado. Si bien era muy normal que aún estuviera en shock por el día tan horrible que había tenido que pasar, en su rostro debía haber por lo menos una pizca de alegría por estar de nuevo en casa, pero se la veía apagada, y eso lo preocupaba.

Quería poder preguntarle qué pasaba por su mente, cómo podía ayudarla. Quería, pero no sabía cómo.

—Me parece a mí que alguien por aquí está enamorado —comentó Daniel mirando a Peter, que no le quitaba a Michaela la mirada de encima. Cuando Peter ni siquiera se dio por enterado de que hablaban de él, Maurice se echó a reír.

—Pero no lo digas muy alto, que la dama en cuestión tiene un hermano terrible —Daniel miró a David, que hablaba con Marissa y Hugh.

—Ve —le dijo Daniel a Peter tocando su hombro para llamar su atención—, tómale la mano, dile que la quieres.

—Qué?

—Haz lo que te digo.

—Estás loco?

—Quieres que te dé un consejo que a mí me habría encantado recibir? —Peter lo miró en silencio, sin saber qué contestar. Daniel no tuvo problema en continuar—: No te tomes demasiado en serio los amores de la adolescencia. Y si lo haces, declárate y acaba con eso.

—Yo no...

—Sí, tú. Estás tomando el peor de los caminos; si sigues así, no quedará de ti nada digno de recoger.

—Lo dices por experiencia propia? —preguntó Maurice con una ceja alzada.

—Oh, sí. Ya me habría encantado a mí que alguien me dijera estas palabras hace diez años.

—Ah, enamorarse es una mierda —sonrió Maurice—. Yo por eso, vivo un día a la vez... o una mujer a la vez.

—Y ese es el consejo que me das? —acusó Peter, mirándolo ceñudo.

—No, mi consejo es: El que se enamora, pierde.

—Con ese, ya serían dos consejos muy raros que me das hoy—.

Maurice rió recordando cuál había sido el que le había dado antes.

—De mi propia cosecha, hijo.

La comida llegó y todos se sentaron donde pudieron para comer.

Michaela apenas pudo con lo poco que le sirvieron en su plato, y minutos después se acercó a David para decirle que se sentía cansada y quería dormir. Él asintió, y le extrañó que ella le avisara que ya se iba a acostar, y la miró un poco interrogante.

—Peter —lo llamó Michaela girándose a mirarlo, y éste tragó rápido lo que tenía en la boca para poder atenderla—. Gracias. Escuché que ayudaste a encontrarme.

—No... no fue nada —Michaela elevó la comisura de su boca en una sonrisa.

—Pero para mí lo fue todo. Gracias—. Peter asintió, sin dejar de mirarla, y ella dio la media vuelta y subió a su habitación. Peter sólo reaccionó cuando escuchó la risa de Maurice.

—Dime Daniel —rió él—, pudiste tú desenamorarte en tu adolescencia? —éste sonrió negando.

—Jamás.

—Qué mala suerte.

—Ni que lo digas.

Pasada una hora, Hugh se despidió de todos y se fue. Había hecho amistad con la abuela Agatha y ésta le pidió que volviera un día cualquiera.

—Tu padre es un buen muchacho —le dijo a Marissa mientras subía las escaleras para subir también a su habitación, y ésta sonrió al ver que alguien llamaba muchacho a su padre.

—Hay una habitación para huéspedes —le dijo David a Peter y Maurice—, si quieren quedarse.

—Yo, encantado.

—Yo tengo clase mañana —dijo Peter, negándose y poniéndose en pie—. Ya debo irme a casa.

—Te llevo —dijo Daniel.

—En ese caso, yo también me voy —decidió Maurice poniéndose en pie. Se acercó a David y se despidió de él palmeando su espalda, y de Marissa con un beso en la mejilla.

—Descansen.

—Esta noche, sí podré —susurró David, y cuando todos se despidieron y quedaron solos, miró a su novia y respiró profundo.

—Se acabó la pesadilla —susurró ella acercando su rostro y apoyándose en él. Él hubiese querido poder contarle que temía que la pesadilla apenas estuviese empezando, pero no podía. Odiaba estarle ocultando cosas, pero era orden de su jefe, y esto era más un asunto de trabajo.

Le habían quitado a su hermana de las garras a esos malditos, así que no debían estar muy felices. La policía debía estar interrogando a los capturados, y mañana mismo se pondría en la tarea de saber quiénes eran y qué buscaban exactamente.

Por ahora, se sentía tremendamente cansado, como si viniera de correr una maratón, así que tomó la mano de su novia y subió a su habitación.

—Creí que me preguntarías también a mí si me quedaría a pasar la noche contigo—. Él sonrió.

—Ya no tiene caso pedirte que te vayas a otro lado. He comprobado que haga lo que haga tú estarás aquí.

—Tampoco te creas que soy tan fácil —rezongó ella—. El día que me seas infiel te la cortaré y la tiraré por el váter.

—Auch —ella se echó a reír y David la besó.

—Siento que hace una eternidad que no te hago el amor.

—También yo.

—Entonces vayamos, y hagamos una hoguera en la cama —eso le hizo reír de nuevo, y lo siguió hasta la habitación.

:21:

Amaneció, pero este nuevo día era mucho mejor.

Marissa se levantó de la cama y arrastró con ella la sábana dejando desnudo a su compañero, que abrió los ojos de inmediato.

—A dónde crees que vas? —le preguntó él atrapándola y llevándola de vuelta a la cama.

—David, hoy es lunes.

—Vas a poner horarios para el sexo por la mañana? —ella se echó a reír.

—No, pero debo ir a mi casa, darme una ducha, ponerme ropa limpia e ir a trabajar.

—Ah, cierto —capituló él dejándola ir. Marissa empezó a buscar la ropa más decente posible para salir. Sólo tenía el vestido de fiesta de la noche del sábado, y un par de pijamas. Como no había ido a su casa desde esa noche, no tenía otra ropa que ponerse.

—Nos vemos en H&H entonces? —preguntó David mirándola vestirse con pesar. Si ella tuviera ropa aquí, se podrían haber ido juntos.

—Claro que sí. Espero llegar a tiempo.

—Es que eres una dormilona —ella lo miró con ojos entrecerrados y David sonrió. Amaba esa sonrisa, él estaba relajado, otra vez con sus nervios en su lugar; y su hermana también, pensó.

—Me voy —anunció Marissa cuando ya estuvo lista.

—Y mi beso? —preguntó él cuando la vio en la puerta.

—Estás desnudo.

—Y eso qué? Te pedí el beso en la boca —sonrojada, Marissa frunció el ceño.

—Eres un tramposo, te conozco. Si me acerco a ti, harás que llegue tarde.

—Eres mala.

—Hasta luego.

—Perversa! —sonriendo, Marissa dejó la habitación. Caminó descalza y salió de la casa, desactivó la alarma del Audi y dejó en el asiento de atrás su bolso, que contenía su vestido de fiesta, joyas y otras cosas.

Los zapatos los llevaba en la mano, y los puso al lado del bolso. Sacó el auto, y cuando ya estaba en la carretera, vio a David asomado a la ventana. Le envió un beso y salió disparada. David estiró los labios en una bonita mueca de descontento. Ella debía venirse a vivir aquí.

Y luego quedó paralizado ante el pensamiento.

Pero sería genial, se dijo. Ella viviendo aquí.

Ah, ojalá, ojalá.

—No irás a la escuela hoy? —le preguntó David a Michaela con voz suave, que estaba en posición fetal y envuelta hasta la cabeza en sus sábanas.

Michaela sacó una mano y movió el edredón hasta que sus ojos asomaron.

—No quiero. Podría quedarme por hoy? —David la miró inquisitivo.

—Está bien —accedió sentándose a su lado en la cama—, pero sólo por hoy. Mañana te quiero de vuelta.

—Mañana volveré a la escuela.

—Me refería a todo, de vuelta a la vida real. Has estado un poco fuera de ti, y lo entiendo, pero tienes que sobreponerte. No hagas que me preocupe y busque un psiquiatra —Michaela sonrió ante la amenaza.

Vio que estaba vestido para ir a trabajar.

—No estás molesto conmigo? —preguntó—. Fue terrible lo que hice.

—Lo que hiciste tiene cárcel en más de un estado. Falsificaste mi firma, documentos, y pretendías salir de manera ilegal del país. Sí, Michaela, fue terrible lo que hiciste, y sí, estoy molesto, tengo muchas preguntas que hacerte, pero me preocupa más tu estado emocional ahora mismo. Además, el infierno que sufriste debió ser más que un castigo suficiente, y aunque no me lo has dicho, sé que aprendiste la lección. Yo no te castigaré—. Michaela parpadeó repetidamente para ahuyentar las lágrimas.

—Gracias. Espero que lo molesto se te pase con el tiempo—. David respiró profundo.

—Chiquilla, parece que no me conoces—. Michaela se echó a reír.

—Hacía tiempo no me decías “chiquilla”.

—Hacía tiempo no te portabas como una. Sin embargo, todavía tengo muchas preguntas; tú dices que esas personas no te hicieron nada, y yo tengo mis dudas—. Michaela se sentó en la cama sin sostenerle la mirada. Tenía el cabello enmarañado y David no pudo evitar levantar la mano para acomodárselos.

—Ellos eran tres —le contó—. No los había visto antes, excepto por uno —David la miró fijamente. Sabía que su hermana había hecho su declaración ante la policía anoche mismo, pero escucharla

directamente era mejor—. Recibí un e—mail donde se me decía que había sido seleccionada para viajar a África y luchar contra la desnutrición infantil. Yo ya había hecho solicitudes de ese tipo, así que me alegré. No sospeché de nada.

—No te extrañó que el viaje no lo programaran para alguna temporada de vacaciones? —Michaela se alzó de hombros.

—Pensé que esos horarios allá no tenían nada que ver.

Supuestamente sólo iban mayores de edad.

—Y tú, desesperada por ir, me mentiste—. Michaela apretó los labios en una mueca.

—Ellos me enviaron el tiquete. Era un tiquete real... lo siento —David respiró profundo.

—Está bien. Sigue.

—Pero llegué al aeropuerto, y no fui capaz de subirme al avión. Hice el registro y todo, pero en mi cabeza... empezaron a resonar todos esos consejos y regaños. Me di cuenta de que era una tontería buscar el progreso yo sola. Tú ya estabas surgiendo, así que ya yo no te sería una carga.

—Nunca fuiste una carga para mí, Michaela.

—Pero seguro que si yo no hubiera estado, todo para ti habría sido más fácil —David se echó a reír, y Michaela vio que no era una risa alegre.

—Niña tonta. Si tú no hubieses estado conmigo, yo no habría tenido suficientes motivaciones en la vida para llegar tan lejos—. David le tomó una mano y siguió—. Eras el motivo por el que cada día me exigía más a mí mismo. No lo hice por mí, ni por mis hipotéticos hijos; lo hacía por ti, mi presente. Eras y sigues siendo la persona por la que me levanto cada día para enfrentar el mundo. No sabes hasta dónde te quiero, Michaela—. Ella se echó a sus brazos llorando.

—Lo siento. Lo siento de veras.

—Ya. Ya te has disculpado demasiado.

—No, nunca será siquiera suficiente. Estoy tan arrepentida del daño que te hice.

—Bueno, lo pasé mal, no te voy a mentir. Pero ya estás aquí, a salvo.

Gracias a Peter, y a todas las deidades que puedan existir.

—Peter —repitió Michaela secándose las lágrimas—. Qué hizo él exactamente? —David respiró profundo y se puso en pie—. No me vas a contar?

—Habla con él.

—Por qué? Por qué no me lo dices tú?

—Es mejor que te lo diga él.

—Es un tonto! Apenas si abre la boca para hablar —David se echó a reír, esta vez, divertido.

—No es ningún tonto, yo diría que más bien es un genio. Y deberías buscar el motivo por el cual no abre la boca cuando estás cerca.

—No te entiendo. Me estás diciendo que me haga su amiga o algo así? Tú, David Brandon, dándome permiso para confraternizar con alguien del sexo opuesto y de mi edad? —David se alzó de hombros.

—Pero te advierto que tendré mi ojo en ti, de todos modos.

—Estás loco—. David salió de la habitación aún sonriendo. Era mejor ver a Michaela de mal humor que taciturna, tal como había estado. Bajó a la sala pensando en que hoy iría a la comisaría a averiguar qué dato nuevo tenían, si el hombre que habían capturado en ese viejo hotel donde habían tenido a su hermana había confesado algo que sirviera para capturar a los que estaban detrás de lo de H&H.

Josh Wagner, como se llamaba el detenido, tenía un juicio pendiente por muchos cargos, a los que se le sumaban el acceso carnal violento, tal como había acusado Michaela; y porte ilegal de armas. Las pruebas determinaban que Michaela no había sido violentada, afortunadamente, y que la sangre hallada en la habitación no era de ninguno de los dos, lo que hablaba de una tercera persona. Había dos fugitivos, según el testimonio de Michaela, y uno de ellos probablemente estaba herido.

Le consolaba saber que Michaela estaba intacta físicamente, pero había más de una manera de dañar un alma.

Respiró profundo y echó a andar hacia la parada de autobús que lo acercaba a los edificios de H&H. Qué podía hacer para que su hermana volviera a sus días felices? Para que su sonrisa regresara?

Qué podía hacer para restaurarla?

Marissa llegó a su edificio y recibió la correspondencia de manos del conserje. Subió a prisa por el ascensor y llegó a su piso mientras revisaba los sobres. Una era una postal de Meredith desde Los Ángeles, y sonrió mientras lo leía.

De repente se detuvo. Había alguien sentado en los muebles de su sala. Era Viktor Ivanov, con una mancha de sangre en el brazo, que tenía amarrado con una venda blanca y también manchada.

—Viktor! —exclamó Marissa—. Qué haces aquí? Estás herido! —él sonrió de manera torcida.

—Hola, Marissa. Llevo toda la noche esperándote.

—Qué? —preguntó ella confundida—. Pasaste la noche aquí? —miró en derredor. La puerta había abierto normalmente cuando entró, no había sido forzada, y había mil controles de seguridad, así que ningún extraño podía entrar al edificio sin que cámaras, vigilantes, o personal de limpieza se diera

cuenta.

—Tenía algo muy urgente que hablar contigo—. Marissa dio un paso atrás, pensando con rapidez. Si bien Viktor era un compañero de trabajo al que conocía bastante bien, no le gustaba nada el hecho de que se hubiese colado en su apartamento.

—Tiene que ser demasiado urgente, si ni siquiera fuiste a que te vieran esa herida unos profesionales.

—Tienes razón, es demasiado urgente. No estés nerviosa. No te haré nada—. Ella elevó una ceja.

—Por qué tendrías que hacerme algo? —Viktor se encogió de hombros.

—Las mujeres se ponen nerviosas con cualquier cosa. Me escucharás?

—Te estás portando muy extraño —acusó ella—. Entras a mi apartamento sin permiso, estás herido y manchado de sangre. Pasaste la noche aquí...

—Vamos, bonita, eres inteligente. Sabes sacar las conclusiones por ti misma. No necesitas que te ayude.

—Por qué estás herido? —Viktor sonrió.

—Ya te contestaré. Por lo pronto quiero que me escuches. Tengo una petición que hacerte.

Michaela salió de debajo de las sábanas cuando alguien llamó a la puerta de su habitación. La puerta se abrió y apareció la abuela Agatha.

—No irás a clases? —le preguntó.

—No, abuela. Tengo permiso de David para quedarme.

—No me dijo nada. Abajo está Peter.

—Qué? —exclamó Michaela, y salió de la cama—. Por qué?

—Tal vez pensó que sí irías a clase. Dijo que pensaba acompañarte por el camino.

—Acompañarme? Para qué?

—Como que para qué? Fuiste secuestrada! Tal vez todavía corres peligro.

—Se lo pediría David? —se preguntó Michaela, y descalza y en pijama como estaba, bajó a la sala. Allí estaba Peter, con su sempiterna mochila, que parecía llevar ladrillos dentro, pues siempre colgaba de su hombro como si llevara mucho peso.

—Peter. Qué haces aquí? —él se giró a mirar cuando escuchó la voz, y al verla en pijama, y notando que además ella no llevaba nada debajo, como por ejemplo, sostén, miró a otro lado con el rostro

sonrojado.

—Ah... no estás lista...

—Lista para qué?

—No irás a clase? —preguntó él sin mirarla aún. Michaela frunció el ceño y se acercó más para ponerse delante de él.

—Podrías mirarme cuando me hablas?

—Pero es que tú...

—Yo qué? —Agatha puso sobre sus hombros un pequeño cárdigan, y Michaela cayó en cuenta de que a través de su pequeña pijama se veían sus pezones. Ok, ahora estaba avergonzada. Se abrochó el cárdigan tratando de reponerse y volvió a hablar con voz serena—. Ya puedes mirar—. Él giró la cabeza como un muñeco de cuerda con problemas, y Michaela no resistió la tentación de reírse. Unos abusaban para mirar, otros, ni teniendo la imagen delante abrían los ojos. Había hombres muy diferentes unos de otros, pensó, y aquello, de alguna manera, le hizo sentirse mejor.

—No irás a clase? —preguntó él, Michaela miró el reloj de la sala.

—Me esperarías mientras me doy una ducha y me visto?

—Claro.

—Me daré prisa.

—No hay problema—. Michaela volvió a sonreír y subió a prisa las escaleras. La abuela Agatha miró a Peter de reojo desde donde estaba.

—Díselo, niño.

—Qué?

—Lo que sientes. Díselo.

—No sé... No sé de qué habla, abuela—. Agatha giró los ojos en sus cuencas con impaciencia.

—Hazlo pronto. Conociéndote, para cuando reúnas el valor, ella ya se habrá casado y tenido hijos—. Y dicho esto, se internó en la cocina para prepararle el desayuno a su nieta.

Marissa dio otro paso atrás mirando a Viktor. Éste se puso en pie apoyando su mano derecha en la parte alta del brazo izquierdo, donde tenía la herida.

—No tengo mucho tiempo —empezó a decir él—, por eso no esperes demasiada elocuencia de mi

parte. Lamento mucho lo que le pasó a Michaela, pero créeme, si no colaboras conmigo, será peor.

—Lo que le pasó a... Qué sabes tú de eso? Por qué conoces el nombre de la hermana de David?

—Oh, sé más de lo que te imaginas. Acaso cómo crees que me gané este balazo? —Marissa sintió como su corazón se agitaba. Qué tenía que ver Viktor Ivanov, un ejecutivo de H&H con un problema de trata de blancas? Hasta donde ella sabía, eso era lo que había ocurrido con Michaela, un caso que, lamentablemente, sucedía muy a menudo en el mundo.

Sacudió su cabeza como si así pudiera espantar las ideas que se le venían a la mente.

—Vaya, parece que Hugh nunca te dijo nada. Déjame ilustrarte — siguió diciendo Viktor, dando otro paso al frente—. Es un simple lío de dinero, de muchísimo dinero. El objetivo es hacernos con H&H. algún día seremos los dueños, y hemos invertido mucho tiempo y trabajo para conseguirlo. Sin embargo, una persona empezó a retrasar nuestro trabajo—. Marissa lo miró palideciendo.

—Sí, David —contestó Viktor a su silenciosa pregunta—; metió las narices donde no debía. Tal vez sólo quería hacer las veces de salvador, o quedar bien ante el jefe, y ganarse así tu mano. Como sea; en represalia, su hermana menor iba a ser enviada lejos. Fueron un blanco fácil, no estaban protegidos como tú y el mismo Hugh, y no nos convenía tenerlo merodeando por allí. No quise matarlo, así que pensé que con Michaela desaparecida y él preocupado y buscándola, olvidaría el asunto y lo dejaría todo así.

—Qué!? —preguntó Marissa espantada. Nunca se hubiera imaginado algo como esto. ¿Hasta dónde podían llegar entonces estas personas?

—Qué tienes que ver tú en todo esto?

—Ah, yo soy parte de la organización, una parte crucial. Tengo mucho poder allí, pero también tengo superiores, y éstos están empezando a impacientarse.

—Y por dinero... por dinero estuvieron dispuestos a arruinarle la vida a una simple adolescente? —preguntó, recordando el miedo reflejado en los ojos de Michaela, sus lágrimas, la manera como se aferraba a David.

—Preciosa... Por dinero, el hombre es capaz de venderle su alma al diablo.

—Entonces quédense con el dinero! —gritó Marissa—. Yo, como heredera, les daré todo lo que me pidan, pero dejen a David en paz, y a su familia!

—Muy heroico —se burló él—, muy loable de tu parte, pero es demasiado tarde, bonita—. Viktor sonrió y Marissa odió esa sonrisa.

Desafortunadamente, no tenía un arma en la mano para dispararle en toda la boca—. Ya empezamos el trabajo; no queda más que terminarlo.

—Y para eso estás aquí? Para matarme y así tener ocupado no sólo a David, sino también a mi padre?

—No, no, no. Eso sería demasiado... prosaico.

—De qué estás hablando?

—Asesinarte a ti, o a David, o a Hugh complicaría innecesariamente las cosas; demasiados ojos encima de todos, no. Me gusta hacer las cosas con estilo.

—Eres un maldito hijo de puta —Viktor rió entre dientes.

—Me encantas, sabes?

—Vete al infierno!

—Oh, ya estoy en él. Vivo en él—. Respiró profundo—. A lo que vine —dijo, mirándola con ojos entrecerrados—. Quiero un simple favor.

—Por mí, muérete.

—Deja a David —insistió Viktor y Marisa lo miró pestañeando repetidas veces.

—Qué? —preguntó, confundida.

—Por qué no me crees cuando te digo que no lo quiero matar?

Prefiero verle hundirse en la desesperación—. Marissa meneó su cabeza negando—. El asunto es muy sencillo; Hugh lleva años tras nosotros, y no hace más que dar vueltas como un perro que persigue su propia cola; lo tenemos controlado. Pero David es cosa seria, él dio, luego de unas pocas semanas trabajando en la empresa, con uno de los puntos más sensibles de todo. Tenemos que ocuparnos de él. Si muere, suscitaríamos demasiadas preguntas... y sería demasiado sospechoso en caso de que otra persona sepa de sus hallazgos. No queremos dar tal alerta—. Marissa seguía negando con su cabeza—.

Le estoy salvando la vida —sonrió Viktor—. Así que lo más adecuado es esto que te propongo: déjalo, termina esa relación con él, y ya.

—Qué bajo eres.

—Está muy enamorado de ti, le destrozará el corazón. No es más bonito eso que una bala en su cabeza?

—Siempre has tenido envidia de David —lo acusó Marisa mirándolo con desprecio—. Te creías enamorado de mí e insististe por bastante tiempo. No pudiste soportar que alguien como él lograra enamorarme.

—Te das mucho crédito, pero tienes razón... en parte—. La mirada de Viktor se transformó, y Marissa sintió un frío recorrerla cuando dijo—: Lo odio. No quiero matarlo, eso sería demasiado sencillo; quiero destruirlo, y tú eres perfecta para eso. Estuve a punto de conseguirlo con Michaela, pero se nos escapó de las manos.

—Estás muy equivocado si crees que voy a caer en tu juego. Antes te denunciaré, haré que te pudras en la cárcel.

—No estoy jugando, Marissa.

—Cometiste un error viniendo aquí a tratar de intimidarme. Crees acaso que soy tonta? Que no tengo nada en el cerebro? Ahora sé quién eres, y lo que planeas. Si doy la voz de alerta...

—No harás nada. Porque si no me das tu promesa ahora mismo de que lo dejarás, daré la orden para matarlo, y no me importará...

—No! —gritó Marissa, asustada. Viktor volvió a reír.

—Ves que es más sencillo?

—Por qué? —reclamó Marissa con el pecho agitado—. Por qué, maldita sea, por qué?

—Porque así es la vida. Entonces. Lo dejarás?

—No puedo hacer tal cosa!

—Ingéniate.

—Acaso nunca has tenido una relación verdadera con ninguna persona? Éstas no se pueden romper así nomás! —una extraña sombra pasó por la mirada de Viktor, y se acercó a ella aún más.

—No, no soy experto en relaciones, pero algo sé de ellas: todas tienen un punto débil—. Cuando Marissa lo miró confundida, siguió—: Busca el punto débil de la tuya, y acaba con ella. Tienes una semana para conseguirlo—. Marissa se echó a reír, más desesperada que aterrada.

—Qué sucias artimañas tejes, Viktor. Tú no estabas tan enamorado de mí como para desearme a ese nivel. No me quieres; déjanos en paz!

—Ya no quiero que nadie esté en paz. No me da la puta gana de dejar a David en paz.

—Por qué, qué te hizo?

—Tiene el odio una razón de ser? Lo odio y punto. Usaré lo que tenga a mi mano para acabar con él.

—No lo haré.

—Tienes una semana...

—No lo haré! —Viktor la miró de arriba abajo y volvió a sonreír.

—Eso lo veremos.

Marissa se quedó quieta como una estatua y él pasó por su lado para salir por la puerta principal. Toda ella estaba temblando, y de inmediato tomó su teléfono para hacer todas las llamadas posibles. Pero cuando la operadora del 911 le contestó, no dijo nada. La imagen de Michaela llorando vino a ella como una advertencia. Si Viktor había hecho esto para destruir a David y conseguir sus propósitos, no se detendría hasta llegar al final. Era un hombre de cuidado.

Cortó la llamada y empezó a caminar dando vueltas por su sala. Algo se le tenía que ocurrir, algo tenía que hacer.

No iba a romper su relación con David sólo porque a un maniático se le antojaba. No lo iba a hacer.

Michaela miró de reojo a Peter, que estaba sentado a su lado en el autobús y en silencio.

Tenía muchas cosas que preguntarle, pero comunicarse con este hombre nunca había sido fácil, parecía que él pusiera una barrera para que ella ni siquiera pudiera decir nada.

Le gustaba bromear y tener oportunidad de reírse de las personas; con ellas presentes, claro. Con Maurice eso era muy fácil, y con David; pero con Peter no. Todavía dudaba de lo que decía Gwen, que estaba enamorado de ella. Él no lucía como alguien enamorado.

—Dicen que ayudaste a salvarme —empezó a decir, y él pareció sorprendido al escuchar su voz, como si hubiese olvidado que a su lado iba ella—. Me gustaría que me explicaras qué fue lo que hiciste—.

Él tragó saliva y bajó la cabeza.

—No fue... no fue nada heroico, ni grandioso.

—Pero David está de acuerdo con que fue gracias a ti. Tengo curiosidad.

—No fue nada.

—Peter —insistió ella mirándolo fijamente, y él miraba a cualquier lado menos a ella—. Deja de quitarte el crédito. Quisiera poder agradecértelo como se debe. Me salvaste de un futuro siniestro, de una mancha que no hubiese podido borrar jamás. No sé qué hiciste, pero fuera lo que fuera, salvó mi vida y mi... integridad.

Peter estaba en apuros, y empezó a sentir comezón en la nuca, los brazos y el pecho. Que ella lo ignorara era mejor a que lo odiara, y decirle lo que había hecho era llamar su odio. Pero ella estaba insistiendo, estaba sentada a su lado, mirándolo fijamente, al fin, pero exigiendo respuestas.

Había venido esta mañana porque no podía dejar de pensar en que aún estaba en peligro. Imaginársela sola tomando el autobús para ir a la escuela le hacía sentirse inquieto, y no podía dejarle este encargo a nadie. Anoche le había preguntado a David si planeaba ponerle alguna especie de vigilancia, y él había respondido que sí, pero que no tenía los recursos para hacerlo ya mismo. Por unos días ella estaría desprotegida, o tendría que dejar de ir a la escuela, así que había venido sin pensárselo mucho. No imaginó que esto se prestaría para las preguntas que ella ahora estaba haciendo. Hubiese preferido que nunca supiera que había participado en su rescate.

La miró por un momento, y ella no le quitaba la mirada de encima.

Michaela tenía los mismos ojos de David, de un café verdoso, pero en ella se veían más hermosos, más... no sabía exactamente por qué, tal vez eran sus pestañas rizadas, o las cejas que enmarcaban tan bien su rostro. El cabello de Michaela era castaño claro y caía abundante sobre su espalda, y ahora lo llevaba recogido en una trenza larga que caía sobre su pecho. Ella era preciosa, y nunca habían pasado tanto tiempo así, cerca el uno del otro.

“ Declárate y acaba con eso” , había dicho Daniel, el amigo de David.

Para eso necesitaba valor.

—Está bien, no me quieres decir —dijo Michaela mirando a otro lado y cruzándose de brazos pareciendo molesta—. No te entiendo, realmente.

Un nudo se atravesó en su garganta. Siempre había querido sostener con ella una conversación, siempre había pensado que serían buenos amigos si tan sólo él superara su timidez. Carraspeó un poco y habló.

—Es que... no fue muy honesto lo que hice —dijo. Michaela lo miró abriendo un poco más sus ojos, intrigada—. Yo... yo... —el autobús en el que iban se detuvo y Michaela vio que ésta era su parada. Se puso en pie rápidamente obligándolo a él a hacer lo mismo.

Tal vez estaba salvado, pensó. Ya no tenía que decir lo que había hecho.

—Tú qué? —insistió ella una vez abajo, de pie en la parada, sin intención de avanzar un paso y echando por tierra la vaga esperanza de no tener que hablar del asunto.

—Vas a llegar tarde.

—Ya llegué tarde. Entraré al segundo bloque. Tú qué, Peter? —bien, no había podido eludir el tema, no lo había salvado la campana. Metió las manos en sus bolsillos y se miró los pies.

—Yo miré tu correo—. Michaela lo miró largamente y en silencio. Peter le sacaba una cabeza, y ahora mismo estaba vestido con una chaqueta negra con capucha y zapatos de cordones blancos. Su cabello castaño oscuro, como siempre, le tapaba la frente y parte del rostro, y los ojos verdes miraban al suelo.

—Qué quieres decir con “ miré tu correo” . Explícate.

—Yo lo hackeé —soltó él de repente, y ésta vez la miró directamente—.

Soy un hacker.

Michaela elevó ambas cejas abriendo un poco su boca. Contrario a todo lo que Peter había imaginado, Michaela se echó a reír. Se puso una mano en la boca y rió bastante, como si la divirtiera mucho lo que acababa de escuchar.

—Esto es increíble —dijo, y echó a andar, aún con accesos de risa.

Peter fue detrás.

—Lo siento.

—Lo sientes —repitió ella meneando su cabeza.

—Estaba... No sé qué se me metió en la cabeza. Yo simplemente... Lo siento.

—No sé si pueda creerte cualquier cosa que me digas ahora. No respetas la privacidad de las

personas y traspasas muy fácilmente los límites—. Él no dijo nada, simplemente se mordió los labios, recibiendo en silencio las acusaciones—. Es ese tu deporte? –preguntó ella con voz un poco dura—. Cuando estás aburrido y sin nada que hacer entras al correo de las demás personas? –él guardó silencio y ella se giró a mirarlo—. Tu silencio me dice que lo haces bastante a menudo—.

No soportando su mirada acusadora, él simplemente miró el suelo.

Michaela lanzó un gruñido de exasperación y siguió andando hasta llegar al jardín de entrada del edificio de la escuela.

—Ya puedes dejarme –dijo, pero él no dejó de seguirla—. Aquí no me sucederá nada. Oh, espera, en mi correo no decía que hoy haría algo loco, así que... por qué me sigues?

—Michaela...

—Wow! Hablaste! –llegaron a la misma puerta de entrada y Michaela se giró a mirarlo. Él tenía los labios apretados, y tragaba saliva como si tuviera muchas cosas que decir pero estuvieran atragantadas en su garganta. Respiró profundo y permitió que un poco de ese enfado se evaporara—. Supongo que debo estar agradecida –dijo con voz un poco más suave—. En el correo estaban todas las conversaciones que sostuve con esas personas, las notificaciones y todo el proceso para viajar. Me salvaste la vida y te lo agradezco infinitamente. Pero... Pero ahora no sé si eres alguien en quien puedo confiar. Temo que si te acepto en el Facebook, lo hackees también—. Él frunció el ceño y se encogió de hombros.

—No necesitas agregarme para que lo haga.

—Eres un cínico! –gritó Michaela.

—Pero no lo haría! –exclamó él—. Nunca lo haría.

—Miraste mi correo! Qué otra cosa eres capaz de hacer? –él la miró a los ojos y Michaela vio dolor en su mirada.

—Recibí un correo spam de parte tuya ese día –dijo—. Uno de esos correos que se reenvían solos, y era spam porno.

—Qué?

—Me preocupé...

—Yo no te envié esa porquería.

—Por supuesto que no! Pero eso sólo sucede cuando un correo ha sido vulnerado.

—Y tú, en vez de decirme lo que sospechabas...

—Sí, entré y miré. Tu contraseña fue muy fácil de violar, tu cumpleaños y el de tu hermano.

—No era tan fácil. Son bastantes dígitos.

—David es mayor que tú, así que obviamente su cumpleaños iría antes que el tuyo.

—Ah, vaya!

—Me preocupé y quise mirar quién podía haberte hackeado el correo antes, así que lo hice. Fue cuando vi todos esos correos de extraña procedencia y me di cuenta de todo lo que habías estado haciendo y lo que estabas a punto de hacer—. Michaela lo miraba fijamente y con la respiración agitada—. Vi que tenías planeado viajar ese mismo día, y que por otro lado tú estabas haciendo lo posible por salir del país sin que tu hermano se enterara. He visto eso muchas veces antes. Con mis amigos de los foros sabemos cómo proceden estas personas y cuál es su objetivo. Intenté localizarte, pero no me fue posible, así que en última instancia, alerté a tu hermano.

Michaela tragó saliva y lo escuchó en silencio. Los ojos se le llenaron de lágrimas, sólo por recordar el infierno que había sufrido durante esas veinticuatro horas. Pensar que su salvador había sido este chico de aquí adelante, que también había invadido su privacidad, la llenaba de un sentimiento extraño y contradictorio. Por un lado quería abrazarlo por haber hecho lo que hizo, y por el otro, quería darle un puntapié.

—No tengo nada que esconder en mi correo —susurró ella cruzándose de brazos—. Como pudiste ver, no tengo novios a escondidas, ni oculto gustos vergonzosos... pero... era mi correo —una lágrima rodó y Peter se llevó una mano a la cabeza rascándose, inquieto, con deseos de hacer algo por evitar que ella llorara, y odiándose por ser él el causante.

—Te juro que jamás en la vida, jamás, jamás, jamás... por mi hermana y por mi sobrina, que no lo volveré a hacer. No me odies, Michaela. No me odies, por favor —ella se secó las lágrimas con el dorso de la mano y lo miró nuevamente.

—No lo vuelvas a hacer.

—Te lo juro por mi vida.

—Por tu vida? Es tan importante? —él la miró y Michaela encontró que en ese momento, esos ojos estaban hablando más y mejor que mil cartas y cientos de declaraciones. Sí, para él era importante. Ya no puso en duda que Peter la quisiera, tenía en sus manos el corazón de alguien y eso la hizo sentirse... rara.

Respiró profundo. Las personas querían todas de maneras diferentes. David lo demostraba de una forma, y Peter, de otra. Ahora tenía que lidiar con esto también.

—Está bien —susurró, y se secó del todo los ojos y las pestañas húmedas—. Está bien. Ya que me juras que no lo volverás a hacer, te creeré. Te creo también que lo hiciste no por el morbo de saber qué esconden las otras personas, sino por una circunstancia en especial—.

Él asintió como corroborando sus palabras, y eso la hizo sonreír.

Sospechaba que él aceptaría ahora cualquier cosa que dijera.

Sonrió mirando alrededor y sintió que su corazón se sentía diferente, su vida tenía ahora otros propósitos. No estaba segura de cuáles eran, pero para eso le quedaba el futuro, para averiguarlo.

—Ya tengo que entrar —él asintió nuevamente en silencio—. Gracias por traerme.

—No fue nada.

—Y gracias por... ya sabes, todo lo que hiciste. Por ayudarme tanto.

—Lo volvería a hacer. Quiero decir, no lo que... —Michaela volvió a reír, y ésta vez él sonrió también.

—Sé a lo que te refieres.

—Bien—. Se miraron el uno al otro en silencio, ella esperando que él dijera algo más, él sin deseos de irse. Pero sonó la campana del cambio de clases dentro y él tuvo que dar la media vuelta y marcharse.

Michaela se permitió sentirse decepcionada. Había esperado que dijera algo luego de todo lo que habían hablado. Bueno, tendría que esperar.

Y luego se dio cuenta de que, en caso de que él se le declarara, ella no sabría qué decirle.

Marissa entró a las oficinas de H&H con pasos largos y decididos. iba hablando por el teléfono furiosa, así que Lisa, su secretaria, tuvo que seguirla en silencio.

—Así que esa es la excusa que dio? —iba diciendo Marissa—. No me importa las razones que diera, yo sólo exijo que se cumpla mi petición y despidan a ese hombre de inmediato! —Lisa la miró un poco sorprendida. Nunca había visto a su jefa así—. No me interesa si de él dependen la mitad de las familias de New Jersey. Lo quiero fuera! Soy copropietaria del edificio, y en caso de que no se me acate... Ah, comprende al fin! Si no puede vigilar bien una maldita puerta, que se vaya a hacer otra cosa. Gracias! —exclamó ella cortando la llamada con algo de violencia. Lisa la observó respirar profundo, caminar dando vueltas por la oficina como si tratara de calmarse a sí misma.

—Todo bien, jefa?

—No! Todo mal!

—Puedo ayudar en algo? —Marissa la miró por un par de segundos.

—Lamentablemente, no—. En el momento la cara de David asomó por la puerta y le sonrió guiñándole un ojo. El rostro de Marissa se iluminó de inmediato con una sonrisa—. David! —él entró y ella prácticamente corrió a él para abrazarlo.

—Vaya... hace sólo un par de horas nos despedimos —susurró él, y por el rabillo del ojo vio a Lisa retirarse y cerrar la puerta.

—Es sólo que... —él la besó, y Marissa le respondió al beso con ansia. Deseaba poder esconderse

con él en algún lugar seguro hasta que la tormenta con todos sus desastres pasara.

—Te amo —susurró David, y ella le respondió con otro beso—. Pero tengo que dejarte —siguió diciendo él, y Marissa sintió un nudo en el estómago tan apretado que dolió.

—Qué?!

—Tengo que salir con Hugh, no podremos vernos sino hasta la noche.

—Ah... Ah, era eso—. Sonrió aliviada. David la miró ceñudo.

—Está todo bien?

—Sí, sí... Quiero decir, no. Tenía algo importante que decirte.

—Importante? Mmm... tendrá que ser en la noche.

—Está bien —asintió ella—. Te esperaré para irnos juntos.

—Claro—. Él volvió a besarla y salió de la oficina. No bien estuvo él fuera entró Viktor tocando un par de veces la puerta.

—Qué haces tú aquí? —Exigió saber ella—. Qué demonios viniste a hacer?!

—Aquí trabajo.

—No. Trabajabas. Hoy renuncias. Hoy te largas de aquí.

—Eso no será posible.

—Llamaré a la policía y...

—Si de verdad lo pensaras, ya habrías llamado, linda—. Ella sintió unas fuertes ganas de escupir. Escupirlo a él—. Por qué no has llamado ya? —sonrió Viktor—, porque no puedes. Te tengo en mis manos, señorita Hamilton.

—No te lo crees ni tú.

—Sabes que soy capaz de cualquier cosa con tal de conseguir mis objetivos.

—Pero esta vez no será así. Te hundiré, Viktor.

—Te estás poniendo difícil innecesariamente. Ya empezaste a hacer lo que te dije? Me pareció que David salía de aquí demasiado sonriente para ser alguien a quien su novia le termina.

—No lo haré.

—No me toques las pelotas, Marissa...

—Ah, de veras? Y es que crees que yo estoy jugando? Vete ahora mismo de H&H —dijo ella entre

dientes y señalándole la puerta con su índice—. Lárgate ya mismo. No quiero verte aquí. Si no lo haces, te juro que...

—A ver —preguntó él con una sonrisa—. Dime, sorpréndeme.

—Te juro que no habrá cloaca lo suficientemente grande para que te escondas. Me oíste, grandísimo hijo de perra? —Viktor sonrió.

—Es tu última palabra?

—Escóndete. Mañana mismo la policía irá por ti para meterte en la cárcel.

—Vale —dijo Viktor enseñando las palmas de sus manos en señal de rendición—. Lo que tú digas, princesita—. Marissa mantuvo los dientes apretados hasta que Viktor salió. Lo vio ponerse una mano sobre el brazo herido, como si se moviera con dificultad, y cuando estuvo sola, respiró profundo. Esta noche hablaría con David y su padre y les contaría todo. Lo habría hecho ya mismo, pero él tenía afán y no era asunto de hablarlo por teléfono.

Necesitaba que la noche llegara pronto.

Michaela miró a todos lados esperando ver a Peter. Él no estaba por allí.

Ya era la hora de salida, y le sorprendió un poco verse a sí misma esperándolo.

—Te acompañaré —dijo Gwen tras ella—. No pienso dejarte sola—.

Michaela sonrió. Gwen se había sorprendido mucho cuando la vio entrar a clase esa mañana, y a la hora del descanso tuvo que contarle con pelos y señales todo por lo que había tenido que pasar.

—Gracias, pero...

—No hay pero que valga. Mientras no capturen a todos esos malditos...

—Creo que exageran. Yo me les escapé, no creo que tengan tiempo para venir por mí. Ni que fuera la gran cosa—. En el momento vio a Peter en la acera del frente, recostado bajo la sombra de un árbol y mirándola fijamente—. Además —dijo—, ya tengo guardaespaldas.

—De veras? Quién!

—Peter—. Gwen la miró sorprendida.

—Ya se te declaró?

—No.

—Ah! Qué le pasa a ese hombre? Qué impaciencia!

—Para qué quieres que se declare?

—No lo sé, pero, hasta cuándo va a estar callado? —Michaela hizo una mueca y lo comprendió todo. Peter sabía que ella no podía darle una respuesta satisfactoria ahora, por eso callaba.

Frunció el ceño cuando se dio cuenta de que hoy estaba leyendo y comprendiendo muy bien los silencios y sentimientos de este hombre.

Era para asustarse.

—Deja que las cosas se den por sí solas. No presiones.

—Pff, si tú lo dices. Entonces, te vas con él?

—Créeme, no tengo otra opción.

—Tú no pareces muy disgustada—. Michaela sonrió y se despidió de Gwen con un beso en la mejilla. Caminó en la dirección en la que se hallaba Peter y lo miró alzando a él su rostro.

—Creí que estudiabas —le dijo por todo saludo. Peter pestañeó, había estado concentrado mirándola.

—Ah, sí, pero no a esta hora.

—Vale. Vamos? —echaron a andar juntos y en silencio hacia la parada de autobús, el uno al lado del otro, con mil cosas que decir, pero callándolas todas.

David y Marissa llegaron a casa y ella estaba un poco seria. Prefirió estar en la seguridad de su habitación para hablarle de lo que le había sucedido esta mañana, así que tampoco en el camino le había dicho nada. Era algo demasiado delicado, y sospechaba de todo y de todos. Mejor estar en un lugar seguro.

—Tienes hambre? —le preguntó él quitándole el abrigo.

—No, realmente.

—Bueno, yo sí. Debe haber algo en el refrigerador...

—Ah, eres tú —dijo Michaela saliendo a la sala. Al ver sus ojos preocupados, David preguntó:

—Qué pasa?

—La abuela no llega. Regresé de la escuela y no estaba. Mira la hora que es! —David tomó de inmediato su teléfono marcando al número de Agatha—. Ya yo lo intenté —le informó Michaela—, no contesta.

—Tal vez se retrasó...

—En qué? Ella nunca se toma tanto tiempo fuera de la casa. A esta hora siempre está aquí... Oh, es ella! —los tres corrieron a la puerta de entrada, y efectivamente, Agatha entraba, a paso lento, cojeando.

—Abuela, qué te sucedió! —exclamó David, y sin pensárselo dos veces, la alzó en sus brazos para dejarla sobre el sofá con suavidad—.

Te caíste? —Marissa miró un poco aterrada a la abuela. Tenía raspaduras en los codos y las rodillas, pero no se quejaba—. Dime qué te sucedió! —casi gritó David.

—Yo... —empezó a decir Agatha—. Me... me asaltaron.

—Qué?! —gritaron Michaela y David al tiempo. Marissa sintió su corazón acelerarse en su pecho.

—Cuándo! Dónde!

—Hay que llamar a la policía!

—Te hicieron algo? Te llevamos al médico?

—No, no... es que me caí y...

—Ay, Dios, abuela! —sollozó Michaela abrazándola, y ésta se quejó como si algo le doliera.

—Te llevaré ya mismo al médico.

—No es necesario...

—Te quitaron el bolso?

—Sí... ahí llevaba el dinero de la compra y el teléfono. Lo siento, David.

—No te preocupes, eso no importa ahora. Llamaré ya mismo a la policía y haré el denuncia...

—Le viste la cara a los asaltantes? —preguntó Michaela con los ojos húmedos de miedo y dolor al ver la expresión y las heridas de su anciana abuela.

—No, no... fue todo tan rápido. Y extraño. Esa zona es segura.

—Ay, Dios, qué le pasa a esta familia? —exclamó Michaela volviendo a abrazar a Agatha—. Todo nos está pasando a nosotros! —Marissa pestañeó sintiéndose tremendamente culpable, y sus ojos se llenaron de lágrimas. David hablaba por teléfono haciendo el denuncia a la policía, y Agatha intentaba tranquilizar a su nieta fingiendo que nada le dolía.

Michaela se había salvado de una violación por un milagro y ahora a la abuela la asaltaban. Si no se alejaba de David tal como quería Viktor Ivanov, cosas peores que estas sucederían.

El corazón le dolió profundamente. No fue capaz de moverse, ni de pensar en nada, con la mente de repente en blanco.

Vio, como a través de un espejo de agua, que David ayudaba a su abuela a ponerse de nuevo en pie y la llevaba hasta su habitación.

Que Michaela tomaba el teléfono llorando y llamaba a alguien. Qué hacía ella aquí? Entre más tiempo pasara con ellos, más peligros corrían.

Viktor acababa de demostrarle que no tenía escrúpulos. Que rebasaría cada límite con tal de conseguir lo que quería.

Se secó una lágrima y subió tras David a la habitación de Agatha para ver en qué podía ayudar. Era lo mínimo que podía hacer ahora.

Marissa daba vueltas en la sala de su habitación, no se había quedado con David en su casa y había preferido venirse aquí, estar a solas y pensar. Estaba segura de que no podría dormir, así que tendría que idear un plan lo bastante inteligente como para llegar al fondo de todo.

Tenía que dejar a David, por lo menos temporalmente, y se preguntaba cómo tomaría él el asunto.

Cerró sus ojos con fuerza cuando concluyó que hiciera lo que hiciera le haría daño a David, y por ende, a sí misma. Cómo iba a hacer ella para dejar adrede al amor de su vida? De dónde sacaría las fuerzas?

Podía infringirse a sí misma tanto dolor sin vacilar?

Pero el miedo le tenía las salidas bloqueadas, Viktor había demostrado sin dejar lugar a la duda que cumpliría su amenaza. Había comprobado con sus propios ojos que no tenía escrúpulos; lo de Michaela había sido sádico, y lastimar a la abuela Agatha era simplemente diabólico. No quería que le hicieran más daño a él o a su familia, y por alguna razón, también estaba segura de que ni si le ponía alrededor mil guardaespaldas, estaría a salvo.

Frunció el ceño y miró alrededor como si entre sus muebles pudiese encontrar una alternativa.

Lo que era claro era que Viktor debía ser capturado, pero según lo que él mismo había dicho, él no era el pez gordo, así que capturarlo a él no acabaría con la pesadilla.

Tal vez tenían algo planeado para estos días, pensó. Viktor estaba desesperado por quitar a David de en medio y era por algo importante.

Él había dado sus razones para no asesinarlo directamente, pero esas razones eran tan frágiles como cáscaras de huevo; no podía fiarse de que mantendría su promesa, en cualquier momento cambiaría de parecer, y si eso pasaba, ella se moriría con él.

Le era molesto darse cuenta de que habían tenido a ese malnacido frente a sus narices todo este tiempo y no se habían dado cuenta de lo que tramaba. La intuición no podía haberles fallado tanto... Y entonces recordó que a David nunca le había gustado Viktor, que lo miraba con sospecha... Tal vez eso había desencadenado todo, y ahora él estaba en peligro por una simple corazonada.

Parpadeó para ahuyentar sus lágrimas cuando llegó al fin a una decisión, caminó a su habitación y se desnudó para meterse en la ducha.

Tendría que jugar el juego de Viktor, no sabía por cuánto tiempo, pero ella no se metería en esa locura sin haber capturado primero un as bajo la manga.

La gente cometía el mismo error con ella siempre, el estereotipo dictaba que si eras rubia y guapa, por ende, tu cerebro estaba vacío.

ba a demostrarle a más de uno que, al menos en su caso, nada estaba más lejos de la verdad.

Marissa entró con paso firme y decidido al edificio de las oficinas centrales de H&H. Entró directamente al ascensor casi sin mirar a nadie, y ya en el ascensor, se quitó el abrigo de encima de los hombros y lo plegó en su brazo.

Se detuvo en el piso de las oficinas de los más altos ejecutivos, y moviendo la cabeza apenas para devolver el saludo a los empleados que ya circulaban por allí, entró a la oficina de Viktor sin tocar. Lo encontró hablando por teléfono, pero al verla, cortó enseguida la llamada y la miró fijamente con un interrogante en la mirada.

—A qué debo el honor? —le preguntó con voz suave. Marissa entrecerró sus ojos y se acercó varios pasos a él.

—Vengo a decirte que haré lo que me pides. Terminaré mi relación con David.

—Ah...

—Pero también vengo a hacerte una advertencia.

—Claro, lo que digas...

—Como le toques un solo cabello a él o a su familia, estás muerto. Me escuchaste? Muerto y enterrado.

—Sí, sí...

—No estoy jugando, Viktor—. Él la miró a los ojos, y sonrió. Marissa estaba preciosa con su vestido de paño blanco, sin mangas y de cuello alto. Llevaba joyas no muy llamativas, como siempre, y hoy traía el cabello recogido en alto, tal vez para acentuar su imagen dura y decidida.

—Lo sé —le contestó.

—Además, si quieres que las cosas de verdad salgan bien... voy a necesitar tiempo. Si en este momento le dijera a David que la relación se terminó, no me va a creer, o pensará que hay algo detrás de todo esto.

—Vaya, sí que cuidas los detalles.

—Necesitaré por lo menos una semana...

—Cuatro días.

—Una semana —insistió ella. Viktor meneó la cabeza.

—No hay tanto tiempo—. Intrigada, Marissa ladeó un poco su cabeza.

—Qué sucederá en cuatro días?

—No es tu problema, de todos modos. Cuatro días deben ser suficientes—. Marissa tragó saliva. Le quedaban cuatro días al lado de David.

—Y una cosa más —siguió ella—. Voy a hacer que pagues todo lo que has hecho. El daño a Michaela, a la abuela Agatha, y todo el sufrimiento que le estás causando a David. Todo eso te lo voy a hacer pagar.

—Vaya. Por qué no dices que me harás pagar lo que le estoy haciendo a tu herencia?

—El dinero se recupera, pero la integridad de las personas no. Lo que les hiciste fue ruin, muy digno de ti, y te lo haré pagar —Viktor sonrió mirando a otro lado—. Es un juramento, Viktor —sentenció Marissa con mirada dura.

—No me das miedo, Marissa.

—Oh, deberías, porque te estoy hablando como una persona que ya no tiene nada que perder. Llegaré todo lo lejos que sea necesario para vengarme de ti—. Y sin añadir nada más, dio la media vuelta y salió de la oficina.

En uno de los pasillos, David tropezó con ella, y al verla, sonrió.

—Wow! Estás preciosa! —le dijo. Ella le sonrió, pero como tenía los ojos humedecidos y no quería que la mirara demasiado bien, le tomó el rostro y lo besó duramente. Acto seguido, lo soltó y siguió su camino.

David se llevó los dedos a los labios, sintiendo que de repente sus rodillas se habían aflojado. Luego de un minuto entero allí de pie, sin darse cuenta de que alrededor todos lo miraban cuchicheando, se dio la vuelta y siguió a Marissa a su oficina.

—Qué fue eso? —preguntó con una sonrisa.

—Quería besarte.

—Nunca haces ese tipo de... y menos delante de los empleados.

—Quería. No puedo?

—Bueno. Sí... estuvo genial —ella sonrió. La vio sacar de su bolso un espejo y revisarse el maquillaje—. Tienes... alguna reunión importante hoy? Estás muy diferente a todos los días —Marissa se miró a sí misma.

Hoy había querido parecer un poco imponente, y para eso había elegido este atuendo. Miró a David a los ojos, le quedaban cuatro días con él, y no serían cuatro días hermosos.

—Esta tarde me iré a Chicago. Estaba pensando en invitarte.

—A Chicago? Por... trabajo?

—No, amor. Hay un concierto de Jazz.

—Volarás a Chicago esta noche por un concierto de Jazz?

—Claro que sí, qué tiene de malo? Vendrás conmigo, verdad?

—Sí, claro; espera y confirmo que mi jet privado esté en condiciones – Marissa soltó una risita.

—No seas tonto. Obviamente yo te invitaré. Y tienes razón en eso, iremos en el avión privado de la empresa.

—Está bien que uses el jet para cosas que no tienen que ver con el trabajo?

—Soy la hija del socio fundador y mayoritario. Si no puedo concederme a mí misma este tipo de caprichos, de qué sirve el dinero?

—él la miró frunciendo un poco el ceño.

—Aun así, estoy lleno de trabajo, no creo que pueda acompañarte.

—Amor... —suplicó ella haciendo pucheros con sus labios.

—Si me hubieses dicho con antelación, habría apartado la cita en mi agenda; hoy mismo me es imposible—. Marissa suspiró y tomó su teléfono. Ante la mirada interrogante de David, ella dijo: —Diana me acompañará. Y Nina.

—Mmm, bueno. Que lo disfrutes—. Él dio media vuelta y salió. Al instante, Marissa dejó el teléfono a un lado y respiró profundo varias veces.

“ Toda relación tiene un punto débil” , había dicho Viktor, y lo odiaba por tener razón. Su relación con David tenía un punto débil, uno muy grande.

David salió de la oficina de su novia un tanto confundido. Ella no había preguntado por la salud de la abuela, y anoche se había ido sin decir mucho al respecto. Marissa siempre era muy preocupada por él o su familia, y esta vez ni siquiera se había interesado. Se rascó la cabeza preguntándose si acaso él sólo estaba recargándose demasiado en ella. Últimamente le estaba sucediendo muchas cosas malas, y si hasta él estaba cansado, cuánto más ella?

Al medio día Hugh le pidió tener un almuerzo de trabajo, así que no pudo verse con ella, y a la hora de irse, Marissa simplemente le envió un mensaje de texto diciéndole que se le hacía tarde para abordar el avión que la llevaría a Chicago.

“ Siento no haber ido contigo” , le contestó él, y ella sólo envió una carita sonriente. A la una de la madrugada, el teléfono empezó a vibrar una y otra vez, se despertó un poco agitado, pensando en que quizá era una mala noticia, pero sólo era Marissa enviándole las fotografías en el concierto de Jazz, ella, sus amigas, y unos sujetos que supuso eran conocidos. Parecía un poco ebria y él sólo sonrió. No temía que se fuera a la cama con ninguno de esos niños ricos, Marissa lo amaba a él, y además, si lo llamaba o le enviaba fotografías en medio de su fiesta, era porque aún allá estaba pensando en él.

A la mañana siguiente ella llegó a la oficina luciendo unos lentes oscuros. David la siguió hasta que hubo entrado en la oficina con la intención de puyarla un poco por sus excesos, pero ella no estaba de humor.

—Lo siento —dijo él aún sonriente—. Pero es lo que sucede cuando te pasas de tragos.

—No me pasé de tragos. Y por si estás dudando de mi fidelidad, estuve con Nina todo el tiempo.

—Diana no fue contigo?

—Diana? Diana dijo que estaba en medio de algo. Imagino que estaría toda manchada de pintura y frente al caballete, así que no, no vino con nosotras.

—Bueno, no es nada.

—Oh —interrumpió ella mirando su teléfono—. La nueva colección! — David se asomó, y vio en el teléfono imágenes de abrigos de invierno —. Me acompañarás esta vez, sí? Por favor!

—Dónde es?

—Esta noche, Nueva York. Por favor! Es la colección otoño—invierno de...

—Sí, quien sea. Creo que esta noche sí podré. Llamaré a casa... — Marissa se lanzó a él y lo besó.

—Gracias.

—Es tan importante para ti?

—Esa pregunta es en serio? Cariño, llevamos dos meses saliendo y me preguntas eso? Acaso crees que compro mi ropa en el supermercado?

—Bueno, no... Pero no me imaginé que fueras directamente a las casas de los famosos diseñadores para eso. Creí que como la gente normal, la adquirirías en tiendas—. Marissa lo miró con una sonrisita un poco sobrada.

—Parece que todavía no conoces la influencia del apellido Hamilton, cariño. Hay un grupo selecto de personas a las que se les enseña la colección antes de llevarla a las tiendas.

—Y entre ese grupo selecto estás tú?

—Por supuesto, y Diana... pero Diana odia esas cosas, ella sólo usa camisetas y botas.

—Ya. Por eso me cae bien—. Marissa lo miró ceñuda, pero no le prestó mucha atención y siguió hablando de la nueva colección, de sus colores y materiales, y David tuvo que despedirse rápido cuando ya no soportó oír más acerca del visón y la piel de zorro. Esta era su novia? O

se la habían cambiado por otra?

Ir a la casa del diseñador fue una tortura. Marissa se empeñó en comprar cada prenda que le enseñaban, y luego se antojó de ropa para él. David se negó al menos unas cien veces, pero ella, terca, hizo caso omiso y le compró.

Miró en sus manos un traje negro con cuello de satín, o seda, quién sabe, y aplicaciones de estampado en los bolsillos y el puño. No le gustaba. ¿Se suponía que debía algún día usar esto? Otro traje era de un color en un lado y otro color en el otro. El cuello de la camisa más normal era de animal print, y había un sinnúmero de abrigos de invierno con raros cuellos, rotos, y él no sabía por cuál de todos esos agujeros debía meter la cabeza o los brazos. Sin embargo, Marissa parecía feliz yendo de un lado a otro. Eran los únicos compradores allí, comprobó.

—Está todo precioso, André —exclamó Marissa, y David elevó una ceja. De verdad, qué le veían a esta ropa? Michaela de mal genio podía sacar un abrigo idéntico a este si sólo se dedicaba a hacerlo jirones.

—Y este es tu novio? —preguntó el diseñador, mirando a David de arriba abajo como una cabaretera que evalúa a un posible cliente.

David miró a Marissa ceñudo por someterlo a semejante escrutinio.

—Claro que sí. Odia estas cosas, pero lo arrastré para ver si se enamora un poco de la ropa de diseñador—. El llamado André extendió su mano hacia él, y David dio un paso atrás.

—No te sientas intimidado, sólo quería comprobar la textura de lo que llevas puesto.

—Es tela.

—Claro que es tela; pero no de la mejor calidad, me parece a mí — David miró el abrigo con rotos.

—Es tela, abriga bien, y no está rota. Me sirve para ir a la oficina.

—Qué hombre tan simple —dijo el diseñador mirando a Marissa, preguntándose qué le vería.

—No hables así de mi novio, o dejaré aquí todo lo que acabo de elegir.

—Es simple, pero extremadamente guapo. Me reivindicó? —Marissa se echó a reír.

“ Simple, pero guapo” , se repitió David, ofendido. Y Marissa había parecido satisfecha con esa disculpa.

—Nunca vi que tuvieras estos gustos —dijo David ya en su casa, tarde por la noche. Marissa colgaba su ropa nueva en los percheros de su ropero.

—Es porque empezamos a salir casi tan pronto como nos conocimos.

Para la temporada de fin de año, todos los diseñadores sacan sus nuevas colecciones. No podemos ir por ahí luciendo los mismos abrigos del año pasado.

—Ya. No sabía que era una especie de ley.

—Entre la alta sociedad, sí. Es casi una vergüenza usar un vestido dos veces. Me has visto a mí usar un vestido dos veces, amor? —él hizo cuentas, y cayó en cuenta de que no, nunca la había visto repetir ropa ni siquiera una vez.

Recordó cuando Hugh le dijo que él no sería capaz de darle a Marissa el estilo de vida al que ella estaba acostumbrada. Ahora comprendía que si seguía con el mismo sueldo de ahora, terminaría ella manteniéndolo a él, pues él, Michaela y Agatha, aún tenían y usaban ropa de hacía varios años porque ni siquiera se les había pasado por la cabeza que algo como las nuevas colecciones existían.

Marissa dejó la ropa y de repente se sentó frente a él en su regazo, que estaba sentado en la cama.

—Q... qué...

—Hazme el amor —pidió ella, besando su cuello. Un poco aturdido, él fue cayendo de espaldas, mientras Marissa desabrochaba los botones de su camisa y besaba su cuello y su pecho.

—P... por qué... tan de repente? —preguntó, y frunció el ceño al escuchar su risa.

—Porque quiero.

—No. No, espera... —la alejó un poco, y Marissa se quedó quieta. Era extraño. Siempre que Marissa había empezado a seducirlo, él había caído rendido al segundo toque, pero no era así esta vez.

—Me vas a rechazar? —ellos tenían una historia donde él la rechazaba una y otra vez. No quería que lo interpretara así, pero qué otra cosa iba a entender? Estaba comprobando que había ocasiones en que un hombre simplemente no quería hacer el amor—. Está bien, durmamos —dijo ella, seria.

—Marissa...

—Me daré un baño —lo dejó en la cama y se metió a la ducha. David miró el techo de su habitación preguntándose qué le estaba pasando.

Estaba rechazando a su novia, de la que estaba profundamente enamorado. El otro día incluso se había detenido en una joyería preguntándose si no sería demasiado pronto. Ahora se preguntaba qué tipo de joya debía comprar para que ella pudiera lucirla sin avergonzarse frente a sus amigas.

Marissa salió del baño ya usando su pijama y de inmediato se metió en su cama. No dijo nada, y sólo se acostó. David, sintiendo algo pesado en su pecho, se metió luego en el baño.

Marissa cerró sus ojos con fuerza cuando lo sintió volver a la cama. Él no se había abrazado a ella, ni siquiera le había dicho “ buenas noches” , y así, en silencio, ambos se quedaron dormidos.

Iba amaneciendo cuando David se movió en su cama y sintió el cuerpo cálido de su novia a su lado. Abrió los ojos y la miró dormir. Ella era tan hermosa, y así dormida parecía tan sólo una niña... Sonrió y se pegó a ella; empezó a besarla, a pasear sus manos por su cuerpo, y la respuesta de ella no se hizo esperar. Esta era su Marissa, la había echado de menos estos días.

Marissa abrió los ojos, y sólo vio la cabeza oscura de su novio sobre su pecho. Él estaba lamiendo, chupando uno de sus senos y la sensación de su lengua áspera estaba produciendo un delicioso cosquilleo en su espina dorsal.

Luego recordó el trato con Viktor, y toda ella se enfrió.

No podía hacer esto más. Pero... oh, Dios, cómo lo iba a detener, si su cuerpo estaba más allá de todo control?

—Te amo —susurró él, y se ubicó entre sus piernas.

Con deseos de llorar, prometiéndose a sí misma que sería la última vez, se entregó a él. Y el pensar que era la última vez sólo consiguió alargar el momento, anhelarlo más. Definitivamente, no podía hacer el amor de nuevo con él. La vida de él valía más que su propio placer.

—Cambiate de auto? —exclamó David al verla llegar al edificio de las oficinas de H&H en un Chrysler granate. Si el auto hubiese llevado pintado por todos lados el símbolo del dólar, no habría anunciado mejor lo costoso que era.

—Por qué últimamente todo lo que hago te molesta? —preguntó Marissa—. Si compro ropa, si viajo con mis amigas, si cambio de auto.

Todo te molesta. Y casualmente, todo tiene que ver con el dinero.

—No, no... —se disculpó él con una media sonrisa que parecía de incomodidad, no de humor—. No quise que sonara así. Es que...

bueno, tu Audi es tan nuevo...

—El Audi está en su cochera. No le ha pasado nada. Cuando quiera usarlo, lo usaré—. David la miró fijamente.

—Tienes más autos?

—Tengo un Audi, un Volvo, un Ferrari, un...

—Ya, ya entendí. Lo siento. Tengo mentalidad de pobre aún, supongo —. Ella pasó por su lado muy seria, y no se detuvo a darle el beso de siempre—. No estás molesta, o sí?

—No. Sólo me hago preguntas.

—Con respecto a qué —preguntó él con el corazón a mil y siguiéndola hasta el ascensor. Ella presionó los botones y parecía muy tiesa. David sabía qué clase de preguntas se estaba haciendo. Él y su enorme boca. No podía dejar de parecer impresionado sólo porque su novia cambiaba de autos como cambiar de ropa...

Se cruzó de brazos y la miró apretando sus labios.

—Marissa...

—Invité a unos amigos esta noche a una cena en mi casa. Uno de ellos tiene algo que celebrar, así que ofrecí mi apartamento.

—Esta noche?

—No te vuelvas a negar. Últimamente nunca estás allí—. Y con esas palabras, lo dejó.

Al medio día unas flores llegaron a la oficina de Marissa. Eran rosas de un tono lila, preciosas. Se acercó a ellas, preguntándose si acaso había sido Viktor tratando de intimidarla, o de recordarle su

trato, y tomó la tarjeta.

“ Lo siento” , decía.

No, ese no era Viktor, era su novio, que, aun sin haber hecho nada malo, estaba pidiendo perdón.

—Ay, Dios, David, no me lo hagas más difícil –lloró. Una lágrima rodó por su mejilla, y se la secó cuando su secretaria llamó a la puerta para entrar.

—Qué hermosas rosas! –exclamó mirándolas con una sonrisa.

Marissa se secó las lágrimas con disimulo. Respiró profundo, y sonrió.

—Sí, mi novio—. Y no agregó nada más. Lisa la miró un poco dubitativa, pero no hizo preguntas.

La noche llegó, y David habló con Hugh acerca de la situación.

—No me digas que nos vas a dejar por irte a una fiesta con mi hija –le reclamó el jefe.

—No... no es una fiesta. Me temo que es más que eso –Hugh lo miró ceñudo.

—Más que lo que tenemos entre manos?

—Sólo será un par de horas –dijo David. Estaré con ella un par de horas y volveré aquí, a la oficina... Invitaré a la cena, si es caso.

—No me importa si traes un restaurante entero, necesito tu cerebro concentrado aquí. Qué no entiendes?

—Hugh...

—No me explico cómo, si has sido tú el que descubrió todo esto, el que ha sufrido de primera mano por lo de tu hermana por tratar de descubrir la verdad, quieres ahora simplemente irte de fiesta con Marissa, siendo que estamos a un paso de descubrirlo todo—. David cerró sus ojos.

—Te lo pido, Hugh –Hugh hizo una exclamación bastante molesto. Lo miró de arriba abajo y se cruzó de brazos.

—Te estás aprovechando porque no puedo despedirte?

—Claro que no.

—Crees que porque es con mi hija con quien saldrás no puedo amonestarte?

—Haz lo que tengas que hacer, pero por favor, no me impidas salir esta noche.

—Marissa comprenderá...

—No... me temo que no comprenderá. Esa es la razón por la que te pido algo tan irresponsable. Por favor—. Hugh hizo una mueca.

—Está bien. Dos horas. Ni un minuto más.

—Gracias!

—Y traes la cena para todos.

—Lo que me pidas—. David salió de la oficina de Hugh y éste lo miró salir meneando su cabeza. No le gustaba que ninguno de sus empleados se ausentara cuando más lo necesitaban, sobre todo en este asunto de tanta importancia. Pero él casi se lo estaba suplicando.

Había pensado que su hija era más comprensiva que el resto de las mujeres con respecto al trabajo, pero ya veía que no era así. Tendría que hablar con ella de esto.

Esto era un bodrio, pensó David al mirar a los amigos de Marissa sentados alrededor de su mesa celebrando que Michael Watson había ganado contra un rival en el tenis el día anterior. No había sido en un torneo importante, ni una competencia, era sólo que llevaba años queriendo ganarle y ayer lo había conseguido. Marissa incluso sacó su mejor champán.

—De verdad celebran este tipo de cosas? —le preguntó David aparte, ella lo miró sin pestañear.

—Fue importante para él.

—Entonces podré celebrar el día que encuentre mi primera cana en la cabeza? O en las axilas? — Marissa le dio la espalda.

—Michael es un amigo.

—Cuando nos casemos, tendremos que celebrar el día que por primera vez limpiamos las ventanas, o usé la sartén?

—Cuando nos casemos? —preguntó ella mirándolo de nuevo.

—Sí... —él la miró fijamente, sintiendo un cosquilleo en su estómago.

Antes habían bromeado acerca de casarse, de algún día tener hijos.

Pero ahora ella no sólo no le seguía la corriente, sino que parecía asombrada... y no asombrada del modo adecuado.

—Marissa, preciosa —dijo Michael acercándose a ellos—, estábamos preguntándonos qué harás este fin de semana.

—Por qué, tienen algún plan? —preguntó Marissa.

—Cómo que qué plan? —preguntó Audrey, una morena de ojos rasgados, y con demasiado oro sobre su cuerpo—. Dior, Valentino y Calvin Klein ya sacaron sus colecciones de otoño—invierno.

—Ah, claro! Tonta de mí, no caí en cuenta.

—Vendrás con nosotros entonces? —Marissa miró a David, pero esto sólo apretó los labios.

—Claro que sí.

—Será encantador! —exclamó Audrey—. Dile a Nina, estoy segurísima de que ella también aceptará ir.

—Claro. Yo le digo —David miró su reloj. Le quedaba una hora de tortura.

Cuando el último invitado se hubo ido, David se acercó a ella y le dio un beso en el cuello.

—Te gustaron las rosas?

—Sí, eran preciosas.

—Me alegra —sonrió él.

—Irías conmigo a París? —él hizo una mueca.

—Amor, tengo mucho trabajo...

—No irás.

—Tengo que trabajar! —exclamó él de modo inocente—. Yo vivo de lo que trabajo. Desafortunadamente, mi padre no fue un magnate, ni cultivó millones de dólares para que yo sólo me dedicara a las compras.

—Entonces eso soy para ti? La hija de un magnate que sólo se dedica a las compras?

—Qué sucede, Marissa? —preguntó David, sintiendo otra vez ese peso en su corazón—. Por qué últimamente estamos discutiendo tanto?

Y por cosas tan... tontas?

—No son tontas! Es mi vida, te burlas de mis gustos, de mi estilo de vida, de lo que compro, de mis amigos...

—Estas personas no son tus amigos.

—Ah, no? Y quiénes son mis amigos entonces?

—Los que estuvieron allí contigo cuando terminaste con Simon y lloraste, las personas a las que llamabas cuando te sentías sola.

Llamabas a estos de aquí? Para qué, para hablar de tenis, Dior y Channel?

—Qué te está pasando!

—No, Marissa, qué te está pasando a ti! De alguna manera, todo se revierte y el responsable termino siendo yo! Esta no es la Marissa de siempre; la Marissa que conocí. Mi Marissa, no vive pendiente de las últimas colecciones de moda, ni me saca a mí de mi trabajo para gastar el tiempo en tonterías, ni...

—Ya... todo se trata de ti...

—Marissa, no! Joder! No me estoy explicando bien?

—No necesitas explicarte. Esto se acabó—. David abrió grandes los ojos. Se acercó a ella y le tomó ambos brazos.

—De qué estás hablando?

—Estoy terminando esta relación.

—No! —él parecía aterrado—. No! —volvió a gritar.

—Tú mismo lo pediste.

—Qué? No! Jamás...

—Sí, lo hiciste. Me pediste que en cuanto me diera cuenta de lo terribles que son nuestras diferencias sociales te lo dijera. Bueno, te lo estoy diciendo—. David sintió que un cubo de hielo enorme lo estaba cercando, cada vez más frío, más apretado, más asfixiante.

—No, no. Hablemos. Esto lo podemos arreglar. Yo cederé un poco, admito que me he comportado...

—No tiene caso. Yo no quiero que te esfuerces más. Somos diferentes, nunca llegarás a mi altura. Dejemos así.

—Qué? —él ahora parecía herido y Marissa quiso cerrar sus ojos, pero los mantuvo muy abiertos, mirándolo fijamente. Ah, la mejor actriz, Marissa Hamilton. Otro Oscar para ella—. Me dijiste que me amabas —siguió David, sus manos ahora estaban frías—. Lo dijiste. Por qué ibas a decir algo si sólo estabas... —ella lo interrumpió con una risita.

—Es increíble la ligereza con la que decimos esas palabras.

—Ligereza?

—A veces lo decimos, pero no lo sentimos realmente.

—No en mi caso. Todas las veces que te dije que te amo, lo hice en serio! —Marissa guardó silencio por un momento, respiró profundo y miró a otro lado.

—Lo siento. Yo ya no... creo que nunca te amé—. Las manos de David resbalaron por sus brazos hasta caer laxas a cada lado de su cuerpo—. Pero todo tiene una explicación. Eres increíblemente

guapo, me gustaba cómo nos veíamos el uno al lado del otro. Se acabó el capricho, supongo.

—No, Marissa...

—Te conocí, fue genial... El sexo fue supremo.

—Marissa —volvió a llamarla él meneando su cabeza, negándose a creer lo que estaba escuchando.

—Pero llega un punto en el que ya todo... se acaba, porque te cansas del juego. Así que... —Miró en derredor y sonrió—. Mira! Aquí empezó todo, en mi apartamento. Esa vez que me rechazaste, yo simplemente no lo pude soportar. Tenía que tenerte, de una manera u otra... Y aquí mismo se acaba. Qué ironía, verdad?

David ya no la escuchaba. El ruido de su corazón lo ensordecía, el frío se había acomodado en su alma, y se sentía aterido.

—No dices nada? —él alzó la mirada hasta los azules ojos de ella.

Parpadeó un poco y encontró que ella seguía allí, casi inexpresiva, hablando de lo efímero que podía ser el amor.

No el suyo, de todos modos. Él la amaba.

—No me dejes —le pidió, y parpadeó un poco cuando se dio cuenta de que podía empezar a llorar—. No me dejes.

—Lo siento.

—Nos llevamos bien. Siempre nos hemos llevado bien. Hacemos una buena pareja, y yo te...

—Qué curioso, eso mismo me dijo Simon cuando le terminé —él no apartó su mirada de ella.

—Trataré de mejorar. Seré mejor novio. Perdona mi intolerancia a estos sujetos. Es sólo que no estoy acostumbrado, pero con el tiempo...

—No quiero perder más tiempo con esto. Se vuelve fastidioso.

—Qué?

—Cuando empiezan a suplicar. Es horrible. Se siente uno comprometido—. David tragó saliva, y por primera vez, bajó la mirada.

Ella estaba hablando en serio.

—Bien —susurró—. No quiero... fastidiarte.

—Sigamos siendo amigos —sonrió ella—. Como tú dices, nos llevamos bien. Además, tenemos que hacerlo, si nos vamos a seguir encontrando en la oficina—. David seguía moviendo su cabeza afirmativamente, como si fuese un muñeco al que le habían dado cuerda. Dio unos pasos alejándose y

la miró nuevamente por si encontraba en ella una pizca de ese sentimiento que antes siempre había encontrado, pero todo estaba frío alrededor.

Parpadeó de nuevo y miró hacia la puerta. De alguna manera, su cuerpo no encontraba la forma de dar un paso y luego el otro para irse. Sintió que ella se movía, y se giró a mirarla, Marissa tenía el teléfono en la mano y parecía muy concentrada en algo. Tras ella, en el cristal de una ventana, pudo ver el reflejo de lo que ella estaba mirando; la imagen de un bolso. Ella miraba fotos de bolsos mientras le terminaba.

—Ah, sigues aquí? —preguntó ella como escondiendo su teléfono.

—No... ya me voy—. Marissa suspiró.

—Espero que estés bien. No fue tan importante, de todos modos. Ni siquiera estuvimos juntos tres meses.

Tres meses, pensó él. No, no llegaron a los tres meses. Y él que había pensado que aquello sería para toda la vida.

Por fin su cuerpo se movió, y se encaminó a la puerta. Cuando ya estuvo a un paso, volvió a mirarla. Pero ella caminaba mientras escribía algo en su teléfono. No le estaba prestando ni pizca de atención, y David abrió al fin la puerta, salió del apartamento y la cerró. Se quedó allí, mirando la lámina de madera largo rato. La mano le tembló ligeramente cuando la alzó para llamar, pero se contuvo. No escuchó nada al otro lado, silencio total.

Todo se había acabado.

Marissa estaba agachada en medio de su sala. Le dolía el pecho, el estómago, la cabeza, la garganta.

El pecho, porque el corazón no había parado de latir como si viniera de una maratón. El estómago, porque lo tenía revuelto, sentía ganas de vomitar. La cabeza, porque contener el llanto exigía demasiado esfuerzo, y la garganta, por el enorme nudo que la atravesaba y la ahogaba.

—Vete, por favor —susurró. Sabía que él aún estaba al otro lado, mirando la puerta. Lo sabía de algún modo.

Al fin, pasado el rato, supo que él ya no estaba allí, que se había ido.

Él no volvería, no por su cuenta. Había dicho las cosas adecuadas para que nadie en su sano juicio, ni con una pizca de dignidad quisiera volver.

Tomó el interfono y llamó al conserje del edificio para asegurarse de que David había salido ya. Cuando se lo confirmaron, pudo al fin llorar.

David caminó por la calle a paso lento, sin mirar hacia adelante. Él sólo iba poniendo un pie delante

del otro, sin parar.

Uno que otro taxi se detuvo para ofrecerle sus servicios, pero él ni se enteró.

Desde la muerte de sus padres, había entendido que su destino era trabajar duro. Aquél día lo había marcado para siempre. Sólo era un adolescente de diecisiete años, pero ya era responsable de otra persona, su hermana, y en vez de derrumbarse, se había llenado de valor y puesto manos a la obra.

Había sido difícil, trabajando, estudiando, sin tiempo para los amigos ni el amor.

Mucho menos para el amor.

Un día, algo hermoso había tocado a su puerta. Se había metido hasta el fondo sin anunciarse ni pedir permiso, y él se permitió creer, se permitió ser feliz.

Había creído de todo corazón que duraría. Nunca se había sentido así, tan completo, tan a gusto. Nunca pensó que él había sido tan adecuado para otra persona, nunca había experimentado el hacer feliz a otro con su sola presencia.

Pero había estado equivocado.

Ni siquiera tres meses?

Se había engañado a sí mismo, porque desde cualquier punto de vista, a cualquiera que le preguntara le habría dicho lo mismo: aquella relación no iba a durar. No podía ser así. Ella y él eran muy diferentes.

Demasiado.

Pero él se había engañado a sí mismo creyendo que sería diferente con él. Que duraría.

Era demasiado bello para ser cierto, pero él había preferido creer.

Y dolía, joder, dolía demasiado. No fueron ni tres meses, pero fue tan intenso que hizo raíz en su corazón, y el sólo tratar de arrancarla le iba a dejar un agujero en el alma en el que podía recolectar todo el agua del océano pacífico.

Se suponía que debía arrancarla de su corazón?

Siguió caminando, dando un paso tras otro. Al cruzar una calle, un auto casi lo atropella, y no prestó atención al conductor cuando se salió de su auto y lo insultó por no mirar por dónde iba.

Él siguió andando. Fue vagamente consciente de que su teléfono vibraba en su bolsillo, de que la gente lo miraba por la expresión que llevaba, y caminó y caminó y caminó.

A su mente vino la primera vez que vio a Marissa, con su blusa color celeste y sus lentes oscuros preguntando por Johanna Harris en aquel restaurante. Y luego se había sentido enferma, y él la acompañó hasta su casa.

La primera vez que la vio desnuda.

No pienses, se dijo, no pienses!

“ Lo siento, no lo conozco” , había dicho ella cuando, un año después, él se la encontró en aquel bar y él, tonto, se le había acercado para saludarla.

No, no lo conocía; nunca lo había hecho, realmente.

Por qué luego lo había buscado? Por qué lo había seducido? Por qué lo había enamorado?

Por qué insistió hasta el punto de hacerlo ceder si luego todo terminaría en un capricho?

Ahora estaba corriendo.

“ ¿Y si es algo duradero? ¿Y si es algo por lo que nos felicitaremos el resto de nuestras vidas?” , había dicho ella, pero nada más lejos de la verdad. Ahora deseaba, aquél día en el restaurante, no haberse subido a su auto, nunca haberla conocido.

Le dolía pensar que todas las veces que ella dijo “ te amo” fue, según ella, por la ligereza con que esas palabras se dicen. Cada minuto que estuvo con él fue para concederse a sí misma el capricho de tenerlo, porque él la había rechazado aquella primera vez.

No por nada había sido él el primero en declararse. Ella había insistido, y él, tonto, se había rendido a sus pies.

Se detuvo cuando se sintió sin aire, se recostó a una pared y apoyó su puño sobre su pecho. Todo su cuerpo estaba tembloroso, sudando frío.

—David? —escuchó decir, y vio a Maurice acercarse a él extrañado de verlo. David miró en derredor y se dio cuenta de que, sin darse cuenta, había llegado frente al edificio en el que antes había vivido. La inercia lo había traído aquí. Miró en derredor. Por qué había venido a este lugar? —Estás bien, hombre? —preguntó Maurice. David se dio cuenta de que no estaba solo. Una mujer, preciosa, de cabellos negros y ropa costosa los miraba ceñuda.

—Yo... estoy bien.

—De dónde vienes? Estás sudando.

—Yo... estaba con Marissa.

—Te pasó algo? Ella está bien?

—Maurice? —llamó la mujer, y él se dio media vuelta para mirarla.

Respiró profundo y tomó a su amigo de un brazo sacándolo del jardín, donde había estado tomando aire.

—Ven conmigo.

—No, no... tú estás ocupado.

—Nada de eso—. Condujo a David hasta la puerta de entrada y la mujer fue detrás.

—No vas a venir conmigo? —le preguntó ella.

—No. Tú a tu casa, yo a la mía. Como siempre.

—Pero... Yo quería pasar toda la noche contigo... —Un taxi se detuvo y Maurice la miró significativamente—. Eres horrible —lo acusó ella.

—Llámame cuando se te pase —se burló él. La mujer le echó malos ojos y se internó en el auto.

Él se giró a mirar a su amigo, que parecía en el limbo. Se acercó a él y lo olisqueó.

—Te drogaron, o algo?

—Marissa me terminó.

—Qué? —David dio varios pasos y se alejó. Iba directo a la salida, y Maurice lo detuvo—. Qué pasó?

—Marissa me terminó —repitió él.

—Eso ya lo dijiste. Por qué?

—Todo fue un capricho —contestó David automáticamente—. Todo fue mentira. Yo no puedo costear sus gustos caros. Me dejó. Sólo quería tenerme.

—No te entiendo nada. Vamos a mi apartamento.

—Ella dijo que se cansó del juego. Todo fue un capricho—. Maurice meneó su cabeza negando y haciendo una mueca.

—Eso estuvo muy mal.

—Se acabó —susurró David, y no fue consciente de que Maurice lo llevaba hasta el ascensor—. Se acabó —repitió.

—Lo siento. Lo siento de veras.

—No. Tú sabías que no duraría. Me previniste, y no te hice caso. No te hice caso porque... porque me enamoré. Fue mi culpa.

—No es tu culpa. Las mujeres simplemente creen que las únicas que se enamoran y luego sufren son ellas, pero nosotros estamos condenados a sentir también. También tenemos un corazón.

—Ella lo volvió pedazos —susurró David, casi sin aire. Parpadeó ahuyentando las lágrimas—. Lo volvió trizas.

—Lo superarás.

—No. No podré. Pégame Maurice.

—Qué?

—Déjame inconsciente. No quiero sentir esto. Vamos, dame duro y mándame a dormir—. Maurice se echó a reír.

—Y cuando despiertes, qué harás?

—No lo sé, pero necesito algo ahora! —gritó, y la puerta del ascensor se abrió. Maurice lo llevó hasta el interior de su apartamento, lo sentó frente a la pequeña mesa de su cocina poniéndole delante una botella y dos vasos.

—Esto es mejor que un golpe. O peor, según se mire—. David miró el líquido ámbar menearse en el interior de la botella, y luego a su amigo.

—Esto servirá?

—Ni una mierda. No te quitará el dolor, pero igualmente te dejará inconsciente—. David asintió y se sirvió el primer vaso. Maurice lo miró e hizo una mueca.

Malditas mujeres y su afán de hacer lo que quieren sin ser conscientes del daño que causan. Marissa, lamentablemente, había entrado en su lista negra.

:25:

Daniel Santos llamó a la puerta del apartamento de Maurice un par de veces pero nadie le abrió. En el edificio no había un conserje al que preguntarle por sus habitantes, así que no tenía modo de saber si David y Maurice seguían aquí. No sabía violar cerraduras, y tampoco quería tumbar la puerta. Qué podía hacer?

Recordó que un piso más arriba estaba la vivienda de Peter, tal vez él podía ayudar.

Peter no estaba, pero la hermana de éste sí.

—Maurice siempre está dejando las llaves —dijo ella con una sonrisa.

Lo acompañó hasta la entrada del apartamento de Maurice y empezó a esculcar alrededor. Miró debajo del tapete de entrada, luego removió la tapa del extintor incrustado en la pared; encontró la llave y se la entregó—. Déjala de nuevo en su sitio —le pidió.

—Muchas gracias. Te debo una.

—No es nada.

Daniel entró sin hacer ruido, y el fuerte olor a alcohol abrumó sus sentidos.

Sobre la pequeña mesa de la cocina y las encimeras había un sinnúmero de botellas vacías, latas de cerveza, basura. El baño estaba vuelto un asco, y en el sofá de la diminuta sala, estaba Maurice tirado de cualquier manera. Por precaución, Daniel puso dos dedos en su cuello y encontró su pulso. Sólo estaba ebrio.

En la habitación, y atravesado en la cama doble, estaba David. Al parecer, la única concesión que Maurice había hecho a su estado había sido quitarle los zapatos, por lo demás, estaba luciendo su traje entero, el cual estaba terriblemente arrugado.

—Arriba todos! —gritó sin compasión, y de inmediato se escucharon los gemidos de David y Maurice—. A despertar! —volvió a gritar—. Uno, dos, tres, todos de pie!

—Maldito... seas —gruñó Maurice—. Cómo se te ocurre gritar de esta manera a estas horas de la mañana?

—De la mañana? No te da vergüenza? Es mediodía de un día laboral cualquiera.

—Habla en voz baja —suplicó David—. La cabeza me va a estallar.

—Y creíste que no me vengaría? —David lo miró interrogante—. Esta madrugada, como a las cuatro, ustedes dos, par de preciosuras, me llamaron. Y empezaron a cantar “ Rolling in the deep” a todo pulmón.

—Yo jamás cantarías algo así —se defendió David.

—Por qué no? —inquirió Maurice—. Es una buena canción.

—Maldijeron a todas las mujeres que no eran de su familia ni la mía, porque tuvieron el cuidado de descartar a mi santa madre y a las suyas, y tuve que mostrarme de acuerdo con que son el error de Dios en la creación, aun estando Nina a mi lado, para que me dejaran en paz! —Durante su diatriba, Maurice se había puesto en pie y entrado a la habitación, se apoyó en el dintel de la puerta y los miró sonriente.

—Suenan como algo que yo haría, de todos modos—. Daniel lo miró negando, y Maurice empezó a olfatear—. Qué es eso que huelo?

—Sopa. Traje dos porciones.

—Te amo —exclamó Maurice adelantando sus manos hacia la bolsa que Daniel le pasaba. Caminó hasta la cocina y allí desempacó los tarros donde venían servidas las sopas.

—Es increíble la ligereza con que decimos esas palabras —susurró David, y Daniel lo miró ceñudo.

—Pasa algo? —David sonrió de medio lado. Maurice había tenido razón, ni un golpe, ni la más soberana de todas las borracheras, harían que este dolor se le pasara. Buscó su teléfono alrededor y lo encontró debajo de una de las almohadas de Maurice. Veinticinco llamadas perdidas de Hugh, seis de Michaela, ni una de Marissa.

La extrañaba terriblemente.

—Hugh me llamó —le informó Daniel—. Quería saber si estabas conmigo. Parecía preocupado. Cuando me enteré de dónde estaban, ya era muy tarde para llamarlo.

—Ya lo llamaré yo.

—Qué pasó, David? —le insistió Daniel—. Anoche tú y Maurice estaban terriblemente mal. No sé si es que no conozco lo suficiente a ninguno de los dos para saber si esto de emborracharse y maldecir al sexo femenino es habitual en ustedes, así que...

—No es habitual en mí, por lo menos.

—Y por qué te embriagaste anoche?

—Anoche tenía un buen motivo —contestó David poniéndose en pie.

Tambaleó un poco y se apoyó en la pared del frente.

—Un buen motivo? Tú y Marissa...

—Terminamos... quiero decir... ya no estamos juntos. Y no hablemos más de eso, por favor—. Daniel miró en derredor respirando profundo.

—Vaya.

—Sí, vaya. Ahora sólo necesito... un baño, supongo —Daniel lo miró de reojo e hizo una mueca.

—Lo superarás. Con el tiempo, dejará de doler —David se echó a reír con cuidado de no hacer estallar su cabeza.

—Eso mismo me dijo Maurice anoche. De ti lo entiendo, pero no sé por qué ese cerdo lo dice siempre.

—A quién llamas cerdo? —preguntó Maurice entrando a la habitación con la boca llena de comida.

—A ti. Mírate, eres uno.

—Así es como retribuyes mi generosa hospitalidad? —David sonrió y caminó lentamente hasta la cocina. Se quitó el saco y se sentó frente al plato de sopa que Maurice le había servido. No se sentía con ánimo para comer, pero debía mejorarse. Y al pensar en que tenía que ir a la oficina se le fueron los ánimos. Tenía que verla, y no creía poder soportarlo.

Daniel miró a Maurice interrogante y preocupado, y éste agitó levemente su cabeza.

—A la próxima, mídanse, muchachos —rezongó Daniel cruzándose de brazos—. No hay situación que merezca que un hombre se emborrache tanto—. Maurice se echó a reír.

—Ya quiero verte a ti.

—Yo jamás caería tan bajo. Sé controlar muy bien mis emociones—.

Maurice formó con su boca un “ Oh” , y lo dejó en paz.

David volvió a su casa en horas de la tarde en el auto de Daniel.

Todavía no había llamado a Hugh, el cual debía estar como una furia.

Estaba pensando seriamente en renunciar, todo ese problema de la empresa, los estafadores y demás le parecían un asunto ajeno ya, no tenía que ver con él; sólo le habían traído desgracias y preocupaciones.

—Llámame si necesitas algo —se ofreció Daniel, y David sólo asintió y entró a su casa.

Si renunciaba a H&H tendría que dejar esta casa, y volver tal vez al lugar donde habían vivido antes. Sería terrible para sus mujeres, pero era el precio a pagar.

—David? —lo llamó Michaela al verlo. Había introducido la llave sigilosamente, pero al parecer, ella había estado en la sala pendiente de si llegaba. Tras ella apareció la abuela Agatha.

—Ah... Hola. Siento no haberte llamado.

—Estás bien? Te ves terrible.

—Estoy bien. Estoy bien.

—Caray... estuviste bebiendo con Maurice, de casualidad? —David miró a otro lado, culpable—. Y qué pasó? Maurice otra vez deprimido, o algo?

—Mikki... no quiero hablar de eso.

—No hagas preguntas incómodas, Michaela —pidió la abuela cuando David daba la vuelta para dirigirse a las escaleras que lo llevarían al segundo piso. Se detuvo en sus pasos y las miró de nuevo.

—Tal vez sí deba decirlo... Marissa y yo terminamos...

—Quéee? —interrumpió Michaela en un grito.

—Y no hay esperanza de reconciliación, así que, zanjado el tema. No se vuelve a hablar de esto.

—Pero cómo así? De la noche a la mañana? Esto no puede ser verdad! David!!

—Qué más quisiera yo —susurró David a la vez que le daba la espalda y empezaba a subir los escalones—, pero a cada minuto que pasa, me convengo de que no es otra cosa más que la verdad.

—David, no! Marissa y tú no pudieron haber terminado. Tiene que ser un error!

—Michaela, déjalo.

—Pero, no! David! —él se giró de nuevo a su hermana. Cuando sonrió, Michaela sintió un frío recorrerla.

—Hemos tenido peores pérdidas; no te preocupes, vamos a estar bien.

—Tú estás bien?

—Ahora no, pero lo estaré —Michaela al fin dejó de hacer preguntas y lo vio subir las escaleras en silencio y a paso lento. Era verdad que él no estaba bien, pero dudaba seriamente que lo fuera a estar en un futuro cercano.

David entró a su habitación, y no más verla, dio la vuelta. Demasiados recuerdos en esta cama, y en estas paredes, pero, a dónde iría para no recordarla?

Volvió a girarse y entró con un poco más de determinación. La tarea de olvidarla empezaba justo ahora. No tenía ni fuerzas ni alientos en este momento, y la autocompasión lo iba a devorar muy seguramente si se metía en la bañera y se quedaba a solas con sus pensamientos, pero no tenía escapatoria.

Volver a embriagarse estaba fuera de cuestión, el alcohol sólo era una salida temporal, y él no necesitaba salidas, necesitaba digerir este veneno y hacerse inmune a él.

Se desnudó con parsimonia, y se metió a la bañera llena de agua, sintiendo cómo el agua caliente empezaba a distender sus músculos adoloridos, como si viniera de alguna pelea. Tomó la esponja y empezó a pasarla por su piel. Si Marissa era algo así como un mugre, él la lavaría de su cuerpo; si era un tumor, lo extirparía. Dolería, y luego le haría falta, como un brazo que te cortas y luego crees que está ahí, pero con el tiempo se acostumbraría a su ausencia, tal como habían dicho Maurice y Daniel.

Cuando salió del baño y se tiró en su cama presto a dormir un buen rato, sintió el aroma de Marissa en sus sábanas.

Ah, esto lo superaba.

Sus ojos se humedecieron, pero salió de la cama, tiró de las sábanas, forros y fundas y lo tiró todo al piso, y luego se tiró sobre el colchón desnudo.

La olvidaría, la olvidaría, la olvidaría. Algún día lo conseguiría.

—Explícate —le reclamó Hugh a Marissa entrando como en tropel a su oficina. Ella lo miró interrogante—. Acabo de hablar con Daniel Santos.

La razón por la que David no vino anoche a la importantísima reunión de trabajo que tuvimos fue porque se reunió con un amigo para embriagarse; y la razón por la que se embriagó fue que tú le terminaste. Ahora te pregunto a ti: por qué diablos hiciste esto?!

Marissa se puso en pie y miró a su padre sin vacilar. Había sabido que esto sucedería, sólo que no se imaginó que fuera a ser tan pronto.

—No es mi culpa. La relación sólo... terminó.

—No lo puedo creer. Así de simple?

—Cuál es el problema? Antes no te interesaba tanto.

—Siempre me interesó. No sólo porque eres mi hija, sino porque necesito a ese muchacho de una pieza!

—Por qué? —preguntó ella, aunque sabía la respuesta. Hugh miró a otro lado apretando los dientes.

—Sabes lo que tu ruptura me puede costar? No puedo perder a David en estos momentos!

—Acaso él... renunció?

—No, no me lo ha dicho él, pero es muy probable que eso ahora suceda, no crees? O piensas que va a soportar venir aquí y ver tu bonita cara como si nada?

—Trasládalo, simplemente.

—No, no puedo hacer eso!

—Entonces haz lo que quieras! —gritó Marissa, perdiendo la paciencia. Cerró sus ojos y respiró profundo—. No veo por qué tanta alharaca. Estas cosas suceden todo el tiempo. Terminamos y ya, que lo supere!

—Por qué hablas así? No me dijiste tú que lo amabas, que era el hombre de tu vida y no sé qué más?

—Dije eso?

—Por Dios, Marissa, qué sucede contigo?

—Lo siento, papá. Definitivamente no pensé que mis relaciones afectaran tus negocios—. Hugh la miró terriblemente molesto; negó con su cabeza desaprobándola y salió de su oficina. De vuelta a la suya, habló con su asistente y canceló todos sus compromisos para el resto de la tarde, tenía un valioso empleado al que volver a atraer.

Viktor entró a la oficina de Marissa y aplaudió lentamente. Marissa lo miró deseando poder tener en vez de pupilas un par de cuchillos.

—Has superado mis expectativas. Lo conseguiste en menos tiempo del planeado —su sonrisa estaba causando una reacción en Marissa; tenía los pelos de punta, el pecho agitado, las manos empuñadas—.

Definitivamente, la fuerza del amor es imparable. Qué destructivo ser.

—Lárgate de mi oficina. No quiero convertirme en una asesina—. En vez de irse, Viktor se acercó más a ella sin molestarse en cerrar la puerta.

—Eres de las mías, tan valiente y aguerrida. Me gustabas, pero ahora me encantas.

—Viktor, no me provoques más.

—Tal vez, en unos años, cuando ya tú no seas una rica heredera, te lo encuentres en la calle y puedas explicarle lo que sucedió aquí, no crees? —Marissa levantó la mano y lo abofeteó con toda la fuerza, con todo el odio y con todo el desprecio que había acumulado por esos días. La cabeza de Viktor se ladeó por la fuerza del golpe, y con la lengua se tocó el interior de la mejilla. Al parecer, se había hecho sangre.

—Maldita!

—Señorita Hamilton? —preguntó Lisa, viendo la escena un poco estupefacta. Viktor se alejó de Marissa y salió de la oficina. Ella cayó sentada en su sillón, y, sin fuerzas, sin poder evitarlo ya por más tiempo, se echó a llorar. Lisa empezó a preguntarle qué le pasaba, le pasó pañuelos, le ofreció bebidas, y le hizo más preguntas, pero Marissa sólo lloraba y lloraba. Apoyó sus brazos en su escritorio y escondió su cabeza entre ellos. Lisa, al ver que ella no sólo no se iba a detener, sino que cada vez se hundía más en su miseria, simplemente cerró la puerta y la dejó sola.

Viktor Ivanov tomó su teléfono cuando éste empezó a vibrar en su bolsillo. Se puso en pie un tanto nervioso, pero al menos esta vez tenía buenas noticias para dar.

—Todo bien aquí —dijo ante la pregunta que le hicieron—. El pequeño obstáculo que teníamos ya ha sido neutralizado —hizo una pausa y sonrió—. Se ha ido por su propia cuenta, así que no hay de qué preocuparse. Pueden proceder con todo... Mañana, sí —contestó ante lo que le preguntaron. Volvió a tocarse el interior de la mejilla con la lengua y endureció la mirada—. Ya hice todo lo que me tocaba sin necesidad de mancharme las manos. Ya conoces mi estilo. Ahora es momento de ustedes hacer lo suyo. Quiero irme de aquí.

David abrió los ojos cuando sintió que alguien lo sacudía suavemente. Había oscurecido ya, y su habitación parecía una cueva, pero pudo reconocer que era Michaela quien lo llamaba.

—Hugh está aquí —dijo ella cuando comprobó que él estaba despierto.

—Oh, Dios. No. No quiero hablar con él.

—Dijo que si no bajabas... subiría él aquí. Crees que será capaz? — David se sentó y respiró profundo tratando de despertarse del todo.

—Sí, sí es capaz.

—Entonces le diré que ya bajas—. Michaela salió de la habitación y David se puso en pie. No sabía qué le diría su jefe. Seguramente le esperaba una buena regañina, pues no se había reportado ya en casi veinticuatro horas luego de dejar botado el trabajo.

Los motivos personales no debían interferir en las cuestiones de negocios, pero a él ya no le interesaba mucho lo segundo.

Se puso una camiseta de mangas largas, unas pantuflas y bajó. Ni siquiera se molestó en peinarse los cabellos, y estos estaban desordenados, pues se había acostado con ellos aún mojados.

—Mírate. Eres un asco.

—Hola, Hugh. Estoy despedido? Lo siento —pretendía darse la vuelta y marcharse, pero Hugh lo llamó.

—Crees que las cosas son así de fáciles? —David lo miró nuevamente.

—Te devolveré esta casa, por lo demás, no te debo nada.

—Firmaste un contrato que contenía unas cuantas cláusulas de permanencia. Si te vas ahora, creo que sí me deberás mucho.

—Pagaré la multa —Hugh se echó a reír y se acercó a él.

—Acaso no quieres vengarte de los que casi envían a tu hermana al mediterráneo a prostituirse? Sabes que si no es por un milagro, ella ahora estaría no sólo perdida atendiendo a un cliente tras otro, no?, sino que también tendría las venas destrozadas por la droga que le habrían metido con agujas reutilizadas —David apretó fuerte los dientes reconociendo que Hugh sólo metía esas imágenes en su cabeza para manipularlo.

—Eres un maldito hijo de perra, Hugh.

—No me puedes dejar. No puedes dejar H&H. Marissa no te puede hacer esto.

—Ah, parece que ya te enteraste de todo.

—No, no de todo. Te necesito, David, y tú me necesitas a mí. Vuelve a las oficinas, pon tu cerebro en su lugar y vuelve al trabajo.

—No quiero, Hugh.

—No seas niño.

—No sabes lo que estoy sintiendo, no me llames niño!

—Yo perdí a mi mujer por un cáncer! —gritó Hugh—. Murió en mis brazos y Marissa sólo era un bebé. Me hirió tanto su muerte que no pude volver a casarme; habiendo tantas otras mujeres en el mundo, no pude! Que no sé lo que sientes? No me vengas con cuentos de corazones rotos, yo sé lo que es eso! —David se le acercó tanto que su nariz casi toca la de su jefe.

—Tu mujer murió. Te dejó con dolor; ella no quería hacerlo. Tu hija, en cambio, disfrutó cada herida que me causó. Ves la pequeña diferencia?

—Marissa no haría eso.

—Oh, lo hizo, te juro que lo hizo.

—Aun así, rearma lo que quede de ti y vuelve al camino! Si empiezas a derrumbarte ahora en la autocompasión, jamás terminarás! Ayúdame a vengar a tu hermana y a poner tras las rejas a los que quieren destrozar una empresa que no sólo da de comer a miles de familias, sino que fuealzada con duro trabajo y esfuerzo. Te estoy pidiendo tu ayuda, David! —David lo miró fijamente a los ojos, no encontrando qué otra cosa decirle. Él tenía razón, si empezaba a compadecerse de sí mismo ahora, jamás terminaría.

—Yo sólo no...

—No quieres volver a la oficina? Lo comprendo, trabajarás desde casa. O desde donde quieras. Dime dónde estarás más cómodo y enviaré el equipo necesario para que estés cómodo. Todo me grita que algo terrible va a suceder pronto, y necesito toda la ayuda posible.

Para esto te contraté, por esto busqué a alguien como tú en tu facultad.

El cielo, o el infierno quisieron que fueras tú precisamente, pero ya que estás dentro, termina tu misión. Te lo ruego, David—. David sonrió negando y dio unos pasos sin saber qué decir.

Se dio cuenta entonces de que alguien los espiaba, su hermana.

Michaela había estado a punto de caer en la cloaca más podrida del rincón más sucio y oscuro de la humanidad. Su hermana, su preciosa hermana.

Miró a Hugh y respiró profundo.

—La autocompasión es para cobardes, supongo —Hugh se alzó de hombros sonriendo.

—No está mal los primeros minutos, pero luego hay que sacudirla.

—Necesitaré algo que la remplace.

—Trabajo. Tengo mucho para darte—. David hizo una mueca.

—Déjame hacer un par de llamadas, luego te diré dónde vamos a trabajar.

—Perfecto —Hugh dio media vuelta para irse, pero entonces David lo llamó.

—Necesitaré un aumento —Hugh lo miró entrecerrando sus ojos.

—Si salimos de ésta, me retiraré y te nombraré a ti presidente.

—Supongo que entonces podré despedir a unos cuantos —sabiendo que se refería a su hija, Hugh sacudió su cabeza y salió de la casa.

David sonrió de medio lado. Venganza, venganza. Dulce y fría. El mejor plato de todos.

:26:

Marissa entró temprano por la mañana a la oficina de su padre y dejó sobre su escritorio una carta. Al ver el asunto, Hugh frunció el ceño en un gesto ominoso.

—Renuncia? Qué mierda es esta? —le gritó. Marissa tragó saliva y se mantuvo derecha.

—Sí, estoy renunciando a mi trabajo.

—Por qué diablos!

—Porque necesito renunciar. He dejado todo organizado, e incluso a alguien preparado para mi remplazo.

—No, no, no! No puedes dejarme ahora! Es por lo de David?

—No tiene nada que ver. Simplemente me voy. Estoy cansada.

—Tal vez unas vacaciones te harían bien...

—No son unas vacaciones lo que necesito.

—Pues no acepto tu renuncia.

—Tendrás que aceptarla, papá —dijo Marissa con voz calma, y Hugh se pasó la mano por la cara preguntándose qué significaba todo esto.

Preciso cuando más necesitaba al personal confiable, éstos decidían renunciar.

—Marissa...

—Como te dije —siguió ella—, mi puesto será ocupado inmediatamente por alguien que conoce el manejo de ese departamento tan bien o mejor que yo, así que no te preocupes por eso.

—Estoy preocupado por ti. Siempre pensé que si estabas esforzándote tanto en estudiar, en hacer especializaciones y prepararte era porque querías algún día tomar las riendas de la empresa. Incluso perdiste a Simon por estar tan dedicada a esta meta.

Y ahora te vas? —el corazón de Marissa se arrugó un poco ante esas palabras, se tomó unos segundos para asegurarse de que su voz sonara normal y miró a su padre a los ojos.

—Siento defraudarte de esta manera. Tal vez yo sólo necesito un año sabático.

—Tómalo después, ahora te necesito.

—No, papá. He tomado mi decisión, sólo te pido que la respetes.

—Como una empleada normal, no puedo aceptar tu renuncia sin ciertas...

—No te lo estoy pidiendo como una empleada normal, sino como tu hija. Exímeme del trabajo por esta temporada. No puedo estar aquí, no quiero estar aquí.

—Es por David entonces, eh? Si tanto te afecta, por qué le terminaste? —Marissa lo miró en silencio y no dijo nada.

—Me iré hoy mismo a Suiza...

—Qué? A Suiza?

—Me estaré comunicando contigo, así que no tienes que temer.

—Pero es que no estás escuchando que...

—Y utilizaré el dinero de la herencia de mamá para que no tengas que preocuparte por mí en ningún aspecto —Hugh abrió más sus ojos al escuchar esto. La herencia de Marissa era un dinero del que él no tenía ningún control. No podía revisar los movimientos de esas tarjetas, ni verificar nada al respecto. Con esto, Marissa no sólo le estaba diciendo que ya no dependería económicamente de él, sino que se estaba desvinculando de cualquier vigilancia que quisiera poner sobre ella en el futuro, pues le sería muy difícil seguir sus pasos de ésta manera.

—Estás yendo demasiado lejos.

—No, papá. Sólo estoy tomando las riendas de mi vida. Por una vez, estoy haciendo lo que debo.

—No entiendo lo que quieres decir. Tu lugar está aquí. También David está aquí.

—Parece que te encariñaste con él más de la cuenta.

—Nunca lo había pensado, pero es el yerno perfecto. Nos ayudaría muchísimo si en el futuro tomara el mando de H&H.

—Haz lo que quieras, es tu empresa —contestó Marissa dándole la espalda y dirigiéndose a la salida.

—Es tu última palabra? —le preguntó Hugh antes de que atravesara la puerta. Marissa no se giró, pero igual contestó: —Lo es, papá—. Cuando salió, Hugh quedó allí, sentado en su sillón, pensando y meditando largo rato, pero tenía tantas preocupaciones en la mente ahora, que las posibles razones de Marissa de hacer lo que estaba haciendo simplemente se le escapaban.

Había perdido a Marissa, justo ahora que la necesitaba al frente en caso de que una catástrofe hiciera tambalear la empresa. Por lo menos, había recuperado a David.

Maurice miraba su sala, ahora un poco patas arriba, haciendo una mueca. David había decidido por su cuenta que este sería su nuevo lugar de trabajo, así que Hugh había enviado mesas, escritorios y ordenadores de última gama. Ahora David estaba atendiendo a los de la empresa de telecomunicaciones que estaban instalando la red de internet con la más ancha banda disponible en su

portafolio de servicios.

Y eso no era todo. David había decidido que tanto él como Peter harían parte de su equipo de trabajo.

Él, obviamente, había sido despedido de su empleo ayer luego de no llegar a trabajar sin previo aviso. No era un empleo demasiado importante, así que eso no interesaba, pero había encontrado ocupación sin buscarla y no sabía si molestarse o mostrarse agradecido.

Cada hombre asume sus desgracias de manera diferente, pensó viendo a David caminar de un lado a otro tratando de acomodar todos los muebles. Él se mantenía ocupado, activo. Al parecer, era su manera de pasar la pena que había sufrido hacía muy pocas horas. Cómo hacía para parecer tan normal cuando estaba seguro de que por dentro quería llorar y morirse?

Frunció el ceño mirándolo. Él no tenía tanta fortaleza. Su cara risueña todo el tiempo era una máscara. O tal vez era sólo que había unas heridas más profundas que otras.

No, David tenía el corazón realmente roto. Era admirable verlo así sólo un día después.

—No vas a ayudar? —le preguntó David mirándolo de reojo.

—Ya te ayudé bastante prestándote mi casa.

—Qué buen amigo tengo.

—El mejor, otro no te permitiría hacer esto que haces —David le sonrió.

—Y te lo agradezco —en el momento entró Peter y dejó caer su mochila en el suelo para ayudar a David a correr los escritorios hasta apoyarlos a la pared. Ya él había aclarado que ayudaría cuando no tuviera otra cosa que hacer en la universidad. Peter estaba estudiando derecho, y aunque sólo estaba en el primer año, era muy dedicado y pasaba mucho tiempo en la universidad.

—Hola a todos, hemos traído la comida! —dijo Michaela entrando con Agatha, y fue lo único que a Maurice le interesó entonces.

—No tenías que traerla, abuela —dijo David.

—Claro que sí tenía —rebató Maurice—. La comida es lo más importante.

—Tú como siempre.

—También trajimos para ti, Peter —sonrió Michaela, y Peter sólo la miró—. No sé lo que te gusta, así que...

—No, está bien. Como de todo. Pero no era necesario; mi hermana está un piso más arriba...

—No rechaces la comida de la chica que te gusta, eso no es cortés —le reprochó Maurice, y Peter cerró la boca un poco sonrojado. Michaela tuvo ganas de reír, pero se contuvo. Cuando estaban sentados, unos a la mesa, otros en el sofá, llegó Hugh. Agatha le ofreció de su comida, pero él adujo haber comido ya. Miró a David, y al comprender que lo necesitaba, dejó por un momento su plato y

fue a hablar a solas con él.

—Tenemos una situación —susurró Hugh. David lo miró preguntándose si acaso sus actuales enemigos habían dado un paso ya—. Marissa dejó la empresa—. Eso lo dejó frío. No se imaginó nunca algo así. Se cruzó de brazos y miró lejos.

—No sé por qué me dices eso. Yo no...

—No finjas que no te interesa. Ella renunció, y dijo que se iría una larga temporada a Suiza. Esto complica un poco las cosas en caso de que recibamos algún ataque...

—Realmente, no. Hay gente calificada que la puede remplazar.

—David...

—No sé por qué te sorprendes. Tal vez ella sólo quiera dedicarse a usar sus tarjetas de crédito de aquí en adelante.

—Ella no es así. Yo no la eduqué así!

—Hugh...

—Sabes por qué se enfrió su relación con Simon? —preguntó sin hacer caso de la mirada de David— Porque se dedicó de lleno a esa especialización! Su sueño era volver, aprender todo lo necesario y algún día ser ella misma la CEO de H&H! Que ahora vengas tú y me digas que mi hija sólo quiere ir de compras, simplemente no lo puedo aceptar! —David no dijo nada, sólo respiró profundo. Ella se iba, y ponía todo el atlántico de por medio. Bueno, ya no podía estar más lejos, ni en lo sentimental ni en lo físico, verdad?

—Perdóname si no le dedico demasiados pensamientos a eso. Ahora tengo otro asunto entre manos.

—Está bien, está bien. Sinceramente pensé que tal vez tú conocerías las razones que ella pudiera tener...

—No, no las sé. Tal vez yo simplemente no conocí de verdad a tu hija.

Tal vez me enamoré de un espejismo, de un ideal que yo mismo creé.

No me preguntes las razones que pudo tener para hacer una cosa o la otra, yo simplemente nunca llegué a saber cómo funciona su mente... Y

ahora, si no tienes más que decir...

—Está bien, está bien. No hablemos más del tema —Hugh miró en derredor y frunció un poco el ceño al imaginarse que aquí era donde David prefería trabajar de ahora en adelante. Y él que había pensado darle una oficina mejor y más grande en su empresa—. Son ellos tus amigos?

—Ah, sí. No te los he presentado —David lo condujo hasta la mesa e hizo las presentaciones—. Este es Peter. El chico que ayudó a salvar a mi hermana. Fue él quien descubrió que Michaela viajaría, y todo

lo demás.

—Vaya, te imaginé diferente –sonrió Hugh mirando al muchacho, que se puso en pie y recibió la mano tendida del jefe de David.

—Y cómo te lo imaginabas? –preguntó Michaela en su lugar.

—No lo sé. Pero parece que es un chico normal, después de todo—.

Peter hizo la mueca de una sonrisa y asintió sin decir nada. Hugh entonces se dirigió a Maurice—. Tú también colaborarás? –le preguntó.

—Se supone que sí –contestó Maurice, sin dejar de atender su comida—. Seré parte del equipo legal de David.

—Cierto, eres abogado.

—Cómo lo sabías? –le preguntó David, intrigado, y Maurice le dirigió a Hugh una mirada de reproche por su paso en falso.

—Creo que él mismo me lo dijo una vez.

—Ya se habían visto antes?

—Claro que sí –contestó Hugh sonriendo.

—Fue la vez del rescate de Michaela –interrumpió Maurice—. En el hospital. Allí nos conocimos y estuvimos charlando.

—Ya –contestó David mirando a uno y a otro, sin saber qué pensar.

—Harán una reunión de trabajo? –preguntó Michaela mirando a su hermano—. Necesitan que nos vayamos?

—No. Tú puedes quedarte; estás dentro, de todos modos.

—Soy yo quien sobra –dijo Agatha recogiendo los platos desocupados de la mesa y yéndose a la cocina para lavarlos y ponerle un poco de orden al lugar. Maurice no era ni de cerca un ama de casa.

Hugh tomó asiento y luego David arrastró una de las sillas y se sentó también alrededor de la mesa.

—Así que este es mi equipo de trabajo, Hugh –dijo David mirando a cada uno—. Peter es un hacker excelente; Maurice, abogado, y Michaela estuvo en las entrañas del monstruo, tal vez pueda aportar algo.

—Bueno, tu equipo es muy dispar, pero si los has elegido es porque confías plenamente en ellos.

—Lo hago. Junto a Hugh –siguió David, mirando a Peter—, pensamos que estas personas que secuestraron a Michaela tienen pensado dar un golpe a la empresa Hamilton & Hamilton. Sabemos

que será pronto, pero no sabemos cuándo será exactamente, ni qué implicará. Tal vez podamos evitarlo, pero tal vez no. Y si no somos capaces, al menos deberemos encontrar a los responsables con las huellas que hayan dejado. No tenemos demasiadas opciones al respecto.

—Realmente, yo de estas cosas empresariales no sé mucho – comentó Michaela.

—No es muy difícil de entender, de todos modos –suspiró Hugh—. En los últimos años, nos vimos obligados a poner acciones en venta pública. Todo aquel que compre acciones, será socio nuestro, y si llegara a adquirir un alto porcentaje, tendría derecho a un lugar en la mesa directiva. Obviamente no pusimos demasiadas acciones en venta para que eso sucediera, pero estas personas se están valiendo de todos los trucos para llevarnos a una crisis económica y así obligarnos a deshacernos de más acciones.

—Con el tiempo –siguió David con la explicación—, todas estas acciones podrían terminar en manos de una sola persona, y esa persona podría presentarse en H&H reclamando sus derechos. Y si no hace eso, podría simplemente seguir presionando y presionando hasta que H&H se tenga que declarar en bancarrota y sea absorbida por otra empresa más grande y con mejor liquidez.

—Eso es lo que debemos evitar? –preguntó Michaela, como si le pareciera imposible. David se encogió de hombros.

—Es eso, o perderlo todo. Si otra empresa absorbe H&H, nada nos garantiza que las cosas sigan igual. Perderíamos mucho.

—Es la empresa que mi padre y mi tío construyeron con tanto esfuerzo –dijo Hugh con voz suave—. La empresa que algún día mis nietos heredarán. Quiero conservarla.

—Hay un plan, por lo menos? –preguntó Maurice, cruzándose de brazos como si todo aquello lo aburriera. Peter miró a David atento.

—Sí, hay un plan. Y para ello, necesitamos que Michaela y Peter vayan a H&H.

—Qué? Yo? A qué?

—Tal vez haya alguien allí al que puedas reconocer. Dijiste que había tres personas custodiándote; la policía sólo capturó a uno y no ha confesado.

—No creo que los otros trabajen en esa empresa.

—Queremos cubrir todas las posibilidades.

—Y bajo qué excusa iré a las oficinas?

—Ir a buscar mis cosas personales.

—Dos pájaros de un tiro, eh? –sonrió Maurice, y David le echó malos ojos.

—Una de las secretarias ya estará al tanto de que van a ir. Podrías...

no sé, perderte entre tantas oficinas, y tratar de echar un vistazo a todos, empleados, ejecutivos, personal de limpieza. Todo.

—Merodear por la empresa, dices?

—Exacto. Si ves a alguien que puedas reconocer, te lo guardas y nos lo cuentas.

—Eso... me asusta un poco.

—Por eso irás con Peter. La protegerás, verdad?

—Claro que sí —contestó él como si la pregunta lo molestara. Maurice sonrió.

—Le pedí el favor a Maurice, pero él consideró más prudente que fuera Peter, alguien que no despertaría sospecha. Pasarás tal vez como el novio de mi hermana que la acompaña en una simple tarea, pero puedes estar al tanto de todo lo que ella haga y diga—. Hugh miró de reojo a Maurice, comprendiendo las razones que él había tenido para negarse a aparecer en un lugar como el edificio de oficinas de H&H.

—Cuando deberé ir? —preguntó Michaela, un poco aprehensiva.

—Hoy mismo.

—Vaya!

—Necesito mis cosas aquí. Y unos cuantos documentos.

—Vamos ya, entonces —ofreció Peter poniéndose en pie. Michaela también lo hizo, aunque con cierto nerviosismo. Y si se encontraba de verdad a uno de esos hombres?

Por lo menos no sería a Josh, al que más temía. Pero los otros dos también la habían puesto en aquella horrible situación, así que encontrarse con cualquiera sería terrible.

—Llámame —le pidió David poniéndose en pie también y tomándole un brazo para que se girara a mirarlo—. Si sientes cualquier duda, una corazonada, cualquier cosa que te parezca importante, llámame. Estaré pendiente del teléfono—. Michaela asintió. Peter se dirigió al sitio donde había dejado su mochila y se la colgó al hombro esperando a Michaela.

—La secretaria que te espera te indicará el camino hasta la oficina de David —le informó Hugh—, y tendrá todo dispuesto para ti, así que eso no deberá tomarte demasiado tiempo—. Michaela volvió a asentir, sintiéndose cada vez más nerviosa. Miró a su hermano y éste la abrazó.

—No te va a suceder nada.

—Lo sé.

—Entonces no tengas miedo —Michaela respiró profundo y se separó de su hermano. Éste le pasó dinero —para los taxis —le explicó.

Michaela lo recibió y se lo metió en un bolsillo. Miró a Peter y caminó hasta él.

—Tranquila, nena —le dijo Maurice desde su sitio—. Eres algo así como una diosa inmortal, y Peter, tu soldado guardián más devoto. No te va a pasar nada —Michaela sonrió y salió del apartamento acompañada de Peter. David entonces miró a Maurice con ojos entrecerrados.

—Deja de molestar a mi hermana.

—A ella también le gusta Peter. Sólo necesitan un empujoncito.

—No tuyo, de todos modos.

—Bueno, bueno —dijo Agatha entrando de nuevo a la sala con un paño en las manos—. Quieres más comida, Maurice?

—Yo siempre quiero más comida.

—A dónde envías todo lo que te comes? —le preguntó la anciana, y Maurice sonrió. Hugh miró a David, y éste sólo sacudió su cabeza. En lo que concernía a su hermana, él era siempre quisquilloso.

Diana Alcázar tenía la mirada perdida en el pequeño lago que había en los jardines de su casa. Era tranquilo, pero lo alimentaba una corriente subterránea, y alrededor crecían flores silvestres. Ahora no había patos o gansos por las temperaturas que cada vez bajaban más, y por eso se veía silencioso y tranquilo.

Respiró profundo cuando imágenes de sí misma y sus amigos haciendo acampadas aquí la invadieron. De eso hacía ya mucho, mucho tiempo. Se sentía cada vez más lejano.

Había venido a esta casa sólo por su padre, que estaba enfermo y la necesitaba; la aterraba el perderlo y no estar cerca de él, perderse lo que le quedaba de tiempo juntos, pero si de ella hubiese dependido, habría evitado el regreso por mucho más tiempo.

El timbre de su teléfono la sacó de sus recuerdos y pensamientos. Lo buscó en el bolsillo trasero de su pantalón y cuando vio que era Marissa sonrió.

—Hey, me tenías un poco olvidada. Hacía días no me llamabas.

Saldremos?

—No, me temo que no —contestó Marissa—. Estoy en el aeropuerto.

—Por qué? Vino alguien? O se va alguien?

—Yo. Yo me voy —Diana frunció delicadamente el ceño. Dio la vuelta dándole la espalda al lago y caminó de regreso a la mansión.

—Tú? Por qué? A dónde?

—No puedo decirte ahora, pero cuando esté instalada, te informaré – eso la hizo reír.

—Cuánto misterio...

—Es un asunto delicado.

—No me asustes.

—Sólo te voy a pedir que por favor no le digas a nadie nada. Mucho menos a tu padre, que puede contarle al mío.

—Qué está sucediendo, ‘Rissa? –Marissa suspiró.

—Eso tampoco te lo puedo contar ahora.

—Ya, me llamas para decirme que hay un montón de cosas que no puedes decirme.

—Era sólo para despedirme.

—Pues qué buena amiga que me llama justo antes de abordar el avión. Eso no se hace, sabes?

—Lo siento.

—Y David?

—Ah... él... Terminamos.

—Qué diablos?

—Sí. Viajo sola, si te lo preguntabas.

—Pero Marissa...

—Tengo que colgar. Ya es la última llamada a mi vuelo.

—No, espera, Marissa!! –alejó el teléfono de su oreja cuando sólo le respondió el silencio. Qué estaba pasando con esta mujer? La voz de depresión que tenía le indicaba que no era nada feliz tomando ese avión. Qué le estaba pasando a su amiga?

Necesitaba preguntarle a alguien, pero ella le había pedido que no le dijera nada a nadie de lo que habían hablado.

Respiró profundo resignándose a estar atenta a su próxima llamada.

Lorraine, una de las secretarias de H&H, estaba en la recepción del edificio cuando llegó Michaela Brandon y Peter Robertson para preguntar dónde estaba la oficina de David. Ella había sido asignada para la tarea de guiarlos y mostrarles las cajas en las que debían empacar las cosas de David, y le había sido dicho que lo ideal era que nadie supiera que ella era su hermana. No sabía por qué, pero obedeció.

Michaela miró en derredor las altas cristalerías de la entrada del edificio, el amplio espacio en la recepción y el ambiente de oficina. Las personas parecían ocupadas, hablando por sus teléfonos, andando aprisa y concentrados en su trabajo.

Respiró profundo y miró a Peter. Él desentonaba allí con su sudadera y zapatos de cordones. Sin embargo, no parecía sentirse así, era como si estuviera acostumbrado a estos espacios, lo cual era imposible.

—Sígueme —les pidió Lorraine a Michaela y Peter, y ellos hicieron caso. Obedeciendo al consejo de David, miró cuidadosamente a todas las personas con que se cruzaba, aunque era bastante difícil no embobarse con la arquitectura del edificio. Le enorgullecía pensar que aquí trabajaba su hermano, y luego, sólo pensar que la habían usado a ella para destruir esto, le hizo sentir escalofríos.

—Aquí es —indicó Lorraine abriendo una puerta, y Michaela abrió bien sus ojos mirando la oficina de su hermano. Era espaciosa, más de lo que se imaginó. Al fondo tenía un ventanal que ocupaba desde el techo hasta el suelo y dejaba ver la ciudad, ahora un poco neblinosa—. Hemos empacado sus objetos personales.

—Muchas gracias.

—Entonces, los dejo a solas —dijo Lorraine sonriendo, y salió de la oficina. Peter inmediatamente dejó su mochila a un lado y encendió el ordenador que estaba sobre el escritorio de David.

—Qué haces?

—Un encargo —contestó Peter relamiéndose los labios como si en vez de frente a un ordenador, se sentara frente a un succulento plato de comida—. Creo que deberías aprovechar y dar una vuelta por allí—. La miró significativamente y Michaela asintió. Echó una última mirada a los muebles de la oficina y sonrió cuando vio la fotografía donde estaba ella con su hermano, sonriendo como si nunca les hubiesen sucedido cosas malas.

La tomó y la dejó sobre la caja dispuesta sobre el escritorio, dio la media vuelta y salió. Si así era la oficina de David, cómo sería la de Marissa? Tenía curiosidad.

—Disculpe —le preguntó a una mujer que pasaba—, me puede indicar cuál es la oficina de Marissa Hamilton? —la mujer se la señaló.

—Pero ella no está —le dijo. Michaela hizo una mueca un poco decepcionada, sin embargo fue hasta el lugar.

Viktor Ivanov vio a Michaela y sintió que toda su sangre bajaba a sus pies. Se detuvo abruptamente y le dio la espalda escondiéndose detrás de un mueble mientras ella le preguntaba a una de las secretarias algo.

Qué hacía ella aquí? Acaso David había vuelto?

La siguió de lejos preguntándose por qué estaba en este lugar.

Cuando la vio detenerse frente a la oficina de Marissa frunció el ceño.

Tal vez había venido a hablar con su excuñada, quizá sólo quería arreglar las cosas entre ella y su hermano. De todos modos, que lo viera sería fatal, así que permaneció oculto.

Michaela miró en derredor, y empezó a deambular por los pasillos.

Saludaba a las personas, y a veces sólo miraba en derredor como si no buscara nada en particular. Qué significaba esto?

Un joven, de menos de veinte años, vestido con jeans y una mochila al hombro se le acercó, y la mirada que ella le dirigió despertó algo en su interior. La última vez que la había visto, ella tenía en su rostro la imagen del terror; claro, había estado a punto de ser violada, y él, como un idiota, había ido en su rescate, ganándose así una bala en su brazo. Fue gracias a que Michaela había estado trabajando duro en desatornillar una rejilla en la pared que él había podido escapar de la policía esa noche. Sin querer, se había sentido agradecido y orgulloso.

Era lo menos que había hecho por él, por salvarla de la violación a manos de Josh.

Luego había comprendido que su heroísmo le había salido demasiado caro. Habían atrapado a Josh, había dejado su sangre en la escena, y habían perdido a Michaela.

Verla bien y sonreír traía demasiados sentimientos contradictorios a él. Era un alivio que ella estuviese a salvo, pero eso mismo había sido un error suyo. Era bueno que ella hubiese vuelto a sonreír, pero borrarle la sonrisa para siempre había sido su proyecto desde el principio.

Oh, ella estaba sonriendo, y con este niño. Quién era él? Qué tenía con ella? Por qué se sentía celoso?

—Has visto algo de interés? —le preguntó Peter, y Michaela sonrió negando.

—De verdad piensa David que esos hombres trabajan aquí?

—Es una posibilidad.

—Tú crees que trabaje aquí? No sería demasiado... expuesto? — Peter hizo una mueca.

—Los criminales tienen la mente demasiado retorcida, y la tuya es demasiado pura. Vamos por las

cosas de David.

—¿Qué dijiste? Mente demasiado pura? —se rió ella echando a andar tras él.

—Claro que sí. No eres capaz de pensar como lo hacen ellos.

—Seguramente no, pero no soy tan ingenua.

—Crees que eres osada y conoces de la vida, pero no es así. Toda tu malicia junta no es tan mala ni se compara a la “bondad” en ellos—.

Michaela arrugó su entrecejo un poco espantada por ese pensamiento. Tenía que admitir que Peter tenía razón.

—Bueno, no me puedes culpar. Siempre he vivido a este lado de la vida.

—No te estoy culpando. Me gusta eso de ti —entraron de nuevo a la oficina de David y Michaela se quedó como una estatua en la entrada.

Peter empezó a meter algunas carpetas y sobres en la caja sobre el escritorio. Cuando vio que ella no hacía nada por ayudar, la miró interrogante.

—Es la primera vez que dices algo así —contestó ella a su mirada.

—Algo como qué?

—Es la primera vez y no fuiste consciente de ello?

—¿Qué dije?

—Dijiste que algo en mí te gusta! —Peter se mordió el labio y abrió el cajón del escritorio de David con mucha parsimonia, sintiendo su corazón latir acelerado; sacó unos papeles, y sin siquiera mirarlos, los metió en la caja.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? Eres tonto o qué? —él abrió la boca para decir algo más, pero Michaela hizo un gesto de exasperación y se dedicó a meter con furia lo que consideraba era de David en la caja.

Viktor los observó salir cargados con las cajas bastante aliviado. Ella sólo había venido por los efectos personales de su hermano, aunque el que estuviera largo rato merodeando por todos lados era sospechoso. Quizá era sólo que el cobarde de David ni siquiera había querido venir en persona para buscar sus cosas. Tan mal estaba? Eso lo hizo reír.

Siguió de nuevo a Michaela hasta que ella tomó el ascensor. Luego lo tomó él, y desde lejos, los vio salir y tomar un taxi.

Ah, Michaela, Michaela. Cómo era posible que tuviera de nuevo este desorden de ansiedad cuando ella era sólo una niña? Volvió a su oficina y se dejó caer en su sillón, cerró sus ojos y deseó con todas sus fuerzas simplemente perder la memoria, o morir. Morir le venía bien.

Peter iba en el taxi un poco contrariado. Michaela iba molesta a su lado y no había vuelto a hablar desde que salieron del edificio. Miró su perfil apretando duro sus dientes y deseando poder entrar en su mente. Qué le pasaba? Por qué estaba tan enfadada? Sólo le había dicho que le gustaba que ella fuera buena. Lo había expresado mal?

Seguramente no debió decirlo.

Las relaciones humanas nunca se le habían dado muy bien, y él se había enamorado de una de las chicas más populares de su escuela.

La conocía desde que había llegado al edificio junto con su hermano y ambos eran unos niños. Siempre habían asistido a la misma escuela, y aunque iba un año más atrás que él, había estado pendiente de ella.

Le habían ofrecido ser porrista y se había reusado; luego, ser del equipo de voleibol, y también había dicho que no. Sólo se interesó por el club de periodismo, y se había vuelto bastante común escucharla en la emisora de la escuela, o repartir volantes cuando se inventaban alguna razón para protestar. Ella era activa, rápida con las palabras, y sonriente. Sabía que varios chicos se le habían declarado, y ella había dicho siempre que no. Le había escuchado decirles a sus amigas que no tenía nada que ver con que su hermano asesinara al que osara ponerle un dedo encima, sino que simplemente ella no quería dejarse tocar por nadie de quien no estuviera enamorada.

Eso era hermoso en ella, y la había amado más.

Cómo podía él, un torpe, soso, y anodino amante de la informática, jugador suplente del equipo de básquet, estar a la altura de ella?

Siempre habían sido sólo su hermana y él, y luego, su sobrina; y con Helen no era necesario dar muchas explicaciones, ella parecía entenderlo siempre. Pero estaba comprobando que con Michaela tendría que usarlas, y no sólo usarlas, sino hacer arte con ellas.

La miró otra vez sintiéndose como si hubiese hecho algo terrible al decirle que algo de ella le gustaba. Por qué se había molestado? Qué pasaba por la mente de las mujeres? Por qué era tan difícil entenderlas?

—Hecho? —preguntó Maurice cuando vio entrar a Peter y a Michaela a su casa.

—Hecho —contestaron Peter y Michaela al tiempo. Peter miró a David, y asintió con su cabeza en silencio. David sonrió. Recibió de manos de su hermana la caja que ella traía y descartó fotos y pisapapeles y tomó algunas carpetas y sobres con documentos.

—Parece que está todo.

—Dejamos la oficina desocupada, prácticamente.

—Eso está bien.

—Y tú por qué estás molesta? —le preguntó Maurice a Michaela, y ésta sólo echó su cabello atrás.

—No estoy molesta. Me puedo ir a casa, o me necesitas para algo más?

—No viste a nadie sospechoso? No reconociste a nadie?

—Estuve un buen rato andando de un lado a otro, asomándome a oficinas, los baños y hasta la enfermería. La gente fue cordial y me saludó siempre. Algunos me ignoraron y otros iban muy ocupados en sus asuntos. No vi a ninguno de los hombres que me mantuvieron secuestrada.

—Bien, sabíamos que sería difícil.

—Y aun así me enviaste?

—Era una oportunidad, había que aprovecharla—. Michaela lo miró ceñuda.

—Fue un señuelo.

—Qué?

—Me enviaste como un señuelo. Necesitabas una excusa para que Peter entrara e hiciera lo que sea que hizo en tu ordenador.

—Eres lista —sonrió Maurice.

—No pensaste que tal vez uno de esos hombres me vio? Y si ahora estoy de nuevo en peligro?

—Jamás te hubiese enviado allí si creyera que era mínimamente riesgoso. De todos modos, si alguien sospechoso te vio, no puede hacerte nada ahora.

—Por qué estás tan seguro?

—Porque sí, lo estoy. Por qué estás tan enfadada?

—Porque quisiera hacerle un lavado de cerebro a todos los hombres!

—Yo me ofrezco voluntario —bromeó Maurice elevando su mano como el estudiante más aplicado.

—Sí, tú. Idiotas! —dio la espalda sacudiendo de nuevo su cabello y salió. Maurice se echó a reír entonces y miró a Peter.

—Intentaste besarla?

—No!

—Y por qué está tan enfadada? —David miró la puerta por la que se había ido su hermana haciéndose la misma pregunta. Definitivamente no entendía a las mujeres, ni a su propia hermana.

Esa tarde, uno de los laboratorios donde se producían algunos de los elementos de aseo de H&H sufrió una aparatosa explosión.

Hugh fue avisado, y salió como un ciclón de su oficina para tomar el avión que lo llevaría hasta el lugar.

David había estado toda la tarde intentando descifrar junto a Peter y Maurice información que habían encontrado gracias a una jugada que Peter había hecho. Descubrieron demasiado tarde los planes de hacer explotar uno de los laboratorios, pero ya estaban preparados para lo que seguía, así que ya no los volverían a tomar por sorpresa.

Sin embargo, el asunto de la explosión y el consiguiente incendio tuvo bastante ruido en la televisión. Hugh fue demandado por negligencia en sus laboratorios, pues al parecer, la catástrofe pudo haberse evitado. A esto se sumaba los reclamos de los familiares de las víctimas que habían muerto o sufrido graves lesiones por haber estado laborando en las instalaciones a la hora del siniestro.

Michaela olvidó inmediatamente que Peter era un idiota, y que su hermano era otro tipo de idiota. Esto era lo que habían planeado desde el principio, y para esto la habían usado a ella y a su hermano, y quién sabe a cuántos más.

Los medios hablaban de cerrar los laboratorios hasta comprobar que todos estuvieran cumpliendo al pie de la letra con las normas de seguridad establecidas por la ley. Hugh no pudo salir de casa ni andar tranquilo en su auto sin ser asediado por la prensa siendo destinatarios que usaban sus micrófonos como una ponzoña.

El valor de las acciones cayó en picado, muchos empleados y ejecutivos renunciaron a sus cargos al ver que el barco empezaba a hundirse. Todo era un caos.

Por esos días, David casi no estuvo en casa. El apartamento de Maurice se había convertido en su casa, su oficina y su restaurante. Ir allí era estresarse también, pero en medio de todo, parecía en calma y frío.

Michaela se sintió indignada por la manera en que los medios estaban manejando la información; hacían parecer como que todo era culpa de Hugh, cuando las autoridades no habían descartado que se tratara de un accidente. La palabra “atentado” no había sido mencionada siquiera, y eso que David, y todos los demás, estaban seguros de que de eso se trataba.

Y a todo se sumaba que no habían vuelto a tener noticias de Marissa.

Hugh, si sabía algo de ella, tenía la mente en otras cosas ahora como para mencionarla. Dónde estaba?

Era media noche cuando Michaela vio entrar a David sigilosamente a su casa. Cuando la vio, él

encendió la luz.

—Qué haces despierta aún? —le preguntó acercándose a ella. Se sentó a su lado en el sofá y Michaela suspiró.

—Sólo me parece que nunca saldremos de esta pesadilla.

—Una pesadilla, eh? —sonrió él—. Sí, ojalá lo fuera.

—Tú te ves agotado. No esperaba que vinieras a dormir a casa hoy —. David encogió un hombro.

—Tengo que dormir unas cuantas horas lo quiera o no.

—Quisiera poder ayudarte.

—Ya lo has hecho. Gracias a que fuiste a las oficinas, Peter pudo acceder a la red de la empresa. Uno de los empleados es el topo y estuvo pasando información por mucho tiempo. Eso nos ha dado varias pistas: es antiguo, es un alto ejecutivo, y tiene planeado dejar la empresa pronto.

—No han descubierto aún quién es? —David se masajeó el cuello y respiró profundo.

—No. Y no hemos hecho sino empezar, ya que él es un simple mandadero.

—Hugh está bien?

—Sí, está bien, dentro de lo que cabe.

—Lo ha llamado Marissa? —Michaela sintió enseguida que el cuerpo de su hermano se tensionó. Lamentando haberla nombrado, lo vio ponerse en pie y dirigirse a las escaleras para ir hasta su habitación.

—Eso no lo sé. Él no habla de eso ahora.

—Claro, claro.

—Duerme. Yo iré a hacer el intento.

—Bien. Descansa—. Él sólo movió la cabeza y se fue. Por qué estaba todo tan mal?

David se movió en su cama y, en medio de la oscuridad, sintió a su lado el cálido cuerpo de su novia. Ella lo tenía rodeado con sus brazos, como siempre hacía, y una sonrisa se pintó en su rostro. Respiró profundo, y ella se movió con cierta pereza despertando también.

—Estás aquí —susurró él—. Mi amor. Estás aquí.

—Y dónde más iba a estar? —preguntó la voz de ella, aún somnolienta.

—Oh, tuve una horrible pesadilla.

—Cuéntamela —pidió ella casi balbuceando, como si se fuera a quedar dormida mientras él hablaba. Él volvió a sonreír. Este cuerpo era tan real, el tacto de su piel bajo su mano, el aroma de sus cabellos, el peso de su cabeza sobre su pecho. Ah, qué bien se estaba aquí!

Se movió un poco y quedó casi sobre ella, y apoyó su cabeza sobre el vientre femenino casi con deseos de llorar. El sufrimiento que había tenido en su pesadilla perduraba aún. Y el miedo. En su sueño, él la había perdido.

—Soñé que me habías dejado —susurró él, y paseó la mano por su abdomen—. Que ya no me amabas.

—Fue terrible, entonces —dijo ella, comprensiva, y él se movió para besar su mejilla, su cuello.

—Espantoso. Espantoso.

—Pero estoy aquí, mi vida —le dijo ella poniendo una mano sobre su mejilla—. Estoy aquí y soy real. Sólo fue un sueño.

—Tengo miedo de volverme a dormir.

—No temas. Cuando vuelvas a despertar, yo estaré aquí.

—Me lo prometes?

—Te lo prometo —él aún sentía su corazón agitado. Su pecho aún dolía. Puede que hubiese sido en un sueño, pero su corazón había quedado roto.

—Nunca me dejes —le pidió, le suplicó—. Por favor, nunca me dejes.

Se sentó de un salto en la cama y se deshizo de las sábanas. Tenía el pecho ardiendo, las mejillas mojadas. Miró al extremo del colchón y, con terror, vio que allí no había nadie. Marissa no estaba.

Se dobló sobre su cintura y metió la cabeza entre sus rodillas tratando de respirar. Esto no iba a parar. Llevaba teniendo el mismo sueño engañoso tres semanas, las tres semanas que hacía que ella se había ido. Siempre se despertaba bañado en sudor, adolorido, llorando.

Se odiaba a sí mismo por esto. Todavía era tan débil? Era un niño acaso? Por qué su mente lo engañaba de ésta manera?

—David? —llamó la voz de su hermana. Esta vez debía haber gritado un poco alto si la había despertado—. Estás bien?

—Sí. Sí —mintió él—. Sólo fue una pesadilla. Siento haberte despertado—. Michaela se sentó a su lado en la cama y lo rodeó con un brazo—. Estoy bien, Mikki.

—Deja ya de mentir.

—No estoy...

—Todavía la quieres, y la echas mucho de menos. Es normal—. Eso lo hizo sonreír—. Sí, vas a

decir: qué sabes tú de estas cosas? Pero fueron las mismas palabras que me dijiste tú a mí cientos de veces cuando yo era una niña y me despertaba con pesadillas. Echaba de menos a mamá y a papá, lo recuerdas? —David cerró sus ojos.

—Sí, lo recuerdo.

—Me dijiste: no intentes borrar el dolor de tu corazón, nunca podrás.

Papá y mamá son parte importante de nuestras vidas, siempre estarán dentro de nosotros duela o no —. David siguió en silencio, con sus ojos cerrados y su respiración agitada—. Siempre cuidaste de mí —susurró Michaela peinando sus cabellos con dedos delicados.

—Era mi deber.

—No, no lo era. Tú eras otro niño que también perdió a sus padres y necesitaba consuelo, pero nadie te consoló a ti. Nadie te preguntó si también tenías pesadillas. Nadie te cuidó. No quiero que la historia se repita—. Él permanecía quieto en su sitio, respirando fuerte y con los dientes apretados—. Marissa fue parte importante en tu vida —al oír eso, David abrió su boca como para decir algo, pero las palabras simplemente no salieron—, por mil razones que sólo tú conoces, ella siempre estará dentro de ti, duela o no. No intentes borrarla así de repente, no serás capaz.

David se quebró. Esto era tan cierto. Sintió las suaves manos de su hermana abrazarlo y reconfortarlo; y mientras él lloraba en silencio, tembloroso y débil, la madrugada fue avanzando, lenta, silenciosa, inexorable.

Para cuando llegó el alba, ambos hermanos estaban dormidos y agotados sobre la cama. Agatha sólo sonrió al verlos dormir así, uno frente al otro y tomados de las manos tal y como cuando eran niños. Era bueno, al menos, tener este tipo de paz en medio de la tormenta.

:28:

Tres meses pasaron, con sus días, con sus semanas, y cada persona involucrada de corazón en la búsqueda de la verdad acerca de la explosión en el laboratorio de H&H invirtió más horas de las que la empresa podía permitirse pagar. Entre estas personas estaba David, Maurice y Peter. Muy pocos sabían de la existencia de este equipo.

—Vaya —susurró Peter sonriendo mirando algo en la pantalla del ordenador que estaba ocupando en ese momento—. Quién lo hubiera imaginado.

—Qué cosa? —preguntó David mirándolo.

—Mira esto—. Maurice y David rodaron sus sillas hasta él y observaron un video de circuito cerrado de televisión—. Logré penetrar el servidor donde se guardan estos videos.

—Es el CCTV del laboratorio?

—Sí.

—En serio? —sonrió David. Habían intentado rescatar estos videos, pero algunas cámaras simplemente habían desaparecido, y el servidor, de una manera misteriosa, se había vuelto impenetrable aún para las habilidades de Peter.

—Le pondré a mi primer hijo tu nombre —prometió Maurice riendo y Peter sólo lo miró negando. Se quedaron en silencio mientras observaban las imágenes a blanco y negro. Estaba oscuro, pero se podía observar claramente que un hombre, vestido con traje, permitía la entrada de camiones con cargamento inflamable. No era el cargamento usual para el tipo de productos que se producía allí, y eso era sospechoso.

—Tenemos la cara de ese hombre? —Peter sólo observó, como esperando el momento indicado, y congeló la imagen donde el hombre se giraba y se veía no sólo su cara, sino también la escarapela donde tenía su nombre. Aunque borroso, se podía restaurar la imagen hasta recuperar el nombre.

—Tal vez Hugh sabe quién es.

—Sí, a lo mejor.

—Ahora queda demostrar que ese sujeto introdujo este cargamento por cuenta propia, y no bajo las órdenes de Hugh —comentó Maurice, pensativo.

—Si sacamos este video a la luz, ese hombre dirá que lo hizo todo bajo la tutela de Hugh, así que antes de eso, debemos hallar la evidencia de lo contrario.

—Más trabajo —susurró Maurice y volvió a lo que hacía antes. David se puso en pie, caminó lentamente hasta la pequeña cocina y se sirvió un vaso de agua.

—He tenido una idea dando vueltas en mi cabeza desde hace días — Maurice y Peter lo miraron atento—. Estas personas hicieron todo esto para bajar el valor de las acciones y comprarlas a un muy buen

precio, pero no pudieron haberlas comprado con sus propios nombres.

Debieron usar testaferros—. Maurice asintió.

—Eso es verdad. Según los informes, ninguno de los nuevos socios ha aparecido con una cantidad de acciones considerable. Por el momento, pareciera que sólo se vendieran al menudeo.

—Me gustaría comprobar a cada comprador.

—Son muchos.

—Tomará un tiempo —aceptó David—. Pero imagina que encontramos a cien personas cuyos nombres fueron usados sin su consentimiento para llevar a cabo este fraude. Si tú, Peter —siguió David, señalándolo—. Si una persona como tú, que actualmente no tiene ningún bien ni fortuna, y que eres alguien que trabaja por el pan de hoy y el de mañana... si por alguna circunstancia fue engañado, y usaron tu identificación para comprar acciones en una empresa como H&H... si yo llegara hasta ti diciéndote que ahora tienes derecho a los dividendos que produzca la empresa, qué harías? —Peter sonrió.

—No lo sé —miró lejos pensativo—. Primero estaría muy enfadado porque usaron mi nombre sin mi permiso.

—Es correcto.

—Pero luego... Vaya, tengo acciones de H&H, una empresa reconocida mundialmente, y son mías legalmente. Puedo apropiarme de ellas, o venderlas a otro y tomar ese dinero...

—Exacto.

—Estás planeando...

—Darle las acciones a los verdaderos dueños.

—No te has puesto a pensar que a lo mejor usaron la identificación de gente que ya no está viva, y gente que en realidad nunca existió? —preguntó Maurice con una sonrisa, entusiasmado por la idea que a su amigo se le había ocurrido.

—Sí, hay una alta probabilidad de que eso sea así, pero si logramos rescatar aunque sea una mínima parte, les estaremos dando a estas personas un duro golpe.

—Eso es verdad.

—Peter, tú podrías...

—Ah, tengo las manos llenas aquí...

—Holgazán.

—Podemos pedirle a Hugh refuerzos para esta tarea en especial.

—Sí; Hugh parece ser una fuente inagotable de recursos.

—Aún.

Edward Myers había trabajado toda su vida, su larga vida, y sólo tenía veintiocho años; desde los once años había empezado a ganar dinero, cuando se dio cuenta de que definitivamente su padre pendenciero y su madre borracha no podrían llevar las riendas de la casa. Años después el uno había muerto y el otro escapado, así que se había quedado solo. Bueno, tenía un gato.

Había sido del personal de limpieza en incontables edificios, vendido boletos de tren en una estación, lavaplatos en cientos de restaurantes, y dependiente en un autoservicio. No podía decir que estaba cansado de trabajar, porque la vida apenas empezaba. Los negocios fáciles se le habían propuesto muchas veces; vender drogas, transportarlas, consumirlas... o licor adulterado, o cigarrillos de contrabando. Había una razón por la que no había querido ninguna de estas cosas; él personalmente había visto lo que las drogas y el alcohol le hacían a las personas, no quería esa clase de futuro para él. Las huellas digitales se le habían borrado hacía mucho tiempo por tanto usar limpiadores y abrasivos. Tenía las manos de una anciana de tanto trabajar. De vez en cuando compraba billetes de lotería a ver si tenía suerte, pero ésta no había cambiado.

Hasta ahora.

Un sobre grande había sido hallado en el buzón de su diminuto apartamento. La empresa H&H lo felicitaba por ser parte de sus socios y lo invitaba a participar de una reunión donde se le hablaría de sus derechos como socio.

Irritado por esta clase de bromas, ignoró el asunto, pero pasados unos días, llegó no sólo otro sobre grande, sino un cheque con dinero a su nombre, con su número del seguro social, y una carta donde se explicaba que este era el monto de los dividendos del último bimestre.

Fue a la policía y puso el denuncia, un agente verificó en la base de datos si no se trataba de un error por algún homónimo. Después de todo, dudaba que fuera el único hombre que se llamara Edward Myers en los Estados Unidos. Los datos arrojaron que definitivamente era él.

Edward tuvo que mirar la fotografía para asegurarse de que sí, esto era verdad. Se trataba de él. De alguna manera, unas acciones, un paquete grande y caro de acciones de una multinacional, estaban a su nombre, y él podía cobrar los dividendos de aquí en adelante sin temor a caer preso por eso.

Rió largo rato porque simplemente no se lo podía creer.

Compró un billete de avión en clase económica y viajó hasta New Jersey para asistir a la reunión a la que se le convocaba. Se hospedó en el sitio más barato que encontró, pues no quería que, si todo esto era falso, se fueran en este viaje todos sus ahorros.

Pero si todo esto era verdad, y por algún golpe del destino él en realidad era dueño de un paquete de acciones aquí... Podría al fin estudiar. Estudiar en la universidad había sido su sueño. Podría entonces encontrar un trabajo digno y comprar una casa, pequeña, no importa. Y tal vez pudiera al fin soñar

con encontrar una esposa a la que pudiera mantener dignamente...

Entró al enorme edificio de H&H y se quedó un poco atontado mirando en derredor. Las ropas de las personas aquí se veían casi de mentira, sus peinados, sus lociones, su actitud... las secretarias eran preciosas, y le sonrieron dándole la bienvenida.

—He venido por...

—La reunión de socios? —le preguntó una, él miró en su gafete y leyó el nombre: Lorraine.

—Eh.. sí...

—Tiene su invitación? —Edward rebuscó en el bolsillo de su vieja chaqueta, la de las bodas, aunque sólo había asistido a una, y se lo pasó. Nervioso, pues tal vez ella encontrara que todo esto era un error y llamara a los agentes de seguridad, la observó leer en una lista su nombre.

—Señor Myers, nuevamente bienvenido. La reunión es por aquí—.

Ella tomó la delantera y caminó con paso decidido hacia uno de los pasillos, que desembocaba en una espaciosa sala donde había más personas... como él. Gente común, con arrugas en sus rostros, con ropa barata, y con la misma cara de desconcierto que él.

—Qué es todo esto? —preguntó Viktor Ivanov mirando a Lisa y Lorraine darle la bienvenida a gente extraña y conducirlos a una de las salas de conferencia del primer piso.

—Nuestros nuevos socios —dijo la voz de Hugh a su espalda.

—Nuestros qué?

—Olvidaste que pusimos acciones a la venta? —Viktor siguió mirándolo confundido—. Pues éstos son los compradores de esas acciones.

—Qué? Éstas personas?

—Discriminas?

—Pues... no... Pero dudo seriamente que cualquiera de estos aquí pueda permitirse una sola acción. Y no se vendían de a una, sino de a miles!

—Extraño, verdad? Qué rara es la vida. Pues ya ves. Tenemos un grupo bastante variopinto de socios, y ahora hay que atenderlos bien a todos, no sea que, decepcionados, decidan devolvernos las acciones a cambio de dinero, que nos falta ahora.

Hugh se encaminó a los ascensores y Viktor lo siguió.

—Algo debe estar mal. Estas personas no pueden ser nuestros socios.

—Lo hemos comprobado, Viktor. Una y otra vez. Estas personas son las que aparecen en la base de datos. Pagaron todos en efectivo, y así se convirtieron en nuestros socios. Puede que ahora sea más bien una pérdida para ellos, pues nuestras acciones no valen mucho ahora mismo, pero míralos, tienen fe en que las cosas se arreglarán.

—Hugh, no me digas que vas a permitir que estas personas formen parte de H&H!

—Tengo otra opción?

—Me encargaré personalmente de averiguar lo que está sucediendo.

—Tengo un equipo que se encargó ya de eso. Relájate, estas personas son reales.

—Qué? —Viktor sintió un frío recorrerlo al oír estas palabras. Hugh entró al ascensor y lo miró como preguntándole si subía o no. Viktor no subió, en cambio, caminó a un sitio privado e hizo una llamada.

Al otro lado estaban todos histéricos. Las personas cuyos nombres habían usado para comprar las acciones, habían aparecido en su mayoría y cobrado su parte. Cómo había sucedido esto? Quién le había notificado a estas personas?

Habían hecho esto muchas veces. Las personas ni siquiera se enteraban de que sus nombres habían sido usados para hacer fraude, y otras veces sí, pero terminaban pagando sentencias que no les correspondían por pecados que no habían cometido. Cómo había sucedido algo como esto frente a las propias narices de Viktor Ivanov?

Entró a su oficina y su secretaria lo siguió informándole de su agenda del día, pero ignorándola, la echó. Estuvo dando vueltas unos cinco minutos, pensando y pensando, y luego, salió. Se detuvo frente a la antigua oficina de David, que permanecía vacía aun cuando ya habían pasado varias semanas desde su retiro. Aquí había estado Michaela y sentía que su perfume aún perduraba en el ambiente.

Y la verdad vino a él como una lámpara encendida de pronto.

Michaela no había venido aquí porque David estuviera demasiado mal como para poner otra vez un pie en H&H, ella había venido para ponerle a él una trampa. David no estaba fuera del negocio. Si bien no estaba viniendo a trabajar aquí, aún era un empleado de H&H.

Volvió a su oficina y encendió su ordenador tratando de buscar alguna evidencia de que H&H aún pagara el sueldo de David, o su seguro médico, o el de su familia. Tuvo que escarbar un poco más profundamente, y le tomó un par de horas hallar la verdad. David seguía habitando la casa que la empresa le había concedido, lo cual gritaba por sí solo que seguía en la plantilla.

El maldito no había renunciado luego de su ruptura con Marissa, sino que por el contrario, se había metido más de lleno en el asunto.

Siempre había estado un paso delante de él, y lo odió por eso hoy más que nunca.

Miró en derredor y se pasó las manos por su cabello. Estaba solo. No tenía lealtad aquí, ni allá. Aquí lo despedirían y luego lo encarcelarían, allá lo matarían. Desde hoy, podía considerarse hombre

muerto.

Al pensar en esto, Viktor empapó toda su camisa en sudor. Había llegado el momento de dejar no sólo H&H, sino el país.

Ese mismo día, presentaron el video de CCTV ante la corte. Así, el director del laboratorio que había explotado fue llamado a declarar, y también Hugh. Éste recibió la notificación con una sonrisa. Poco a poco, el peso sobre sus hombros iba disminuyendo. Hoy más que nunca, se felicitaba a sí mismo por haber contratado a David, y permitir que sus amigos también metieran las manos en este asunto.

—Podemos reunirnos? —le preguntó Michaela a Peter por teléfono.

Éste se había puesto un poco nervioso cuando se dio cuenta de que era ella quien lo llamaba, pero el tono de su voz le hizo preocuparse.

—Estás bien?

—Por teléfono no. Puedes venir a mi casa, por favor?

—Claro. Voy de camino a casa; tengo que bajar del autobús y tomar otro, pero...

—No te preocupes. Te espero aquí—. Peter cortó la llamada haciéndose muchas preguntas. Por qué lo llamaba? Por qué a estas horas? Bajó del autobús pensando en que tal vez David y Maurice estaban en casa de éste último aún trabajando, y a lo mejor esperaban que él se dejara ver por allí y les ayudara un par de horas más, aunque no le habían dicho nada de esto más temprano.

Miró a un lado y a otro de la calle y extendió un brazo deteniendo así un taxi. No quería demorarse mucho, la voz de Michaela parecía un poco asustada, y aunque le salía un poco alta la tarifa, mejor se daba prisa.

Al llegar y llamar a la puerta, fue David quien le abrió. Al verlo se sorprendió un poco.

—Tú aquí? —le preguntó.

—Esta es mi casa —contestó David, ceñudo—. Soy yo quien debería hacer esa pregunta. Pasa—. Peter entró y miró en derredor esperando ver a Michaela, pero no había nadie por allí.

—Pensé que estarías en lo de Maurice, trabajando.

—No, esta noche decidí descansar un poco.

—Peter? —llamó la voz de Michaela, y ambos alzaron la cabeza. Ella estaba a mitad de las escaleras.

—Tú lo llamaste? —preguntó David.

—Sí, yo —luego miró a Peter—. Puedes subir, por favor?

—Qué? —volvió a preguntar David—. A tu habitación?

—Vas a hacer un escándalo por eso? —le reclamó Michaela—. Sube — le dijo a Peter. David se giró a mirarlo.

—Si vas a estar en una habitación donde hay una cama con mi hermana, más te vale dejar las puertas abiertas, de acuerdo?

—David, por favor —exclamó Michaela exasperada—. Sólo es Peter! — y con esas palabras los dejó solos. David miró a su hermana un poco pasmado, y luego miró de reojo a Peter, que tragaba saliva y apretaba sus labios. Michaela no tenía el menor sentido del tacto. Definitivamente esas palabras no se le decían a un hombre, menos si sabías que ese hombre estaba enamorado de ti.

—Bien, yo... —tartamudeó él. David sacudió su cabeza y se encaminó a la cocina. Peter respiró profundo una vez más y subió las escaleras.

Al estar arriba, encontró a Michaela de pie frente a su ordenador. Ella se lo señalaba con una mano.

Le indignó pensar que ella lo llamaba a estas horas y le hacía pagar un taxi, y la razón quizá sólo era que su ordenador se había estropeado. No temía quedarse a solas con él en una habitación porque claro, sólo era él. La miró fijamente, interrogante.

—Quiero que veas esto —susurró ella. Michaela tenía la respiración agitada y Peter miró entonces la pantalla del ordenador un poco preocupado.

—Qué es eso? —se acercó un poco más.

—Me... me llegó ese correo. Le contesté, pero es de esos que no admiten respuesta. No sé quién es! — los ojos de ella se humedecieron y entonces Peter se sentó frente a la pantalla.

“ Michaela, conoces a este hombre? ” , decía el mensaje, y adjunta había una fotografía. Era un hombre de cabellos y ojos negros. Vestía un traje fino y sonreía con suficiencia. Peter frunció el ceño.

—Y lo conoces? —Michaela se cruzó de brazos y se secó una lágrima.

Peter se puso en pie y se le acercó repitiendo la pregunta, ahora preocupado—. Lo conoces?

—Es el hombre que... Es uno de los secuestradores—. Peter pestañeó. Miró de nuevo la foto y frunció el ceño.

—Parece un hombre de negocios. Estás segura de que es él?

—Claro que estoy segura! —exclamó ella—. Lo reconocería donde sea, como sea! Es él! Vino a la habitación en la que estaba encerrada y me habló, me dijo mil cosas y...

—Ya, ya. Cálmate. Ya no puede hacerte nada —pero ella estaba temblando. Peter, a pesar de que hacía

un momento ella lo había tratado como si no fuera nadie para ella, la acercó a su pecho y la rodeó con sus brazos.

—Sólo pensar en eso me... me hace dar ganas de vomitar. Lo odio, lo odio!

—Shh –susurró él tratando de calmarla. Volvió a mirar la foto pensativo. Quién había enviado este correo? Con qué propósito? Tal vez era sólo para asustarla, tal como estaba ahora, pero, qué ganaban con eso?

Miró a Michaela y encontró que esta tenía la cabeza elevada hacia él y lo miraba como si estuviera descubriendo algo muy misterioso en este preciso momento.

—Sucede algo? –preguntó él. Michaela pestañeó.

—Hueles... hueles muy bien –Peter sonrió de medio lado.

—Me baño todos los días.

—No, no quiero decir eso. Es que...

—Qué. No tiene por qué inquietarte. Sólo soy yo, no? –la separó de su cuerpo y Michaela frunció el ceño.

—Eso... te molestó?

—Michaela, si tengo que explicártelo, es que, definitivamente, algo anda muy mal contigo.

—Pero yo no quise...

—Llamemos a David y mostrémosle esta fotografía. Debiste mostrársela a él desde el principio.

—Quería que primero la vieras tú.

—No veo por qué –él dio unos pasos hacia la puerta, pero en el momento David entró.

—Puertas abiertas, puertas abiertas! –exclamó, aunque la puerta había estado abierta de par en par.

—Yo me voy –dijo Peter, mirando a Michaela.

—Te vas? Por qué? Hice que la abuela preparara macarrones, tus favoritos.

—Gracias, pero mi hermana me espera para cenar. Adiós—. David miró con una ceja elevada a Peter, que salió como una exhalación.

Luego le dirigió la mirada a Michaela.

—Eres una tonta. Tonta en exceso.

—Y me lo dices tú?

—No sabes que hay cosas que no se le dicen a los hombres?

—Ya, ya. Luego arreglaré las cosas con él.

—Estás muy confiada y él muy enfadado—. Michaela sacudió su cabeza.

—Mira esta fotografía —dijo, señalándole el ordenador. David se acercó y vio el correo y la imagen.

—Ivanov? —preguntó sin mucho interés.

—Lo conoces?

—Claro, es Viktor Ivanov. Trabaja en H&H —Michaela abrió la boca sorprendida—. Por qué tienes su foto en tu ordenador? —ella intentó decir algo, pero las palabras no salieron. Viktor Ivanov. Ese era el nombre del maldito—. Qué pasa, Mikki?

—Ese hombre, Viktor... fue uno de mis secuestradores—. La expresión de David cambió de inmediato. Palideció, su respiración se agitó, y apretó sus dientes con fuerza. Se acercó a la pantalla y leyó la pregunta que componía el mensaje: “ Michaela, conoces a este hombre?” .

Sin decir una palabra, salió corriendo de la habitación y alcanzó a Peter.

—No te vayas! —le gritó, Peter se detuvo justo en el jardín—. Te prometo la mano de mi hermana si quieres, pero por favor, ayúdame en esto.

—Qué? —gritó Michaela desde atrás—. David, qué estás diciendo? — Peter miró a uno y a otro.

—Me ocuparé de eso mañana.

—No, tiene que ser ahora. Por favor, Peter, encuentra el remitente de ese mensaje!

—Es importante saberlo? No es más importante saber quién es el sujeto de la foto?

—El sujeto de la foto es un ejecutivo de H&H. Trabaja para Hugh, era uno de los nuestros! —Peter miró hacia la calle, no había mirado a Michaela otra vez.

—Tengo cosas que hacer. He descuidado mucho mis deberes...

—Maurice es abogado. Te ayudará en lo que haga falta —eso lo hizo sonreír con ironía. Luego vio a David acercarse a Michaela al tiempo que sacaba el teléfono. Le susurró algo a su hermana y entró a la casa.

—Hugh? —saludó David por teléfono a su jefe—. Tenemos al maldito topo.

:29:

Michaela miró a Peter, que permanecía de pie en el jardín de entrada de su casa, mirando a otro lado y con ambas manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

—Siento lo que dije hace un momento —dijo ella. Peter la miró de reojo.

—No tienes que disculparte. Investigar quién envió ese correo es mi trabajo, de todos modos.

—No me estoy disculpando para que investigues.

—Bien. Entonces tampoco tienes que hacer nada por lo que David te haya amenazado.

—David no me amenazó.

—Quieres decir entonces que estás pidiendo disculpas por cuenta propia?

—Me crees tan egoísta como para no aceptar cuando me he equivocado?

—No lo sé. Tal vez no te conozco.

—Sí. Tal vez no me conoces. Fuimos vecinos durante unos diez años, pero hasta ahora sostenemos una conversación real. Todo el mundo alrededor dice: “ Le gustas a Peter, dale una oportunidad a Peter” , pero tú realmente nunca has abierto tu boca para decirlo. Así que, por qué debía yo acercarme a ti cuando eres tú el que tiene mucho qué decir?

—Ah, me disculpo por todas las molestias que te causé en el pasado.

—No seas idiota! —exclamó Michaela, sintiendo que quería pegarle—.

Estás molesto conmigo y todo lo que digo lo interpretas a tu modo. De una manera u otra, siempre soy yo la mala. Por qué. Dime por qué!? — Peter respiró profundo—. Qué esperan todos de mí? — siguió ella—. Soy yo la que debe declararse a ti, entonces? Ya hiciste tu parte con sólo quererme?

—Michaela...

—Estoy harta de esto! Harta de esta incertidumbre, harta de no saber cómo comportarme cuando estás cerca, ni cómo tratarte a ti. Qué eres?

Un vecino? Un viejo amigo? Un... —se detuvo porque simplemente no pudo seguir hablando. Su boca ahora mismo estaba ocupada. Los labios de Peter estaban sobre los suyos; no había sido consciente de que él se había ido acercando hasta tenerlo justo al frente y él ahora la besaba.

Sólo fue un beso superficial, y él se retiró casi de inmediato. La miró a los ojos con una pregunta brillando en los suyos, y los de Michaela se humedecieron.

—Si es verdad que me quieres, sólo dímelo!

—Te quiero —susurró él—. Te quiero.

—Y por qué tardaste tanto en decirlo! —se quejó ella pegándole en el pecho, aunque sin mucha fuerza; él sonrió de medio lado.

—Porque temía tu respuesta. Todo este tiempo estuve seguro de que no me correspondías. No quería probar lo que duele ser rechazado.

—Y por tu miedo he tenido que pasar por tanto!

—Lo siento —ella se secó las lágrimas con sus manos y elevó su rostro a él.

—Y ahora, no temes mi rechazo? —él sonrió de nuevo bajando la mirada.

—Bueno, te besé y no me has abofeteado.

—A todo le llaman beso —masculló ella mirando a otro lado, y Peter elevó una ceja.

—Ah, perdona. No sabía que tus estándares estaban tan altos —ella se echó a reír.

—Eres idiota.

—Desde hace mucho tiempo —admitió él—. Me gusta una chica llorona.

—Es sólo que eres feo y me haces llorar con sólo verte —él sonrió también. De pronto se quedaron los dos en silencio, y el momento se hizo propicio para otro beso. Él se acercó, ahora seguro de que ella no lo rechazaría, seguro de que podía ser algo más que un toque sobre los labios.

—Michaela es aún una menor de edad. Podría acusarte de abuso infantil —se hizo escuchar la voz de David, y Peter y Michaela se alejaron el uno del otro de inmediato. Michaela miró a su hermano y lo encontró cruzado de brazos, vestido con su abrigo listo para salir.

—Yo también soy menor según las leyes de América —dijo Peter, y Michaela se asombró de que no le tuviera miedo a David, ni aun cuando él lo miraba amenazador—. Besos consentidos entre menores está permitido. Además, acabas de concederme su mano.

—Ah, con que están prometidos? —preguntó David como si la idea lo asqueara—. Ten mucho cuidado con dónde te metes, jovencito...

—Ya quieres dejar de jugar al gallito fino del patio? —lo regañó Michaela.

—Por qué me hablas así? Muchachita...!

—Me abrumas! —miró a Peter y suavizó su voz—. Tú y yo tenemos una conversación pendiente—. Él asintió sonriente, y David no dejó de mirarlos con ojos entrecerrados ni cuando ella pasó por su lado y se internó en la casa. En el jardín sólo quedaron Peter y David. Cuando éste último se echó a reír, Peter lo miró como si de repente hubiera visto pasar un perro a cuadros.

—Vaya par de tontos —susurró David—. Sígueme. Hugh quiere hablar con ambos.

—No dijiste que debía averiguar el remitente de ese correo?

—Y dejarte a solas con mi hermana en una habitación? Soy idiota?

—Creí que estarías de acuerdo.

—Con que salgan, se tomen de las manos y se den picos dignos de niños de tres años, sí. No con lo demás —se detuvo y se giró para mirarlo amenazador—. Soy muy celoso con mis mujeres.

—Sí, sí. Lo que digas.

—No le hagas daño.

—Antes me cortarían una mano —David lo miró de arriba abajo, como estudiándolo. Como si encontrara que él después de todo no era una amenaza, le dio la espalda y siguió su camino—. A dónde vamos?

—A las oficinas.

—A esta hora? Es prudente que vayas?

—Viktor Ivanov, el hombre de la fotografía, salió a media tarde y no regresó. Y no sólo él, varias personas, empleados nuevos y antiguos de H&H han abandonado sus lugares de trabajo misteriosamente.

Vamos a tener una especie de junta extraordinaria.

—Ya. Y yo por qué voy...?

—Porque el jefe manda —cortó David. Caminaron juntos hasta llegar a una avenida más concurrida y detuvo un taxi, en el cual subieron ambos.

Marissa abrió sus ojos poco a poco y miró lo que alcanzaba a verse de su habitación sin que tuviera que mover la cabeza. Entraba la luz a raudales a pesar de que estaban a mitad del invierno. Pero claro, por qué iban a importar ahora las estaciones? California no sufría de ellas.

Miró el reloj dispuesto en su mesa de noche, que señalaba que eran las siete de la mañana. Nunca se quedaba remoloneando en la cama luego de que ya estuviera despierta, pero esto se había vuelto una costumbre últimamente.

Su teléfono vibró y lo tomó. Era un mensaje de texto, así que se puso en pie aún con pereza y caminó hacia el ventanal, mirando las azules aguas de la playa en frente.

Le encantaba este clima tropical, los colores, el resplandor del sol. Su piel era de las afortunadas que no necesitaba mucho para broncearse, así que ahora había tomado un tono tostado y su cabello se veía más rubio que nunca.

Si David estuviera aquí...

No, no empieces a pensar en él, se regañó a sí misma, pero fue inevitable. Lo extrañaba.

Sonrió ante lo pobre que sonaba la expresión. Se extraña una mascota, o tu ropa interior favorita, pero ella se sentía como si de repente el oxígeno a su alrededor faltara; no había sido consciente, sino hasta ahora, de lo mucho que lo amaba y lo necesitaba.

Miró el reloj nuevamente en el nochero como si él pudiera informarle de cuánto tiempo hacía que estaba sin él, cuánto tiempo faltaba para que siquiera pudiera mirarlo de lejos. Si ella iba ante él y le explicaba la situación, le creería? Había una alta probabilidad de que sí le creyera, pero que no le importara, pues, ella había herido profundamente su corazón, su ego, todo. Puede que en estos meses él se hubiese olvidado de ella y ya no le importara si ella volvía con una buena explicación o no.

Quizá incluso hasta había conocido a alguien más, y qué podría reprocharle ella entonces?

Cerró sus ojos, pues a la falta de oxígeno parecía haberse sumado un golpe en el pecho. No quería eso por nada del mundo, y por eso se estaba dando tanta prisa trabajando hasta tarde, estudiando e investigando hasta que su cuerpo se empezaba a dormir por partes en protesta por la dura prueba por la que lo estaba sometiendo. Le urgía poner a salvo a David, a la empresa. Le urgía encerrar a Viktor Ivanov y sus jefes para poder volver y decir la verdad.

Cada día ésta era su motivación. Se levantaba temprano fuera lunes o domingo y se sentaba en una mesa a trabajar, hacía mil llamadas, enviaba mil correos; salía y se reunía con personas muy escogidas, y día a día iba aportando un grano de arena más a la que pretendía se convirtiera en una montaña. Era una tarea ardua.

Su teléfono volvió a vibrar y lo tomó de nuevo leyendo.

“Viktor fuera de H&H. Un paso más cerca.” Decía. Al parecer, Michaela había dado la voz de alerta en cuanto había visto la fotografía de Viktor en el correo que, a través de sus expertos subordinados, le había mandado. Sabía que podía confiar en ella, pensó sonriendo.

Tenía ojos y oídos en New Jersey que le indicaban qué estaban haciendo y qué progresos había con el caso. El día de la explosión había llamado a su padre, pero no había tenido muchas palabras de aliento que pudiera decir sin descubrirse a sí misma, así que todo había sonado muy banal.

Ahora, con la salida precipitada de Viktor, tanto ellos allá, como ella y su gente acá, podían mirar qué pequeños errores habían cometido para seguirle la pista al pez gordo y capturarlo. Ah, anhelaba ese día.

—Ya estás despierta —dijo la voz de Bianca tras ella. La mujer de casi cuarenta, y aún con un aspecto muy joven, pelirroja, y que cuidaba a Marissa como si fuera su nana, se acercó a ella y la miró detenidamente.

—Qué? —preguntó Marissa ante su escrutinio. Marissa estaba en ropa interior, descalza y mirando por el ventanal las olas del mar. Estaba demasiado baja de peso.

—Me preguntaba qué truco tendré que usar para que tomes hoy tu desayuno completo —Marissa no

dijo nada ante eso. Se giró y caminó hacia la habitación del guardarropa.

—Me apetece tomar un poco el sol.

—Te llevo entonces el desayuno allá?

—Un jugo estará bien —Bianca dejó salir el aire y se cruzó de brazos.

Amenazarla con llamar a Hugh y ponerla en su lugar ya no funcionaba, pero sinceramente estaba preocupada por ella. Bueno, Hugh no estaba, pero otra persona que tampoco tenía pelos en la lengua sí.

Meredith Brenner era una belleza viviente. Sus ojos grises tenían siempre una mirada dulce, y era muy fácil hacerla sonreír. Llevaba el cabello negro largo a la espalda, un regalo de la naturaleza luego del cáncer, y era más bien de corta estatura y piel cetrina. También estaba muy bronceada; sus accesorios, auto, bolso y ropa gritaban dinero, y la satisfacción en su rostro, amor. Era, a ojos de Bianca, una princesa de cuento de hadas viva y real. Y era una de las tres mejores amigas de Marissa.

Si tenía que ponerlas en una escala, la primera sería Diana, que aun cuando estuvo mucho tiempo en el extranjero, nunca perdieron el contacto ni la comunicación. Luego estaba Meredith, con la cual era muy difícil llevarse mal, pero que era franca a la hora de decir la verdad, así también ella terminara llorando; y por último Nina, que parecía ser la diferente del grupo, siempre pendiente de los chicos, la moda y las fiestas.

Las cuatro se habían nombrado a sí misma “Las sin—madre”, porque ninguna tenía una cuando se conocieron, y eso, y ser de familias ricas que las habían dejado en un internado, las había unido hasta convertirse en casi hermanas.

Meredith entró silenciosamente a la enorme casa de veraneo de su amiga Marissa, y Bianca, al verla, le señaló el lugar donde estaba en ese momento.

—Desayunó? —le preguntó Meredith quitándose los lentes de sol y dándole a Bianca su bolso, que se lo recibía mientras le explicaba: —Sólo un jugo. Anoche apenas si se tomó una bebida caliente, un par de sorbos, y parece que hoy planea pasar el día sólo mirando lejos, o a la pantalla de su portátil.

—Déjamela a mí —con paso decidido atravesó toda la enorme sala y se asomó por un balcón a la playa ajustándose de nuevo los lentes del sol hasta que vio a Marissa tumbada bajo una sombrilla.

Bajó las escaleras hasta que pisó la arena de la playa y caminó un largo trecho hasta que llegó a ella. Marissa lucía un traje de baño color aguamarina de dos piezas, y se hacía más que evidente su delgadez.

Al verla, Marissa apenas si le alzó las cejas a modo de saludo.

—Hola —contestó Meredith con una sonrisa. Se sentó al lado de Marissa en la toalla y miró la playa en silencio.

Ahora recordaba cuando, tres meses atrás, Marissa la había llamado para pedirle una casa en la cual pasar una temporada. Ella le había ayudado en la oficina de bienes raíces y compró a su nombre esta

mini mansión que en vez de paredes tenía cristalerías, era amplia, hermosa, y tenía su propia playa privada. Ella había llegado muy deprimida entonces contándole a grandes rasgos lo que le había sucedido últimamente, las razones por las que había tenido que dejar a su novio y por las que ella debía guardarle el secreto.

Lo había hecho, pero Marissa no estaba bien, la depresión debía tener un límite, o su vida y su salud estarían en peligro.

Sin embargo, tenía que tener mucho tacto. Si bien Marissa no se echaba a llorar en cuanto le nombraran a David, ya no, al menos, tampoco quería oscurecerle el día hablando de él. Pero tenía que hacer algo.

—Le hice unas cuantas preguntas indiscretas a Bianca —empezó a decir Meredith.

—Ah, sí? —sonrió Marissa sin dejar de mirar el horizonte—. Qué clase de preguntas?

—Le pregunté si ya te bajó la regla —Marissa miró a su amiga. Por qué esa pregunta? Por qué? La regla? Eso qué era? Ah, lo del mes. No.

Hacia tres meses no...

Mierda!

Marissa se puso en pie y, sin sacudirse la arena del cuerpo, caminó en dirección a la casa. Meredith sonrió y la siguió.

—Es probable, verdad? —Marissa siguió caminando en silencio—. Eso indica que estás embarazada. Si lo estás, también estás matando a ese bebé —Ahora Marissa se giró a mirarla con una cara de pánico. La palabra “bebé” parecía tocar un lado muy sensible.

—Por qué? —susurró.

—Porque llevas días sin comer como se debe. Si no te alimentas bien, y de verdad estás embarazada, lo estás matando. Y si sobrevive, será un niño enfermo...

—No! —ella se llevó las manos al vientre. Si estaba embarazada, entonces tenía a lo sumo tres meses, no se sentía nada allí—. Tengo que ir al hospital.

—Buena idea. Primero, come—. Marissa la miró de reojo, pero volvió a andar hasta llegar a la casa.

Lo primero que hizo al entrar fue encaminarse a la cocina. Abrió el refrigerador y sacó una cosa tras otra para prepararse un sándwich.

Bianca miró a Meredith sorprendida.

—Sea lo que sea que le hayas dicho... funcionó.

—Ah, yo tengo mis métodos, mujer —sonrió Meredith—. Y son muy efectivos.

—Y qué tal besa? —le preguntó Gwen a Michaela, y ésta la miró con ojos entrecerrados.

—No voy a contestar a eso! —le gritó. Luego hizo una mueca con la boca—. De todos modos, no fue un beso de verdad.

—Estás ansiosa, eh? —se rió Gwen, y Michaela le echó malos ojos.

Gwen estaba tirada sobre su cama mientras ella estaba sentada sobre el tapete en el suelo. Tenía el teléfono en la mano, ansiando un mensaje de Peter, pero este simplemente no le había escrito en lo que iba de la mañana. Anoche sólo le había escrito para decirle que la reunión se había alargado más de lo que había imaginado y que terminarían su conversación pendiente hoy. Y hoy no había llegado.

Hizo una mueca y miró al techo.

—Él te gusta de verdad? —preguntó Gwen.

—Lo dices como si no debiera gustarme.

—No, no es eso... es que parece como si sólo te hubieras rendido ante él —eso le hizo reír.

—Sí, tal vez eso es una parte... pero... No lo sé. De repente me parece que es muy guapo, y huele tan bien...

—Huele? —Michaela se mordió los labios.

—Sí, él me gusta. Además... es alguien en quien puedo confiar. Me da seguridad, y... creo que por ahora me gusta mucho.

—Eso ya lo dijiste.

—Me gusta!

—Esta es la tercera vez, sólo te lo pregunté una vez.

—Es muy inteligente, sabes? —siguió Michaela, como si no la hubiera escuchado—. Me gustaría que se cambiara ese corte de cabello. Tal vez lo convenza de ir a un salón de belleza —Gwen se echó a reír.

—Sí, deberías... —corroboró Gwen, en un tono que hizo que Michaela la mirara de reojo—. No quiero decir con esto que ahora se vea feo —aclaró cuando Michaela le echó malos ojos. Luego ambas volvieron a reír.

David miró en derredor su antigua oficina, completamente vacía.

Hugh había insistido en que regresara al edificio y eligiera una para que siguiera trabajando codo

con codo con él.

Habían hecho grandes progresos tan sólo en las últimas horas.

Habían confiscado el ordenador de Viktor y lo analizaban para encontrar alguna huella que los llevara hasta el cabecilla de la red que quiso destruir H&H, pero hasta el momento, si bien encontraron otras cosas, esa información parecía estar clasificada.

Habían congelado todas las cuentas bancarias de Viktor, lo que podía llevarlo a la desesperación. También habían verificado que no había retirado mucho la última vez que se asomó a un cajero, pero eso no garantizaba que no tuviera otras cuentas en el extranjero y gozase así de dinero. Además, tenían vigilado su lugar de residencia y los otros sitios que normalmente él visitaba; como no tenía familia conocida en el país, no se podía indagar demasiado al respecto. Sin embargo, lo estaban acorralando; en algún momento tendría que verse en apuros y entonces lo capturarían. Mientras tanto, Michaela y Agatha tenían prohibido salir de casa si no era con la debida vigilancia. Incluso David tenía un guardaespaldas otorgado por Hugh.

—No me digas que prefieres quedarte aquí —le dijo el jefe entrando y hallándolo mirando todo con algo de nostalgia.

—No, ya que me ofreces una oficina mejor, la tomaré.

—Eso me parece bien. Toma la de Viktor en cuanto terminen de revisarla.

—Estás seguro?

—Y por qué no? —Hugh miró por el ventanal pareciendo un poco decaído, y David lo miró en silencio—. Ese chico... realmente... Llegó aquí hace ya algunos años, fingiendo ser un novato, solicitando ayuda.

Era algo patoso... o actuó como tal para ganarse la confianza de todos.

Todavía no me lo creo...

—En cambio, yo siempre desconfié de él —dijo David respirando profundo—. Me encantaría tenerlo en frente para que mis puños le digan unas cuantas verdades—. Hugh rió por lo bajo.

—Apuesto a que sí. Roguemos que sus compinches también lo hayan dejado solo. De esta manera, será más fácil que cometa un error y nosotros podamos atraparlo.

—Sí—. Hugh salió y David se quedó allí otros minutos. Miró hacia la puerta que había quedado abierta y se asomó. Las secretarias le habían dado nuevamente la bienvenida, algunas realmente felices de que hubiera vuelto. Miró en dirección de la oficina de Marissa y su estómago se contrajo. Había sabido que volver aquí no iba a ser fácil, pero pensó que tres meses lograrían mitigar un poco el dolor y la añoranza. Nada. Él seguía extrañándola.

Viktor Ivanov le dio varias patadas a la pared en la que estaba incrustado el cajero automático.

Llevaba una sudadera con capucha y lentes de sol a pesar de que por el cielo invernal esto no era necesario, pero no le interesaba que las cámaras del cajero capturaran su imagen. Su cuenta estaba bloqueada, y no se trataba de la cuenta que conocían en H&H, sino de su otra cuenta. Los malnacidos que lo habían contratado e introducido en la empresa de Hugh para luego deshuesarla lo habían dejado solo en el camino. Se habían quedado muy seguramente con todo lo que era suyo y lo habían dejado a él sin nada.

Miró el cielo y se abrazó a sí mismo cuando se dio cuenta de que estaba lloviznando. No tenía donde pasar la noche, había tenido que dejar sus pertenencias en el hotel en el que había estado porque no pudo pagar la cuenta. Ahora tenía hambre, estaba aterido de frío, y sin un centavo en los bolsillos. Esto era el infierno.

Echó a andar, no era aconsejable estar mucho tiempo frente a una cámara, y empezó a pensar en sus opciones. Dormir en la calle era una, y lo aterraba. No tenía amigos a los que acudir, por el contrario, si un conocido llegaba a verlo, lo siguiente que haría sería llamar a la policía. Debió haber huido del país en cuanto dejó las oficinas, pero había preferido contactarse con sus jefes para enterarse mejor de la situación, y en esto había perdido un valioso tiempo. Ahora no tenía a dónde ir.

—Miren lo que tenemos aquí —dijo un hombre que lucía tatuajes en el rostro, con cabello canoso y bastante más alto y grande que él. Viktor dio un paso atrás—. Una princesa perdida —otros se echaron a reír y entonces los miró. Eran unos cinco, todos con aspecto pendenciero, acostumbrados a las camorras y en búsqueda constante de nuevas víctimas.

—No me asustan —dijo Viktor mirándolos fijamente y bajando poco a poco los brazos. Los hombres volvieron a reír.

—No queremos asustarte. Nunca se nos pasó por la cabeza.

—Sólo quiero tu reloj —dijo otro.

—Y tus zapatos.

—Y ese bonito abrigo.

—Y esos lentes de sol. El invierno es demasiado luminoso estos días —. Ellos volvieron a reír. Viktor empuñó sus manos. Nunca había sido muy buen luchador. Si estuviera solo con alguno de ellos quizá tuviera opciones de ganar en una lucha, pero contra cinco jamás vencería.

Estaba a punto de recibir una buena paliza por lo que llevaba puesto.

:30:

Marissa y Meredith salieron temprano del hospital. Esa mañana no se había levantado sin ánimo de hacer nada como siempre, ni mirando al techo, ni pensando en lo que ya no era y ella añoraba.

Había despertado preguntándose si de verdad llevaba en su vientre un hijo de David.

La verdad era que, a causa de su sistema de control prenatal, lo veía muy improbable, pero tres meses de retraso eran demasiado tiempo y ahora debía asegurarse, así que en cuanto Meredith le habló de la posibilidad de estar embarazada, llamó al médico que ésta le recomendó y apartó una cita para el día siguiente.

Había pensado que esto de las pruebas de embarazo tomaría más tiempo, días, por lo menos, pero el resultado había salido de inmediato.

Llevó el sobre ante el doctor y éste lo interpretó para ella. No estaba embarazada. Por el contrario, tenía sus glóbulos rojos bastante bajos; si seguía el ritmo de vida que llevaba ahora, caería en una anemia bastante difícil de arreglar luego. Debía empezar a alimentarse mejor.

Ahora estaban a la salida del hospital esperando a que llegara el coche que las recogería a ambas y las llevaría a casa. Marissa estaba muy callada, muy tiesa, Meredith la miró fijamente y echó hacia atrás un mechón de cabello rubio que la brisa había traído hacia adelante.

—Parece que de verdad querías ese bebé —dijo Meredith. Marissa sólo miró a otro lado sin decir nada—. Nena, lo siento. Fue mi culpa. Te creé esta esperanza...

—De ningún modo es tu culpa —dijo Marissa.

—Ven a mi casa...

—Prefiero estar sola.

—Y yo no quiero que lo estés. Estoy preocupada por ti —una lágrima bajó por el rostro de Marissa y ésta se apresuró en secarla.

En el momento un fino automóvil se detuvo al frente de ellas y de él salió el chofer. Meredith le hizo una señal para que esperase. Tomó a Marissa del brazo y respiró profundo diciendo: —Demos una vuelta por allí. Caminemos.

—Mer...

—Vamos, hazme caso. Tienes muchas razones para estar triste, lo sé.

Pero déjame intentar darte una razón al menos para sacar fuerzas e intentar de nuevo ser feliz mientras caminamos—. Marissa miró hacia la calle y tomó aire en su pecho tratando de desatar el nudo en su garganta. Se dejó llevar por Meredith y echaron a andar por la calle.

Estuvieron en silencio unos minutos, hasta que Marissa comentó: —Habría sido un poco complicado

todo si de verdad hubiese estado embarazada –Meredith la miró con una sonrisa triste.

—Sí, lo habría sido.

—Te imaginas? Por ahora no podría decirle al padre que tiene un hijo conmigo. Conociendo a David... Dios, él habría sido feliz, de todos modos.

—Ten presente que todos estos líos en los que estás metida ahora algún día se resolverán. Podrás volver a él con la verdad. Y si te ama, te perdonará...

Marissa al fin sonrió. Miró a su amiga y puso su mano en la que ella tenía apoyada en su brazo. Meredith era más baja que ella, pero siempre había sido mucho más fuerte. Había soportado muchas situaciones horribles en su vida también, y aunque hubo momentos en que lloró y lo vio todo oscuro, su fortaleza nunca se quebró. Miró su cabello castaño oscuro con cierta ternura. Su amiga había quedado calva luego de los tratamientos de quimioterapia a los que se había tenido que someter a causa de un cáncer a temprana edad. Sólo tenía unos veinte años cuando le fue diagnosticado. Aun así, ella ahora llevaba una vida normal junto a Thomas, su esposo, y si bien los doctores le habían dicho que aún no era aconsejable tener un bebé, ella esperaba paciente.

Respiró profundo de nuevo y miró el cielo azul de Los Ángeles. Había sido una excelente idea venirse acá. Había mentido a todos diciendo que estaría en Suiza, pero no se arrepentía. Si hubiese estado completamente sola, tal vez no hubiese hallado la fuerza suficiente para soportar todo.

—Gracias por estar a mi lado –le dijo a su amiga, y ésta sacudió su cabeza sonriendo.

—Es una especie de devolución. Pasaste noches en vela al lado de mi cama cuando yo no pude cuidar de mí misma.

—Lo haría de nuevo, aunque espero que no sea necesario.

—No lo será. Los médicos me dicen cada vez que estoy mucho mejor.

—El amor es, definitivamente, la mejor cura a todo –Meredith se echó a reír con ojos soñadores—. Llama a Thomas –le pidió Marissa—.

Almorcemos juntos.

—De verdad?

—A menos que esté muy ocupado...

—Si lo está, estoy segura de que sacará tiempo.

—Ese es Thomas. Qué buen chico –Meredith volvió a sonreír, y mirando hacia la calle, encontró que el chofer las había estado siguiendo en el auto muy lentamente. Meredith tomó su teléfono y llamó a su esposo invitándolo a almorzar. Él aceptó y juntas entraron en el auto para encontrarse con él.

—Has sabido algo de Marissa? —le preguntó Daniel a David con voz suave.

Estaba con él y Maurice sentados en un restaurante y celebrando la promoción de David a ejecutivo de H&H. Hugh le había prometido incluso un auto de la empresa.

Al escuchar la pregunta, la cara de David se contrajo un poco. Miró a su más reciente amigo sin decir nada y se concentró en masticar lo que tenía en la boca. Maurice sonrió audiblemente.

—Eres cruel —dijo, y Daniel lo miró interrogante—. Quieres echarle a perder la comida? Tan tranquilo que estaba...

—Aún no puedes siquiera escuchar su nombre? —preguntó Daniel mirando de nuevo a David.

—No he sabido nada de ella —contestó David sin alzar la vista del plato, como demostrando que realmente no le importaba hablar de ella—. Y si Hugh sabe algo, no me lo ha dicho tampoco. Tal vez debieras hacerle esta pregunta a él—. Estuvieron en silencio unos minutos, pero Daniel se veía algo inquieto. Pasado un rato, David dejó sus tenedores sobre la mesa y lo miró—. Qué. Escupe.

—Es sólo que esta situación no deja de darme vueltas en la cabeza.

Si no es porque eres tú quien dice que fue ella misma quien te terminó, y usó todas esas palabras desagradables...

—No lo creerías?

—Es difícil de creer —explicó Daniel.

—Es lo que tienen las mujeres —comentó Maurice elevando su copa de vino—. Aparentan ser dulces, tiernas, buenas y dedicadas; pero en el fondo sólo piensan en sí mismas y terminan traicionándote—. Daniel lo miró duramente.

—No Marissa. La conozco desde que era una adolescente.

—Cuándo te convertiste en su caballero defensor?

—Sólo opino que una persona buena no hace malas acciones sin una buena razón; ni una persona mala tampoco hace buenas acciones sin un interés. Marissa es del tipo de persona que sacrificaría muchas cosas por el bien de los demás.

—Es una niña rica mimada y consentida. Hija única de un millonario.

La gente como ella no sacrifica cosas —rezongó Maurice.

—En qué te basas para soltar esa generalización? Indica eso, acaso, que entonces todas las chicas pobres e hijas de nadie son buenas y lo dan todo por los demás?

—Hay más chicas buenas entre las pobres que entre las ricas.

—Yo me crié entre ricos —siguió Daniel, mirando a Maurice ceñudo, y David se preguntó si

realmente lo necesitaban aquí para esta discusión—. Durante mi niñez, mi madre fue una empleada doméstica, así que siempre estuve o en el cuarto de los criados o en la cocina hasta que me hice mayorcito como para prestar ayuda. Entre esta gente hay de todo tipo, desde los más mezquinos, ruines y avariciosos, hasta los más generosos y desinteresados.

—Eres todo un experto en familias ricas, entonces.

—Lamentablemente. Muchos de ellos me tratan ahora con sumo cuidado porque no saben si en algún momento usaré lo que sé de sus vidas privadas para manejarlo a mi antojo y así ganar dinero, y otros encuentran en mí un viejo amigo del que no temen nada, porque tienen sus conciencias tranquilas. Lo que aprendí a lo largo de mi vida es que las personas no cambian de la noche a la mañana; tienen que vivir una experiencia terriblemente traumática para que se vuelvan cínicas, egoístas, o, como tú, desconfiadas—. David soltó un suave silbido, y vio a Maurice tomar un sorbo de su copa de vino bastante incómodo. Sonrió y miró a Daniel.

—Yo soy el más interesado en creer que todo eso que me dijo Marissa en su apartamento fue una mentira, pero hasta ahora, sólo es un deseo; no tengo ninguna prueba.

—Él va a decir ahora que el amor es una cuestión de fe —sonrió Maurice con cinismo. Daniel respiró profundo.

—Si encuentro esa prueba, te la traeré con mucho gusto. Y tú Maurice —lo señaló con su dedo—, tendrás que pedirle disculpas a Marissa cuando eso suceda, y a todo el género—. Él no dijo nada, sólo sonrió y elevó su copa a manera de brindis.

Por la tarde, Peter entró en la casa de Michaela y la encontró atareada en la cocina. Agatha, al verlo, lo llamó y lo puso también a trabajar. Al parecer, era día de aseo general en la cocina.

Michaela lo miró como pidiéndole disculpas, pero él sólo sonrió y se quitó la chaqueta para ponerse a ayudar. Luego de un par de horas colmadas de lavar, sacudir y secar, Agatha consideró que ya todo estaba limpio, y habló algo acerca de la ropa de David y subió al segundo piso.

Michaela abrió la nevera y sacó un jugo recién hecho y sirvió dos vasos. Le ofreció uno a Peter y tomó ella el otro.

—De dónde saca tantas energías? —rezongó ella—. Te juro que cada vez que hace este tipo de cosas, quisiera esconderme. Cómo puede, por Dios, si tiene más de setenta años? —Peter sonrió.

—Por eso lo hace. Estar ocupada y ser útil la llena de vitalidad. Si tú y David se fueran lejos y la dejaran, no tardaría en enfermarse y morir—.

Michaela buscó de inmediato cualquier superficie de madera y lo golpeó con el nudillo dos veces. Peter sonrió ampliamente.

—No digas esas cosas.

—Lo siento—. Ella lo miró en silencio un momento, y él quiso esconder su cara detrás de algo—. Qué —le preguntó al fin.

—Es sólo que me pregunto cómo te verías con el cabello hacia atrás — él frunció el ceño, pero no se notó mucho, ya que sus cejas las tapaba el cabello.

—Quieres que me cambie de look? —ella sólo se encogió de hombros.

Peter se acercó un poco más a ella, y Michaela pegó sus caderas a la encimera mirándolo de hito en hito—. Tan feo soy? —él tenía los ojos entrecerrados, y eso le hizo sonreír.

—Es sólo una idea. Hacemos la prueba? —él ladeó su cabeza interrogante—. Me gustaría ver mejor tus expresiones. Si elevas una ceja, si arrugas el entrecejo, si estás triste o feliz. Ven—. Ella le tomó la mano y lo guió escaleras arriba.

—Qué haces?

—Te llevo a mi habitación.

—Pero... Michaela! Quieres que David me mate?

—Dejaré la puerta abierta.

—La... Para qué?

—Pervertido, para qué piensas que te estoy llevando a mi habitación? —él se sonrojó, y riendo, Michaela lo llevó hasta su espejo y lo sentó en la delicada silla del frente. Abrió cajones y sacó peinetas, tijeras, cepillos y demás objetos. Peter miró todo con desconfianza.

—Vi un curso rápido en internet, así que tranquilo.

—Oh, de veras? Seguro, ya estoy más calmado —Michaela volvió a reír, y esa expresión la hacía ver tan linda que Peter se resignó. Si esto la hacía tan feliz, no importaba si salía un poco trasquilado.

Michaela roció sobre su cabello agua y lo humedeció bastante. Tomó la peineta y suavemente le echó el cabello hacia atrás. Él tenía el cabello suave y abundante, y a pesar de estar acostumbrado a ser peinado de la misma manera, tomó dócilmente la forma que ella le daba. Lo miró a través del espejo y sonrió. Ahora era más notable su estructura ósea. Tenía una frente bonita, cejas pobladas y arqueadas, no tan gruesas. Sus patillas estaban un poco largas, así que las peinó también.

—Eres más guapo de lo que pensé —rió ella, y él la observó sin decir nada—. Te molesta?

—Qué cosa?

—Que sin consultarte decida de pronto cambiar tu imagen —él hizo una mueca y se alzó de hombros.

—Mi aspecto te pertenece ahora—. Ella sonrió un poco confundida.

—Cómo es eso?

—Que si en este momento me pidieras que me dejara bigote o barba, lo haría sólo porque a ti te gusta —
—Michaela soltó la carcajada.

—No te saldría! Eres muy lampiño aún.

—Bueno, cuando tenga treinta—. Ella siguió riendo.

—No es eso muy sumiso de tu parte? Yo no me cortaría el pelo sólo porque tú me lo pides.

—No te lo cortes. Me encanta así como está —ella se sonrojó un poco—. Ves? Tú también harías ese tipo de cosas. Supongo que cuando quieres a alguien, quieres agradecerle. Si a ti te parece que mi frente desnuda está bien, lo llevaré así. Aunque... que me dé el aire allí se siente un poco extraño—.
Michaela volvió a sonreír y acarició su cabello suavemente.

—Desde cuando empezaste a gustarme así? —él alzó su cabeza hacia ella y sus ojos se encontraron.

—No lo sé —contestó él—, pero me siento muy afortunado—.

Sonriendo, ella bajó el rostro hacia él y lo besó. Lo miró al rostro, tocó su cabello, y al ver que él seguía pendiente de sus labios, volvió a besarlo, esta vez un poco más profundamente.

Había dado besos antes. No era tan inocente, así que hubo una que otra vez en las que se besó con chicos. Pero los besos, había aprendido, siempre llevaban a algo más, eran el inicio de un camino que esos adolescentes estaban ansiosos por transitar, y ella no.

Siempre iban poniendo sus manos en sitios donde se necesitaba permiso, o iban abrazando más de la cuenta porque se sentían con derecho, y siempre creían que la próxima vez que se vieran podían seguir donde lo habían dejado sin preámbulos. Cómo sería con Peter?

Se sentía un poco nerviosa al respecto.

Ahora estaban en su habitación; le pediría él hacer algo más aprovechando que estaba tan cerca? En su papel de novio, consideraría que era su derecho y su privilegio?

—Para —pidió él. Ella se detuvo un poco asombrada. Lo había hecho mal?

—Lo... lo siento...

—No, no te disculpes —Peter se alejó y se puso en pie. Le dio la espalda y ella vio que se tocaba el cabello, como extrañando la posición en la que estaba ahora.

Un poco avergonzada, ella se recogió el cabello y empezó a trenzarlo. Había hecho algo mal, o él no estaría así. La volvería a besar? Romperían?

—Salimos? —preguntó él de repente—. En verdad, fue a eso a que vine, pero tu abuela...

—Lo siento. De verdad lo siento... La abuela... ella te puso a trabajar, y luego yo...

—No pasa nada —rió él—. Había olvidado cómo es ella, y en cierta forma fue divertido volver a

ayudar. David siempre se escabullía cuando a tu abuela le daban los arranques de limpieza.

—No estás molesto?

—Por qué iba a estar molesto?

—Bueno, te alejaste —él la miró un poco confuso—. Ahora... te alejaste. No tengo mucha experiencia, pero seguro que con el tiempo...

—Te refieres al beso? —Michaela se sonrojó. Pasados unos segundos en silencio, asintió. Peter tuvo que hacer un esfuerzo por no echarse a reír. Se volvió a acercar a ella y la abrazó. Repartió besos por toda su cara y sonreía.

—No me alejé porque me molestara algo. De hecho, tus besos son...

están muy bien. Me alejé porque... no quiero asustarte.

—Asustarme?

—Sí. Si leyeras mi mente ahora mismo, te asustarías—. Ella lo miró a los ojos, y luego, comprendiendo, se alejó de él. Peter entonces rió sin temor.

—Es verdad. Todos los hombres piensan en lo mismo.

—Culpable —ella lo miró de reojo, pero la sonrisa de él era tan contagiosa, y su nuevo peinado lo hacía ver tan guapo que no pudo estar indiferente mucho tiempo. Lo tomó de la mano y salió de la habitación. No quería que David dejara eunuco a su novio cuando apenas empezaban la relación.

Viktor abrió los ojos lentamente y se halló en un lugar desconocido.

Con un poco de pánico, intentó sentarse, pero entonces su cuerpo entero dolió. Le dolían las costillas, las piernas, los brazos, la cabeza...

etc., etc.

—No te muevas tan bruscamente —dijo una voz, y se le pusieron los pelos de punta. Era la voz de un hombre... afeminado. Se giró a mirarlo y lo halló sentado frente a una mesa donde había toda suerte de telas y tejidos de colores chillones; plumas, lentejuelas y perlas falsas. El que le hablaba era un hombre alto, delgado y de cabello tinturado de púrpura, y aunque estaba vestido como un hombre cualquiera, sus modales, y la tarea en la que se ocupaba ahora, dejaban muy claro cuál era su oficio o su afición.

—Quién eres? —preguntó un poco rudamente. Odiaba los maricas.

—Un buen samaritano, supongo —contestó el afeminado—. No me mires así. Te toqué sólo lo necesario para curar tus heridas. Te dejaron bastante maltrecho.

—Mis heridas? —él le pasó un espejo y Viktor pudo mirarse. Tenía el rostro bastante magullado, hinchado, amoratado. Estaba horrible. Se miró a sí mismo y vio que no era su ropa. Tenía una camiseta amarillo claro y un pantalón deportivo blanco. Parecía un huevo frito.

—No pude ayudarte durante la pelea —dijo—, lo lamenté, pero si lo hubiera hecho, habría quedado en el mismo estado que tú; así que esperé en un rincón hasta que terminaron, y luego te arrastré aquí.

—Gracias... supongo.

—De nada.

—Me iré enseguida.

—Tienes a dónde ir? —preguntó el hombre elevando una ceja depilada. Viktor quiso hacer una mueca al oír la pregunta, pero su rostro adolorido no se movió.

—No. No tengo a dónde ir... esos hombres me robaron mi cartera...

allí tenía todo.

—Me lo imaginé —se puso en pie, y con movimientos bastante refinados señaló todo el lugar, que no era muy grande, ni muy lujoso—.

Vivo solo aquí, puedo compartir piso contigo si no te molesta. Puedo curar tus heridas muy bien también, ya que en un tiempo fui enfermero.

—De verdad?

—Claro que sí. Y no te atacaré por las noches —sonrió con picardía—.

A menos que me lo pidas, claro—. Viktor miró a otro lado un poco asqueado, pero entonces escuchó la risa del sujeto—. Mi nombre es Alberth, aunque en la calle me conocen como Sugar. Ya sabes, puedo ser muuuy dulce.

—Sí, sí. Lo que digas.

—Si quieres darte una ducha, el baño está en esa dirección —dijo Alberth señalando la puerta más próxima—. Espero seas un hombre cuidadoso. No me gusta estar tras la suciedad de nadie. Y ahora voy a alistarme; debo ir a trabajar—. Era obvio en qué consistía el trabajo de Sugar; todas esas plumas y lentejuelas gritaban “ ¡Travesti!” . Su primer impulso fue salir corriendo de aquí, pero primero: no podía correr; segundo: no tenía hacia dónde correr. Tal vez, después de todo, la vida le estaba otorgando el escondite perfecto mientras él se recuperaba y volvía a la vida. Su instinto de supervivencia, a pesar de todo, seguía siendo más fuerte que nunca.

:31:

Unos cuantos días transcurrieron, y a pesar de los avances en la investigación, las cosas en H&H no volvían del todo a la normalidad.

Hugh asistió a las diferentes citaciones que se le hicieron por parte de la fiscalía, y a través de sus abogados se enteró del testimonio que estaba dando la contraparte.

El director del laboratorio, que había sido capturado y ahora estaba siendo interrogado, quiso implicar a Hugh haciendo ver que éste estaba no sólo enterado del almacenaje del material inflamable que causó la explosión en las bodegas, sino que además lo había autorizado, pero cuando quiso mostrar sus pruebas, estas fueron invalidadas por el equipo legal de Hugh.

Los medios volvieron a hacer un carnaval de noticias basados en la increíble historia de Hamilton & Hamilton. Las acciones empezaron entonces a sufrir un sube y baja en su valor, todo parecía inestable.

David mantenía la calma. Podía hacer esto, tenía inteligencia para encontrar salidas viables. El camino parecía largo, pero era transitable.

Poco a poco lograrían demostrar la verdad, que al fin y al cabo, estaba del lado de ellos.

Su familia seguía bajo resguardo. Hugh incluso sugirió enviar a Agatha y a Michaela al extranjero mientras esto pasaba, pero al comentarles la idea, ambas se negaron rotundamente.

Michaela entró de nuevo a clases luego de las vacaciones de invierno. Realmente, habían sido unas navidades y un año nuevo bastante fríos en más de un sentido; a pesar de que la casa se había decorado con luces y árbol, parecía que ninguno estuviese de ánimo para celebrar nada, y así se pasaron las fechas.

—Qué haces? —le preguntó Gwen a Michaela luego de la clase de deportes, que afortunadamente, era la última de la jornada.

—Me pidieron organizar esto —contestó ella señalando los diferentes balones de básquetbol.

—Te ayudo?

—No es necesario. Adelántate—. Recogió en la canasta los balones y se dirigió al cuarto de almacenaje del gimnasio. Una vez dentro, la puerta se cerró estrepitosamente. Un poco asustada, se giró a mirar, y entonces sintió que sus extremidades se adormecían. Allí estaba Viktor Ivanov.

Recordaba su nombre, David lo había dicho y se quedó grabado en su memoria, y ese rostro, se temía, no lo olvidaría jamás.

Luego del shock intentó gritar, pero él fue más rápido en sus reacciones y le puso la mano en su boca impidiéndoselo.

No te desmayes, no te desmayes, se repitió Michaela en su mente una y otra vez. Tenía que hacerle

frente a esto, no importa qué. Tenía que ser fuerte.

—No vine a hacerte daño —dijo él, pero ella no le creyó—. Si quisiera matarte, ya lo habría hecho. Llevo observándote por horas esperando el momento en que al fin te encontrara a solas. ¡No voy a hacerte nada!

—ella lo miró a los ojos, y quedó un poco confundida. Él la miraba como si en realidad quisiera que le creyese. Pero estaba loco si pensaba algo así—. Sólo necesito que me escuches —dijo—. Voy a quitar mi mano, pero por favor no grites. Por favor.

Su tono despertó su curiosidad. Por qué actuaba él así? Qué era esto que se veía en su mirada?

—Me prometes que no gritarás cuando quite mi mano? —ella asintió.

Pero a la menor amenaza, se dijo, gritaría—. Está bien —dijo él, aliviado, y quitó su mano.

El pecho de Michaela subía y bajaba, tenía los ojos humedecidos, y quiso volver a gritar. Por qué tenía ella que estar de nuevo en una habitación a solas con él? Y encerrada! No había tenido ya suficiente?

Qué haría él ahora?

—Recuerda que no fui yo quien intentó... hacerte eso.

—Violarme —aclaró ella cuando él no fue capaz de decir la palabra.

—No fui yo —insistió él—. Por el contrario, te salvé. Me gané una bala en el brazo por eso.

—Hipócrita! —escupió ella—. Fue por tu culpa que yo estuve en esa situación, en primer lugar.

—Lo siento. Lo siento.

—Para eso me encerró aquí? Para pedirme perdón? Jamás lo perdonaré! —exclamó Michaela y se limpió las lágrimas. Tenía que ser fuerte, esta vez, no se iba a dejar. Miró en derredor y buscó una posible arma.

—Admito eso. Admito todo —siguió diciendo Viktor—. Yo... he reflexionado mucho en los últimos días. No lo he pasado bien, y...

—Los criminales tienen derecho a pasarlo bien?

—No... No, supongo que no.

—Maldita rata. Déjame salir de aquí, o gritaré tan fuerte que...!

—Espera! Primero escúchame. Tienes que escucharme. Necesito tu ayuda —Michaela se quedó totalmente quieta y olvidó que estaba buscando algún objeto con el que defenderse o atacar. Lo miró pasmada por su último comentario y casi tuvo ganas de reír. Qué le pasaba a este sujeto?

—Qué?

—Necesito tu ayuda.

—Ah. Espera. No... no logro entender... MI AYUDA? —gritó.

—Baja la voz, por favor.

—Por qué, en todo el mundo, debería yo ayudarte a ti?

—Porque no confío en nadie más—. Michaela se quedó en silencio.

La mirada de él rayaba en el patetismo.

—Qué? —susurró.

—Me devolviste la cartera aquella vez, lo recuerdas? Eres honesta.

—Sí, soy honesta; me lo enseñó mi familia. Qué te enseñó a ti la tuya?

—Viktor hizo el amago de una sonrisa al escuchar la ofensa. Tal vez era esto lo que lo hacía sentirse así con esta chiquilla; no tenía pelos en la lengua, no tenía miedo a nada, era capaz de dejarlo todo por alcanzar sus sueños.

—Te necesito —repitió—. No te costará ningún esfuerzo lo que te estoy pidiendo—. Michaela lo miró entrecerrando sus ojos. Esto era de leyenda. Por alguna razón, su miedo se fue disipando hasta que desapareció completamente, así que se cruzó de brazos y lo miró de arriba abajo. La ropa era espantosa. Tenía una chaqueta de estampado de rombos azules y amarillos y pantalones naranja. Parecía la ropa de un payaso, aunque se veía confeccionada para hombre.

Entonces se preguntó: luego de que huyera de la empresa, dónde había estado él? En su rostro había pequeños rastros de golpes y rasguños. Al parecer, había estado en una pelea recientemente.

Sintió curiosidad, así que preguntó:

—Y qué se supone que debo hacer? —él respiró profundo, como aliviado de que ella al fin decidiera colaborar.

—Necesito dinero.

—No tengo —atajó ella—. Si es eso, ya puedes dejarme ir.

—No se trata de eso —volvió a hablar él—. El dinero que me des será mío. Está en un lugar en el que no tengo acceso ahora mismo, pero alguien como tú puede ir tranquilamente y tomarlo. Luego me lo podrías pasar a mí. Y no me volverás a ver en toda tu vida, te lo juro—.

La mente de Michaela empezó a trabajar a toda velocidad. Se rascó la mejilla y lo miró pareciendo interesada.

—Y dónde está ese dinero?

—Me ayudarás?

—Crees que mi hermano me deja salir así como así luego de ese incidente?

—No tienes que ir muy lejos, de hecho es un lugar público. Sólo tienes que... aparecer allí. El dinero llegará a ti.

—Ya. Debo creerte?

—Sólo debes recibirlo.

—No has pensado en que a lo mejor quiera quedármelo?

—Eres honesta —repitió Viktor—. Y realmente, eres la única persona a la que puedo acudir.

—Eso dice mucho de ti, no? —se burló ella, con encono, y Viktor miró a otro lado aceptando sus palabras. Qué le pasaba a este tipo? De verdad confiaba tanto en ella? O era simplemente otra trampa?

—Tú confías en mí, pero, por qué confiaría yo en ti? —siguió ella cruzada de brazos y mirándolo ahora como si fuera más fuerte que él—. Y si otra vez me secuestran y ésta vez sí me llevan al exterior para encontrar a alguien que pagara bien caro por mi... por mí!

—Te juro que nada malo te volverá a pasar, al menos, no por mí. Te lo juro por lo más hermoso y sagrado...

—Como si tuvieras algo en tu vida que fuera hermoso y sagrado.

—Nunca lo tuve —dijo él mirándola a los ojos—, pero ahora sí—. Eso le erizó un poco la piel. Michaela se había movido poco a poco hasta ponerse cerca de la puerta. Necesitaba huir, salir de aquí, llamar a la policía... —Lo harás? —preguntó el con voz suave—. No perderás nada, no correrás peligro. Yo... No tengo a nadie.

—Estás intentando despertar mi lástima?

—Lo que sea, hasta que me ayudes.

—No puedo. Sólo recordar ese día encerrada... Las cosas que me dijeron, el miedo que sentí. Ayudarte sería traicionarme a mí misma.

—Michaela... eres mi última oportunidad.

—Me diste tú a mí una oportunidad? Cuando planeaste mi caída, paso a paso, no pensaste ni un momento que la vida te devolvería todo lo que le das?

—No, nunca reflexioné al respecto. —suspiró él—. Por eso estoy en esta situación. Ahora quiero vivir una vida diferente, una vida honesta, como tú. Quiero volver a empezar, borrar todo mi pasado, pero no podré si nadie me ayuda. Por el contrario, si tú quisieras ayudarme, yo podré ser una nueva persona, no podré borrar de tu mente y tus memorias ese día trágico, pero te lo compensaré haciendo

el bien de aquí en adelante. He cambiado, mi vida ha cambiado. Sólo necesito que me ayudes.

Michaela lo miró fijamente con ojos entrecerrados. Él estaba hablando desde el corazón, de verdad pensaba lo que sentía. Pero, por qué creía él que estas palabras la conmoverían a ella? Tan estúpida la creía? Tan fácil?

Respiró profundo y miró a otro lado. Verlo era una vulgaridad por lo horriblemente mal vestido que estaba, por la mala energía que le producía, y tendría que soportarlo hasta que le diera una respuesta.

Una sonrisa se pintó no en su rostro, sino en su alma, cuando al fin dio con una que era aceptable para ella. David la mataría por lo que iba a hacer.

—Está bien —contestó—. A dónde debo ir y cuándo?

—Me ayudarás?

—Quiero darte una oportunidad. Quiero pensar en el futuro que con mis acciones ayudé a un criminal a regenerarse. Deseo de verdad que los hombres malos del mundo reflexionen así como tú y cambien el rumbo de su vida. Tal vez me sienta culpable para siempre si te niego la ayuda ahora—. Viktor sonrió y dejó salir el aire aliviado. Ella había sonado convincente. Vamos desde ya por el Pulitzer, se dijo.

—Gracias, Michaela. Gracias!

—Sólo es que me jures que nunca más en tu vida me volverás a ver, ni te volverás a acercar a mí o a mi familia.

—Te lo juro.

—Bien. Qué debo hacer?

—QUÉEEE? —gritaron David, Daniel y Maurice al tiempo. Peter no gritó, sólo la miró con ojos entrecerrados, pareciendo muy concentrado en algo.

—De ningún modo —siguió gritando David—. Tú no vas a hacer nada, me oíste? NADA! Lo que debiste hacer fue llamar inmediatamente a la policía para capturar a ese malnacido!

—No habría funcionado! —gritó a su vez Michaela—. Para cuando la policía llegara, él ya se habría ido!

—Maldito hijo de perra, qué quiere con mi familia!

—Por qué aceptaste hacerlo? —le preguntó Maurice con reproche—.

Por qué te pusiste a ti misma en esa situación?

—Porque supe en ese instante que ese loco demente no me dejaría en paz, ni a mí ni a David, por lo que nos restara de vida. Hay que ponerle un alto a esto.

—No de esta manera. Te has puesto a pensar en lo que podría pasarte?

—No lo haré sola!

—De qué estás hablando?

—No lo haré sola —repitió ella—. Por eso se los conté; necesito sus cerebros. Qué debo hacer?

—Quedarte encerrada en tu habitación hasta nueva orden.

—David, por Dios! —gritó Michaela—. Necesito hacer esto, debo hacer esto!

—No necesitas ni debes hacer nada. Déjanos a nosotros el deber...

—Caí en una trampa por ese maldito, déjame tenderle una a él!

—Es eso? Quieres venganza?

—Por alguna razón, ese hombre confía en mí. Soy el mejor cebo que jamás encontrarán.

—Estás dispuesta a ponerte a ti misma como cebo? —preguntó Daniel con voz calmada, y era el único que no se había puesto a gritar como loco.

—De ninguna manera! —exclamó David, sin dejarla responder—. Te digo desde ya que no te lo permitiré. Jamás!! —Michaela lo miró con ira.

—Ha dado algún resultado todo lo que estás haciendo tú y la policía para capturarlo?

—Por ahora no, pero...

—No quieres encerrar a ese bastardo por lo que intentó hacerme?

—Claro que sí!

—Entonces por qué me niegas la oportunidad cuando se presenta?

—Porque no soportaría mi vida si algo te pasara! —gritó David—. Lo pasé demasiado mal cuando estuviste desaparecida, no quiero volver a pasar por algo así.

—Crees entonces que yo lo pasé bonito? De rositas, acaso?

—No, pero...

—Yo también lo pasé mal! Aún tengo pesadillas por el miedo que pasé. Odio a ese hombre con cada fibra de mi ser, pero quiero que esté encerrado, sólo así podré dormir en paz, sólo así seré libre! —David la miró un poco sorprendido. En cierta manera, se sintió culpable al no haber imaginado lo que debía estar sintiendo su hermana.

—Michaela...

—Esto no es algo que yo quiera hacer, es algo que necesito hacer.

Podrías por una vez ponerte en mi lugar y pensar en mí?

—Al negártelo, estoy pensando en ti.

—Maldito seas! —le gritó, y salió de la sala y subió las escaleras corriendo. La sala quedó en silencio entonces. Ninguno miró al otro y así pasaron sesenta largos segundos.

—Ella está loca —rió David casi con desesperación, y se rascó la cabeza—. Es lo único que tengo en este mundo. Por qué la pondría en tal peligro?

—Tampoco estoy de acuerdo —dijo Peter rompiendo al fin su silencio—. Pero si nos negamos a ayudarla, ella lo hará por su cuenta.

—Es muy capaz —corroboró Maurice con una sonrisa.

—Me están diciendo que la apoye en esta locura?

—Si lo hace sola, será una locura —volvió a decir Peter poniéndose en pie—. Si lo hacemos junto a la policía, será una idea tan buena que a ninguno de nosotros cuatro, que nos jactamos de nuestro coeficiente intelectual, se nos habría ocurrido.

—Es mi hermana de quien hablas.

—Es mi novia de quien hablo. Parece que conozco a Michaela mejor que tú, de todos modos—. Y con esas palabras dejó la sala y subió las escaleras. Un poco pasmado, David observó su espalda hasta que desapareció arriba.

—Qué le pasa a ese crío?

—Tiene pantalones —contestó Daniel, y alzó una pierna sobre la otra en una pose relajada.

—Y Mikki, una lengua muy calva —completó Maurice sin dejar de sonreír.

Peter entró en la habitación de Michaela y la encontró mirando por la ventana de pie, con ambas manos en su cintura y mirando hacia el exterior como si quisiera fulminar a alguien. Eso lo hizo sonreír.

—Sabía que no te encontraría tirada en la cama llorando —comentó.

Ella se giró a mirarlo e hizo una mueca.

—No me apoyaste mucho allá abajo.

—Llevo diez años escuchándote a ti y a tu hermano discutir. Sé muy bien que no tiene caso meterse en el medio.

—Chico listo.

—No lo hagas a escondidas —le pidió, y Michaela esquivó su mirada.

—No pensaba hacerlo.

—Mentirosa —ella lo miró mordiéndose un labio.

—Eres demasiado listo para mi gusto—. Él sonrió, pero la siguió mirando y esperando una respuesta. Ella se resignó—. Está bien, no lo haré. Pero... qué debo hacer en cambio?

—Cuándo debes encontrarte con ese hombre?

—El domingo.

—Tengo entonces dos días para pensar en algo. No te preocupes, algo se me ocurrirá.

—De verdad? De verdad? —Emocionada, lo abrazó. Él la rodeó con sus brazos y metió su rostro en sus cabellos aspirando su aroma, cerrando sus ojos. No dejaba de estar preocupado, pero estaba dispuesto a ayudarla en esa locura con tal de mantenerla a salvo. Ella se retiró un poco y lo miró a los ojos—. Quieres que te bese? —preguntó con picardía, y Peter tragó seco.

—Yo siempre quiero que me beses —ella rió, y se acercó a sus labios tocándolos con los suyos. Él bajó sus manos hasta su cintura atrayéndola más, y fue profundizando el beso... y entonces apareció David exclamando algo acerca de las puertas abiertas y los hizo separarse. Michaela lo miró con ojos entrecerrados.

—Tú, escúchame —la señaló él—. Lo haremos, pero a MI manera, cuando yo diga, y como yo diga. Me escuchaste? —Michaela hizo una mueca, mientras miraba a Peter pasarse las manos por el cabello por el rabillo del ojo.

—Qué tuvieron que decirte Daniel y Maurice para que aceptaras?

—No es lo que ellos digan o dejen de decir. Se trata de que te conozco como a la palma de mi mano. Intentaste irte por tu cuenta al extranjero sólo por perseguir un sueño, así que nada te detendrá en esto. No lo soportaré si algo te pasa!

—Gracias, hermano! —gritó ella y se echó en sus brazos.

—Vas muy feliz hacia el anzuelo —rezongó él.

—No es por eso que estoy feliz.

—Y entonces?

—No importa. Te quiero! —él sólo sonrió haciendo una mueca de incredulidad y negando.

David habló con Hugh, y Hugh con la policía. Todo un cuerpo de agentes participaría en la captura de dos personas. Hugh no quiso conformarse con sólo encerrar a Viktor Ivanov, sino también a la persona que era capaz de ayudarlo entregándole dinero.

La primera fase del plan fue bastante sencilla, Michaela simplemente tenía que sentarse en un banco de un centro comercial, y alguien dejaría a su lado un pequeño maletín de cuero que contendría el dinero que debía entregarle a Viktor.

Michaela recibió el dinero, y la policía siguió al hombre hasta su escondite. No lo capturarían inmediatamente, pues eso podría alertar a Viktor, pero al menos, conocerían su paradero.

Antes de encontrarse con Viktor, y en el interior de una casa abandonada, los agentes le pusieron a Michaela un intercomunicador.

Llevaría el cabello suelto, así que no se le notaría, y estaría en permanente contacto. El sitio que él había indicado era una zona bastante peligrosa, llena de indigentes, prostitutas y pendencieros.

Entre ellos había camuflados por lo menos diez agentes, también con intercomunicadores, y habían estado allí desde las horas de la mañana para que nadie sospechara nada.

—Debes permanecer todo lo tranquila que se espera de ti —le decía el agente que le ponía en la oreja el pequeño aparato—. No vas a estar sola, ni desprotegida, en ningún momento.

—Deberían ponerle un chaleco antibalas —rezongó David, mirándola con cara de pocos amigos.

—Eres tonto a más no poder —lo regañó Michaela—. Por qué mejor no me pongo un letrero en la frente que diga: “ traje a la policía” ?

—No me retes. En primer lugar, ni siquiera deberías estar aquí.

—Ya estamos aquí —dijo Hugh cuando vio que Michaela planeaba refutarle a su hermano—. Y terminemos lo que empezamos. Muchachita, estás segura de que ese hombre no te hará nada? — Michaela bajó la mirada. Odiaba admitirlo, pero estaba segura, así que asintió.

Escuchó a su hermano resoplar, así que se alegró cuando llegó el capitán de todo aquél contingente y le dio las indicaciones de lo que debía hacer. Ella movía su cabeza afirmativamente ante todas sus recomendaciones, pues planeaba apegarse al pie de la letra; no tenía interés alguno en que ese hombre se saliera con la suya.

—Eres una digna hermana de David —la elogió Hugh, y Michaela sonrió. Miró a Peter que permanecía en silencio, cruzado de brazos y observándola aislado de todo el barullo y la actividad que había en derredor. Ella se acercó a él y le sonrió.

—Estaré bien.

—Más te vale —dijo él con voz un poco áspera.

—Lo siento... por preocuparte de esta manera—. Él sacudió su cabeza, se acercó a ella poniendo una mano en su rostro, y sin importarle la cantidad de ojos que había alrededor, la besó.

—Oye, tú! —le gritó David desde la distancia, pero Peter sólo la miró a ella.

—Confío en ti, pero no puedo evitar estar muerto de miedo—. Ella bajó la mirada—. Y luego me contarás por qué estás tan segura de que ese hombre no te hará nada.

—Está bien.

—Es la hora —dijo una mujer agente—. Debes aparecer desde la avenida, o se verá sospechoso que salgas del interior de una de las casas.

—El autobús está preparado—. Michaela le echó una última mirada a Peter, y tomando la mano que David le ofrecía, echó a andar.

La calle estaba un poco desierta. Había muy pocos árboles, y éstos estaban desnudos. Las bolsas de basura competían con los rastrojos, escombros y otros desechos por el espacio. También olía bastante mal.

Caminó a paso lento. A pesar de que sabía que no estaba sola, que en por lo menos dos ventanas y una azotea había dispuesto un tirador, no podía evitar sentir cierto temor. Esperaba que fuera la última vez en su vida en la que se viera envuelta en una situación como ésta. De aquí en adelante, planeaba hacer todas sus cosas dentro del marco de lo ético y lo legal. Había aprendido su lección.

—No te preocupes por el aspecto de todo —dijo el capitán a través de su intercomunicador—. El área está asegurada. Incluso ese indigente que busca ahora en la basura es de los nuestros —Michaela se giró a mirar con cierto disimulo y encontró al hombre del que le hablaban.

Tenía la mitad de su cuerpo dentro del contenedor de basura y rebuscaba en el interior. De verdad no era un indigente?

Viktor apareció desde una esquina.

Venía solo, con paso seguro. Vestía unos vaqueros bastante desgastados, la misma chaqueta de la otra vez, y zapatos que al parecer le quedaban un poco grandes. Parecía otro de ésta zona, excepto porque él también miraba todo con cierto asco.

Caminó hasta acercarse un par de metros a ella. Cuando intentó dar otro paso, la actitud de Michaela le dijo que era mejor que se quedara en su sitio, e hizo caso.

—Sabía que vendrías —sonrió él, y Michaela alzó la mirada. Él parecía estar agradecido y disculparse al tiempo. Este hombre era confuso.

—Pudiste haberme citado en un lugar más decente. O planeas hacerme algo?

—Claro que no; ya te lo dije, no voy a hacerte ningún daño.

—Ya, y sin embargo, me hiciste venir aquí.

—Pero a ti no te asustan unos cuantos árboles desnudos, verdad? —preguntó él con una sonrisa en el rostro y mirando en derredor. A Michaela la puso nerviosa que descubriera que no estaba sola.

—Tampoco las ratas me asustan —él se echó a reír, sabiendo que se refería a él.

Michaela puso en el suelo el pequeño bolso de tira larga que había traído consigo y dio un par de pasos atrás.

—No miré dentro —dijo, moviendo la cabeza hacia él—, así que no sé si de verdad tiene dinero —aquello era falso; la policía había esculcado el bolso hasta el último bolsillo. Tenía diez mil dólares, y los habían dejado allí, sólo le habían cosido al interior un localizador.

Michaela dio unos pasos alejándose del bolso, y Viktor se acercó y lo tomó. Sintió el peso en el interior y revisó, a pesar de eso dijo: —Estoy seguro de que no, eso no me preocupa.

—Cumplirás la promesa? —él la miró y, luego de hacer una mueca, asintió lentamente.

—Sí. Te prometo que jamás te volveré a ver, ni a ti ni a tu familia.

—Bien. No creo en las promesas de los delincuentes, pero esta vez no tengo otra opción, verdad? —él se encogió de hombros.

—Te lo juro por mi vida.

Y al hacer el juramento, súbitamente se vieron rodeados de por lo menos veinte agentes de la policía, todos apuntando sus armas a él.

Como en las películas, Michaela los escuchó gritar el alto, identificarse como la policía de Jersey City, darle la orden de que elevara las manos y se alejara de la adolescente. Viktor miró a Michaela, y ésta estuvo segura de que jamás olvidaría su expresión.

—Me traicionaste? —le preguntó. Michaela entrecerró sus ojos.

—Yo nunca estuve de tu lado —le contestó ella—. Y nunca te di a entender que lo estuviera.

Cuando un policía se acercó a él y lo hizo soltar el dinero, él no opuso resistencia, sólo la miró y la miró. Michaela le sostuvo la mirada para que se diera cuenta de que no le temía, de que no era tonta como él había pensado, que era más fuerte de lo que pensaba. Viktor sonrió.

—Nunca me decepcionaste —le dijo mientras un agente le leía los derechos, le ponía las esposas y lo conducía al coche patrulla, y esas palabras le hicieron fruncir el ceño a Michaela, confundida.

Sentado al interior del auto, vio todo el contingente que se había puesto de acuerdo para capturarlo. Miró sus manos esposadas, e inexplicablemente, no dejaba de sonreír. Esta era su Michaela. Lástima que fuera la hermana de David, porque, por alguien como ella, cualquier hombre merecía regenerarse o abandonarlo todo.

La chiquilla había terminado metiéndose en su corazón. Estaba bien que fuera ella quien le hubiese tendido la trampa y lo encerrara, así la enseñanza por parte de la vida estaba completa: tenía que pagar por sus errores.

Miró fuera del auto y encontró a Michaela abrazada a alguien, no era David, era el chico que había ido con ella al edificio de H&H. Él le tocaba el rostro, le besaba los cabellos, y actuaba como si tuviera todo el derecho. Maldito afortunado.

—Hete ahí —dijo la voz de Hugh desde una de las ventanillas. El que faltaba, pensó Viktor, y respiró profundo disponiéndose a escuchar el discursito que él tuviera que darle, pero Hugh sólo dijo—: No te hagas ilusiones, sólo amonesto a los que me caen bien; contigo no perderé mi tiempo de esa manera. Pedí este momento al capitán sólo para decirte una cosa: No importa qué te prometieron al otro lado, cuántas riquezas, ni qué posición. Si hubieses hecho las cosas de la manera correcta a mi lado, habrías obtenido muchísimo más, porque me precio de ser generoso con mis amigos. Te

equivocaste de bando, chico—. Y con esas palabras, y sin permitirle agregar a él nada, le dio la espalda y se alejó hacia el círculo de hombres que rodeaban a Michaela y que la tapaban de su vista.

Estaba seguro de que sería la última vez que la viera, y le dolió un poco el pecho por eso.

Diana entró al despacho de su padre y lo encontró con sus lentes puestos y leyendo un documento. Se acercó a él con una bandeja metálica en las manos y la apoyó sobre el escritorio. En la bandeja había un vaso de agua y un pequeño recipiente con por lo menos cuatro pastillas. Jorge elevó la mirada a ella, y en español, como era usual hablar entre ellos, dijo:

—Qué enfermera más atenta la que tengo —Diana sonrió, le puso las pastillas y el vaso en las manos y esperó a que él las tomara.

—Si no cuida de ti, quién lo hará?

—Presumida, indica eso que eres la única en mi vida? —Diana iba a decir algo más, pero entonces entró Esteban, su hermano dos años mayor que ella, y se acercó al escritorio mirando a su padre furioso.

—Le pusiste un límite a mi tarjeta de crédito? —le reclamó. Diana apretó sus dientes.

—A eso vienes? A reclamar dinero?

—Tú cállate. Quedé en ridículo delante de mis amigos cuando en un bar rechazaron mi tarjeta. Llamé al banco, y me dijeron que ya no tengo un cupo ilimitado. El único capaz de hacerme algo así es papá!

—Baja la voz —exigió Diana.

—Lo hice —admitió Jorge con voz suave—. Y así se quedará. Si sigues derrochando dinero como hasta ahora, me veré en la necesidad de cancelarlas.

—Pero ahora tendré que esperar a que de nuevo haya cupo en mi tarjeta para volver a salir!

—Hay otra manera de conseguir dinero —dijo Diana, recogiendo de nuevo la bandeja con el vaso de agua.

—Cuál —preguntó Esteban, interesado.

—Trabaja.

—Estúpida —Diana se echó a reír y salió del despacho. Aún afuera, escuchó los reclamos de Esteban a su padre. Afortunadamente, él estaba calmado; le alegraba que su padre estuviera tomando medidas para detener el derroche en el que estaba sumido su hermano.

Su teléfono sonó en su bolsillo, y al ver que era Marissa, se apresuró a entregar la bandeja a una

muchacha del servicio que pasó cerca, y contestó.

—Qué milagro que me llamas. Me tienes completamente olvidada.

—No exageres —le contestó Marissa con voz sonriente—. Eres mi mejor amiga.

—Mentirosa, ahora tengo que competir por tu atención con Meredith.

Te están tratando bien él y Thomas?

—Muy bien. Te has... te has enterado de algo nuevo?

—Me estás preguntando si he visto a David? —contestó ella con cierta picardía.

—Bueno... también.

—Lamentablemente, no lo he visto. ‘Rissa, si tanto lo extrañas, por qué no le hablas?

—No se trata de eso...

—Yo creo que sí. Algún día me vas a contar todo? Sin secretos?

Apuesto a que Meredith lo sabe todo.

—No seas una niña celosa. Has visto a papá?

—Tu padre está bien a pesar de todo lo que se le ha venido encima últimamente. Lo sé porque habla constantemente con el mío. Tiene un buen apoyo con sus socios y empleados. Está trabajando duro.

—Lo sé...

—‘Rissa...

—Bueno, eso era todo, perdona que mis llamadas sean tan cortas. Ya sabes, si te vuelven a preguntar, estoy en Suiza...

—Sabes que odio esa mentira.

—Pero me quieres, y por mí, lo harás.

—Es Marissa con quien hablas? —le preguntó Esteban, sorprendiéndola de repente. Diana quiso esconder el teléfono, pero él ya lo había visto, y extendía su mano para tomarlo.

—Ella no quiere hablar contigo. Ah, mira, ya colgó—. Era ella quien había cortado la llamada, y Esteban la miró con el ceño fruncido.

—No te has puesto a pensar en que si me caso con ella, será tu hermana para siempre?

—No se casará contigo, el destino no es tan malo. Ya deja de soñar.

—Me merezco una mujer como ella —siguió diciendo Esteban a pesar de que ella le había dado la espalda y se encaminaba a su estudio—.

Es hermosa, inteligente, de buena familia. Al igual que yo.

—Excepto por una cosa —dijo Diana en voz alta—. Ella es productiva, y tú un parásito.

—Ven y dímelo a la cara! —exclamó él, pero ella ya se había perdido de vista. Esteban siguió diciendo cosas, pero Diana no le prestaba atención; Esteban siempre había estado diciendo que le gustaba Marissa, aun cuando era novia de Simon, pero jamás había sido serio en eso. La verdad era que Esteban no era serio en nada; su hermano no era más que un pusilánime, lamentablemente.

Luego se quedó pensativa por la llamada de su amiga. Había algo en todo esto que no le gustaba. Qué había empujado a Marissa a terminar con David e irse de esa manera? Ella aún lo quería, eso estaba claro.

Pero por qué... por qué todo esto?

Odiaba que su amiga de toda la vida le guardara secretos, es que no confiaba en ella? Era el colmo. Y luego tuvo que reprenderse a sí misma; ella más que nadie, sabía que de vez en cuando no quedaba más opción que callar.

David bajó de su auto nuevo y entró a la comisaría de policía donde estaba detenido Viktor y esperaba su sentencia para ser trasladado a una penitenciaría. Su juicio no tardaría mucho, pero mientras, estaba aquí.

Saludó al capitán, y éste lo condujo a la celda donde se hallaba Viktor encerrado. No era más que un cubículo de concreto donde a duras penas cabían un catre en el que estaba él sentado, y un váter. El capitán abrió la puerta de la reja y David la traspasó mirándolo fijamente. Al verlo, Viktor sonrió.

—Vaya, mira quién vino. Y hasta te permiten entrar a mi celda y todo.

—Compórtate —le dijo el capitán, y David no supo si se lo decía a Viktor o a él. Quedaron solos y David permaneció cerca de la puerta, no fuera a ser que si se acercaba un poco, perdiera la calma y lo matara a golpes, y entonces su visita terminaría demasiado pronto.

Viktor esperó a que David empezara a hablar y expresar el motivo de su visita con aparente calma. David lo observó y lo encontró con ropa diferente a la que tenía cuando lo detuvieron, y se preguntó entonces si alguien aún lo estaba ayudando desde fuera.

—Vine a hacerte un par de preguntas.

—Me lo imaginé. Escupe.

—Por qué mi hermana? —Viktor sonrió y miró a otro lado—. Por qué mi familia?

—Esas son tus dos preguntas?

—Descubrí lo del extraño comportamiento del valor de las acciones por mera casualidad; cualquier otro empleado de H&H pudo haberlo hecho, y creo que de haber sido así, no habrías intentado acabar con su familia así como lo hiciste conmigo. Por qué tanta saña al hacernos daño?

—Tienes razón —suspiró Viktor y elevando sus pies al catre, a la vez que apoyaba sus brazos en las rodillas en una pose aparentemente relajada—. Si hubiese sido cualquiera quien descubre el asunto, se habría procedido como es lo usual: desapareciendo al personaje, pero tú eras diferente; entraste sin muchas referencias a la empresa, nadie te conocía, eras un recién graduado. En definitiva, no sabíamos dónde estaban tus lealtades, y descubrirnos ante ti para averiguarlo estaba fuera de cuestión. Cuando lo supimos ya era muy tarde; había que acabar contigo. Pero la alternativa era muy sosa para mí —suspiró Viktor—. Nunca he asesinado a nadie, mis métodos son de un estilo mucho mejor, y mis jefes lo saben, así que por eso me contrataron y me infiltré en H&H. El asesinato es muy sucio y escandaloso, y para este trabajo, necesitábamos ser silenciosos.

—Te parece que enviar a una adolescente como blanca al extranjero es limpio o silencioso?

—Te necesitábamos fuera, de una u otra forma.

—Lo que yo pienso es que eres un enfermo y un demente. Lo que hiciste sólo lo puedo calificar como la peor bajeza de todas. O es que me tenías un odio especial? —Al oír esas palabras, Viktor se echó a reír, y David empuñó sus manos con el fuerte deseo de meterle un puñetazo.

—Qué ingenuo eres. Odiarte? Claro que te odio! —gritó Viktor borrando de repente su sonrisa, y bajando los pies al suelo y dando unos pasos a él—. Quién eres acaso? De qué cloaca saliste y cómo hiciste para obtener tan rápido la aprobación de Hugh? Te convertiste casi de inmediato en su hombre de confianza. Aumentos, ascensos, incluso empezaste a habitar una de las propiedades de la empresa cuando sólo son concedidas a los altos ejecutivos! Y eso no fue todo, lograste meterte sin muchos problemas en la cama de la misma Marissa!

—David hizo una mueca, confundido.

—Estabas enamorado de ella, acaso?

—Y qué si estaba enamorado? La quería para mí! Por eso, destruirte se convirtió en un reto para mí, tenía que ser mi obra maestra. Así que investigué tu vida y di con tu punto débil.

—Mi hermana...

—Ah... yo sólo quería mantenerte con la mente ocupada en otra cosa... Pero la rescataron y tuve que volver a sacar una de mis cartas de juego. Y ésta vez sí funcionó. Fue maravilloso!

—De qué estás hablando? Rescatamos a mi hermana ese mismo día... —Viktor lo miró con una sonrisa sabedora.

—Hice hasta lo indecible. Utilicé todos tus puntos débiles. Lo que más amas, cada cosa... Pero no fue necesario ir más lejos... amar personas te hace un blanco muy fácil—. David lo miraba cada vez más confundido—. Deprimido, alterado... cualquiera de tus mujeres habría servido para el propósito. Ah,

qué magnífica sensación de poder, podía controlar tu destino. Pudiste haber muerto, David Brandon, pero yo no lo quise así.

—Así que te sentiste como Dios mientras acababas con mi familia – murmuró David entre dientes, sintiendo que la furia empezaba a hacerle ver todo rojo.

—Y funcionó, verdad?

—Michaela está a salvo a mi lado.

—No hablaba de ella, pero sí... la hermosa Michaela... con sus sueños de salvar al mundo.

—Te prohíbo que menciones el nombre de mi hermana.

—Habría ganado mucho dinero –siguió Viktor, aunque ahora su voz tenía un tinte amargo—. Sabes cuánto dan por una virgen en oriente?

—Cállate! –gritó David a la vez que se acercaba velozmente a él, elevaba su puño y lo estampaba en la boca de Viktor, que cayó al suelo por la fuerza del golpe. David no se contuvo; aun en el suelo, lo tomó de la ropa para levantarlo y siguió golpeándolo con toda la furia que había acumulado esos días. Los guardias de seguridad tuvieron que intervenir y separar a David, que parecía encarnizado propinando un golpe tras otro, poseído por su rabia.

—No me pegues más –gritó Viktor, y fue lo único que detuvo a David, quien no se podía creer que un hombre pidiera tal cosa en vez de presentar batalla—. No me pegues más –repitió Viktor en tono lastimero.

—Eres el colmo del patetismo! –exclamó David, mirándolo con desprecio—. Muy hábil con las palabras, pero una nenaza a la hora de la verdad. No puedo creer que haya temido a alguien como tú, aunque me excuse el que no conociera tu identidad. Ni siquiera eres un enemigo medianamente aceptable!

—Nunca dije que fuera un héroe –dijo Viktor con tono lastimero, y tocándose con cuidado la cara. David se sacudió del agarre de los guardias y miró a Viktor con asco.

—Desde luego, nadie te confundiría con uno. Ni siquiera sabes odiar de verdad. Y es cierto, por un tiempo controlaste mi destino, pero mira ahora quién está en pie. Que tengas una bonita estancia en la cárcel —. Y con esas palabras, David se sacudió la ropa como si se le hubiese pegado polvo, y salió de la celda sin dirigirle otra mirada. Viktor permaneció en el suelo con el rostro lleno de sangre que manaba de su nariz y de uno y otro corte. Y él apenas se había recuperado de su antigua paliza. Ahora tenía moretón sobre moratón, golpe sobre golpe, y ninguno de los guardias dijo nada acerca de curarlo.

Miró en derredor su celda. Le esperaba una existencia dura.

—Parece que tuviste un poco de diversión allá dentro –le dijo el capitán a David con una sonrisa un tanto acusatoria cuando lo vio afuera. Éste sólo sacudió su cabeza. Planeaba seguir su camino, pero

de repente se detuvo.

—Alguien ha venido a visitarlo? —El capitán hizo una mueca.

—Sí, aunque es algo extraño.

—Extraño por qué.

—Porque es un... un travesti.

—Qué? Viktor es... heterosexual, hasta donde sé.

—Pues aquí vino un hombre con ropas bastantes llamativas y cabello púrpura. Se presentó con su nombre artístico y traía consigo una bolsa que contenía ropa limpia. No le impedimos la entrada.

—Qué extraño.

—Lo hemos investigado, así que no es más que una prostituta barata.

Tal vez lo acogió por caridad, muchos de ellos tienen un corazón muy blando.

—A lo mejor.

David salió de la comisaría y entró a su auto. Se recostó al asiento y respiró profundo, en cierta forma sintiéndose mejor después de haberle reventado la cara a golpes al malnacido que intentó destruir la vida de su hermana. Sin embargo, la violencia no le había traído paz. Si bien su hermana estaba a salvo en casa, el miedo que ella había pasado, y el trauma que quizás le había quedado, no se borrarían de su mente aunque matara con sus propias manos al culpable.

Tuvo que suponer que la cárcel sería suficiente castigo para Viktor.

Frunció el ceño cuando recordó partes de la conversación. Viktor había dado a entender que luego de que su plan con Michaela fracasara, había tenido que usar otro que sí fue efectivo. Pero, a qué se refería?

Su teléfono vibró en su bolsillo interrumpiendo sus pensamientos y contestó. Era Hugh.

—Pasa algo?

—Estoy en la fiscalía —contestó él.

—Algo malo?

—Por el contrario, todo muy bueno. Demasiado, tal vez.

—A qué te refieres?

—Ven aquí —a continuación le dio su ubicación exacta y David se encaminó al lugar. Tardó un poco debido al tráfico, y cuando lo vio, el rostro de Hugh parecía extasiado.

—Me asustas —dijo David por todo saludo.

—Alguien fabricó para nosotros un milagro. Pero no creo en milagros.

—Qué sucedió?

—Mis abogados recibieron información valiosísima que ya está siendo analizada por los jueces y fiscales. Hemos atrapado a los culpables de todo.

—Viktor confesó, acaso?

—Ese malnacido no sabía una mierda, trabajaba y no tenía nombres reales. Así que no, no pudo ser él. Alguien investigó a fondo y dio con el meollo del asunto. Yo... simplemente no me lo puedo creer aún. En un rato vendrán esas personas que quisieron destruir mi empresa y podré verlos cara a cara al fin.

—Qué alivio.

—Pero te digo que todo es extraño. La información llegó por correo electrónico y no han podido dar con la fuente.

—En serio? Ni utilizando a los más expertos?

—Al parecer, lo hicieron usando el mismo método que con la fotografía de Viktor a tu hermana.

—Es verdad, ni Peter pudo descubrir la fuente.

—Alguien nos ayudó. Alguien que lo sabía todo nos ayudó sin descubrirse a sí mismo. Me gustaría saber quién es.

—Quienquiera que sea, le debemos mucho —observó David. Hugh sólo sonrió asintiendo.

En los días siguientes, otra vez Hugh estuvo por mucho tiempo en los tribunales, pero esta vez no para ser interrogado, sino como espectador. Uno tras otro los cabecillas fueron cayendo, y Hugh se sorprendió al ver que el jefe de todos era uno de sus socios accionistas. Al parecer, no sólo tenía en sus planes apoderarse de H&H, sino de muchas otras empresas.

Sin embargo, y a pesar de lo escandaloso que todo parecía, esta vez los medios se mantuvieron al margen, ya que este personaje en particular tenía relación de sangre con un senador.

Una noche llegó David a casa cansado, aunque bastante aliviado porque todo prometía, y en el futuro, la empresa para la que trabajaba y que tantos dolores de cabeza le había provocado, se restablecería; con tiempo, paciencia y trabajo duro, pero volvería a la normalidad.

Al verlo, Michaela se le acercó de inmediato.

—Quería hablar contigo —le dijo. David la miró un poco intrigado—.

Se trata de Marissa...

—Ah... ¿No habíamos acordado...?

—Sé lo que habíamos acordado —lo interrumpió ella—. Pero... David, creo que tienes que hablar con ella—. David se encaminó a las escaleras empuñando fuertemente la tira de su maletín. Aunque tenía hambre, si se dirigía a la cocina, tendría a Michaela detrás hablándole de su ex novia, y no quería eso.

—Hablarle. Hablarle —repitió él con desgano—. Para qué.

—Para preguntarle muchas cosas. Nos mintió!

—Eso ya lo sé. Y no me interesa.

—Lo sabes? Cómo lo sabes?

—Michaela, no quiero hablar del asunto.

—Tiene que haber una razón para que haya mentido. Por qué decir que se fue a Suiza, si en verdad nunca salió del país? —David se giró a mirarla en medio de las escaleras.

—Qué?

—No está en Suiza. Está en Los Ángeles.

—Cómo lo sabes?

—No era a eso a lo que te referías cuando dijiste que sabías que nos mintió?

—No... yo me refería a otra cosa—. Michaela desanduvo los peldaños que había subido cuando iba tras él y se fue a la sala. Un poco confundido por el comportamiento de su hermana, la esperó por los pocos segundos que estuvo ausente. Ella volvió con una revista en la mano.

—Le hicieron un reportaje a este cantante —señaló ella a un hombre en una foto, que sonreía con todos los dientes y usaba lentes de sol negros—, pero mira quién se ve detrás.

David observó bien la foto. Tras el cantante estaba una preciosa rubia sonriendo y del brazo de un hombre, un hombre joven y guapo.

Él decía algo y ella lo miraba pareciendo muy interesada. El rostro de él no se veía completo porque delante estaba el cantante por el que habían tomado la fotografía.

Ella estaba en Los Ángeles, muy feliz y del brazo con otro hombre.

Habría vivido mejor sin saber esto.

Respiró profundo y le devolvió la revista a su hermana.

—No la vas a buscar?

—Está claro que no tengo por qué hacerlo.

—David...

—Creo haberte dicho que no quería que el nombre de esa mujer se mencionara de nuevo en mi casa.

—Pero David...

—No más, Michaela! Resígnate, por favor! —ella lo miró un poco dolida, más que por el grito, por las palabras en sí. Tragó saliva y enrolló la revista para acercarla a su pecho.

—Tú no la has olvidado.

—Vas a seguir con el tema?

—Quiero pensar que todo tiene una razón! —gritó ella adelantándose y terminando de subir las escaleras. David se pasó una mano por el cabello, despeinándolo. Por qué tenía que ser torturado de esta manera?

Recordó el rostro sonriente de ella y cerró sus ojos. Cuándo la olvidaría?

David entró a su oficina a la mañana siguiente y tiró su maletín de cualquier manera en el sofá que había a la entrada. No se hallaba cómodo aquí ya que éste espacio lo había ocupado antes Viktor, y sentía que en cualquier momento éste iba a entrar y él tendría de nuevo que alistar sus puños, y además, parecía como si su fuerte perfume estuviera todavía sobre cada cosa, y lo fastidiaba.

Para completar su molestia, en su cabeza rondaba la imagen de Marissa en esa fotografía. El corazón le dolía. Con las palabras de Daniel cuando dijo que una persona buena no hacía cosas malas y viceversa, él casi había imaginado que tal vez Marissa no era tan villana como había parecido cuando sin compasión le recitó las razones por las que debían terminar, pero verla sonriendo muy feliz con otro hombre no hacía sino ratificar su creencia de que todo lo vivido con ella había sido una mentira con la que él fue feliz hasta que ella misma se descubrió tal como era.

Pero, por qué había mentido en una tontería como esa? Por qué decir que se había ido a Suiza cuando en realidad estaba en Los Ángeles?

Sabía Hugh la verdad, o él también estaba engañado?

Tal vez ella sí había pasado una temporada en el extranjero y había vuelto. Tal vez Hugh lo sabía, pero como ya entre él y Marissa no había una relación, por eso no le había hablado del paradero de su hija creyendo que no le interesaba.

Había mil cosas de ella que aún no entendía, y se reñía a sí mismo por dedicarle tantos pensamientos aún. No había podido dormir por su culpa, otra vez.

El intercomunicador sonó y se escuchó la voz de Lisa diciendo que tenía una visita inesperada.

—A esta hora? —preguntó David. Apenas eran las ocho de la mañana.

—Sí, señor.

—De quién se trata?

—Diana Alcázar —David miró extrañado el teléfono, hizo una mueca preguntándose qué tendría que decirle la mejor amiga de su ex novia —. La hago seguir, señor?

—Se está negando a recibirme? —se escuchó la voz de Diana.

—Hazla pasar —dijo David. No podía rechazarla por muchas razones, entre ellas, que era la hija de uno de los socios de H&H.

Segundos después, apareció Diana en la puerta luciendo un conjunto de chaqueta y pantalón de jean negro, y debajo, una blusa de seda color café oscuro. Botas planas, un pequeño collar de cuero en el cuello, y casi sin maquillaje, como siempre.

Era una mujer hermosa, el cabello renegrado corto y abundante apenas le tapaban las orejas, pero no por eso se veía poco femenina.

—Hola, David —saludó ella con tono seco. David se puso en pie, pero no se le acercó ni le tendió la mano.

—Tengo que decir que esto sí que es una sorpresa.

—Dime, por favor, que la mujer que está allí afuera no fue la razón por la que Marissa se fue —David elevó una ceja confundido.

—Lisa? Mi secretaria? Por qué?

—Es guapa.

—Ah —comprendió David, y sonrió con ironía—. Tú y Marissa sí que tienen un prejuicio contra las secretarias guapas. No, no fue Lisa la razón. De hecho, ella antes era su secretaria, me la adjudicaron a mí recientemente.

—Ya.

—Si no me crees...

—No. No te creo. No creo que Marissa se haya ido por nada. Algo debió suceder entre tú y ella para que abandonara la relación y se fuera bien lejos —David la miró atentamente, preguntándose cuál era el verdadero motivo de su visita. No tenía tiempo para esto.

—Lo siento, Diana. No puedo ayudarte mucho en eso. Puedo preguntar la razón de tu visita?

—Anoche hablé de nuevo con Marissa —soltó Diana, y dio unos pasos hacia uno de los sofás y dejó caer su pequeño bolso, se sentó y se cruzó de brazos aun cuando él no le había invitado a hacerlo. David permaneció en pie.

—Y eso me interesa porque...

—Porque tengo una corazonada. Te sacaré la verdad como sea. Ella no ha querido contarme por qué terminaron.

—Vaya, qué extraño. Supuse que eras su mejor amiga.

—No intentes herirme con eso; no funcionará. Por qué te dejó? Qué le hiciste?

—Diana, estoy trabajando...

—Le fuiste infiel? Le robaste dinero?

—Qué ridiculez es esa?

—Ella está mal! —exclamó Diana—. Estoy preocupada! Cada vez que me llama no hace sino preguntarme cómo estás tú. Por qué diablos te iba a dejar si te ama? Tuviste que ser tú quien hiciera algo para que ella se marchara —David sonrió un poco cansado.

—Debiste ir y hacerle estas preguntas a ella, no a mí. Además, no te creo eso que dices.

—Conozco a Marissa desde que estábamos en el parvulario. Nunca la vi tan enamorada como lo estaba de ti. Ni siquiera a Simon lo quiso tanto! Incluso en una ocasión me dijo que jamás renunciaría a ti, que si tú de casualidad te enamorabas de otra, como le sucedió a su ex, no te dejaría ir, que lucharía por ti con todas sus fuerzas.

—Mentiras —masculló David—. Porque fue muy diferente a la hora de romper conmigo. Fue cruel, fue insana. Me hizo daño como jamás pensé que una mujer pudiera hacer.

—No intentes hacer de ella la villana, Marissa es la mujer más buena del mundo.

—Pues toda tu vida estuviste engañada! Te creíste que alguien como ella se enamoraría de verdad de alguien de tan diferente mundo como yo? Que algún día no se cansaría de mis limitaciones económicas, de mi intolerancia al estilo de vida y derroche de dinero de los ricos, de mi manera tan distinta de ver el mundo?

—De qué mierda hablas?

—Hablo de que no sé cómo rayos pensé que eso a ella no le importaba, pero resultó que al final fue el motivo por el cual rompió conmigo.

—Estás diciendo que te dejó por pobre o algo así? —preguntó ella poniéndose en pie lentamente y mirándolo directo a los ojos.

—Sí. Exacto.

—Nunca en mi vida escuché algo tan...

—Y crees que a mí me hace muy feliz la idea?! —exclamó él, impaciente—. Crees que es una buena razón para mí? Estuve a punto de rogarle para que reconsiderara, para que no... Maldita sea, cuánto más debí rebajarme acaso para que no se fuera? —Diana lo miró fijamente y pestañeó con el corazón agitado. Él estaba diciendo la verdad, las palabras salían con amargura. Admitir algo así era muy impropio de él, de cualquier hombre orgulloso.

—Debe haber algo más.

—Oh, por favor, si lo averiguas, dímelo, sí? Que yo tampoco entiendo nada aún.

—Marissa te amaba... nunca la vi tan feliz y enamorada... Las diferencias sociales... las dos sabemos que son una estupidez. Las dos lo sabemos.

—Y ahora que te aclaré las cosas desde mi punto de vista... vas a dejarme en paz? O vas a seguir torturándome con preguntas?

—Aún la quieres?

—Vaya mierda —rió él dándole la espalda—. Por qué iba a querer a una mujer tan frívola? De verdad las niñas ricas como tú sólo piensan en las colecciones de temporada, viajes a conciertos,

celebraciones estúpidas y amigos más falsos que un billete de tres dólares? —Diana parecía cada vez más aterrada. Como si le estuviesen hablando de otra persona, no de Marissa. Tenía que hacer algo, tenía que averiguarlo todo.

—Tal vez no creas en mi palabra —le dijo Diana, y tragó saliva—.

Sabes desde cuándo llevo el pelo corto? —David se preguntó si acaso de repente se había vuelto loca. Por qué le iba a interesar a él algo así? —Cuando Meredith tuvo cáncer —siguió Diana—, Marissa tuvo la idea de cortarse el cabello y hacerle así una peluca a nuestra amiga.

Pero una sola cabeza no es suficiente para hacer una, así que también Nina y yo nos cortamos el cabello. Salió una peluca muy extraña de tres colores, pero Meredith la lució hasta que le volvió a crecer el cabello y aún la tiene entre sus cosas como un recuerdo de la lealtad y el sacrificio de sus amigas. Crees que alguien que sólo piensa en moda y conciertos hace algo así?

David quedó en silencio, en cierta manera, conmovido por la historia.

Esto, ella tenía razón, no encajaba para nada con el tipo de mujer que él había visto al final.

Diana no agregó nada más, dio la media vuelta y salió de la oficina.

En la puerta estaba Lisa con unas carpetas en la mano, pero tenía la expresión de alguien que había escuchado todo. Diana le echó malos ojos, pero siguió su camino sin decir nada.

Al interior de la oficina, David estaba en el mismo sitio y con la misma expresión de antes. Las palabras de Diana no habían hecho sino poner el dedo en la llaga. Cómo quería creer él eso! Acaso por qué había soñado casi cada noche con que ella nunca se había ido?, que de verdad lo amaba?

Se sentó en el sofá que Diana había dejado libre y trató de sacudirse la melancolía. Miró a su escritorio tratando de volver a la realidad, pero el escuchar que ella llamaba a su amiga para preguntar por él lo confundía y lo llenaba de esperanza.

Tan idiota era? Ella lo había rebajado y humillado de tal manera que no debía ya ni dedicarle un pensamiento. Su cerebro parecía ignorar voluntariamente y por momentos que ella había sido cruel cuando le había terminado.

Los seres humanos prefieren rescatar las cosas buenas por supervivencia, acusó, pero no fue capaz de dejar de pensar en ella.

Lisa entró silenciosamente y vio a David sentado en el sofá y con la cabeza gacha, mirando al suelo y con una expresión de dolor que aun a ella le dolió. Aclaró su garganta, y David reaccionó. La miró y sonrió intentando parecer de nuevo profesional, pero las pequeñas arruguitas alrededor de sus ojos le decían que no dejaba de estar preocupado.

—Siento... siento haber escuchado—. David la miró elevando una ceja. Lo molestaba que hubiese escuchado una conversación privada, pero ya no podía hacer nada. Simplemente la ignoró—. Pero tengo algo que decirle que tal vez... tal vez ayude a aclarar un poco las cosas.

—De qué hablas?

—De la señorita Marissa...

—Lisa. No me importa realmente...

—Por favor, escúcheme. Yo... también estoy confundida. Tal vez si entre todos unimos las piezas, podemos armar el rompecabezas.

—Joder, estoy condenado a hablar de mi ex desde la buena mañana?

—Regáñeme después, repórteme si quiere, pero por favor, escúcheme—. David resopló muy poco educadamente y se tiró en su sillón mirándolo con rostro ofendido. Lisa no se amilanó—. El lunes de la misma semana que la señorita Marissa se fue, entró furiosa y hablando casi a gritos por teléfono con alguien. Estaba dando la orden de que despidieran al conserje de su edificio—. David la miró interrogante.

—Su edificio? Donde vive?

—Sí. Al parecer, éste se había dejado sobornar para permitir la entrada de un intruso a su apartamento.

—Qué?

—Y despidieron al hombre, sin liquidación, ni beneficios. Me hice cargo de eso.

—Si dejó colar un intruso, lo merecía... Lo hizo de veras? Nunca me mencionó algo así. Es algo que contarías, no?

—Por eso pensé que lo sabía, pero ya no estoy segura de nada. Y

luego... sucedió algo muy extraño en su oficina. Entré justo en el momento en que ella abofeteaba a Viktor Ivanov —David palideció.

Toda su sangre se fue a un remoto lugar, porque incluso sintió un hormigueo en la cara—. Le pegó realmente duro, y cuando él se fue, ella... lloró y lloró. Estuvo mal todo el día.

David se puso en pie y empezó a dar vueltas por su oficina. Viktor y Marissa... qué tipo de relación había entre los dos como para que ella lo abofeteara? Ella no era violenta... o sí, un poco, cuando se enfadaba. Le había hecho algo Viktor a Marissa?

Entonces recordó lo que él dijo cuando fue a verlo a su celda: “ Hice hasta lo indecible. Utilicé todos tus puntos débiles. Lo que más amas, cada cosa... Pero no fue necesario ir más lejos... amar personas te hace un blanco muy fácil” .

Se refería a Marissa? Él admitió que había tenido que recurrir a otra estrategia cuando la de usar a Michaela había fallado. Qué había hecho él?

Miró a Lisa, y ésta le sostuvo la mirada por largo rato. Lisa había trabajado para Marissa todo el tiempo que ella había estado aquí en H&H. Había cosas que una secretaria sabía de su jefe que no conocían los demás. Era por la relación tan estrecha que se formaba al trabajar juntos tantas horas del

día.

Sacó su teléfono de su bolsillo y buscó el número del Herbert Morris, el capitán de la policía que había ayudado a capturar a Viktor. Luego de saludarlo, fue al grano.

—Tengo una petición que hacerte —dijo—. Está ligado a este asunto de Viktor Ivanov. Necesito saber si el edificio donde vivía Marissa Hamilton fue allanado en algún momento. Tengo entendido que el conserje fue despedido sin contemplaciones por esto.

—De verdad está ligado al caso?

—Sí, lo está —contestó él. Aunque todo podía ser una mentira, necesitaba dar esa excusa para que la policía colaborara.

—Eso es fácil de comprobar —contestó el capitán de policía.

—Puedes tener para mí esa información hoy?

—Crees acaso que es el único caso que tenemos entre manos?

—Te has preguntado por las recomendaciones que Hugh podría tener para ti luego de que lo has ayudado tanto?

—Maldito majadero —David no sonrió.

—Esperaré tu llamada —y al cortar, volvió a mirar a Lisa—. Si lo que dices es verdad —le dijo—, el comportamiento de Marissa fue muy extraño entonces, ya que no hizo un denuncia, y no me lo contó a mí, y por lo que sé, a nadie más. Viste... viste algo más que fuera extraño? — Lisa se encogió de hombros.

—Su salida fue muy extraña.

—Tú compraste el billete a Suiza?

—Suiza? No, ella se fue a Los Ángeles —David abrió un poco su boca, sorprendido. Es decir, que desde el principio ella se había ido a los Ángeles y nunca estuvo en el extranjero.

Salió de su oficina y se encaminó a la de Hugh. Lo encontró hablando por teléfono, pero él se quedó allí en silencio y esperó a que se desocupara.

—Me necesitas? —le preguntó Hugh.

—Sabías que tu hija nunca se fue a Suiza? —Hugh arrugó su frente, confundido.

—Ella está en Suiza aseveró—. Su mamá era de allá, tiene una tía abuela a la que quiere mucho...

—Marissa nunca fue a Suiza. O tú lo sabías desde el principio, o también te engañó a ti.

—Por qué me engañaría? Soy su padre—. David no agregó nada, y salió de la oficina. Hugh de

inmediato tomó el teléfono para hacer sus propias llamadas.

Fue un día largo, esperando la llamada del capitán Morris, pero pasó el mediodía, la tarde, llegó la noche y no llamó.

No se había podido concentrar en el trabajo, su mente era un caos.

Por un lado, estaba disgustado consigo mismo por tan sólo permitirse tener una esperanza. Podía ser que todo fuera una coincidencia, y su relación estaba realmente muerta. Podía ser que todo era producto de su necesidad de justificarla, y su enfermiza obsesión por regresar con ella. Su boca no lo decía, se mostraba disgustado cuando la mencionaba, pero en su corazón no hacía sino pensar en ella, pensar en esa época en que ambos eran felices, compatibles, amigos... y amantes.

Estaba enfrentando a una Marissa egoísta y supremamente cruel, que incluso ahora se estaba viendo con otro hombre, contra una Marissa buena que lo había amado. Pero como la segunda era la parte que él prefería recordar, no podía confiar demasiado en su propia objetividad.

Y además, las heridas que había causado la Marissa cruel aún dolían.

Se estaba volviendo loco.

—Hey, estás aquí —dijo Daniel Santos al verlo. Estaba sentado en los muebles de su sala junto a Michaela. Al parecer, había venido aquí a visitarlo.

—Me hubieses llamado para decirme que venías, y no te habría hecho esperar tanto.

—Entonces mi visita no habría sido tan casual como pretendía. No te preocupes, tu hermana es una excelente anfitriona —David miró a Michaela, y ésta le torció la boca. Vio que en el sofá, a un lado de Daniel, estaba la misma revista que ella le había mostrado la noche anterior.

—Le diré a la abuela que ya llegaste.

—Comeré más tarde. Ahora no tengo hambre —aun así, Michaela se puso en pie y abandonó la sala.

—Está disgustada contigo? —David no contestó, sólo se sentó en el mueble frente a Daniel, que se recostó al espaldar—. Mikki me mostró la fotografía.

—Me lo imaginé.

—Conoces al sujeto que está a su lado?

—No, y no me...

—Yo sí lo conozco —interrumpió Daniel con aire de suficiencia—. Su nombre es Thomas Brenner. Es el heredero de una línea de hoteles. Ya sabes, hoteles cinco estrellas alrededor del mundo. Todos de ese chico.

—Me lo imaginé. Tenía que ser alguien de ese calibre, no? —sonrió David con amargura.

—Y es el esposo de Meredith Brenner—. David lo miró ceñudo, confundido. Meredith... no era ese el nombre de una de las amigas de Marissa? —Y si está en Los Ángeles —siguió Daniel—, no creo que estén en un amorío ilegal e inmoral. Me parece a mí que en esa salida en la que se les fotografió también estaba Meredith, aunque no se ve.

—De qué conoces tú a esa gente?

—Olvidas que me crié entre ricos? Además... Thomas fue mi mejor amigo mientras estuvimos en Harvard. Él está locamente enamorado de su mujer, así que aun si Marissa se desnudara y diera saltitos alrededor de él, dudo que engañara a su esposa, y menos si es con su mejor amiga—. A David le disgustó que él usara esas palabras para plantear una hipótesis, pero no dijo nada. Daniel lo miraba sonriente.

—Y a eso viniste? A aclararme que Marissa no está con otro?

—No, sólo venía a invitarte a un trago, pero tu hermana me contó lo de la foto, y cuál fue mi sorpresa y alivio al ver allí a Marissa—. David dio una palmada sobre su muslo y se puso en pie. Le dio la espalda y se cruzó de brazos mientras daba unos pasos por la sala.

No estaba con otro hombre, a menos que engañara a su mejor amiga siendo la amante de su esposo. Y esto iba más allá de toda maldad, Marissa no podía haber caído en ese nivel, verdad?

Qué debía hacer?

No, qué debía siquiera pensar?

Se detuvo cuando se dio cuenta de que no sólo estaba cruzado de brazos, se estaba abrazando a sí mismo. Quería creer, pero tenía miedo de creer. Su miedo y su esperanza estaban en conflicto, pero ambos eran titanes y estaban acabando con su fortaleza.

—David, dale el beneficio de la duda.

—No puedo, Daniel. Las palabras que me dijo... esa noche en su apartamento... todavía hacen eco en mi mente. Aunque ella no esté con otro, aunque todo tuviese una razón... no sé si pueda perdonarla por haber sido como fue esa noche. Cada palabra, cada gesto, todo fue certero, un ataque directo a cada uno de mis sentimientos.

—Tienes miedo de ser débil? —David no dijo nada. Sólo se recostó a la pared más próxima y se estuvo allí como si estuviera sufriendo un dolor físico muy fuerte. Daniel se le acercó y le apoyó la mano en el hombro—. Está bien, imagino que es mejor que permanezcas como estás, en vez de ir y enfrentarla—. David se giró a mirarlo.

—Qué?

—Sabes dónde está, y con quién. Encontrarla no te será imposible.

No te surgen unas cuantas preguntas que hacerle? —él lo miraba como si de repente le hubiese nacido

una flor en el cogote, y Daniel sólo sonrió. Le volvió a palmear el hombro y le dio la espalda dirigiéndose a la puerta de salida—. Te dejo solo. Espero que puedas dormir, porque tienes una cara horrible.

David se quedó allí viéndolo desaparecer por la puerta principal. No, él no iría a buscar a Marissa a preguntar nada. Si uno de los dos debía moverse, si uno de los dos debía arrastrarse, esa debía ser ella. Y

quién sabe si luego de eso él la perdonara.

—Vas a comer, David? —se giró y miró a su abuela. Ésta detestaba que le dejaran la comida servida, y si él decía que no, empezaría un largo discurso acerca de su mala alimentación, su pérdida de peso y cómo le quedaban ahora los pantalones. Respiró profundo y asintió, siguiéndola hasta la sala comedor.

Hugh entró temprano a las oficinas de H&H y de mucho mejor ánimo que en todas las semanas pasadas. Su compañía estaba a salvo, habían obtenido la victoria, y pronto todos los rufianes que habían intentado hundirla estarían en la cárcel, o impedidos para siempre para usar legalmente su nombre en los negocios.

Era un motivo para celebrar, así que no entendió la cara que tenía David. Y ahora que lo observaba más atentamente, por qué estaba sentado aquí, en uno de los pasillos del edificio y no en su nueva oficina?

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Hugh, y David alzó a él su rostro.

Era de espanto, tenía ojeras y aunque no estaba desaliñado, no se veía prolijo como siempre.

—Detesto mi nueva oficina.

—Pero es de las mejores, más amplia, en la esquina del edificio, y...

—Era de Viktor. Esos muebles los eligió él, siento que en cualquier momento va a entrar por allí — señaló él la puerta. Hugh le echó un vistazo y metió sus pulgares en la pretina de su pantalón. No había considerado esta situación, había pensado que David simplemente se regodearía en su victoria por haber obtenido el espacio que antes fue de su agresor, pero no había pensado en que lejos de sentirse victorioso, David fuera a repeler lo que antes había sido de su enemigo.

Imaginaba, además, que David no tendría ahora el ánimo para ocuparse de remodelar el interior de la oficina. Lo veía cada vez más taciturno, menos concentrado. Según el reglamento interno, aún no era tiempo para unas vacaciones, ya que no llevaba el año allí, pero tal vez se las pudiera regalar como un bono por su esfuerzo y resultados.

David se puso en pie de mala gana, y sin pronunciar una palabra, caminó hacia su oficina. Hugh no sabía qué hacer. Al parecer, descubrir que Marissa había estado en Los Ángeles y no en Suiza había sido demasiado para él. O tal vez era que ahora no tenía en qué ocupar su mente y por eso estaba volviendo su depresión.

Había conseguido el número de Marissa en Los Ángeles y le había reclamado por su mentira, pero ésta le había suplicado que no le dijera nada a David. Él no le aclaró que ya él lo sabía todo, pero no dejaba de preguntarse qué estaba pasando en realidad entre los dos.

Tenía que hacer algo.

Al mediodía, David salió como era su costumbre para ir a almorzar. A veces lo hacía con Hugh o con otros compañeros, pero esta vez se encontró con Johanna Donnelly, su antigua vecina y ahora esposa de Simon, en la recepción. Al verlo, ella lo llamó en voz alta, y él le sonrió sorprendido de verla allí.

—A qué debo esta agradable sorpresa? —le preguntó a la vez que se le acercaba y le daba un beso en

la mejilla.

—Vine a invitarte a comer.

—Qué honor —sonrió David—. Ahora que eres rica, puedes invitar a tus amigos pobres.

—Tú ya no eres tan pobre —bromeó ella—. Por allí escuché que Hugh Hamilton te tiene en muy alta estima, y ahora habitas una casa grande y hermosa, y hasta tienes auto.

—Beneficios del trabajo duro.

—Sí, ya veo —David la miró sonriendo y la encontró más hermosa que antes, ella tenía en su mirada un brillo inconfundible; era realmente feliz en su matrimonio. Además, ahora no vestía aquel uniforme de gorra amarilla, ni parecía estar de afán a toda hora. Se veía con una expresión tranquila, la barbilla un poco más en alto.

—La verdad, es que sólo quería alardear contigo de mi felicidad —dijo ella de repente, con una sonrisa amplia.

—Vamos, alardea.

—Estoy embarazada! —David la miró y sonrió feliz por ella. La abrazó felicitándola, y ella, de la emoción, casi que empezó a dar saltos.

—No es un poco pronto? —dijo él—. Llevan más o menos un año casados apenas, no?

—Sí, fue un poco inesperado. Pero qué importa? Ambos estamos más que felices.

—Me alegro por ti. Se notará pronto?

—No; si soy como las mujeres de mi familia, no se notará sino hasta el quinto mes.

—Me alegro mucho por ti. Te mereces toda esta felicidad.

—Gracias.

—Y por qué no vino contigo tu esposo? —le preguntó él—. No te vigila?

—Por qué tendría que vigilarme? —contestó ella echando a andar.

David la guió a los ascensores para bajar al sótano e ir por el auto.

—Porque estás mucho más guapa que antes. La ropa y el maquillaje de marca te sientan bien.

—Ya. Dices que soy guapa por mis nuevos trapos y no por mí misma?

Eso no es un cumplido —David se echó a reír.

—También es el embarazo, que te sienta de maravilla.

—Es decir, cualquier cosa, menos mis propios encantos—. David la abrazó por los hombros riendo aún. Caminaron juntos hasta el auto y Johanna subió al asiento del copiloto.

—Tienes pensado algún sitio?

—Sí —le dijo el nombre y David puso el auto en marcha. En el camino fueron hablando de muchas cosas. Johanna estaba trabajando en lo que antes había sido su sueño: el turismo. Había iniciado recientemente su propia agencia de viajes y turismo, y según lo que le contaba, le estaba yendo muy bien.

El camino se les hizo breve, y no pararon de hablar de trabajo, las personas que conocían en común, y mil cosas más.

—Michaela está muy bien —contó David abriéndole la puerta para que entrara al restaurante—. Está saliendo con Peter.

—De veras? Al fin se le confesó? —exclamó Johanna en voz baja.

—Cómo. También tú lo sabías?

—Todos en el edificio lo sabíamos! —rió ella—. Y todos alguna vez le dijimos que fuera valiente y se lo dijera.

—Al parecer fue sabio y esperó.

—Y tú estás de acuerdo con eso? —David hizo una mueca al tiempo que le apartaba la silla para que ella se sentara.

—Qué puedo hacer? Deberé oponerme a cada chico que se le declare ahora y en el futuro? —él tomó asiento frente a ella—. Por lo menos, a Peter lo conozco bien. Confío en él, más o menos.

—Más o menos?

—No deja de ser un adolescente con las hormonas revolucionadas — eso hizo reír a Johanna. El mesero llegó con las cartas del menú, y ambos guardaron silencio mientras elegían un plato. Johanna miró a David de reojo, deseosa de hacerle la pregunta por la que había venido aquí con él.

—Y... Marissa? Cómo van las cosas con ella? —David no alzó la mirada.

—Terminamos —contestó él llanamente.

—Así sin más? —ahora él la miró.

—Sí.

—Y... no me vas a contar las razones?

—Ya lo sabías, verdad? Que terminamos. Por eso es esta invitación a comer.

—Eres demasiado listo. Soy tu amiga. Deberías contarme.

—Ah, te tenía en un mejor concepto. Al final, parece que no eres más que una cotilla —aquello no ofendió a Johanna, que se echó a reír.

Apoyó sus codos sobre la mesa y entrelazó sus dedos mirándolo fijamente. En el pasado, ellos habían sido muy buenos amigos.

Johanna le había contado a él todo por lo que había pasado con Simon.

David respiró profundo y sacudió su cabeza, lo que provocó un leve movimiento de su cabello, que tenía el corte de siempre, más largo de lo clásico y menos de lo irreverente.

—No hay nada que contar —contestó al fin—. Ella vino a mí y... bueno, usó las palabras necesarias para convencerme de desistir—. Johanna lo miró un poco confundida.

—Qué quieres decir? —David hizo una mueca y llamó al mesero. Le dio su orden y Johanna tuvo que apresurarse para elegir. Cuando volvieron a quedar solos, David miró a Johanna y supo que lo quisiera o no tendría que contarle.

—Al final... —empezó a contar él— las diferencias sociales sí fueron importantes—. Johanna lo miró confundida por largo rato. Él no agregó ninguna palabra, esperando que ella saliera de su asombro, pero Johanna lo dejó perplejo echándose a reír.

—Qué clase de tontería es esa?

—No es una tontería, Johanna. Esa fue la razón por la que todo terminó.

—Es una absoluta estupidez. Y tú un idiota por creer semejante cosa —. David la miró un poco molesto.

—Dios querido. Pero qué tengo que decir para que la gente me crea? Eres la enésima persona a la que se lo cuento y que no me cree.

Todos afirman que a lo mejor le fui infiel, o que hasta le robé dinero.

Esa fue la razón, esa fue la maldita razón! —lo último lo dijo entre dientes, y Johanna comprendió que tal vez había sido demasiado ruda al soltar su opinión de esa manera.

—Lo siento —capituló ella—. Voy... vamos... a ponerlo todo en perspectiva, vale?

—Johanna, no. De veras... no quiero seguir hablando de esto.

—Recuerdas cuando fue al restaurante aquella vez? Ese en el que trabajábamos juntos—. David tomó aire y contestó.

—Sí, lo recuerdo.

—Ella entró con su ropa fina y su determinación de entregarme a mí su prometido. No hay nadie de

tan diferentes mundos como Simon y yo.

Simon es rico, fino, demasiado bien educado, correcto... y yo... sólo una simple chica que tuvo la suficiente tenacidad para estudiar aun después de la escuela y encontrar un trabajo de secretaria en su empresa. Mientras, él estaba acostumbrado a los mejores restaurantes, y créeme, es como la princesa del cuento del guisante bajo los diez colchones. Reconoce algo de buena calidad a kilómetros, y lo diferencia de la mejor imitación, y yo, a duras penas, reconozco cuando unas Ray Ban son verdaderamente unas Ray Ban—. David se echó a reír.

—Yo sí sé distinguir unas Ray Ban originales.

—A lo que me refiero... es que Simon y yo encontramos esas diferencias... encantadoras. Él me ha enseñado a mí a entrar y encajar en su mundo. A veces, ha tenido que manejar su poder e influencias para que no me hagan desaires, pero no me critica cuando yo simplemente no soy aceptada; y a mi lado, él se ha suavizado más y se ha vuelto más tolerante con respecto a muchas cosas. Sí es posible una relación entre personas de diferentes mundos y estratos. Si hay amor.

—Bueno, tú misma has dado con la respuesta. En nuestra relación no había amor... al menos, por su parte—. Johanna meneó su cabeza negando, reacia a creer eso—. Sin embargo... —dijo él de repente, y Johanna lo miró atenta. Cuando vio que él no seguía, ella elevó sus cejas, alentándolo a seguir—. Hay ciertas cosas que... En fin, tendría que contarte toda una larga historia antes de que puedas entender.

—Tengo tiempo libre —David sonrió meneando su cabeza y respiró profundo.

—Ella mintió y ocultó cosas antes de irse.

—Antes de irse... a dónde?

—En eso también mintió. Dijo que iría a Suiza, pero en realidad, se fue a Los Ángeles. Y unos días antes, su secretaria la vio abofetear a uno de los ejecutivos de la empresa, uno que estuvo directamente implicado en todo lo que últimamente ocurrió con H&H.

—Quieres darme detalles, por favor? —David prosiguió contándole un poco más claramente todo lo que le había sucedido a Michaela, la empresa, y las dudas que tenía de por qué ella abofetearía a Viktor. Se preguntaba si todo tenía que ver, o eran sólo sus esperanzas de creerla inocente. Johanna la escuchó atentamente, aun cuando llegó la comida, David no paró de hablar, y se tomaron bastante tiempo sentados allí.

—Entonces, tu hermana estuvo secuestrada. Pobre Mikki.

—Sí, y fue ese desgraciado, que aunque ya está encerrado... siento que no soy libre de él aún.

—Te comprendo.

—Tal vez en esos días... con todo ese embrollo, yo fui incapaz de ver los cambios en ella. A mi alrededor no había sino problemas, conflictos.

Tal vez abusé de su paciencia. Una novia, se supone, no es para cargarla con más problemas...

—Te dejó ella solo durante ese asunto? —David miró lejos. No, Marissa había estado con él siempre. Fue con él hasta el aeropuerto; cansada como estaba, estuvo dispuesta a seguir investigando con él hasta el amanecer. Lo impulsó a dormir cuando no pudo, y estuvo a su lado en todo momento.

—No —admitió él—. Siempre estuvo a mi lado.

—Se enfrió la relación en ese momento? —preguntó otra vez Johanna, y David volvió a pensar la respuesta.

La noche en que Michaela había estado secuestrada, ella había permanecido a su lado en la cama, abrazándolo. Si bien él no había podido dormir, había encontrado en ese abrazo mucho consuelo.

—No. No lo sentí así.

—Cuándo empezó a cambiar, entonces?

¿Cuándo, realmente? Se preguntó él.

—Luego del accidente de la abuela—. Recordó él. Ella no había querido pasar la noche a su lado, y luego, al día siguiente, se había ido de fiesta a Chicago. Ni siquiera había preguntado por la abuela cuando volvió.

—Agatha tuvo un accidente? —preguntó Johanna, un poco alterada.

—Bueno, no fue un accidente, propiamente. Fue asaltada.

—Dios querido! —exclamó Johanna, espantada—. David! Parece que en tu familia no sucedieron sino calamidades tras calamidades. Tuvo algo que ver ese asalto con todo lo demás?

—Qué quieres decir?

—Es que si no es tu hermana que es secuestrada, es tu abuela quien es asaltada, y luego tu novia te deja de repente.

—Sí, bueno. Tal vez nací con mala suerte.

—No! —volvió a exclamar ella—. No! Es que... —David la miró fijamente. Johanna tenía una expresión de concentración en su rostro —. David, llámame loca. Pero y si... y si lo que ella hizo fue lo mismo que hizo por Simon y por mí en el pasado? —David elevó una ceja interrogante—. Pongamos las cosas en orden: a tu hermana la secuestran, ella está bien. Luego a tu abuela la asaltan, y ella cambia.

Abofetea al hombre que secuestró a tu hermana... y luego sin más ni más... te termina. Es ese el orden cronológico de todo, no? —él asintió.

Johanna respiró profundo como si acabara de descubrir la cura mundial contra la gripe por siempre y siempre—. David, ella te ama! Te ama lo suficiente como para ponerte a salvo; renunciar a ti y ponerte a salvo!

—Qué?

—Renunció a ti, no te das cuenta? Hizo eso mismo que por Simon.

Sólo que esta vez tal vez fue por tu seguridad o la de tu familia. No te das cuenta? —David se echó a reír—. Crees a ese tal Viktor capaz de algo así? —volvió a preguntar ella.

“ Deprimido, alterado... cualquiera de tus mujeres habría servido para el propósito” . Esas eran las palabras que había pronunciado Viktor en su celda.

“ Ah... yo sólo quería mantenerte con la mente ocupada en otra cosa... Pero la rescataron y tuve que volver a sacar una de mis cartas de juego. Y ésta vez sí funcionó. Fue maravilloso!”

Sí, lo de Michaela no había funcionado. Asaltar a la abuela estaba descartado; no había sido lo suficientemente grave como para sacarlo de la investigación.

Terminar con Marissa sí, recordó. Él dejó de asistir a una importante reunión, y estuvo dispuesto a renunciar luego.

Y si era verdad lo que Johanna decía y él había usado a Marissa como última carta?

Si era así, le había funcionado. Él, de no ser por la tenacidad de Hugh, habría abandonado la investigación, su empleo, todo.

Pero no la abandonó, sólo estuvo fuera un día.

Pero Viktor no lo sabía, le dijo una vocecita. Debido a que siguió trabajando desde la casa de Maurice, Viktor no tuvo modo de saber que aun entonces él siguió investigando.

—Marissa dejarme... sólo por eso?

—Te parece poco? —insistió Johanna—. Si fue capaz de dejar a su prometido sólo porque sabía que él no sería feliz a su lado, cuánto más por su seguridad?

—No, no... esto es demasiado... descabellado.

—Descabellado es enviar a una adolescente al extranjero para pervertirla sólo porque su hermano está investigando un fraude.

Las palabras de Viktor resonaron en su mente; amar personas hacía a un hombre un blanco fácil cuando otro le quiere hacer daño, admitió.

Tal vez sí. Tal vez él la había usado a ella, otra de sus mujeres, otro de sus puntos débiles, para sacarlo del juego.

Marissa pudo haberse negado, pensó. Pudo habérselo contado. Es lista, conoce de estrategias. Pudo haber dicho no y acudido a él para contarle toda la verdad.

Pero habían asaltado a la abuela, y tal vez eso la hizo entrar en pánico.

Tal vez, sólo tal vez...

Entonces recordó la voz de Diana, cuando dijo que ella había jurado nunca renunciar a él como lo había hecho con Simon. Sólo una mujer que se cree verdaderamente enamorada haría tal promesa.

Las personas buenas no cometen malas acciones sin una razón, había dicho una vez Daniel; y las malas, no hacen cosas buenas sin un interés.

Marissa era buena. Admitió haberlo ayudado a conseguir un avance aquella vez. Lo invitó a almorzar sin que él tuviera modo de rechazarla cuando él no tuvo dinero. Corrió con él en tacones en el aeropuerto cuando buscaban a Michaela sin importarle las rozaduras de sus pies.

Abrazó fuertemente a su hermana pequeña diciéndole que nada había sido su culpa, él había escuchado todo esa vez.

Pero Marissa había dicho que todo era un capricho. Que después de todo, no lo amaba.

No. Ya le era más que claro que una de las dos cosas era mentira.

Cortarse el cabello por su amiga con cáncer, renunciar a su prometido para que pudiera ser feliz con la mujer que había elegido, intentar ayudarlo a él a escondidas debían ser todo falsedades si Marissa de verdad lo había dejado por ser pobre.

Pero, por qué hasta ahora lograba verlo de esa manera?, se preguntó. Había tenido que venir Johanna, quien se había visto beneficiada por la bondad de una mujer a la que él había acusado de villana, para poder tener otro punto de vista. Su propio dolor lo había cegado con respecto a todo lo que tuviera que ver con ella, admitió, y no pudo reprochárselo a sí mismo.

Necesitaba ver a Marissa y hacerle la pregunta cara a cara.

“Creo que nunca te amé”, había dicho ella esa noche, y su voz le llegó como una terrible ponzoña que amenazaba con destruir su incipiente esperanza.

Cerró sus ojos con fuerza, y sintió la mano de Johanna sobre la suya apretarla e infundirle ánimo.

—Por qué haces esto? —Johanna sonrió.

—Porque te quiero... y tengo una enorme deuda con ella. Toda mi felicidad actual es posible por su sacrificio.

—Entonces, todo esto que me dices tiene un fin?

—Y si es verdad, David? Y si hizo todo esto, fue cruel y mala sólo para ponerte a ti a salvo y asegurarse de que tú no ibas tras ella pasara lo que pasara?

—Puede una persona hacerse tanto daño a sí misma? Porque si es verdad y me ama, también ella está sufriendo.

—No lloró ella cuando dejó a Simon? Tú te quedaste aquí, no? —Sí, ella había llorado, recordó él. Y

había quedado tan mal e inestable emocionalmente que se había desnudado ante un desconocido.

Mierda!

—Tengo algo que hacer —dijo, poniéndose en pie. Johanna pidió la cuenta y canceló rápidamente. El teléfono de David timbró entonces.

Era el capitán Morris.

—David —dijo el capitán—. Tenías razón. Viktor Ivanov entró al apartamento de Marissa Hamilton la misma noche en que Michaela fue liberada. Se estuvo por un par de horas hasta que ella llegó.

—Lo viste en los videos de seguridad? —preguntó David con voz agitada.

—Exacto. Ella llegó. Imagino que habló con él por unos minutos, y luego él salió como si nada. Estaba herido.

—Ya.

—Crees que la señorita Hamilton esté implicada o sea cómplice de todo lo que sucedió en H&H?

David lo vio todo claramente entonces. Alguien que lo sabía todo investigó hasta el fondo y dio con las respuestas. Había sido ella quien enviara la fotografía al correo de Michaela, y luego quien descubriera a los responsables del ataque a la empresa.

—No, ella no ha sido cómplice de esos delincuentes. Por el contrario, creo que fue nuestra salvadora.

—Ah, la fuente de información misteriosa?

—Sí. Gracias, capitán Morris.

—Me debes unas buenas referencias.

—Créeme que te lo pagaré—. Cortó la llamada, y miró a Johanna que caminaba a su lado—. Necesito viajar a Los Ángeles. Tiene tu marido un jet privado, de casualidad? —Johana sonrió.

Marissa estaba metiendo su ropa en una maleta de cualquier manera.

Desde hacía unos días no tenía noticias completas acerca de lo que estaba sucediendo en New Jersey. Sabía que ya estaban investigando a los culpables del caos en H&H, pero, estaba David verdaderamente a salvo? Sería prudente si ella volvía y hablaba con él?

Ya no soportaba más un día fuera y sin él. Esta situación se había vuelto insostenible para ella.

Miró la maleta y se sentó en la cama dándole la espalda a todo. Su peor miedo era volver y poner en peligro a David o su familia. Jamás se perdonaría si por su culpa les pasaba algo.

Pero necesitaba volver. Necesitaba hablarle. Le contaría todo, y si tenía que suplicar para que la perdonara, lo haría.

Dejó abandonada su tarea de empacar y bajó al primer nivel de la casa. El sol entraba a raudales y ella se acercó a uno de los ventanales para mirar el océano.

Cómo podría ella iniciar esa conversación? Todas las palabras de amor que no había dicho en esos tres meses las tenía atragantadas, querían salir e ir hacia la persona dueña de ellas. Vivir sin él había sido un infierno. Cómo había podido seguir viva entonces?

Había estado ocupada, eso era verdad, pero sola. Las noches, cuando no caía cansada sobre algún mueble, eran largas y hechas para pensar, añorar, recordar y llorar.

Respiró profundo pensando en que el final de su suplicio estaba cerca. Lo buscaría y le explicaría con pruebas la verdad. Tenía pruebas de todo; videos, grabaciones de llamadas, correos y mil cosas más. Él estaría reacio a escucharla, y ella tendría que comprenderlo; pero lo bombardearía una y otra vez con su verdad hasta obligarlo a atenderla y creerle.

Un movimiento tras una ventana le llamó la atención, y su corazón se saltó un latido cuando vio a David allí. Lanzó una exclamación de susto y se llevó la mano al pecho, perdió pie y tropezó con un mueble.

Cuando volvió a levantar la vista, él ya no estaba.

Entonces se echó a reír. Terminaría loca y viendo alucinaciones.

Esperó unos segundos a que los latidos de su corazón se normalizaran, y salió por una de las puertaventanas hacia el jardín con piscina. Allí no había nadie.

Lo extrañaba tanto que ya lo estaba viendo en todos lados. Caminó por el borde de la piscina y miró hacia el océano, la brisa marina llegaba hasta aquí suave y cálida, y la sintió como un bálsamo sobre su piel. Cuando ya se sintió más tranquila y despejada, volvió al interior de la casa.

David estaba allí.

Bien, se dijo riendo sola. Ahora sí estaba rematadamente loca.

David apareció recostado en una pared y cruzado de brazos mirándola fijamente. No parecía reprocharle nada, pero tampoco parecía feliz de verla. No decía nada, sólo la miraba y la miraba.

Llevaba una camisa de lino blanco de manga larga y el cabello un poco desordenado por la brisa. Su imaginación era buena.

—Tienes un pésimo sistema de seguridad —dijo él. Marissa sintió su corazón retumbar de nuevo en su pecho al escuchar su voz. Ah, la conocía tan bien que era capaz de recrearla con exactitud.

Se acercó a él paso a paso, como temiendo que desapareciera si hacía movimientos bruscos. Si tropezaba de nuevo y él volvía a desaparecer, se pegaría una patada a sí misma.

Cuando estuvo muy cerca, advirtió algo que le resultó un poco incongruente: él estaba más delgado.

Por qué? Su imaginación le estaba enseñando que él también había sufrido y bajado de peso?

Elevó su mano a él poco a poco y la puso sobre la mejilla, áspera y cálida. Él no era una alucinación.

Lanzó un pequeño grito y dio un paso atrás.

—No eres una ensoñación.

—Vine a hacerte una pregunta.

—Qué haces aquí! —exclamó ella, de repente aterrada. Miró en derredor como si esperara que de un momento a otro entrara Viktor con un arma en la mano, o algún otro rufián—. No puedes estar aquí —volvió a exclamar ella, y los ojos se le humedecieron, agrandados por el miedo. Qué había pasado?, se preguntó. Por qué se había puesto él en peligro de esa manera viniendo aquí? Cómo la había encontrado?

Lo miró de nuevo. Tenía la sensación de su mejilla en los dedos todavía, así que no podía ser una ensoñación. O sí?

No había ninguna razón en el mundo por la cual él querría venir aquí. No había modo en el que él pudiera dar con su paradero. Ella se había asegurado de eso.

David se separó de la pared, descruzó sus brazos y dio unos pasos a ella, y entonces Marissa empezó a retroceder hasta que tropezó con la pared de cristal tras ella. David pestañeó y la miró de arriba abajo.

Marissa se abrazó a sí misma. Estaba vestida con una camiseta blanca, grande y ancha, unos shorts jean que apenas le rozaban los muslos y estaba descalza. Se llevó una mano al cabello, rizado como estaba por no habérselo peinado o cepillado en mucho rato. Estaba horrible.

—Vas a contestar a mi pregunta —dijo él de nuevo—. No, a mis preguntas. Tengo muchas.

—David, por qué has venido? Cómo encontraste mi casa? Cómo pudiste entrar? Qué haces aquí!

—Las preguntas las hago yo —reclamó él, ceñudo. Marissa lo miró a los ojos, esos ojos café verdoso que tanto había extrañado. Tragó saliva e intentó alejarse, pero entonces él puso una mano a cada lado de su cuerpo impidiéndole escapar—. Tienes miedo de mí? —preguntó él, y Marissa se quedó quieta, pues había estado intentando pasar por debajo, por encima o a través de sus brazos para huir.

Respiró profundo. No había duda, él estaba aquí. De alguna manera, había descubierto su paradero y ahora lo tenía enfrente, muy cerca.

Cerró sus ojos temiendo lo que se venía. Tenía preguntas, él tenía muchas preguntas, y ella debía contestarlas todas.

Las manos le temblaron por el deseo de tocarlo, de posarlas sobre su pecho, pero ahora no podía. Tal vez en un par de horas, en un par de días, él pudiera terminar de escucharla, crearle y entenderla. Hasta entonces, ella sería una enemiga para él. Era consciente de todo el daño que le había hecho.

—Es... está bien. Pregunta.

—Buena chica —dijo él, sin sonreír. Marissa elevó su mirada a él—. Es una pregunta muy sencilla, la verdad —siguió él, y Marissa empezó a marearse. Oh, el aroma de él, su perfume, su piel, su cabello... era como ponerle un banquete delante a alguien que venía de cuarenta días de ayuno—. Me amas?

Ella lo miró a los ojos.

Esta pregunta tenía trampa. Qué quería? Qué buscaba? Por qué demonios estaba aquí? En su rostro se reflejó su tristeza, las palabras pugnando por salir, pero el miedo actuando como carcelero.

—Ah, no me vas a contestar? —presionó él, acercándose aún más.

Ella permaneció en silencio y con la respiración agitada, negándose a hablar. El rostro de David se acercó todavía más al de ella—. Sabes que puedo sacarte la respuesta a las malas, verdad?

—No, por favor...

—No? Por qué no? Tienes miedo? —David sonrió. No quería ni imaginarse qué batalla estaba ocurriendo dentro de ella ahora mismo, pero era de admirar. Aun cuando su cuerpo estaba temblando, aun cuando su instinto estaba aflorando, su voluntad seguía férrea. Pero, cuánto duraría esa voluntad?

Ella era admirable.

Ayer al medio día había hablado con Johanna y caído en cuenta, al fin, de toda la verdad. No había sido necesario volver a ir a la celda de Viktor, cuyo juicio sería mañana, para volver a preguntarle por Marissa, ya él sabía la verdad, ya tenía todas las piezas del rompecabezas.

Cuando Viktor vio que su plan de usar a Michaela para alejarlo a él de H&H falló, usó a Marissa. Debió haberla presionado para que fuera ella quien terminara la relación, y había sido un plan perfecto; David estaba enamorado y todos lo habían sabido siempre. Nunca lo creyeron interesado en su fortuna o su posición, no, lo sabían enamorado, y Viktor era un buen juez de caracteres.

Imaginó a Marissa negándose para prestarse a semejante juego, amenazándolo con llevarlo ante las autoridades y encerrarlo, pero Viktor tenía muchas cartas aún escondidas y carecía totalmente de escrúpulos. Cuando ella se negó, mandó atacar a la abuela como una especie de aviso para ella. Si no hacía lo que él decía, las consecuencias serían nefastas.

Sabiendo que si terminaba la relación de repente David vería todo demasiado sospechoso, ella había trazado un plan. Dañar su propia imagen delante de él apareciendo como una rica frívola y decepcionándolo.

Pero el cuerpo no puede mentir, sólo la boca. Esa mañana que él le hizo el amor, la última vez, ella había sido la verdadera Marissa, la amorosa. Había sonreído al pensar que la razón había sido que la había abordado cuando aún estaba dormida.

Tal como había dicho Johanna, su novia lo había puesto a salvo sacrificándose a sí misma, y no era justo con Marissa; ya sería la segunda vez que tenía que renunciar a algo. Bueno, esta vez, él no lo iba a permitir.

Sin embargo, quería, después de todo, castigarla un poco. No se trataba del macho dominando sobre la hembra. Había ciertos puntos que poner sobre ciertas íes.

—Dime —volvió a hablar él, con su boca muy cerca a la suya—, fui un capricho para ti?

La respiración de Marissa estaba agitada, y prácticamente se podían escuchar los latidos de su corazón.

—Yo...

—Tú qué, Marissa?

—No puedes... no puedes estar aquí.

—Ah, entonces quieres que esto sea por las malas?

—Qué? —sin previo aviso, él se pegó a su cuerpo, y alzándola levemente, hizo que ella le rodeara la cintura con sus muslos. Marissa lanzó un quejido que parecía placer, dolor y anticipación. Lo abrazó fuertemente y empezó a sobarse contra él—. David!! —suplicó. Buscó su boca para besarlo, pero él la esquivó.

—Hace cuánto que no te beso? —le preguntó.

—Una eternidad —lloró ella, rendida—. Por favor...

—Por qué me mentiste? —ella se quedó quieta de repente, pero no lo soltó. Notó entonces que él no la estaba abrazando, sólo la tenía contra el cristal y todo su cuerpo la tocaba de la pelvis para arriba, pero sus manos eran muy indiferentes. Él estaba aquí para castigarla.

Sólo para eso.

Está bien, se dijo. Ella merecía este castigo, lo anhelaba, a él, a lo que sea que quisiera darle.

—A qué crees que vine? —preguntó él—. Sólo vine a sacarte una respuesta. Necesito que me digas que no me amas, que sólo fui un juego para ti—. Las lágrimas de Marissa rodaron al fin por sus mejillas.

David, al sentirlas, alejó su rostro y la miró a los ojos. El rostro de ella era un poema; extasiado, triste, anhelante...

—Qué respuesta quieres? —susurró ella entre mocos y lágrimas—.

Siempre serán las mismas. Mi cuerpo... no sabe mentir... y con las palabras... si dijera que no te amo... moriría aquí. Moriría de amor—.

David tragó saliva sin dejar de mirarla, y ella estudió el movimiento de su garganta al tragar. Le rodeó el cuello con sus brazos—. Siempre obtendrás la misma respuesta —siguió ella—. No importa cómo la pidas o la busques. Siempre será igual.

—Entonces, me amas?

—Dios... Sí—. Él asintió, y se alejó de ella. Marissa de repente se sintió desnuda y abandonada. Perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse de cualquier cosa, porque él se había alejado. Ahora qué seguía? Qué clase de castigo le seguía a esto?

Casi esperó que él le diera la espalda y saliera por la puerta principal. Qué haría ella entonces?

Ir detrás y llorarle. No se le ocurría otra cosa.

Pero entonces él le tendió la mano.

—Ven —le dijo, y ella miró esa mano, grande y abierta para que ella posara encima la suya.

Y Marissa, entregándose de nuevo a él, con el alma viva otra vez, le tendió la mano. Él la encerró en la suya, y la condujo a través de las escaleras. Una vez arriba, él abrió una puerta, pero era un armario, y la descartó; abrió la siguiente y dio con su habitación. Entró con ella, y en un parpadear, se vio de espaldas en la cama, con él encima, y mirándola fijamente con una sonrisa traviesa en los ojos.

—Qué... qué... —tartamudeó ella, pero él sólo elevó una ceja como diciendo: piensa.

Su cuerpo se fue aflojando, y Marissa perdió la consciencia.

Al verla así, David se detuvo, le movió suavemente la cabeza a un lado y a otro, pero ella no respondía. Le tocó las manos, pero éstas estaban frías, y comprendió; Marissa se había desmayado. Se echó a reír.

—Espero que esto sólo sea un resultado de tu exceso de felicidad —dijo, y olvidando por una vez su caballerosidad, gentileza, etcétera, aprovechó que una mujer estaba indefensa para desnudarla y mirarla.

Cuando la tuvo vestida sólo con una pequeña cadena de oro en su cuello, y con el cabello desparramado sobre el colchón, se dedicó a observarla, y a detallar los pequeños cambios que había

tenido su cuerpo en estos tres meses sin verla. Su clavícula y costillas estaban más pronunciadas, su piel más morena, pero seguía tan hermosa como siempre.

Ella empezó a mover sus pestañas como aleteos de mariposa, volviendo en sí, y al encontrarlo a su lado en la cama, elevó una mano a él para tocarle el rostro.

—De verdad estás aquí —susurró, pero al terminar de hablar, él la besó.

Ah, una dosis de besos de David, pensó. Se dio cuenta de que estaba desnuda, pero no le importó, lo arrastró hacia ella con la poca fuerza que tenía y le sacó la camisa. Sus manos estaban hambrientas, así que se embriagaron con el tacto de su piel. Las paseó por su espalda, sus costados, acarició los chatos pezones, al tiempo que su lengua buscaba la suya, la entrelazaba y succionaba con afán.

Lo sintió ubicarse entre sus piernas y ella le dio su más cálida bienvenida. Él jugueteó con sus labios, la piel de su cuello, el laberinto de sus orejas, y enardeció con su toque cada rincón. Su amante dedicado, cuidadoso, detallista. Dioses y cielos, cuánto lo había extrañado!

—Te amo —susurró a la vez que con su mano buscaba en su entrepierna y lo tocaba, sintiéndolo duro y listo para ella—. Te amo.

—Qué tanto —preguntó él sin parar de tocarla, acariciarla.

—Tanto —contestó Marissa—, que volvería a dejarlo todo por ti.

—No! —reclamó él—. No te lo permitiré —y de un solo movimiento, se ubicó en su entrada e invadió su cuerpo.

Marissa lanzó un grito que casi hizo vibrar el cristal de las ventanas de su habitación. Él la miró quieto y con ojos grandes, sorprendido, pero a Marissa no le importó, e inmediatamente empezó a mecer sus caderas cabalgando hacia su propio placer.

David enterró su frente en el colchón, en el hueco de su cuello. Ella lo estaba enloqueciendo; había pretendido resistirse un poco, pero no había contado con que todos estos meses sin ella le iban a pasar factura de este modo. Diablos, se jactaba de ser un gran amante, de ser capaz de durar horas en la cama antes de llegar a su propio orgasmo. ¿ba a perder ante ella de esta manera?

Marissa lo besaba, lo mordía, lo lamía, y todas esas pequeñas atenciones estaban minando su fortaleza. Y además estaba tan húmeda y apretada, y se movía de manera tan...

Perdió la batalla, la besó con fuerza y, tomándola de la cadera, empezó a moverse también.

Hoy no serían jugueteos, hoy era simplemente el reencuentro de dos cuerpos que se conocían demasiado bien el uno al otro. Las conversaciones, reclamos, verdades y aclaraciones vendrían después.

Aceleró el ritmo de sus embates y se escuchó a sí mismo gemir, esto era un poco vergonzoso, pero al escucharla a ella tan perdida en sus sensaciones como él, se dejó ir.

Se hundió en su cuerpo y se derramó dentro de ella. Marissa gimió al llegar a la cima y lo rodeó con

brazos y piernas, encerrándolo en un capullo hirviente. Y cuando todo hubo acabado, la descarada tuvo la desfachatez de dormirse.

David se echó a reír, y se separó de ella cuidadosamente. Salió de la cama y se subió los pantalones de nuevo, pues no se los había quitado del todo siquiera.

La miró dormida en su cama, despreocupada y expuesta, y él sintió que quería volver a meterse allí, en su cuerpo, y dormir así.

Sacudió su cabeza y bajó al primer nivel de la casa, entró a la cocina, abrió la nevera y se dedicó a saquearla. Sentía como si hiciera un año que no comiera de verdad.

Marissa despertó y miró en derredor. Era la mañana de ayer, de hoy, o del día siguiente?

Había mucha luz, tal vez era mediodía.

Y entonces recordó a David.

Se sentó de repente en la cama, pero ésta estaba vacía. Había sido todo un sueño?

Últimamente soñaba siempre con él. A veces, en esos sueños sólo hablaban, o caminaban tomados de la mano, pero otros eran menos inocentes, y ella amanecía enfebrecida.

Pero esto no había sido un sueño, tenía el cuerpo adolorido justo en las zonas adecuadas, y esta cama, que nunca había albergado a David, olía a él.

La prueba llegó al fin cuando vio su camisa de Lino tirada de cualquier manera en el suelo. Sonriendo, caminó a ella y se la puso, y sin nada más debajo, bajó a buscarlo.

Lo encontró en la cocina, con un sándwich de tres pisos en sus manos y masticando.

Quiso decir algo, pero él no la miró.

La inseguridad empezó a dominarla. Qué debía decir? Por dónde empezar? Cómo explicarle?

—Tenemos... tenemos muchas cosas que hablar —dijo ella con voz vacilante, pero era como si se hubiese vuelto invisible, él ni se inmutó.

La inseguridad se fue, dando paso al enfado.

—A qué viniste? —preguntó ella con voz más fuerte—. Acaso sólo buscabas una confesión y sexo? —él la miró al fin.

—Te parece que lo de allá arriba fue sólo sexo? —le preguntó.

—No lo sé. No sé a qué has venido, no sé qué buscas, ni qué... —él la miró de reojo, y ella casi rechinó sus dientes—. Te juro que tengo una explicación para todo. Cada palabra, cada acción,

cada... Tengo una razón, una poderosa razón. Necesitas pruebas? Las tengo todas conmigo!

—No será necesario —dijo él con voz perezosa, y ella lo miró ceñuda y cruzando sus brazos—. Lo sé todo —siguió David—. Tu trato con Ivanov... lo sé todo.

Ella volvió a descruzar los brazos y lo miró un poco sorprendida. Se estuvieron en silencio por espacio de un minuto, y sólo se escuchaban los ruiditos que él hacía al comer y apoyar la lata de cerveza de nuevo en la mesa.

—Lo sabías?

—Me enteré hace sólo un par de días. Hasta entonces, te creí una maldita perra—. Ella pestañeó por el término que él había estado empleando contra ella.

—Y... lo crees? —él sonrió metiéndose a la boca el último trozo de sándwich.

Masticó en silencio sin quitarle la mirada de encima. Ella llevaba puesta su camisa de lino, y se preguntaba si debajo llevaba algo.

Que no, que no, deseó.

Se bebió el resto de la cerveza se recostó a la encimera y siguió mirándola, mientras sacudía de sus dedos las migas.

—Tengo muchos reproches que hacerte —dijo él de repente—, y uno de ellos es: por qué no me buscaste y me contaste lo que estabas pasando? Qué éramos, Marissa? Yo sólo te servía para el sexo, acaso?

—Claro que no!

—No confiabas en mí?

—No era eso!

—No confiabas en mi habilidad para cuidar de ti?

—David, no se trataba de eso! Tú ya tenías suficiente con Michaela.

—Entonces, como tengo una abuela y una hermana, seré incapaz de cuidar de mi mujer?

—No pongas palabras en mi boca!

—Me gustaría poner otra cosa en tu boca —ella se sonrojó terriblemente, y David se echó a reír—. Hablaba de mi propia boca, malpensada. No puedo creer lo pervertida que eres—. Ella esquivó su mirada—. Tampoco confiaste en tu propio padre. Cómo crees que se sintió Hugh cuando se enteró? Toda su vida se dedicó a montar un imperio para que a ti, su única hija, su heredera, no le sucediera nunca nada malo. Y ella resultó herida por ese mismo imperio. Vale la pena tenerlo todo si las personas a tu alrededor no confían en ti para que cuides de ellas?

—Acaso ustedes confiaron en mí? —fue turno de ella reclamar—.

Hundidos hasta los ojos, sufriendo pérdidas, ataques misteriosos, fugas de dinero... Creyeron que soy tan tonta como para no comprender este tipo de problema?

—Y ella revirtió el asunto —sonrió David—. Intentábamos protegerte.

—Pues qué bien que les salió! —escupió ella—. Mi herencia se cae a pedazos, pero no, no le contemos a la rubia porque entra en pánico.

Traidores dentro de la misma empresa, desconfianza por doquier, pero a Marissa no le digan nada, que a lo mejor tiene un ataque de nervios —. Él se acercó con una sonrisa. Había extrañado mucho verla enfadada. Esta era la misma Marissa que lo había acusado de hipócrita por rechazar aquel cheque de avance.

—Creímos que teníamos todo bajo control. Nunca se nos pasó por la cabeza que te usarían a ti.

—Entonces estamos a mano. Ustedes no confiaron en mí, yo no confié en ustedes. A paz?

—No, me temo que no —él estaba muy cerca, y ella lo esquivó.

—Comiste cebolla, aléjate —David se echó a reír, y le hizo caso. Abrió la nevera y sacó el cuenco de las frutas. Empezó atacando las fresas, y ella lo miraba de reojo.

—No podemos tener una relación sana si el uno desconfía del otro en asuntos tan graves como éstos. No podemos, Marissa —ella lo miró otra vez llena de esperanza. Quería él entonces volver a su relación con ella? —Para poder seguir —siguió él masticando su segunda fresa —, tendremos antes que hacer unas cuantas promesas —dejó las pequeñas hojas de la fresa en la encimera y volvió a ella—. Me sigue oliendo el aliento a cebolla?

—Qué quieres decir con promesas?

—Unas cuantas promesas importantes —siguió él, tomando entre sus dedos un mechón dorado de cabello, y pasándolo entre sus yemas hasta la punta—. Nunca me volverás a dejar por una cosa así, Marissa Hamilton. Júralo.

—Pero yo...

—Júralo —exigió él, poniendo sus manos en la delgada cintura.

Marissa sólo pestañeó—. No lo vas a jurar? Permitirás que otra persona más adelante vuelva a intentar separarme de ti y tú volverás a mentir de esa manera tan vil como lo hiciste? Quieres que te cuente cómo quedé después de eso? Las pesadillas que tuve?

—Lo siento.

—No necesito tus disculpas, lo que necesito, aquí y ahora, es un juramento que diga que jamás, jamás, jamás me dejarás por causas externas a nuestra relación. Qué causas externas ni qué mierdas.

Nunca me volverás a dejar. Y si dejas de amarme, me lo dices y yo usaré toda mi fuerza para volver a hacer que te enamores de mí. Me entendiste, Marissa? O necesito ser más claro? —a ella se le humedecieron los ojos.

—Tenía miedo por tu vida. Sentí terror de imaginarme llorando tu cuerpo, sabiendo que podía haberlo evitado.

—Te amo —dijo él—. Amar significa cuidar de mí mismo, de mi salud y mi vida para poder estar a tu lado. Nunca haré nada que me exponga al peligro y dé ocasión de volver a separarme de ti. Te sirve esa promesa para que me jures que ni si quiera por la maldita paz mundial me separarás de ti? —ella se secó las lágrimas y asintió al fin.

—Te lo juro.

—Y jura que no habrá más secretos entre los dos —ella lo miró fijamente a los ojos—. Está bien, puedes ocultar el número de cremas que te aplicas —ella se echó a reír—. Pero no más secretos. Acepto que cometí un terrible error al hacer caso a tu padre y ocultarte todo lo que estaba pasando, pero ya lo pagué, lo pagué muy caro. No más secretos? —ésta última pregunta fue casi un susurro, y Marissa no pudo evitar asentir inmediatamente.

—No más secretos.

—Bien. Puedo hacerte el amor aquí en la cocina? —ella sonrió y se acercó más a él pegándose de nuevo a su cuerpo.

—Bianca puede llegar en cualquier momento.

—Bianca lo comprenderá—. Él la abrazó y metió la mano debajo de la camisa. Ella no tenía nada debajo. Yupiiii.

Y entonces el timbre de la puerta de entrada sonó, y apareció Meredith Brenner, que al ver a David, hizo exclamaciones de felicidad, pero no pareció importarle ser inoportuna y se presentó a sí misma.

David sonrió resignándose, sólo un poco, y mientras Marissa volvía a la habitación para vestirse más decentemente, Meredith lo miró fijamente.

Era preciosa, admitió David, pero sus ojos mostraban que había pasado muchos horrores en el pasado.

—Si estás aquí, significa que han regresado.

—Sí.

—Me alegra mucho. Me alegra de verdad. Aunque eso significa que te la llevas de vuelta a New Jersey.

—No lamento eso —Meredith se echó a reír.

—No te preocupes, si ella es feliz, soportaré la soledad. Además, tengo a mi marido, y sé que la

distancia no dañará mi amistad con Marissa. Cuida de ella—. David le sonrió.

—Me caes bien. Estás invitada a mi boda.

—Se lo pedirás?

—Claro que sí. Pero no se lo digas aún.

—No, no arruinaré tu sorpresa. Indica eso que debo irme? —David se encogió de hombros—. Está bien, está bien. Me despides de ella.

—No hay problema.

Meredith se fue, y David quedó a solas en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja.

:36:

El atardecer en la playa ese día fue precioso, brillante, lleno de mil colores. Marissa ni siquiera sospechó que así habían sido siempre; el tener a su lado a David hacía que todo alrededor volviera a cobrar vida.

Había sobrevivido al infierno, pensó con un suspiro, y ahora se preguntaba de dónde había sacado tantas fuerzas.

—Te extrañé tanto —dijo con voz suave y recostando su cabeza en el hombro de David, que también miraba hacia el océano sentado a su lado en la arena—. Creí que no lo resistiría—. David inclinó también su cabeza y besó sus rubios cabellos.

Habían comido fuera, y al regresar, vuelto a hacer el amor. Dos veces.

Luego habían estado caminando por la playa, tomados de la mano y en silencio. Cuando vieron el hermoso atardecer, decidieron disfrutarlo desde un mismo lugar, y aquí estaban sentados.

—Qué hubieras hecho si no vengo por ti? —preguntó él sin mirarla.

—No viste la maleta en mi habitación? —contestó ella. David hizo una mueca.

—Sólo fui consciente de la cama—. Marissa sonrió.

—Pensaba tomar un vuelo de vuelta a New Jersey, pero tenía tanto miedo de cometer un error... Sin embargo, ya no soportaba más estar tan lejos—. David giró su cabeza a ella y la miró sonriente, feliz también sólo por estar a su lado.

—Te amo —dijo él, y Marissa sintió la emoción bullir en su pecho. Qué hermoso era volver a escuchar esas palabras.

—Lo sé.

—Descarada. Se supone que debes decir: “ Yo también” .

—Pero ya te he dicho demasiadas veces hoy lo mucho que te amo.

—No has hecho cuentas? Fueron tres meses sin ti, señorita Hamilton.

Es decir, que me debes por lo menos noventa días de “ te amos” . No has saldado ni la mitad de tu deuda.

—Debo decir noventa veces “ Te amo” y estaré a paz y salvo contigo?

—Eso indica que en el futuro sólo me dirás que me amas una vez al día? Qué tacaña! —ella se echó a reír, contenta por volver a tener una discusión tan tonta como esta otra vez.

Peter se sentó en el mueble de la sala de la casa de Michaela y ella lo hizo a su lado. Él parecía un poco contrariado, y ella, sonriente.

—Ese Hugh! —dijo Michaela, riendo—. Ciertamente, no tiene mucha consideración por los deseos de los demás—. Peter hizo una mueca.

Venía de las oficinas de H&H y acababa de obtener una oferta de trabajo. Hugh quería que trabajara para él luego de demostrar lo útil que le había sido en medio de todo este problema. El asunto era que Hugh no le había pedido o propuesto un empleo, no; él directamente lo había incluido en su plantilla y luego sólo le había informado.

—Le dije que estoy estudiando derecho, y que conforme pasan los semestres, yo estaré más y más ocupado en mi carrera. Le expliqué también que obtuve mi beca con mucha dificultad, y que no podía arriesgarme a perderla.

—Y?

—Y? El maldito tiene amigos en todas partes, con una llamada, simplemente solucionó todo. Seguiré estudiando, pero tendré permisos siempre para ausentarme o viajar sin riesgo de perder la beca, y al parecer, incluso encontró otras más para mis posibles posgrados. Lo puedes creer?

—Los ricos sí que tienen poder, eh?

—No me preguntó siquiera si lo quería o no.

—Y no lo quieres?

—Claro que quiero, pero es decente preguntar —Michaela se echó a reír—. No te burles —le reprochó él.

—No me burlo, pero tienes que admitir que es bastante divertido—. Él la miró y sonrió también al fin. Pero luego su rostro se ensombreció otra vez—. Qué? —preguntó ella.

—Tú pronto entrarás también a la universidad... y tendremos que separarnos—. Michaela miró a otro lado.

Aquello era verdad. Michaela quería estudiar periodismo, y ya estaba haciendo las debidas averiguaciones. La mayoría de opciones eran en otras ciudades, y si resultaba así, inevitablemente se separarían, pues él ya estaba radicado aquí.

Lo miró, aunque él no la miraba a ella, y se tomó la libertad de estudiar su perfil. Él tenía miedo de que ella se alejara y lo olvidara, eso era evidente. Sentía deseos de reprocharle su inseguridad, pero entonces recordó que hasta el momento ella no le había dicho aún “ te amo” , y él estaba languideciendo mientras esperaba esas palabras.

Michaela parpadeó y miró a otro lado, los dos sumidos en el silencio.

Peter cerró sus ojos, lleno de impotencia; no sabía si ella lo amaba.

Michaela lo besaba de vez en cuando, era divertida, le contaba sus cosas, pero no sabía si lo prefería por encima de todos los demás hombres en el mundo. Tal vez era demasiado pronto, tal vez eran demasiado jóvenes, pero ya él tenía esas respuestas claras con respecto a ella.

Ambos suspiraron al tiempo, y entonces se miraron el uno al otro. Al ver que ambos tenían dudas y cuestiones no resueltas, sonrieron.

—Creo que deberemos hacer una promesa –sonrió ella. Él elevó sus cejas y la miró atento—. Cuando nos graduemos, cuando le seamos útiles a la sociedad, deberemos reencontrarnos y vernos. Si para entonces sigue habiendo esta... atracción entre los dos, podremos entonces tomar decisiones serias con respecto a nuestro futuro.

Lo que él sentía por ella era algo más que una atracción, pensó Peter, pero no dijo nada. La atracción es pasajera, se acaba cuando dejas de ver a la otra persona por mucho tiempo.

Pensó entonces que tendría que aparecer más veces delante de ella para que así, por lo menos, esa atracción no desapareciera.

—Vale –prometió él—. Serás la primera mujer a la que busque cuando nos hayamos graduado.

—Yo también lo prometo.

—Pero me tomaré la libertad, igualmente, de cultivar en ti el amor – ella lo miró con ojos grandes, un tanto sorprendida por la manera de hablar de él.

—Cultivar el amor?

—Soy consciente de que en este momento no me amas... al menos no como yo quisiera. Así que tengo que trabajar duro para conquistarte, no?

—Yo... no...

—Es sencillo –suspiró él—. Siempre he sabido que un hombre sólo tarda un instante en enamorarse, y dicho sentimiento puede durar un minuto, diez años, o toda la vida según su fuerza. Pero el momento inicial es eso, un instante. Así me enamoré de ti. Las mujeres, en cambio, pueden enamorarse poco a poco; pueden aprender a amar.

Por eso se habla de conquistarlas, cortejarlas, etc.—. Ella seguía mirándolo perpleja, y Peter se echó a reír—. Te estoy viendo en este momento como tierra fértil, muy apropiada para empezar a sembrar en ella. Haré que te enamores de mí, y si sueno tan seguro no es porque me esté jactando de mis capacidades, sino porque siento que de esto dependerá mi felicidad. Pondré todo mi esfuerzo, Michaela.

Ella no lo pudo resistir y tomó su rostro, lo acercó al suyo y lo besó.

Nunca pensó oír algo tan hermoso, nunca imaginó que el corazón de Peter pudiera albergar sentimientos tan puros y profundos.

Él profundizó el beso, e incluso la rodeó con sus brazos. Estaba participando un poco demasiado entusiasta en este beso, en este abrazo, pensó ella. Lo había besado antes, pero hoy era diferente, y no sabía por qué.

—Por qué tengo que verlos haciendo este tipo de cosas? —dijo la voz de Maurice, y Peter casi saltó del sofá. Michaela se echó a reír al ver su reacción.

—Buenas noches, Mao —saludó ella. Maurice miraba de Peter a Michaela de hito en hito.

—Se lo contaré a David.

—De veras? Qué quieres, que me ponga a llorar suplicándote que no lo hagas?

—Qué poco respeto muestras hacia los mayores, señorita —Michaela seguía sonriendo, imperturbable. Peter se volvió a sentar, pero en otro mueble, muy lejos de ella—. David no está? —preguntó Maurice.

—Está en Los Ángeles.

—En dónde? —Michaela iba a repetir la respuesta, pero Maurice elevó su mano y la detuvo—. Lo escuché, pero... para qué? Cosas de trabajo?

—No. Fue a buscar a Marissa —Maurice la miró en silencio. Por primera vez, Michaela sintió un poco de inquietud frente a él. Los ojos de Maurice se habían vuelto fríos de repente.

—A qué?

—A buscarla.

—Te escuché.

—Y si escuchaste, por qué...?

—Por qué fue a buscarla? Es que acaso David no se tiene ni un poco de amor propio? Esa maldita...

—Esa maldita pronto será mi hermana! —reprochó Michaela, y Peter aclaró su garganta para detenerla—. No te expreses así de ella —siguió Michaela, aunque bajando un poco el tono de su voz.

Maurice les dio la espalda y fue evidente su enfado.

—Yo... no puedo creerlo! —masculló—. Él no pudo haberse rebajado tanto!

—De qué hablas? Amar no es rebajarse!

—En su caso sí! Y qué digo en su caso? Amar siempre es rebajarse!

Perderlo todo! No lo perdonaré, no tengo un amigo tan estúpido!

—Maurice! —gritó Michaela, tremendamente sorprendida por la reacción del mejor amigo de su

hermano.

—Ah, vaya mierda —volvió a decir él entre dientes—. Por qué es tan masoquista? Cómo es que no me lo dijo para yo poder detenerlo?

—No habrías podido. Si David tuviera que elegir entre Marissa y tú, o entre Marissa y cualquier persona en el mundo, siempre la habría elegido a ella! —Maurice la miró con una sonrisa que más parecía una mueca de desprecio.

—Me caía bien ese chico, pero ahora dudo mucho de su inteligencia.

—Pero qué te pasa?

—Me voy. No tengo más opción que sentarme y ver, ya que, como dices, él siempre la elegirá a ella, aun por encima de su propio bien.

—Maurice...

—Nos vemos luego —y con esas palabras, se despidió. Michaela miró a Peter, que había permanecido en silencio.

—Puedes creerlo? —preguntó cuando Maurice hubo cerrado la puerta tras él. Peter frunció el ceño.

Hacia tiempo, unos cuantos años atrás, él había subido a la azotea, de noche, y había encontrado a Maurice ebrio y maldiciendo el nombre de una mujer. Lloraba y lo maldecía una y otra vez. Stephanie, era el nombre. Nunca se lo había dicho a nadie, y ni siquiera el propio Maurice sabía que él lo había visto en ese estado.

Había una profunda herida en Maurice, y ésta aún no había sanado.

Por el contrario, estaba podrida y hedía; le hacía desconfiar de las mujeres, del amor de ellas. Tenía mucho sentido que le reprochara a David el volver a exponerse a ser herido por cuenta propia, cuando él lo que hacía era esconderse y protegerse.

El amor podía causar estragos en un hombre.

Miró a Michaela con cierta aprehensión. Le sucedería a él lo mismo, acaso?

Bañarse en la playa de noche era una aventura, pensó David. El viento levantaba más alto las olas, así que tuvieron cuidado de no adentrarse demasiado y sólo jugar en la espuma del mar. Así corrían el uno detrás del otro, se echaban agua, se abrazaban y besaban, se sumergían y volvían a jugar.

Pasado el rato, se tiraron en una de las tumbonas, Marissa entre las piernas de David, abrazados y cansados por toda la actividad del día.

El cielo estaba estrellado, y cuando gracias a la brisa del mar ella empezó a temblar, David echó

sobre ambos una toalla y allí se quedaron.

—Ha sido el día más feliz de mi vida en mucho rato —susurró ella, y David sonrió sin agregar nada. Realmente, estaba meditando en el trayecto de aquí al interior de la casa; le daba mucha pereza tener que levantarse y volver. Qué tan malo era dormir aquí? —Imagino que tienes el permiso de papá para pasarte unos cuantos días aquí—. David hizo una mueca.

—Estuvo de acuerdo con que viniera a buscarte, pero te equivocas en lo de los días. Sólo me dio un par.

—Si te tomas un par más, crees que se enoje mucho? —David rió por lo bajo.

—A pesar de que nos hemos estado recuperando, aún hay mucho que hacer en la empresa.

—Y al parecer, papá no puede hacer nada sin ti —suspiró Marissa, y David guardó silencio por un momento.

—Tengo que pedirte perdón, Marissa —su tono la preocupó un poco.

Ella se enderezó y lo miró a los ojos. Acaso estaba a punto de escuchar una confesión que no le gustaría mucho? —Te fallé —dijo él, y el corazón de Marissa empezó a latir muy rápido. Habría estado con otra mujer mientras ella estuvo fuera?

Técnicamente, ellos habían terminado, pero... No le gustaba, no le gustaba para nada imaginárselo en brazos de otra. Se sentó en la tumbona alejándose de él y cubriéndose mejor con la toalla preguntándose si debía en realidad escucharlo. Era necesario? Era obligatorio?

—No pasa nada —dijo ella. No importa —David se enderezó también, acercándose, y la miró ceñudo.

—Sí importa.

—No! No quiero oírlo!

—Marissa...

—Te perdono. Estábamos separados. Yo te hice daño. No importa! —él respiró ruidosamente y miró al cielo. Cuando lo escuchó reír, ella lo miró extrañada. Qué estaba pasando, acaso?

—Tu imaginación va lejos —rió él—. Nunca te he sido infiel, y cuando estuvimos alejados, ni siquiera miré a otras mujeres—. Ella lo miraba boquiabierta, y David se acercó y unió su frente a la de ella—. Te pido perdón porque, si bien es cierto que tú me dijiste mil cosas feas esa noche, y sí, salí muy herido y todo lo que quieras... todo esto pasó porque había una debilidad en nuestra relación, y de eso, soy consciente, fui culpable en gran parte—. Ella pestañeó varias veces—.

Permití que se hiciera una grieta en nuestros muros, y por allí se coló Viktor.

—Una grieta?

—Mi inseguridad. Las diferencias sociales.

—Nunca me ha importado.

—Pero a mí sí me importaba. Por eso elegiste ese tema, verdad? —ella bajó la mirada—. Estaba tan predispuesto a creer que lo nuestro era demasiado hermoso para ser cierto, que cuando me dijiste aquello, acepté la derrota sin luchar.

—Sí luchaste... Y tu voz pidiéndome que no te dejara aún son espinas en mi corazón.

—Eso no es luchar. Me jacto de ser muy inteligente, pero no vi que era demasiado extraño que de repente cambiaras tanto tu comportamiento.

En lo emocional... no soy muy brillante.

Marissa sonrió y ladeó su cabeza para mirar a otro lado.

—Todo fue un teatro... lo de Chicago, lo del diseñador... y esa estúpida cena en mi casa... Nunca hago ese tipo de cosas.

—Nunca? —ella hizo una mueca.

—Bueno, viajar no está mal, pero nunca lo hago así tan de repente descuidando incluso el trabajo. Una vez Simon me llevó en su jet privado a París sólo para escuchar una ópera, y en el camino, me dio el anillo de compromiso...

—Vaya noche mágica —rezongó él, y Marissa se echó a reír al saberlo celoso, al fin.

—Sólo puedes deslumbrar con ese tipo de actos a las chicas pobres.

Yo ya lo he visto todo.

—Se supone que eso debe consolarme? —ella volvió a reír.

—Por lo menos sé que mi novio cruzaría todo el país para venir a verme y preguntarme si lo amo o sólo es un capricho.

—Y tener buen sexo —completó él, besuqueando su cuello. Marissa sonrió disfrutando sus atenciones, pero David no siguió; era momento de hablar—. Ahora cuéntame cómo hiciste para descubrir a esos cabrones que intentaron arruinarnos—. Marissa sonrió y empezó a contarle. Él, asombrado, escuchó cómo este tipo de situaciones, las fusiones hostiles, habían sido el objeto de su estudio mientras hizo la especialización.

—Es todo un círculo —observó él—. Gracias a esa especialización, perdiste a Simon, y gracias también a esa especialización, salvaste tu empresa...

—Pero también estuve a punto de perderte a ti. Voy a empezar a creer que está maldita—. David sonrió.

—Tengo una novia sexy con un cerebro brillante.

—Una novia sexy, con un cerebro brillante, que además tiene las manos untadas —David la miró con sus cejas alzadas, y ella, sonriendo, se explicó—; busqué hackers para poder completar mi misión, y traspasé varias veces el límite de lo legal.

—Qué sucia eres —Marissa rió con ganas—. Pero gracias a esa malicia, todo se arregló. Bueno, no puedes descartar que fuimos de gran ayuda.

—Claro que lo fueron.

—Ya todos han sido capturados; si queda alguno, no tiene vida huyendo. La empresa ha aumentado su superávit...

—Tú y yo hemos tenido sexo como monos... —David se echó a reír.

—A veces me sorprendes con ese vocabulario tuyo.

—No ha sido así?

—Y la noche apenas empieza, nena —ella soltó una risita traviesa cuando él la ubicó a horcajadas sobre él y empezó a besarla.

Viktor recibió su sentencia a veinte años de prisión y apenas pestañeó. De su lado sólo estaba Sugar, y nadie más. Sospechaba también que sería el único que lo visitaría en la cárcel, y no podría aceptar sus visitas; ser el nuevo en una prisión ya sería bastante malo, ser sospechoso de homosexual, además, lo haría el infierno.

Si hubiese sido sólo lo del espionaje empresarial, el fraude, y esas cosas que eran más bien cuestiones de dinero, no habría sido tan dura la pena impuesta, pero el haber estado enredado en el asunto de trata de blancas, el haber expuesto a una adolescente americana a tal peligro lo empeoraba todo. Y si además alguien como Hugh estaba pujando para que le dieran la peor pena posible, estabas hundido. Él estaba hundido.

Lo llevaron esposado hacia el vehículo que de inmediato lo transportaría a la penitenciaría asignada. No hubo nadie que lo llorara, ni nadie que le prometiera una apelación para rebajar la pena.

Estaba solo.

David conoció a Thomas Brenner, el presunto amante de Marissa, y se dio cuenta de que lo que le había dicho Daniel aquella vez era verdad, él estaba locamente enamorado de su mujer. Tenían más o menos tres años de casados y aún estaban muy unidos.

Cuando Marissa comentó que David y Daniel eran buenos amigos, Thomas preguntó por él. David no tuvo problema en informarle.

—Sigue siendo el pupilo de Jorge Alcázar? —preguntó Thomas con una sonrisa. David elevó una ceja.

—Pupilo?

—Daniel es el empleado que más veces ha cambiado de cargo en el Grupo Empresarial Alcázar. Ha sido desde el chico de la limpieza, pasando por el recadero, y el vigilante de cámaras, hasta el vicepresidente de control de gestión.

—De veras?

—Pídele que te cuente la historia —David entrecerró sus ojos, intrigado. Miró a Marissa y a Meredith, que hablaban muy animadas entre sí, y se acercó más a Thomas.

—Él dijo una vez que fuiste su mejor amigo en Harvard—. Thomas sonrió orgulloso.

—Qué halagado me siento.

—Tengo un poco de envidia de ustedes dos, que pudieron ir a esa universidad.

—Bueno, tienes razón en eso. Ni aun con dinero es fácil entrar allí—.

Siguieron hablando de carreras y negocios.

David había aprendido que la mayoría de los ricos hablaban del dinero de manera bastante displicente. Los hombres poderosos que había conocido al lado de Hugh eran sujetos bastante aburridos, pero que milagrosamente tenían a su lado a las mujeres más hermosas y a los hijos más perfectos, y que al interior de sus hogares eran muy infelices. Él mismo los había visto serles infieles, mentirles para no asistir a reuniones o citas familiares, y Hugh en más de una ocasión le había aconsejado no hacer caso de ese lado oscuro de la alta sociedad, ni dejarse contaminar.

Tal vez lo decía porque no le perdonaría que le fuera infiel a su hija, pero ese tipo de cosas no le interesaban mucho. Además, había aprendido que aun en las épocas más difíciles y ocupadas, se podía sacar tiempo para estar con su familia.

Y no le interesaba ninguna otra mujer que no fuera Marissa.

Por eso estaba sorprendido de que Thomas fuera diferente. Era un niño rico y mimado, pero al parecer, también valoraba las cosas de la vida que de verdad eran preciosas. Meredith, su esposa, no parecía haber sido víctima de cáncer en el pasado, y en el rato que habían estado hablando, ninguno lo había mencionado. Era un chico admirable... digno amigo de Daniel. No se esperaba menos de él.

Diana estaba dejando ir al mejor hombre que podía conseguir, observó. Uno que tenía lo mejor de dos mundos: la humildad y el poder, aderezado con el amor que sentía por ella.

Terminaron el almuerzo, y David decidió deambular un poco más por la ciudad con Marissa.

—Sabes, no soy un tipo muy romántico —dijo él caminando con ella de la mano por un muelle. Las gaviotas hacían mucho ruido, y afortunadamente, Marissa tenía el cabello recogido, o el viento lo habría arremolinado de cualquier manera.

—En todo caso —señaló ella—, yo soy la única que podría quejarme de eso.

—Has de quejarte.

—Ahora?

—Sí.

—Por qué? —lo vio sacar de su bolsillo trasero su cartera, y buscar algo entre sus pliegues. Era un anillo. Un anillo de compromiso. Y

luego sacó otro. Marissa lo miró bastante confundida. Dos anillos?

—Éste —dijo David, señalando al que tenía la piedra más grande— me lo dio tu padre antes de venir. Dijo: “ aún no ganas lo suficiente como para darle a mi hija un anillo digno” . Así que me obligó a aceptarlo—. Marissa se echó a reír—. Y éste —siguió David, mostrándole el otro, que era mucho más pequeño— es el anillo que papá le dio a mamá. Lo llevaba puesto el día del accidente, y la abuela lo ha conservado todos estos años para que yo se lo diera a la que habría de ser mi esposa—. Miró a Marissa, y vio que tenía los ojos humedecidos—. Supongo que tienes que elegir cuál de los dos quieres.

—Eres tonto? —lloró ella, y sin pensarlo mucho, tomó el anillo más pequeño y se lo puso a sí misma. Luego se apresuró a abrazarlo—. Sí, me casaré contigo.

—Estás segura? Me parece a mí que tomará un poco de tiempo ser capaz de darte un anillo más...

—Si me das otro anillo, no lo aceptaré. Quiero el de tu madre —él sonrió mirándola a los ojos, feliz, enamorado, seguro de ser correspondido.

—Te amo, Marissa —le dijo sobre los labios.

Yo también te amo, habría contestado ella, pero tenía la boca muy ocupada.

Un chofer de H&H fue por Marissa y David al aeropuerto, así que no tuvieron que perder tiempo esperando un taxi, y mientras iban de camino, Michaela llamó a David para decirle que la abuela había preparado un almuerzo para ellos y que los esperaban en casa. Él sonrió y aceptó. Era consciente de que ya no estaban a solas y su pequeña luna de miel había terminado.

Técnicamente, sí, pero él seguía deseando estar a solas con ella para ponerse al día con todos esos meses que no se tuvieron el uno al otro. A veces sentía que si le soltaba la mano volvería a desaparecer.

Lo asustaba ese sentimiento posesivo, pero como ella no tenía problema con eso, le daba un poco de seguridad.

Siempre estaba en contacto con ella, con su cuerpo, de algún modo.

Sentía que debía tenerla siempre al alcance, a la vista, que debería poder extender la mano y tocarla.

Tal vez en un tiempo perdiera un poco esta ansiedad.

—Tenemos invitación en mi casa. La abuela ha preparado un almuerzo para nosotros.

—Qué linda!

—Yo quería pasar la tarde en tu apartamento —se quejó él—. Ya mañana los dos volveremos al trabajo y... —cuando vio que ella estiraba los labios en un puchero se detuvo—. Qué pasa?

—No... nada.

—Tienes algo que hacer en la tarde?

—No se trata de eso. Es que... pero no importa.

—Marissa... —ella se giró a mirarlo, y él entrecerró sus ojos recordándole la promesa de no ocultarse nada.

—Es que... a veces sólo soy un poco patética, y tuve el arranque de tomar mis cosas y venirme a vivir contigo. Pero soy consciente de que eso ahora no es posible—. David estaba sonriendo, una sonrisa amplia y feliz.

—Eso sería excelente. Pero, por qué no sería posible?

—Porque en la alta sociedad, las chicas de buena familia no se van a vivir con el novio antes de la boda.

—Ah. Qué mal. Pero ya antes prácticamente vivías en mi casa. Sólo es que no dejes tu apartamento del todo y la gente no lo sabrá—. Marissa se echó a reír.

—Sí que tienes buenas ideas.

—Soy uno novio recursivo—. Ella lo besó riendo, y luego de andar un buen tramo, el auto se detuvo al fin frente a la casa de David. Marissa bajó y David se ocupó de sus maletas.

—Marissa! —exclamó la abuela Agatha al verla, y Marissa no tuvo ningún reparo en acudir a ella y abrazarla fuerte.

—Abuela, qué felicidad estar aquí otra vez.

—Qué bien que volviste. Mi nieto no es lo mismo sin ti! Nunca debiste irte!

—Nunca me iré de nuevo —prometió ella.

—Ven, ven—. La abuela la tomó de la mano y la condujo hasta la sala y la sentó en el sofá—. He preparado tu comida favorita...

—La comida favorita de ella es la pizza —informó David entrando con las maletas de su novia, y Marissa le echó malos ojos.

—Es mentira. Mi comida favorita son los espaguetis.

—Qué bien. No lo olvidé entonces—. Se escucharon los pasos de alguien bajando por las escaleras y pronto apareció Michaela, que al ver a Marissa soltó un chillido de felicidad y corrió a ella para abrazarla.

—Yo sabía, sabía que volverías!

—Hola, Michaela.

—No te vuelvas a ir. Mi hermano es un zombie amargado cuando tú no estás. Lo hubieras visto, diez veces más huraño, de mal talante, insoportable...

—Ya cállate, bueno? —protestó David.

—Ni la abuela, que tiene la paciencia de una santa, se lo aguantaba.

Te estoy advirtiendo porque quizá en el futuro, cuando sea un abuelo y le duela hasta mover los ojos, va a ser así.

—Michaela, vas a ahogar a Marissa con tantas palabras por minuto—.

Michaela lo miró con una sonrisita sobrada.

—Tiene miedo de mí porque soy la única capaz de revelar lo peor de él.

—Yo también soy capaz de revelar lo peor de él —se ufanó Marissa, y sonrió cuando él la miró con ojos entrecerrados.

—El anillo de mamá!! —gritó Michaela al verlo en el dedo de Marissa—.

Se van a casar!! Abuela!!

—Sí, ya lo vi.

—Quiero ser la dama de honor! —David tuvo que tomarla del brazo y alejarla de su novia.

—Qué horriblemente acaparadora te has vuelto, deja a mi novia en paz. Ella tiene sus mejores amigas que perfectamente pueden ser las damas de honor.

—Ohhh, qué malo eres!

—Ni siquiera he empezado a planear los detalles de la boda...

Tampoco sé para cuándo sería.

—Primavera! —exclamó Michaela, y su voz se volvió soñadora—. Las flores, las mariposas, el aire perfumado y lleno de colores...

—Muy cliché—. Se quejó David, pero tuvo que reconocer que la idea le atraía, sobre todo, porque la primavera estaba a la vuelta de la esquina y podría casarse pronto.

Luego de almorzar, David miró a Marissa de reojo y ella entendió la intención de él de escaparse. Estaba siendo persistente en eso de pasar la tarde a solas, y no podía negar que a ella le agradaba muchísimo la idea.

Cuando la abuela levantó los platos de la mesa, ella se apresuró a ayudarla, y luego a preparar el café al que ella estaba acostumbrada.

Entre más pronto cumplieran con los protocolos, más rápido podrían irse.

Pero entonces llegó Hugh.

—Me imaginé que mi hija, en vez de ir a su apartamento, vendría aquí —dijo él explicando su presencia. Marissa caminó a él y le dio un fuerte abrazo. Se dijeron cosas en voz baja y David notó que ella estaba llorando y él consolándola. Era una niña mimada, después de todo.

Se cruzó de brazos preguntándose si Hugh planeaba demorarse mucho aquí.

—Café? —ofreció Agatha, y Hugh se sentó en el sofá y cruzó la pierna para recibir su café. David dejó salir el aire y se sentó frente a él con Marissa a su lado y empezaron a hablar y a ponerse al día en muchas cosas acerca de la empresa. Michaela, aunque no entendía todo, los escuchaba atenta y de vez en cuando hacía preguntas, que pese a todo, Hugh no consideraba impertinente. Ella había sido víctima de todo este embrollo, y tenía derecho a saber cómo se desenredaban las cosas.

—Quisiera aprovechar este momento y decirles algo importante a los dos —dijo Hugh de repente, y mirando a la pareja que tenía las manos entrelazadas. Hugh miró con ceño el anillo de Marissa, pero como ella tenía cara de sol naciente, y de pastel de cumpleaños, no dijo nada.

—Yo me voy a la cocina a ayudar a la abuela —dijo Michaela y desapareció. Hugh se concentró en la pareja.

—Quería felicitar a ambos por haber hecho tan buen trabajo. Aunque por separado, han demostrado que pueden hacer un excelente equipo aun en las épocas más duras. Marissa, gracias por todo lo que hiciste por H&H aun desde lejos.

—Era mi deber.

—Y David. Nunca podré pagarte realmente por todo. Perdiste cosas preciosas en el camino, y me disculpo por eso.

—No eres tú quien debe disculparse, y esas cosas preciosas... ya las recuperé—. Hugh sonrió.

—Sí, eso es verdad. En todo caso, es mi deber felicitarlos. Ahora estoy seguro de que si llegara a faltar, todo lo que mi familia ha construido en estas últimas generaciones estará en buenas manos.

—De qué hablas papá? —se sobresaltó Marissa—. No estás enfermo, verdad?

—No, no estoy enfermo —respondió Hugh, riendo—. Pero estoy cansado. Tanto, que estoy pensando en retirarme y dejarle el control de todo a la siguiente generación.

Marissa miró a David, y David dejó su mirada clavada en Hugh.

—A qué te refieres —preguntó él.

—Abdico en favor de David —dijo Marissa elevando su mano como si fuera una estudiante en un salón de clase antes de que Hugh pudiera explicarse. David la miró inmediatamente.

—De qué estás hablando tú? Siempre fue tu sueño dirigir la empresa.

—Pero ya cambié de sueño.

—Qué tontería! Es tu herencia, te pertenece...

—Mi corazón no está puesto en ser la próxima gerente de Hamilton & Hamilton —insistió Marissa mirando a su padre fijamente a los ojos—. Es verdad que hice esa especialización y siempre me mostré preocupada por el tema, pero era porque sabía que teniendo Simon su propia herencia, nunca le prestaría toda su atención a la mía. Estaba preparándome para que H&H no fuera simplemente otra dependencia más, y por eso quería dirigirla. Pero dirigir una empresa exige cosas que no tengo, o que quiero dedicarle a otros aspectos de mi vida que me harán más feliz.

—Renunciarás a H&H? —le preguntó Hugh, comprendiéndola.

Siempre había sabido que su hija era más corazón que cabeza fría.

También había esperado que peleara por la presidencia, pero se estaba llevando una sorpresa. En este momento, más que nunca, su hija le recordó a su esposa.

—No lo haré. Si en el futuro llego a tener dos o tres hijos, dejaré H&H

por ellos, para dedicarme a verlos crecer y ser esa madre que yo no pude tener. Odiaré dejar a mis hijos con niñeras o en internados.

Quiero tener una familia como debe ser.

—La mejor inversión que jamás podrás hacer —la felicitó Hugh, pero David seguía ceñudo.

—Sabes cuántas mujeres en el mundo desearían ser tú ahora?

Muchas sueñan con ser grandes ejecutivas, tener poder... y tú estás renunciando a eso para ser una madre y una ama de casa?

—No puedes soñar con eso que ya tienes. Ellas quieren dinero y poder seguramente porque nunca lo han tenido. Yo ya lo tuve, pero siempre estuve carente de una madre amorosa y un lugar al que llamar hogar. Quiero eso para mis hijos... tal vez mis hijas, cuando sean adultas, quieran ser grandes ejecutivas, no te preocupes por eso.

Hugh se echó a reír, y David recibió el beso que su novia le daba aún perplejo.

—No se diga más —dijo Hugh sonriente—. Propondré tu nombre ante la mesa de accionistas para que te elijan como próximo CEO. Cuando sepan todo lo que hiciste por la empresa, todo lo que sacrificaste, y todo lo que aún estás dispuesto a hacer, te elegirán.

—Si les endulzas los oídos de esa manera, no habrá quien diga que no —sonrió Marissa.

—Es cierto. Yo tengo mis métodos—. Marissa miró a David, que permanecía mudo de asombro. Rió recostándose a su hombro y suspirando. Tendría que acostumbrarse.

Agatha llegó con el servicio de café, y Michaela se sentó a su lado poniéndole conversación. David y Marissa quedaron un poco aislados de todo, momento que aprovecharon para hacerse confidencias.

—No me preguntes otra vez si estoy segura —le pidió ella cuando él abrió la boca—. Lo estoy, David —. Él torció el gesto.

—Está bien. Pero sigo pensando que has renunciado a demasiadas cosas últimamente—. Ella se encogió de hombros.

—Esta vez, renunciar me hace feliz.

—Prométeme algo —ella lo miró de reojo—. Si algún día cambias de opinión...

—De veras? Quieres que te haga esa promesa?

—Hemos prometido no mentirnos, ni ocultarnos cosas. Sé que si lo prometes, esta vez cumplirás.

—Está bien. Te prometo que si cambio de opinión, te lo diré.

—Gracias... Y ahora, cómo hacemos para irnos? —Marissa se echó a reír en voz alta, y entonces sonó el timbre de entrada. Michaela fue a abrir, y sólo reconoció a Daniel frente a la puerta, a la hermosa morena de cabello corto no la había visto antes.

—Diana! —exclamó Marissa al verla y se puso en pie para abrazarla.

—Estoy tan, tan, pero tan molesta contigo, Marissa Hamilton! —Marissa se echó a reír y la estrechó más fuerte entre sus brazos. David se puso en pie y le extendió la mano a Daniel, preguntándose cómo era que los dos estaban juntos aquí, pero él sólo sonrió.

—Estaba en la mansión Alcázar entregándole un informe a Jorge cuando Hugh llamó para avisarle a Diana que Marissa estaría aquí.

—Ya. Y la trajiste?

—Diana no conduce, así que tuve que traerla.

—Qué buena idea —dijo David entre dientes, pues esto retrasaba mucho más su plan de escapar con Marissa.

—Debería pegarte! —decía Diana—. Debería echarte fuera de mi círculo de amigas. Debería... — Marissa sólo reía, pero luego miró a Daniel de reojo.

—Qué hay aquí? —le preguntó en voz baja.

—Nada —cortó Diana—. Es mi chofer gratis hoy.

—Eres malvada. Le das falsas esperanzas.

—Él nunca podrá acusarme de eso. Siempre he sido muy clara con él.

—Y cuándo vas a dejar tu miedo a conducir? Pienso que sólo te aprovechas —Diana negó con su cabeza, y de reojo, se quedó mirando a Daniel, que conversaba con David muy tranquilo. Dejó a Marissa y se acercó a ellos.

—Quiero disculparme —dijo, y Daniel y David la miraron un tanto sorprendidos—. Ese día fui a tu despacho y dije unas cuantas cosas desagradables.

—No tienes que hacerlo —sonrió David—. Al contrario, me ayudaste mucho.

—Qué hiciste, Diana? —preguntó Marissa mirándola con ojos entornados.

—Estaba preocupada por ti, así que fui a verlo.

—A reclamarme —aclaró David—. Pero como te digo, fuiste muy útil al hacer eso.

—Entonces no debería pedir disculpas? Ok—. Daniel se echó a reír, y cuando ella lo miró, borró su sonrisa.

—Tengo sed —dijo, y se retiró del grupo para dirigirse a la cocina y buscar algo de beber.

El timbre sonó por enésima vez, y Marissa casi se echa a reír por la cara que hizo David. Él fue a abrir esta vez, y al otro lado de la puerta se encontró a Maurice.

—Hey, hola! —lo saludó David, pero él no fue muy efusivo en su abrazo. Tras él estaba Peter, y cuando David le hizo una silenciosa pregunta, el chico sólo se encogió de hombros y entró a la casa.

—Volviste —dijo Maurice—. Quería hablar contigo.

—Claro, pasa—. Maurice entró, y entonces vio a Marissa conversar con Diana. Hizo rodar los ojos en sus cuencas y se volvió a David.

—La trajiste.

—Claro que sí.

—Estás seguro de lo que estás haciendo?

—Bueno, aún tengo que contarte todo lo que sucedió.

—O lo que ella dice que sucedió —David lo miró extrañado.

—Te pasa algo, amigo?

—Diga lo que diga, siempre estarás de parte de ella, verdad?

—Es mi mujer. Nos casaremos pronto.

—Casarte! —exclamó Maurice, y su voz atrajo la atención de Marissa y Diana. Daniel también lo vio, y caminó a ellos para hablarles.

—Maurice Ramsay? —le preguntó Diana a Marissa, que la miró confundida.

—Maurice Ramsay? —volvió a preguntar ella.

—No lo recuerdas? —Marissa meneó la cabeza negando—. Claro, eso fue hace varios años ya. Pero ya sabes, soy muy fisonomista y recuerdo su cara perfectamente.

—De qué lo recuerdas? Dime! Siempre he pensado que lo he visto antes.

—Claro que lo hemos visto antes. Fue... Dios, fue un escándalo terrible.

—Qué?

—Eres la novia de Daniel? —preguntó Michaela interrumpiéndolas.

Diana sonrió un poco incómoda por la pregunta.

—No, no lo soy.

—Lo serás en un futuro cercano?

—Claro que no! —Marissa sonreía.

—Por qué haces esas preguntas? —Michaela miró a su cuñada elevando sus cejas.

—Debe ser que ya estoy viendo cosas donde no las hay.

—Ah, no las he presentado —se disculpó Marissa—. Ésta es la hermana pequeña de David.

—Mmm, he escuchado mucho de ti.

—Cosas buenas, espero.

—Quien dice esas cosas, es que ha hecho cosas malas.

—Touché —rió Michaela, y las tres rieron, pero Marissa miró a Maurice, que venía hacia ella y le pedía hablar un momento a solas.

Ella intentó saludarlo, después de todo, habían sido tres meses sin ver a ninguno aquí, pero él fue muy distante.

—Sólo quiero advertirte un par de cosas —dijo él cuando estuvieron un poco apartados de los demás.

—Advertirme?

—David es como mi hermano. Llevamos cerca de seis años muy cerca, y lo conozco, y sé que es un muchacho bueno a pesar de todo por lo que ha tenido que pasar.

—Lo sé, Maurice.

—No lo dudo. Es por eso que quiero decirte que estaré tal vez aún más cerca de él, pendiente. Me importa su felicidad—. Marissa lo miró con ojos entrecerrados.

—A dónde quieres llegar?

—A que no confío en ti, ni en tus buenas intenciones de ahora. En el pasado dijiste amarlo y ser capaz de dejarlo todo por él, pero le hiciste daño, mucho daño. Y lo sé porque fui yo quien tuvo que recoger sus pedazos y ayudarlo a rearmar. Me entiendes? —Marissa respiró profundo y se cruzó de brazos mirándolo de una manera entre desafiante y comprensiva.

—Te entiendo —respondió—. Pero no debes temer, porque sólo me importa una cosa en este mundo y es la felicidad de ese hombre. Tal vez algún día seas capaz de perdonarme por eso que pasó, aunque ya David lo hizo.

—Yo no estoy tan ciego como él. Si él no quiere ver, ten por seguro que yo seré sus ojos.

—Me alegra saber que eres un amigo tan fiel.

—No te burles de mí.

—No me burlo, por el contrario, te tomo muy en serio. Y supongo que tendrás tu propia historia y tu propia cruz que te han llevado a pensar de la manera que piensas, pero te aseguro que por mi parte debes estar tranquilo. Antes moriría que hacerle daño a David. Te lo juro—.

Maurice sonrió de medio lado, como si aún no le creyese, pero no tuviese más opción que aceptar su palabra, y Marissa se preguntó a qué escándalo se refería Diana cuando hablaba de él. Qué hombre tan desconfiado y difícil!

Se habían llevado más o menos bien antes, aunque él siempre la miró con recelo. Pero ahora prácticamente le estaba declarando la guerra.

Si no fuera porque estaba absolutamente segura de que las inclinaciones de Maurice estaban por las mujeres, creería que estaba siendo celoso.

Él estaba realmente preocupado por David.

Éste llegó y se ubicó en medio de los dos, le tomó la mano a Marissa y miró a Maurice de manera significativa. Maurice enseñó las palmas como mostrándose inofensivo, y los dejó solos.

—Qué le pasa? —preguntó él. Marissa se hacía la misma pregunta, pero no dijo nada. Respiró profundo y sólo miró en derredor.

—De algún modo, ahora la casa está llena de gente. Qué hacemos?

—Están planeando una fuga o algo así? —sonrió Daniel acercándose. Diana también se acercó.

—Puedo fingir un desmayo, entonces ustedes fingirían que me llevan al hospital.

—No funcionará —observó Daniel, y Diana le echó malos ojos.

—Ninguna sutileza funcionará. Todos sabrán que están escapando — advirtió ella, y Daniel siguió sin mirarla siquiera.

—Bien, si las sutilezas no funcionarían, hagámoslo abiertamente —dijo David tomando aire.

—Qué piensas hacer? —preguntó Marissa en un susurro, pero fue muy tarde, David llamaba la atención de todos, y todos se giraron a él para mirarlo.

—Como bien saben todos los aquí presentes —dijo David en voz alta —, han sido tres meses muy largos en los que no pude ni darle un beso a mi novia, así que, con el permiso de todos...

—David! —exclamó Marissa entre avergonzada y sorprendida. Nunca se esperó algo así.

—El maestro de la sutileza —susurró Diana, y aunque Daniel la escuchó, siguió sin decir nada.

—Así que, sintiéndolo mucho —siguió David—, ella y yo nos vamos.

Esperamos que la pasen bien sin nosotros.

—Cuánto le pones para que nazca mi primer bisnieto? —le preguntó Agatha a Hugh, que sonreía mirando a David arrastrar a Marissa hacia la salida mientras los demás hacían comentarios sonrientes, o los miraban ceñudos, como en el caso de Maurice.

—Un año? —respondió él. Agatha sonrió.

—Demasiado. Yo apuesto por nueve meses —Hugh se echó a reír.

—Algún día haré lo mismo y me escaparé así de casa! —suspiró Michaela en voz lo suficientemente alta como para que David escuchara.

—Tú, señorita —gritó él casi desde el jardín—, llegarás virgen al matrimonio!

Michaela soltó la carcajada, y Maurice por fin sonrió. Se sorprendió un poco cuando vio a Diana Alcázar a su lado. Nunca la había visto, pero no fue necesario adivinar mucho, pues ella se presentó por sí misma.

—Te conozco, y escuché una parte de lo que le dijiste a mi amiga.

—Vas a defenderla?

—Tendría que defender a todo el género femenino. Sólo quiero decirte una cosa: cuando una mujer le hace daño a un hombre es por dos motivos: para que no le sucedan cosas peores más adelante, o porque es una maldita cabrona que no está enamorada. Cuál de las dos te ocurrió a ti, Maurice? —él la miró fijamente y tragó saliva.

—No sé de qué hablas.

—Conocí a Stephanie —siguió ella—. Y también la odié. Ella simplemente no te amaba. No odies a las demás mujeres por su culpa —. Incapaz de escuchar una palabra más, le dio la espalda y salió de la casa. Diana quedó allí, mirándolo alejarse y cruzada de brazos sabiendo que había puesto el dedo en la llaga, en una llaga que debía tener el tamaño de Utah.

—Qué le dijiste? —preguntó Daniel tras ella. Diana se giró a mirarlo y elevó una ceja.

—Cosas. Me voy a casa.

—Te llevo?

—No es necesario...

—Claro. Nos vemos luego entonces—. Que él no insistiera en llevarla, fue una sorpresa para ella. Sonrió reconociendo que este Daniel era muy diferente al de antes.

Pero qué podía esperar? Él era invisible para ella, no?

No, no lo era. Ojalá, pero no lo era.

Respiró profundo y se acercó a Michaela para pedirle el teléfono y llamar un taxi. Daniel se despidió de todos y se fue.

—Si quieres yo te llevo —dijo Hugh, y ella aceptó el ofrecimiento. Hoy, más que nunca, odió su incapacidad para conducir.

David entró con Marissa de la mano al apartamento de ésta última aún riendo. Ella le había reprochado la locura cometida en su casa, pero a él parecía no importarle.

Cuando la puerta estuvo cerrada, él la tomó de la cintura y la alzó.

—Soledad, bendita soledad —Marissa reía negando.

—Has terminado rematadamente loco!

—Loco de amor, por ti —ella lo miró a los ojos, y cuando él la acercó para besarla, ella se escabulló, se alejó de él y caminó a la habitación —. A dónde vas?

—Necesito entrar al baño.

—Por qué! —exclamó él, como si fuera un niño pequeño al que le dicen que hoy no hay zoológico.

—No tardaré. Espérame aquí, vale?

—Aquí?

—Enciende el fuego —pidió ella con una sonrisa pícara. David se quedó con los brazos en la cintura viendo cómo ella desaparecía tras la puerta. Segundos después, dejó salir el aire.

En fin, las mujeres eran raras.

Miró en derredor y recordó que fue aquí donde ella le dijo aquellas cosas horribles. A veces sentía que aún le dolían. Sentía pesar por el David de ese momento que había tenido que sufrir tanto. Cómo quisiera poder devolver el tiempo para que las cosas sucedieran de manera diferente!

Pero, después de todo, no se había perdido más que tiempo. Él y Marissa tenían ahora una relación más sólida que entonces.

Caminó hasta el hogar y trabajó para encender el fuego. Cuando éste crepitaba alegremente, caminó hacia la cava donde Marissa guardaba sus vinos, y sacó además dos copas.

Hacía año y medio, aquí en esta sala, había visto a Marissa desnuda por primera vez. A veces se preguntaba qué habría sido de los dos si él le hubiese hecho caso entonces y se hubiese acostado con ella.

Estarían ahora juntos? Sería diferente?

—A veces eres tonto, David —se dijo, mirando por la misma ventana que él había mirado aquella vez, apreciando la ciudad.

—Ahora hablas solo? —se escuchó la voz de Marissa tras él. Él sonrió.

—Estaba recordando cuando... —se quedó en silencio. Marissa estaba completamente desnuda y recostaba un hombro a la pared como si nada. El hogar estaba encendido, pero aún hacía un poco de frío. Y Dios, ella estaba preciosa vestida sólo con unas sandalias de tacón alto.

—Te gustan las vistas? —sonrió ella, traviesa. En tres zancadas, él estuvo a su lado, y la abrazaba casi aplastándola contra la pared.

—Me encantan.

—Lo sabía —susurró ella—. Y ésta vez... también piensas rechazarme?

—Ni loco! —Él la besó, y Marissa rodeó su cuello con sus brazos aceptando sus labios, sus brazos, a todo él.

—Ya te dije que te amo? —preguntó ella, y David la alzó para llevarla al sofá más próximo al hogar y hacerle allí el amor.

—No en el tono que a mí me gusta —contestó él con una sonrisa—.

Pero vamos a ello.

:Fin: